MARIAH EVANS



CONEXIÓN PELIGROSA

Hackear secretos era fácil... soportarse el uno al otro ya era otra misión.

MARIAH EVANS



Hackear secretos era fácil... soportarse el uno al otro ya era otra misión.

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Conexión peligrosa
©Mariah Evans, junio 2026
Imagen de la portada: Mariah Evans
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

Este libro está dedicado a todos los lectores.
Muchas gracias por seguir
apoyándome en mi sueño.
Espero que lo disfrutéis mucho
y paséis un buen rato.
María.

ÍNDICE

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
Agradecimientos
¡Escanea el QR!
¡No te pierdas ninguna de mis historias!



PRÓLOGO

La luz de la pantalla provocaba un reflejo pálido en su rostro, más cansado de lo que recordaba. Lucas parpadeó despacio, como si con eso pudiera reorganizar los números que no dejaban de moverse delante de él.

Aquello no tenía sentido.

El cursor titilaba sobre una línea de registro que acababa de desaparecer y reaparecer con otro identificador.

Contenedor: BX-77194
Ruta: BCN — sin destino asignado
Estado: validado

Lucas frunció el ceño.

—No puedes estar validado si no tienes destino —murmuró para sí mismo, intentando encontrarle algo de lógica.

Abrió otra ventana en un lateral y la pantalla superpuso capas de datos, como llevaba haciendo toda la noche, cruzando rutas logísticas con registros de entrada y salida, con tiempos de tránsito y validaciones internas. Ese era su trabajo, exactamente para lo que le pagaban y, sin embargo, había algo que no encajaba.

Se echó hacia atrás en la silla, pasándose una mano por el pelo oscuro, corto, ligeramente desordenado a esas horas. Siempre había sido metódico y ordenado, de los que necesitaban entender cómo funcionaban las cosas para poder dormir tranquilo. Por eso había terminado allí, en aquella oficina

del Puerto Marítimo de Barcelona, gestionando sistemas logísticos que nadie veía, pero de los que dependía medio país.

No era el más brillante del equipo ni el más ambicioso, pero sí el más constante. Eso, al parecer, había sido suficiente para conseguir ese trabajo.

Lucas siempre había confiado en los sistemas: eran previsibles, ordenados y tenían lógica.

Si algo fallaba, había una causa; y si había una causa, podía encontrarse. Quizá por eso había acabado allí.

Había estudiado Ingeniería Informática en la *Universitat Politècnica de Catalunya*, con especialización en sistemas distribuidos y gestión de infraestructuras. No había sido el mejor de su promoción, pero sí de los pocos que disfrutaban de verdad desmontando problemas complejos hasta entenderlos desde dentro.

Mientras otros buscaban empresas grandes, proyectos llamativos o sueldos imposibles, Lucas había elegido algo más concreto: el sistema logístico portuario.

Al principio, a casi todos les parecía aburrido; a él no, a él le fascinaba.

Miles de contenedores moviéndose como piezas de un mecanismo perfecto, rutas que se cruzaban sin tocarse, tiempos calculados al segundo… una coreografía invisible que sostenía medio mundo sin que nadie fuera realmente consciente; y él estaba inmiscuido en todo aquello.

A los veintinueve años tenía un puesto que muchos habrían querido: estabilidad, responsabilidad y acceso a sistemas críticos. No era el tipo de trabajo que salía en las noticias, pero sí el que hacía que todo lo demás funcionara. Y eso le gustaba. Le gustaba saber que todo encajaba, que cada cosa estaba donde debía estar. Por eso le resultaba tan difícil apartar la mirada de la pantalla. Ese día algo no encajaba.

Volvió a inclinarse hacia la pantalla y superpuso otra línea.

Contenedor: KX-00321
Ruta: BCN — Marsella
Tiempo estimado: 14h

Abrió el historial y lo buscó, estaba vacío. Ni registro de entrada, ni de carga, ni de validación previa. Nada. Aun así, estaba ahí, aceptado, integrado en el sistema como si siempre hubiera existido.

Lucas sintió una presión incómoda en el pecho. Aquello no era un fallo puntual, era un patrón.

Movió el ratón con rapidez buscando las coincidencias y filtró por intervalos de tiempo, por terminales y por permisos de acceso.

Ahí estaba.

Acceso autorizado: ID interno — nivel 3
Origen: no identificado

Se quedó quieto.

Eso no existía, no podía existir. Todos los accesos tenían trazabilidad, siempre. Incluso los más restringidos, salvo que alguien hubiera construido una puerta trasera lo suficientemente limpia como para no dejar rastro.

Lucas tragó saliva.

—Vale… —susurró—. Vale, vale…

Abrió su libreta, una de tapa negra ya desgastada, y empezó a anotar códigos, horas e identificadores a mano. Necesitaba verlo fuera de la pantalla, ordenarlo y darle forma.

Tres rutas sin origen.
Cuatro contenedores sin historial.

Un acceso fantasma.

Aquello no era un error, era demasiado preciso.

Se fijó en los datos y, entonces, lo vio. Ahí había una coincidencia en los tiempos.

Los contenedores "fantasma" no se movían cuando el tráfico era alto, se movían en ventanas concretas, en horas muertas y cambios de turno.

Se quedó en silencio observando la pantalla mientras su mano soltaba el bolígrafo.

—¿Qué estás moviendo…? —murmuró.

Aquello no era mercancía, no podía serlo: habría saltado en otro sistema. Aquello era otra cosa, algo que necesitaba pasar desapercibido incluso para quienes controlaban el puerto.

Su mirada volvió a la pantalla.

Contenedor: BX-77194
Peso declarado: 240 kg

Demasiado poco para una carga estándar, demasiado regular para ser aleatorio.

No estaba viendo transporte, estaba viendo una estructura.

Sintió un escalofrío, como si estuviera mirando algo que no debería estar ahí, como si el sistema que él ayudaba a mantener tuviera una capa que nadie le había contado.

—Lucas —la voz le hizo sobresaltarse. Minimizó las ventanas de la pantalla del ordenador por reflejo, cerró la libreta de golpe y se giró en la silla. Sergio Molina estaba apoyado en el marco de la puerta, con la chaqueta colgando del hombro y una sonrisa cansada—. ¿Sigues aquí? —preguntó.

Lucas se aclaró la garganta.

—Sí… ya termino —contestó con una leve sonrisa.

—Son casi las diez.

—Ya —dijo sin mirarlo—. Mucho jaleo a última hora —respondió.

Sergio lo observó un segundo más de la cuenta.

—Estás raro, tío.

Lucas sostuvo su mirada un instante antes de apartarla.

—Estoy cansado.

Mentira. Se le notaba incluso a él mismo.

Sergio dio un par de pasos dentro de la oficina, echando un vistazo rápido a la pantalla, ahora vacía de todo lo que importaba.

—Pues ese trabajo te está sentando fatal —bromeó—. Vente a tomar algo y nos despejamos. Voy con Alberto y Santi.

Lucas negó con la cabeza.

—Hoy no puedo.

—Venga ya —se quejó sonriente—. Necesitas despejar la mente. Una copa —insistió su amigo—. Además, mañana libramos.

—Otro día —respondió seriamente sin mirarlo.

Sergio suspiró y no insistió más.

—Vale, pero no te quedes mucho más, ¿eh? Que esto no se paga en horas extra.

Lucas esbozó una sonrisa breve y automática.

—No, apago el ordenador y me voy. Que os divirtáis —dijo, despidiéndose con la mano alzada.

Sergio dudó un segundo, como si fuera a añadir algo más, pero al final se limitó a devolver el gesto.

—Buenas noches, genio —pronunció mientras se alejaba.

—Buenas noches.

La puerta se cerró y el silencio volvió a instalarse en la oficina.

Lucas esperó unos segundos antes de volver a abrir todo, reapareciendo las ventanas.

Los datos seguían ahí, inmutables y, por lo que parecía, equivocados. O eso quería creer. Pero algo dentro de él le decía que aquello no era un simple error. Uno podía ocurrir, para eso estaba él allí, para arreglarlo, pero

no era solo uno. Aquellos patrones se repetían de vez en cuando. Pasarían desapercibidos para cualquiera, incluso para él si no fuese tan meticuloso.

Su pulso se aceleró.

No podía dejarlo así, no podía ignorarlo. Ni siquiera sabía exactamente qué estaba viendo; no acababa de comprenderlo, y eso era lo peor.

Cogió el móvil y dudó un segundo.

Luego deslizó los dedos sobre la pantalla táctil del móvil.

Lucas: Tenemos que hablar. Es urgente. ¿Puedes ahora?

Envió el mensaje y se quedó mirando la pantalla un instante, como si esperara que la respuesta a aquella incógnita llegara de inmediato, pero no lo hizo.

Suspiró, guardó el móvil y apagó el ordenador. Cerró la libreta con cuidado y la metió en su mochila.

Cuando salió de la oficina, las luces del pasillo ya estaban a medio apagar. El edificio respiraba ese silencio extraño de los lugares que nunca duermen del todo.

Al fondo, a través de los ventanales, el puerto brillaba con una luz artificial, fría y salpicada de sombras.

Siempre le había gustado; le parecía un sistema perfecto. Ahora ya no.

Caminó hacia el aparcamiento, con el sonido distante de las grúas y el mar mezclándose en el aire nocturno.

Algo no iba bien. Y no sabía cuánto tiempo llevaba así.

Buscó las llaves en el bolsillo mientras avanzaba entre los vehículos. El suyo estaba al fondo, junto a una fila mal iluminada.

Se detuvo un segundo y miró a su alrededor; no sabría decir por qué, quizá fue el silencio o la sensación de que algo había cambiado sin que él lo viera.

Frunció el ceño y volvió a mirar, sintiendo cómo el vello del cuerpo se le erizaba. Pero solo lo rodeaban sombras.

El aire de la noche olía a metal y sal, denso, pegajoso, como si el puerto respirara por su cuenta, ajeno a todo lo demás.

Lucas avanzó entre las filas de vehículos, con las llaves en la mano, mientras el sonido lejano de las grúas se mezclaba con el murmullo constante del mar, ese ruido de fondo al que uno terminaba acostumbrándose hasta olvidarlo.

Se detuvo un segundo antes de llegar a su vehículo, con el ceño fruncido y la sensación incómoda reptando por la base de su nuca, como una advertencia que llegaba tarde.

Ya no podía fingir que aquello era un error del sistema, una anomalía sin importancia, un fallo que alguien más arreglaría por la mañana. No lo era. Y él lo sabía.

Abrió el vehículo y dejó la mochila en el asiento del copiloto con un movimiento automático, mecánico, como si su cuerpo siguiera una rutina mientras su cabeza seguía atrapada en otra parte, en las pantallas, en los registros que no encajaban, en las rutas sin origen, en ese acceso que no debería existir y que, sin embargo, estaba ahí: limpio, perfecto e invisible.

Cerró la puerta con un golpe seco, rodeó el vehículo y se acercó a la puerta del conductor cuando lo oyó: un paso muy cercano, demasiado.

Lucas se giró con el corazón acelerándose de golpe, como si su cuerpo hubiera entendido antes que él lo que estaba pasando, como si ya fuera tarde incluso antes de comprenderlo del todo. No llegó a ver un rostro, solo una silueta recortada contra la luz artificial del aparcamiento: algo oscuro e inmóvil, el tiempo justo para que su mente intentara encajarlo en algo conocido.

—Eh, oye… ¿Qué pa…?

No terminó la pregunta.

El empujón llegó rápido, seco, sin violencia aparente, casi limpio y dirigido al centro del pecho: justo lo suficiente para romper su equilibrio y convertir un paso en vacío.

Lucas retrocedió por pura inercia, con el pie buscando apoyo donde ya no lo había, rozando el borde irregular del suelo de una superficie ligeramente inclinada que tantas veces había cruzado sin pensar y que ahora se convertía en una trampa.

Resbaló y todo ocurrió en un segundo que se alargó demasiado.

El mundo se inclinó hacia atrás y las luces del puerto se desdibujaron en un destello blanco que le atravesó la visión. El cuerpo reaccionó tarde, torpe e incapaz de recuperar el control mientras el suelo desaparecía bajo él y caía cinco metros desde lo alto. Sintió el aire, el vacío breve y esa fracción de tiempo en la que todo queda suspendido antes de caer. Entonces llegó el golpe, seco y definitivo.

El sonido quedó amortiguado por la distancia, por el eco metálico de la estructura, por el mar que seguía moviéndose al fondo, como si nada hubiera cambiado, como si nada hubiera ocurrido, como si el sistema siguiera funcionando exactamente igual que siempre.

En cierto modo, así era.

Quedó allí, donde había caído, en una postura imposible que el tiempo no se molestó en corregir. Ni un gesto más, ni un reflejo tardío que

contradijera lo inevitable. La respiración no volvió ni se recompuso, no encontró el camino de regreso. Solo quedó el silencio, denso y absoluto, ocupando el lugar donde antes había habido movimiento.

A su alrededor, el puerto seguía vivo. Las grúas se desplazaban con ese ritmo lento y constante, mecánico, como si obedecieran a una coreografía que no entendía de interrupciones, y el mar, al fondo, continuaba rompiendo contra el muelle con una cadencia regular, ajena e indiferente. El sonido llegaba hasta allí como un eco distante arrastrado por la noche, envolviendo la escena sin tocarla realmente.

Nada se detuvo: las luces siguieron encendidas, las máquinas trabajando, el sistema intacto, funcionando. Y, en medio de todo aquello, Lucas no volvió a moverse.



1

Tres años después.

El sonido del teclado era constante, preciso e hipnótico.

Clara no levantaba la vista de la pantalla. Sus dedos se movían con una rapidez natural, sin esfuerzo aparente, como si no estuviera pensando en lo que hacía y todo ocurriera un paso por delante de su propia conciencia. Líneas de código, registros, accesos… todo encajando, ordenándose bajo su criterio con una facilidad que en otros requería tiempo, comprobaciones y dudas. Ella no dudaba, no en eso.

La oficina de Nexora Systems, en el distrito tecnológico de Barcelona, era todo cristal y luz blanca, demasiado limpia y demasiado perfecta. Pantallas abiertas, conversaciones en voz baja y el murmullo constante de un lugar que pretendía ser dinámico sin dejar de ser controlado. A Clara siempre le había parecido predecible y cómodo.

Nexora Systems se dedicaba a lo que las empresas nunca querían admitir que necesitaban hasta que era demasiado tarde: proteger sus sistemas, cerrar grietas, encontrar fallos antes de que alguien más los encontrara. Auditorías de seguridad, análisis de vulnerabilidades, control de accesos... todo lo que mantenía intacta la ilusión de que el mundo digital era seguro.

Clara se encargaba de demostrar lo contrario.

En la pantalla, una simulación de intrusión acababa de completarse.

Sonrió ladeando la cabeza: acceso concedido. Aquellas palabras iluminaban su pantalla en ese momento.

—Esto ha sido ridículamente fácil… —murmuró.

—¿Otra víctima indefensa?

La voz llegó desde su izquierda. Clara no necesitó mirar para saber quién era.

—Ni siquiera han intentado ocultarlo —respondió sin dejar de teclear.

Laura apoyó los codos en el borde de la mesa, inclinándose ligeramente para ver la pantalla, aunque en realidad no entendiera la mitad de lo que veía.

—De verdad, no sé cómo no te aburres.

Clara alzó una ceja, girando por fin la cabeza hacia ella.

—Créeme, me esfuerzo.

Laura rio sacudiendo la cabeza.

—Eres demasiado buena para esto… —Clara sonrió divertida mientras su amiga la miraba con burla—. Me das un poquito de asco ahora mismo —ironizó.

Clara le devolvió una sonrisa inocente que no tenía nada que ver con lo que acababa de hacer en ese sistema.

A simple vista, encajaba demasiado bien en ese entorno.

Rasgos suaves, piel clara, el pelo castaño claro cayéndole con descuido sobre los hombros, como si nunca necesitara arreglarlo demasiado, y ojos marrón claro, tranquilos y observadores. Siempre impecable sin parecer que lo intentaba, era de esas personas que pasaban desapercibidas si no sabías dónde mirar.

—Clara —la llamó una voz masculina.

La voz de Marcos atravesó la oficina con la autoridad justa, sin levantar el tono, pero consiguiendo que se girara de inmediato.

Estaba en la puerta de su despacho, mirándola con esa mezcla de prisa y expectativa que solía reservar para cosas que, en su cabeza, eran importantes.

—Un momento —respondió ella guardando rápidamente el informe.

Se levantó con calma, ignorando la mirada curiosa de Laura.

—Luego me cuentas —susurró esta.

Clara no respondió, solo caminó hacia el despacho.

Marcos cerró la puerta en cuanto ella entró.

—Necesito que te encargues de algo —dijo sin rodeos, dirigiéndose a la mesa.

El despacho de Marcos no era muy grande, pero estaba diseñado para parecerlo.

El cristal ocupaba casi toda la pared exterior, dejando entrar una luz blanca que se reflejaba en las superficies pulidas y en el mobiliario minimalista, como si todo allí estuviera pensado para proyectar orden, control y eficiencia. Desde dentro se dominaba buena parte de la oficina, aunque el efecto era más simbólico que real: ver sin ser visto, observar sin inmiscuirse.

El escritorio, amplio y despejado, apenas tenía lo imprescindible: un portátil perfectamente alineado, una carpeta abierta con documentos organizados con una precisión casi obsesiva y un bolígrafo colocado en paralelo al borde, como si alguien midiera distancias invisibles. No había ningún objeto personal ni ninguna otra distracción o fotografía.

Detrás, había una estantería baja con algunos dosieres perfectamente archivados y un par de libros técnicos que probablemente nadie había abierto en meses, colocados más por lo que representaban que por lo que aportaban.

El aire olía a limpio, a café reciente y a ese tipo de espacios donde todo está bajo control porque nada se deja al azar.

Clara lo recorrió con la mirada en un segundo. Siempre le había parecido un lugar demasiado correcto y ordenado, como si dentro no pudiera pasar nada realmente interesante y, sin embargo, era ahí donde empezaban casi todos los problemas.

Clara se apoyó ligeramente en el respaldo de la silla frente a él, cruzándose de brazos con naturalidad.

—Eso lo hago siempre.

Él esbozó una sonrisa breve.

—Esto es diferente. —Abrió una carpeta en su escritorio, girándola hacia ella—. Clientes nuevos… muy importantes. —Clara bajó la mirada, recorriendo los datos sin mostrar demasiado interés, aunque ya había empezado a analizarlo todo—. Quieren una auditoría completa —continuó Marcos—. Sistemas, accesos, posibles vulnerabilidades... todo.

—¿Todo? ¿Y por qué yo? —se quejó—. Llevo muchos clientes ahora mismo y estoy liada con…

—Porque eres la mejor —la cortó su jefe. Ella suspiró al escuchar aquello y apartó la mirada de él. No lo dijo como un halago, sino como un hecho. Clara chasqueó la lengua y levantó la vista, encontrándose con su mirada—. Además —añadió él—, esto no puede fallar. Es uno de los clientes más importantes que hemos tenido y… quiero que lo lleves tú.

Clara ladeó ligeramente la cabeza, pensativa, y finalmente suspiró.

—Vale —dijo, dándose por vencida antes de discutir con él. Sabía que no serviría de nada.

Marcos asintió, satisfecho.

—Empieza hoy mismo —la señaló.

Ella tomó la carpeta sin prisa, girándose hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo un segundo.

—Marcos…

—¿Sí?

Clara sonrió con esa sonrisa afable que nunca decía del todo lo que pensaba.

—Intentas que no me aburra, ¿verdad? —bromeó.

Su jefe sonrió y enarcó una ceja.

—La reunión es el próximo lunes —continuó él sin responder a su pregunta—, así que espero que esté todo listo para entonces. Quiero este cliente. Sorpréndelos.

—Claro —respondió antes de salir.

Clara salió del despacho sin prisa, con la carpeta apoyada contra la palma de la mano, como si no pesara nada o no hubiera nada dentro que mereciera atención inmediata. El murmullo de la oficina la envolvió de nuevo en cuanto cruzó la puerta: ese sonido constante de teclas, conversaciones a media voz y el aire acondicionado.

Caminó hasta su mesa con la misma calma de siempre y dejó la carpeta sobre el escritorio, alineándola casi por inercia junto al teclado.

No la abrió mientras se sentaba y se situaba ante la pantalla de su ordenador, aunque sintió la mirada a su lado.

Laura, desde su sitio, fingía estar concentrada en su pantalla, pero la forma en que ladeaba ligeramente la cabeza y cómo sus dedos se habían detenido sobre el teclado la delataban sin esfuerzo.

Clara apoyó una mano en la mesa, inclinándose hacia delante.

—Nuevos clientes —dijo sin más.

Laura alzó la vista, como si aquello confirmara exactamente lo que esperaba.

—¿Y?

Clara se encogió de hombros.

—Y nada. —Laura entornó los ojos, estudiándola. Clara esbozó una sonrisa, de esas que parecían más una distracción que una respuesta—. El lunes es la reunión —le informó mientras ponía los ojos en blanco.

Laura resopló, pero no insistió. Sabía lo que implicaban aquellas últimas palabras por parte de su amiga: trabajar sin parar el resto del día para impresionar a los nuevos clientes.

Clara arrastró la carpeta hacia ella y sus dedos se deslizaron por el borde antes de abrirla.

Dentro había documentos ordenados: datos, informes preliminares y nombres.

Los recorrió con rapidez, asimilando la información sin detenerse demasiado en ningún punto y dejando que su cabeza hiciera conexiones antes incluso de terminar de leer.

Empresa, infraestructura, ubicación, accesos y, entonces, se detuvo. Sus ojos volvieron atrás fijándose en una línea concreta y su mandíbula se tensó.

—Joder…

La palabra salió en un susurro, suficiente para que algo en su expresión cambiara y para que su aparente calma se resquebrajara por dentro.

Su jefe tenía razón: aquel no era un cliente cualquiera.

No solía salir. No le gustaba el ruido, ni la gente, ni esa obligación silenciosa de aparentar ser alguien distinto. Prefería su casa, el silencio, la pantalla recortando la oscuridad y esa sensación de control que le daba entender lo que tenía delante. Allí todo encajaba, nada la sorprendía. Pero aquella semana había sido distinta: demasiadas horas en la oficina, demasiados sistemas abiertos al mismo tiempo y demasiados fallos que no deberían existir. Y, pese a todo, ahí estaban. Había dormido poco, comido peor y pensado demasiado. Laura, como siempre, había insistido lo suficiente como para que acabase aceptando.

—Te vendrá bien —le había dicho—. Una noche normal, sin pantallas.

Clara se había negado al principio, pero Laura había insistido. Lo cierto es que estaba demasiado colapsada como para ponerse a trabajar aquella noche. Necesitaba dejar de pensar durante unas horas.

Sin duda, había sido un grave error.

Apoyada en la barra, sostenía la copa entre los dedos y miraba la pista de baile sin prestarle verdadera atención. La música retumbaba demasiado fuerte, vibrándole en el pecho más que en los oídos, y las luces cambiantes convertían a la gente en sombras intermitentes, figuras sin forma definida que se movían al ritmo de algo que a ella no le decía nada.

Vestía sencillo, pero no casual. Un vestido negro corto, ajustado, de líneas limpias que dejaba los hombros al descubierto. El tipo de ropa que

parecía elegida sin esfuerzo. Se había dejado el pelo suelto, ligeramente ondulado, cayéndole sobre la espalda y un maquillaje suave que resaltaba lo justo, sin excesos. Iba elegante y discreta, tal y como le gustaba a ella. Nunca se había caracterizado por querer ser el centro de atención.

Dio un sorbo a la copa de vodka con cocacola y suspiró resignada mientras miraba de un lado a otro, intentando entretenerse y despejar la mente.

—¿Te invito a otra?

Clara no se giró de inmediato; ya había notado su presencia, demasiado cerca y demasiado seguro de sí mismo, antes de que dijera una sola palabra.

—No —respondió tranquila.

El chico sonrió, apoyándose en la barra como si la conversación fuera a continuar de todas formas.

—Ni siquiera sabes qué iba a pedirte —comentó con una sonrisa.

Clara giró entonces la cabeza, mirándolo por primera vez.

El chico rondaba los treinta y pocos y tenía ese aire de seguridad fácil, propio de quien está acostumbrado a gustar sin esfuerzo. Alto, bien proporcionado, con los hombros anchos bajo una camisa blanca ligeramente desabrochada en el cuello, lo justo para parecer informal sin dejar de estar cuidado. El pelo oscuro, peinado con intención, pero sin rigidez, y una barba corta que suavizaba unos rasgos demasiado definidos como para pasar desapercibidos. Era el típico chico que sabía perfectamente cómo entrar en una conversación y cómo salir de ella sin perder.

—No me interesa —respondió ella.

Él soltó una risa breve e incrédula.

—Eso no suele pasar.

Clara ladeó su cabeza.

—Empieza a acostumbrarte. —La sonrisa de Clara fue suave y casi amable.

El chico la sostuvo unos segundos más con la mirada, evaluando si merecía la pena insistir, y al final decidió que no.

—Vale… —murmuró levantando las manos—. Tú te lo pierdes.

—Seguro que sí —susurró agobiada.

Clara desvió la atención hacia su copa, ignorándolo, hasta que el muchacho acabó alejándose.

Apuró lo que quedaba de la bebida de un trago, dejó el vaso sobre la barra con un leve golpe seco y suspiró. Necesitaba moverse o salir de allí.

Buscó a Laura entre la multitud, recorriendo la pista con la mirada hasta encontrarla al fondo, iluminada por una luz azul intermitente. Estaba bailando con Alfonso, su novio, completamente enfrascada en su propio mundo, riéndose y acercándose más de lo necesario, ajena a todo lo demás.

Alfonso era ingeniero industrial, trabajaba en una empresa de automatización y siempre le había caído bien a Clara. Tranquilo, educado, con ese tipo de inteligencia práctica que no necesitaba imponerse. Era fácil hablar con él, pero no aquella noche. Aquella noche no tenía sitio ahí. No le gustaba sentirse como una pieza que sobraba, como si estuviera de más en una escena que no le pertenecía.

Exhaló despacio, apartando la mirada. Había demasiado ruido y demasiada gente.

Dejó el vaso en la barra y bajó del taburete sintiendo cómo aquella segunda copa ya le había afectado levemente al equilibrio. Sí, definitivamente necesitaba aire, despejarse un poco.

Se abrió paso hacia la salida sin pensarlo demasiado, esquivando cuerpos que bailaban al son de una música electrizante, luces que pasaban por encima de ella y miradas que no retenía ni un segundo más de lo necesario.

Caminó por el pasillo hacia la salida de la discoteca e incluso antes de salir a la calle ya notó el cambio en el aire.

Fuera, el aire era frío y más limpio, y la música quedaba amortiguada tras la puerta, como si viniera de otro lugar.

Salió al exterior y durante unos segundos se quedó quieta, cerrando los ojos y respirando hondo. En su estado, no fue muy buena idea. Notó rápido cómo perdía el equilibrio hacia un lado.

Fue hasta la pared y se apoyó en ella, dejando que el frío del exterior le calmara el calor pegajoso que traía de dentro. Cerró los ojos un instante, respirando despacio, como si necesitara recolocarse por dentro.

Siempre pasaba lo mismo. Se llevaba bien con Laura; no era una relación forzada ni incómoda. Con ella todo resultaba fácil, ligero, incluso divertido a veces. Alfonso también le caía bien, demasiado bien para lo que solían ser las parejas de sus amigas: tranquilo, de conversación fácil, sin necesidad de encajar en ningún sitio. A veces incluso quedaban los tres a tomar algo y, por un rato, Clara conseguía olvidar esa sensación de estar fuera. Pero siempre volvía. Esa certeza silenciosa de que sobraba, de que, aunque nadie lo dijera, la escena funcionaba igual —o incluso mejor— sin ella. Cada vez que quedaban, Clara pensaba lo mismo: que sería la última vez, que no volvería a ponerse en esa situación, que no tenía sentido seguir fingiendo

que encajaba en algo que no estaba hecho para ella. Y, aun así, volvía, quizá por inercia o quizá por Laura, porque una parte de ella sospechaba que Laura la invitaba no solo por amistad, sino porque le daba lástima.

La idea no le gustaba, pero tampoco podía descartarla del todo.

Abrió los ojos, clavando la mirada en el suelo unos segundos.

No era una persona fácil, nunca lo había sido.

No sabía ni le interesaba mantener conversaciones vacías ni esforzarse por caer bien, tampoco suavizar lo que pensaba para hacerlo más digerible. Con el tiempo, eso había reducido su círculo.

Laura y poco más. Bueno… Marta, o lo que quedaba de Marta.

Se conocían desde hacía años, pero últimamente apenas hablaban. Desde que había empezado a salir con Álvaro, arquitecto si no recordaba mal, todo se había vuelto más distante. No había sido de forma brusca, no había ocurrido ninguna discusión, simplemente había sucedido. Menos mensajes, menos planes y menos coincidencias… hasta desaparecer casi por completo.

Clara no había hecho nada por evitarlo ni por recuperarla, puede que porque, en el fondo, no la necesitaba o porque le resultaba más fácil así. Siempre había sido así, más cómoda sola que mal acompañada, más eficiente sin ruido alrededor.

Su mente se desvió hacia algo más lejano en el tiempo: la universidad. Hacía cinco años ya desde que había salido de allí.

Había tenido una relación entonces. Dos años que, en su momento, le habían parecido importantes. Sergio, informático también, aunque muy distinto a ella: más social, más flexible y más dispuesto a adaptarse.

Al principio había funcionado, luego… no. Demasiadas diferencias, demasiadas discusiones por cosas que a Clara le parecían irrelevantes y que, para él, lo eran todo: tiempo, atención, presencia. Sergio quería más de lo que ella estaba dispuesta a dar, no porque no pudiera, sino porque no quería.

No lo necesitaba y, cuando llegó el momento de elegir, no hubo duda: el trabajo, siempre el trabajo.

Lo dejaron sin drama, sin grandes escenas, casi como si ambos supieran que aquello no tenía mucho más recorrido y, desde entonces, nada. Cinco años y ni una pareja más, ni intentos, ni interés real. Y no lo echaba de menos, ni siquiera un poco.

Exhaló despacio, cruzándose de brazos. No necesitaba a nadie, no necesitaba distracciones. Tenía su trabajo, sus rutinas y sus cosas. Y, sobre

todo, tenía la sensación constante de que había algo más importante esperando a ser descubierto, entendido y resuelto.

Eso sí le importaba, sí la llenaba; lo demás era ruido.

Supo que no estaba sola antes de abrir los ojos.

Había alguien más allí, apoyado a unos metros de distancia, lo suficientemente lejos como para no invadir su espacio, pero lo suficientemente cerca como para no pasar desapercibido.

Clara giró ligeramente la cabeza.

Él no se movió.

Alto, postura relajada, manos en los bolsillos, como si llevara ahí más tiempo del que debería. La tenue luz de la calle recortaba su silueta sin definirla del todo, pero había algo en la forma en que estaba quieto, en cómo observaba sin pretender hacerlo, que no encajaba con el resto de la noche.

Él no dijo nada. Ella tampoco, pero aquel hombre no dejaba de observarla.

—Si estás esperando a alguien, creo que no soy yo —pronunció ella lentamente.

Su voz sonó calmada, sin hostilidad ni invitación alguna.

Él giró entonces la cabeza, mirándola por primera vez. O eso parecía.

—No estoy esperando —respondió en voz baja, pero firme y demasiado tranquila.

Clara lo estudió con más atención, deteniéndose un segundo más de lo necesario.

Era un chico alto, bastante más que la mayoría de los que habían pasado por su lado aquella noche. Medía cerca de metro ochenta y cinco, quizá algo más, con una complexión atlética que no parecía trabajada en un gimnasio, sino construida con disciplina y rutina, como algo más funcional que estético. Hombros anchos y postura recta, sin rigidez, como si su cuerpo estuviera acostumbrado a moverse con precisión incluso cuando estaba quieto.

Tenía el pelo oscuro, corto y perfectamente ordenado, demasiado cuidado para ser casual, aunque sin llegar a parecer forzado. No era el tipo de chico que llamara la atención de inmediato, pero, una vez te fijabas en él, dejaba de pasar desapercibido.

Sus ojos eran claros. No sabría decir si gris o verde desde aquella distancia, pero tenían algo frío, contenido, como si midieran más de lo que mostraban. No invadían, no buscaban, pero tampoco se perdían nada.

La ropa no ayudaba a encasillarlo.

Nada llamativo, nada que destacara. Una camisa oscura bien ajustada, sin arrugas, unos pantalones igualmente neutros y zapatos limpios. Todo correcto, todo en su sitio, como si hubiera elegido exactamente lo necesario para no llamar la atención… y, aun así, la llamara.

Siempre había sido buena evaluando riesgos, trabajaba de ello, y podía asegurar que aquel chico no encajaba del todo con el resto. Y eso era precisamente lo que lo hacía difícil de ignorar.

—Entonces deberías intentarlo dentro —dijo ella con una leve sonrisa—. Aquí fuera no pasa gran cosa.

—Depende de lo que busques.

Clara arqueó una ceja.

—¿Y tú qué buscas?

Él tardó un segundo en responder.

—Silencio —respondió mirando al frente.

Clara soltó una breve exhalación que podría haber sido una risa.

—Mala elección de sitio.

—No tanto —acabó con un tono de voz más sociable.

Algo en la conversación no encajaba con lo habitual. No había prisa, no había insistencia, no había esa necesidad constante de avanzar hacia algún sitio.

Eso… era raro.

Clara ladeó la cabeza.

—¿Siempre hablas así con desconocidas?

—Solo con las que no quieren hablar.

Ella sonrió.

—Entonces deberías rendirte ya.

—Podría.

El silencio volvió, pero no era incómodo, sino distinto.

Clara apartó la mirada un instante, observando la calle, el movimiento lejano, la gente entrando y saliendo sin prestar atención a lo que ocurría fuera de su pequeño mundo.

—No te he visto antes —dijo, más por romper la dinámica que por interés real.

—Eso no significa que no estuviera —respondió el muchacho.

Sus ojos volvieron a él. Algo en aquella respuesta terminó de confirmarle que ese chico no encajaba allí.

—Claro —murmuró ella, asintiendo sin saber qué otra cosa decir. Se incorporó ligeramente, separándose de la pared—. Voy a volver dentro.

Él asintió, como si aquello fuera exactamente lo que esperaba.

—Disfruta del ruido —acabó bromeando.

Clara sostuvo su mirada un segundo más de lo necesario.

—Lo intentaré —respondió mirándolo fijamente y, por primera vez, coincidió con sus ojos. Sí, definitivamente eran unos enormes ojos claros que contrastaban con su cabello oscuro.

Se dio la vuelta. Él volvió a ofrecerle el perfil y ella entró de nuevo en la discoteca sin mirar atrás.

Cuando entró, el golpe fue inmediato. El calor, la música, la gente demasiado cerca… todo volvió de repente, como si el aire de fuera no hubiera sido más que una ilusión breve.

Clara frunció ligeramente el ceño, avanzando entre cuerpos que se movían, esquivando manos, risas y conversaciones que no escuchaba.

Definitivamente, no iba a volver a aquel sitio.

Sacó el móvil mientras caminaba. Faltaban pocos minutos para la una de la madrugada.

Buscó a Laura entre la multitud y la encontró en la barra, sentada junto a Alfonso, riéndose de algo que él acababa de decir, inclinada hacia su pareja con esa cercanía que hacía innecesaria la presencia de un tercero.

Clara se acercó.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Laura en cuanto la vio, con una mezcla de curiosidad y ligero reproche.

—Fuera —respondió Clara, acercándose—. Necesitaba aire.

—¿Y no me dices nada? —Laura frunció el ceño—. Pensaba que te habías ido.

—Todavía no.

Alfonso le dedicó una sonrisa tranquila.

—¿Mejor? ¿Te ha sentado bien el aire?

Clara asintió levemente.

—Mucho —le sonrió.

Laura alzó su copa, mirándola.

—¿Te traigo otra?

Clara negó con la cabeza casi de inmediato.

—No, me voy a ir.

—¿Ya? —Laura la miró con sorpresa—. Pero si acabamos de llegar.

—Ya he tenido suficiente por esta noche —respondió Clara con calma—. Pediré un taxi, no te preocupes.

Laura la observó un segundo, evaluando si insistir o no.

—¿Seguro?

—Sí, necesito descansar. —Se acercó y la abrazó—. No te preocupes —añadió—. Disfruta de la noche.

Laura suspiró, pero acabó sonriendo mientras se separaba de ella.

—Vale… pero me escribes cuando llegues.

—Claro, lo haré.

Clara se acercó a Alfonso y se despidió de él también.

—Hasta el lunes —murmuró Laura.

—Hasta el lunes.

Clara se separó sin mirar atrás.

Atravesó la discoteca una última vez, sin detenerse, sin prestar atención a nadie, hasta llegar al guardarropa. Recogió su chaqueta y el bolso, comprobando de forma automática que llevaba todo, y salió de nuevo al exterior.

El aire frío volvió a golpearle el rostro y, de forma inconsciente, buscó con la mirada al chico con el que había hablado.

No estaba.

Suspiró y siguió andando. Cruzó la calle, pues el tráfico era escaso a esas horas, y se dirigió a la acera de enfrente, donde una fila irregular de taxis esperaba bajo la luz amarillenta de una farola. Levantó la mano y uno de ellos avanzó unos metros hasta detenerse frente a ella.

Abrió la puerta trasera y se deslizó dentro.

—Buenas noches. ¿A qué dirección la llevo? —preguntó el conductor.

Clara se la dio sin dudar y el taxi arrancó.

No miró atrás ni se dio cuenta de la figura que vigilaba al otro lado de la carretera, parcialmente oculta en la sombra, quieta, observando cómo el vehículo se incorporaba al tráfico nocturno y desaparecía poco a poco.

Él no se movió de inmediato, se limitó a seguir el recorrido con la mirada hasta que el vehículo dejó de ser visible. Le habían hablado de ella, pero era muy diferente estudiar su perfil a verla en persona. Se pasó la mano por sus ojos claros, rozándolos, sacó el teléfono y marcó un número. Luego se llevó el teléfono al oído.

—Adelante —dijo una voz al otro lado de la línea.

Él no dudó.

—Objetivo en movimiento —su tono era grave, firme y sin rastro de duda —. Se dirige a su domicilio. Trayecto iniciado hace menos de un minuto.

—Recibido —respondieron.

El chico agachó ligeramente la mirada, guardó el teléfono con la misma precisión con la que lo había sacado y desapareció en la noche como si nunca hubiera estado allí.



2

—Lo que ustedes tienen ahora mismo no es un sistema seguro —dijo Clara apoyando las manos sobre la mesa—. Es un sistema que aún no ha sido comprometido. La diferencia es importante —continuó—. Lo primero es una percepción, lo segundo… una cuestión de tiempo.

Uno de los hombres intercambió una breve mirada con su compañero.

—¿Y usted puede garantizar que eso no ocurra? —preguntó.

Clara negó suavemente con la cabeza.

—Nadie puede garantizar eso, pero sí podemos adelantarnos a cómo ocurriría.

—Explíquese —dijo el hombre, invitándola a continuar con un gesto cortés.

Clara giró la tableta hacia ellos, mostrando un esquema limpio y ordenado.

—Nosotros no protegemos sistemas —dijo—. Los atacamos primero. —Pudo ver cómo los dos hombres la escudriñaban—. Simulamos intrusiones reales, analizamos vectores de entrada, identificamos vulnerabilidades estructurales y, después, diseñamos soluciones que no solo cierran esas brechas, sino que dificultan que vuelvan a abrirse.

—¿Y qué les hace pensar que son mejores que el resto?

La pregunta llegó directa y sin rodeos.

Clara sostuvo la mirada sin dudar.

—Porque encontramos cosas que otros no buscan.

No añadió nada más, la respuesta había sido contundente.

La sala era amplia, silenciosa, con vistas a la ciudad de Barcelona a través de un ventanal que dejaba entrar una luz blanca y fría. Era una de esas salas diseñadas para impresionar, donde cada elemento parecía colocado con una intención concreta. En el centro, la mesa de reuniones llenaba el espacio, impecable, con apenas lo necesario: dispositivos, documentación y agua. Al otro lado se situaban ellos, los nuevos clientes.

No eran una empresa cualquiera. Representaban a una de las principales infraestructuras tecnológicas vinculadas a redes de logística y sistemas estratégicos a nivel europeo, con presencia en varios países y una influencia lo suficientemente amplia como para que cualquier fallo en su seguridad no fuera solo un problema interno, sino un problema mayor.

Por eso estaban allí y por eso Marcos no había dudado en asignar aquel cliente a Clara.

—Según su propuesta —intervino el segundo hombre hojeando el informe—, ustedes plantean una auditoría completa de acceso a nuestros sistemas internos.

—Correcto.

—Incluyendo nodos que no están conectados a la red.

Clara asintió.

—Especialmente esos —confirmó.

El hombre alzó ligeramente una ceja.

—No suelen ser vulnerables.

—No suelen ser analizados —corrigió Clara—. Y eso los convierte en el punto perfecto para empezar.

Hubo un silencio de nuevo.

—Supongamos que aceptamos —dijo el primero—. ¿Por dónde empezaría?

Clara no necesitó pensar.

—Por lo que creen que está funcionando. Los sistemas en que más confían son los que menos se revisan y, normalmente, los que más fallos acumulan.

—¿Y cuánto tardaría en encontrar algo relevante?

—Depende de lo que consideren relevante.

—Algo que justifique esta reunión.

Clara dejó pasar un segundo.

—Menos de cuarenta y ocho horas.

No hubo arrogancia en su voz, sino certeza. Uno de ellos apoyó la espalda en la silla, cruzándose de brazos.

—Es ambicioso.

—Es realista —contestó ella directamente. Clara deslizó ligeramente la tableta hacia ellos—. Si quieren pruebas, podemos empezar con una intrusión controlada en uno de sus entornos secundarios. Sin impacto real y sin riesgo operativo.

—¿Y si lo consiguen?

—Entonces sabrán que tienen un problema.

—¿Y si no?

Clara lo miró directamente.

—Entonces no nos necesitan.

Los dos hombres intercambiaron una mirada distinta a las anteriores.

No era duda. Era cálculo.

Clara se recostó ligeramente en la silla, manteniendo la compostura, sin presionar y sin añadir nada más. No hacía falta. Aquella reunión no era para convencerlos, sino para que entendieran algo mucho más simple: que el problema ya existía y que ella solo era la primera en verlo.

—Ahora mismo su sistema no está blindado —continuó Clara, deslizando dos dedos sobre la pantalla para cambiar de esquema—. Está segmentado, en apariencia. —Los dos hombres volvieron a inclinarse ligeramente hacia delante—. Tienen una arquitectura por capas —añadió—, con separación entre entornos operativos y administrativos, pero la segmentación es lógica, no real. Eso significa que, si alguien consigue acceso a un nodo intermedio, puede moverse lateralmente sin demasiadas restricciones.

Uno de ellos frunció el ceño.

—Eso no debería ser posible. Tenemos control de accesos por niveles.

—Tienen control de accesos —corrigió Clara con suavidad—. Pero no tienen aislamiento efectivo. —Señaló un punto concreto en el esquema—. Aquí. Sus credenciales de mantenimiento tienen privilegios acumulativos. No están limitadas por contexto, solo por usuario. Si alguien compromete una de esas cuentas, no necesita escalar permisos. Ya los tiene.

Hubo silencio y el segundo hombre dejó la carpeta sobre la mesa.

—Eso implicaría una brecha previa.

—No necesariamente —respondió Clara—. Puede ser un acceso legítimo mal protegido. Phishing interno, reutilización de credenciales o incluso una mala gestión de claves. No hace falta una intrusión compleja cuando el sistema ya permite caminos abiertos. —Deslizó de nuevo la pantalla—. Además, su monitorización es reactiva. Detecta anomalías después de que ocurran, no antes.

—Tenemos sistemas de alerta en tiempo real.

—Basados en firmas conocidas —replicó Clara—. Eso funciona contra ataques ya documentados, no contra vectores nuevos o adaptados.

Uno de los hombres apoyó los codos sobre la mesa.

—Entonces, según usted, ¿cómo entrarían?

Clara no dudó.

—Por el punto más silencioso. —Pulsó una vez más y apareció otro esquema más detallado—. Acceso inicial a través de un *endpoint* con privilegios medios. Movimiento lateral utilizando credenciales heredadas. Escalada innecesaria porque el sistema ya permite tránsito entre segmentos y extracción de datos desde un nodo que no está siendo auditado en profundidad.

—¿Sin ser detectados?

—Con baja probabilidad de detección inmediata —corrigió—. Lo suficiente para obtener lo que buscan y salir antes de que el sistema reaccione.

La sala quedó en silencio unos segundos.

—¿Y qué haría usted para evitarlo? —preguntó el primero.

Clara apoyó la espalda en la silla, cruzando las manos.

—Rompería la lógica actual. —Los dos hombres la miraron con atención —. Implementaría segmentación real a nivel de red, no solo lógica. Microsegmentación con control de tráfico este-oeste. Ningún nodo debería comunicarse con otro sin validación explícita.

—Eso afectaría al rendimiento.

—Lo optimizaría después —respondió sin dudar—. La seguridad no puede depender de la comodidad operativa.

Hubo un breve silencio.

—¿Qué más?

—Modelo de confianza cero.

—¿*Zero trust*?

—Exacto. Ningún usuario, ningún dispositivo, ningún acceso se considera fiable por defecto. Validación continua, autenticación multifactor adaptativa y control de contexto en cada petición.

—Eso ya lo tenemos parcialmente implementado.

Clara negó levemente.

—No de forma efectiva. Sus accesos críticos no están condicionados por comportamiento ni por ubicación, solo por credenciales.

El segundo hombre intervino.

—¿Y la gestión de claves?

—Haremos rotación dinámica, almacenamiento en módulos seguros y eliminación de credenciales persistentes —respondió—. Ahora mismo tienen claves que llevan meses activas.

Ambos se miraron.

—Eso no debería…

—Pero ocurre —confirmó ella—. Además, introduciría sistemas de detección basados en comportamiento, no en firmas. Análisis de patrones, aprendizaje de actividad normal y alerta ante desviaciones mínimas.

—Eso genera muchos falsos positivos.

—Solo si no se entrena bien el sistema.

—¿Y la exfiltración de datos?

Clara no apartó la mirada.

—Control de salida.

—¿Puede ser más específica?

—Haremos monitorización y restricción del tráfico saliente, inspección profunda de paquetes y limitación de transferencias no autorizadas. Ahora mismo, si alguien entra puede sacar información sin demasiadas barreras.

El primero de los hombres apoyó la espalda en la silla, evaluando.

—Está asumiendo que alguien ya ha intentado entrar.

Clara sostuvo su mirada.

—Estoy asumiendo que alguien lo intentará.

Marcos, al otro lado de la mesa, no había intervenido en toda la conversación. Se limitaba a observar apoyado ligeramente en el respaldo de su silla, con una expresión contenida que Clara conocía bien: orgullo.

—¿Cuánto tiempo necesitaría para implementar todo eso? —preguntó finalmente uno de los hombres.

Clara no miró a Marcos.

—Para detectar las primeras vulnerabilidades, menos de cuarenta y ocho horas —dijo—. Para rediseñar la arquitectura, dependerá de hasta qué punto estén dispuestos a cambiar lo que ya tienen.

—¿Y usted lideraría ese proceso?

—Sí.

Los hombres se miraron de reojo.

—¿Sola?

Clara se permitió esbozar una leve sonrisa.

—No.

El silencio se alargó unos segundos más de lo necesario mientras los dos hombres se evaluaban en silencio, una última comprobación que hizo que Clara contuviera la respiración.

Uno de ellos asintió con sutileza, pero fue suficiente. Se incorporó, se ajustó la chaqueta con un gesto limpio y tendió la mano hacia Marcos.

—Trabajaremos con ustedes.

Marcos se levantó de inmediato, estrechándole la mano con firmeza.

—Excelente decisión. —El segundo hombre también se puso en pie, recogiendo su carpeta con calma—. Tendrán el contrato listo en dos días —añadió Marcos con profesionalidad—. Nuestro equipo empezará a trabajar en cuanto lo formalicemos.

—Perfecto —respondió el primero. Antes de girarse hacia la salida, miró a Clara y sostuvo su mirada un instante más largo que cualquier otro durante la reunión—. Muy buen trabajo —añadió—. Si la mitad de lo que ha explicado se aplica como dice, estaremos en buenas manos.

Clara no sonrió, pero asintió.

—Lo estarán.

No sonó arrogante, sino seguro.

El hombre asintió satisfecho mientras salían de la oficina.

Marcos los acompañó hasta la puerta intercambiando las últimas formalidades mientras salían de la sala. El sonido de sus pasos se perdió por el pasillo, alejándose poco a poco hasta desaparecer.

Clara se quedó unos segundos de pie, recogiendo los documentos de la mesa con movimientos precisos, ordenándolos como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal, aunque con una leve e inevitable curva sutil en sus labios.

Cuando la puerta volvió a abrirse, no levantó la vista de inmediato.

—Sabía que lo conseguirías —pronunció Marcos, efusivo.

Clara alzó la mirada, pero no respondió. Lo miró con esa mezcla de calma y algo más contenido que nunca terminaba de mostrarse del todo y asintió levemente.

—Buen trabajo, Clara.

Salió de la sala sin añadir nada más.

Ella terminó de recoger los papeles, cerró la carpeta y la dejó sobre la mesa antes de salir también.

El contraste con la oficina fue inmediato. Ruido contenido, teclados y conversaciones bajas. Todo seguía exactamente igual que antes, como si nada hubiera cambiado.

Clara caminó hasta su mesa y se sentó, encendiendo la pantalla con un gesto automático, lista para trabajar. Abrió uno de los archivos preparada para empezar cuando el móvil vibró suavemente sobre la mesa.

Lo cogió y observó un mensaje con número oculto.

Tragó saliva y miró hacia los lados disimuladamente.

Laura estaba concentrada en su pantalla y el resto de la oficina seguía con su rutina. Nadie miraba.

Desbloqueó el teléfono y leyó el mensaje.

El mensaje no parecía tener sentido: una cadena de carácteres, números y símbolos sin orden aparente.

A7F-3C9//NODE:47//ΔPORT=8821
TIMEFRAME: 24:00
PAYLOAD: ext.auth / mirror.req
VALOR: 85K

Clara lo leyó un par de veces para reorganizar el significado de aquel mensaje en su cabeza con rapidez.

Acceso externo a nodo específico.
Puerto no estándar.
Solicitud de espejo de autenticación.
Ventana de ejecución: cuatro horas.
Extracción limpia.
Sin ruido.
Ochenta y cinco mil.

Sus dedos se quedaron quietos sobre el teléfono un segundo más de lo necesario.

Era un trabajo interesante.

Miró de nuevo alrededor, comprobando que nada había cambiado, que todo seguía igual, y tecleó una única palabra:

OK

Acto seguido, le dio a enviar el mensaje.

La pantalla volvió a negro y Clara dejó el móvil boca abajo junto al teclado, apoyándose ligeramente en el respaldo de la silla mientras su mirada se perdía un instante en la pantalla del ordenador, aunque ya no estaba viendo lo que tenía enfrente.

Aquella noche tenía más trabajo, uno con el que realmente disfrutaba.

Cuando salió del edificio, el aire frío le golpeó la cara, despejándola casi al instante.

Ya era de noche y las luces de Barcelona dibujaban reflejos húmedos sobre el asfalto. El murmullo constante de la ciudad parecía más contenido a

esas horas, como si todo se moviera un poco más despacio, pero sin detenerse nunca del todo.

Clara se ajustó el abrigo, hundiendo las manos en los bolsillos mientras caminaba hacia la parada del autobús.

Aquella noche iba a ser larga, lo sabía. No por el trabajo de Nexora, ni por los nuevos clientes, ni siquiera por la reunión que acababa de cerrar con precisión casi quirúrgica, sino por lo otro.

Subió al autobús, validó el billete y se sentó junto a la ventana, apoyando la cabeza un segundo contra el cristal frío. La ciudad empezó a moverse al otro lado, difusa e intermitente.

Sacó el móvil y abrió el mensaje otra vez.

A7F-3C9//NODE:47//ΔPORT=8821
TIMEFRAME: 24:00
PAYLOAD: ext.auth / mirror.req
VALOR: 85K

Lo leyó sin prisa esta vez. Nodo externo. Puerto no estándar. Extracción limpia. Veinticuatro horas. Ochenta y cinco mil.

Exhaló despacio. No era un encargo sencillo o de rápida ejecución; iba a necesitar concentración y azúcar, mucho azúcar.

Guardó el móvil dejando que su mente empezara a trabajar sola, adelantándose, trazando posibles caminos, calculando accesos e imaginando estructuras que aún no había visto.

Cuando el autobús se detuvo, se levantó sin dudar y bajó.

El cambio era evidente. Las calles eran más estrechas, menos cuidadas, con esa humedad persistente que parecía instalarse en las paredes y no marcharse nunca. Las fachadas estaban desgastadas, las persianas a medio bajar y las luces amarillentas apenas iluminaban lo suficiente. No era un barrio bonito, pero era suyo, donde se había criado.

Caminó sin prisa, concentrada en su propio ritmo, hasta detenerse frente al pequeño badulaque de la esquina, iluminado con una luz blanca demasiado intensa para el resto de la calle.

El hombre del mostrador alzó la vista en cuanto la vio.

—Hola, Clara.

—Hola —respondió ella con una leve sonrisa.

Recorrió los pasillos estrechos con rapidez, cogiendo lo que sabía que iba a necesitar sin pensarlo demasiado: bolsas de patatas, varias tabletas de chocolate, barritas, galletas y refrescos.

—Combustible —susurró ella mientras se dirigía a la caja para que le cobrasen.

—¿Noche larga? —preguntó él mientras pasaba los productos por el escáner de punto de venta.

Clara apoyó la bolsa sobre el mostrador.

—Algo así.

Pagó, recogió la bolsa, que era más pesada de lo que parecía, y salió de nuevo a la calle.

El portal de su edificio estaba a pocos metros. Era un portal antiguo, sin encanto, con ese olor a humedad y vida acumulada que no desaparecía nunca. Subió por las escaleras, sin molestarse en esperar al ascensor, hasta el segundo piso. Sacó las llaves y abrió.

El silencio la recibió y un segundo después…

—¡Milo! —exclamó ella con una gran sonrisa.

El gato apareció de inmediato, deslizándose con esa elegancia despreocupada de los que saben que el espacio les pertenece. Era un gato gris atigrado, de pelo corto y ojos grandes, demasiado expresivos para ser casualidad.

Se enroscó entre sus piernas con un maullido suave.

—Hola —murmuró Clara con cariño, dejando la bolsa sobre la mesa.

Se agachó y le pasó la mano por el lomo. Milo respondió con un ronroneo profundo y constante, apoyando la cabeza contra su mano con una confianza absoluta.

—Sí, yo también me alegro de verte —le susurró antes de agachar su cabeza y besarlo.

Se quitó el abrigo, colgándolo con cuidado, y recorrió el piso con la mirada.

Era pequeño, pero lo tenía impecable. Nada fuera de lugar.

Un salón reducido que hacía de todo, una cocina abierta, funcional, sin adornos, y un escritorio al fondo que no destacaba, pero tampoco pasaba desapercibido.

Orden, siempre orden.

Dejó la bolsa en la cocina y empezó a sacar cosas sin prisa.

Antes de nada, necesitaba comida. No trabajaba con el estómago vacío. Nunca.

Preparó algo rápido, sencillo, lo suficiente para sostener el cuerpo sin distraer la mente, y encendió la televisión dejando que un programa cualquiera llenara el espacio con ruido de fondo.

Se sentó y comió sin pensar demasiado, lo justo para desconectar y dejar la mente en blanco unos minutos.

Milo saltó al sofá, acomodándose cerca de ella, observándola como si entendiera más de lo que debía. Milo sabía siempre dónde situarse para acabar beneficiándose de algo del plato de ella.

Cuando terminó, dejó el plato a un lado y se quedó unos segundos en silencio, mirando la pantalla sin prestarle realmente atención. Luego, poco a poco, su expresión cambió y se volvió más fría y enfocada.

Aquella noche no era para descansar, sino para entrar en un sistema que estaba a punto de romperse sin que nadie lo supiera. Clara Vega nunca llamaba a la puerta antes de entrar.



3

Clara se quedó un segundo de pie mirando el escritorio. Estaba en el extremo del salón, pegado a la pared junto a la ventana, donde durante el día entraba una luz limpia que lo hacía parecer un espacio más dentro de la casa. Un lugar de trabajo de lo más normal e inofensivo, pero por la noche era otra cosa.

Había despejado la superficie por completo y, alineadas con precisión quirúrgica en el borde derecho, había colocado todo lo que había comprado: chocolatinas, galletas, bolsas de patatas y refrescos aún sin abrir, como si formaran parte de un ritual que se negaba a incumplir.

Siempre igual, siempre en el mismo orden, como si eso marcara el inicio.

Clara apoyó ambas manos en la mesa un instante, observándolo todo, y luego se sentó.

El portátil estaba ahí, centrado, pulcro, inofensivo y legal. Lo abrió y encendió el sistema operativo estándar; nada que llamara la atención.

A su izquierda, ligeramente desplazado, estaba el otro ordenador, más discreto y silencioso. Un ordenador compacto conectado a dos pantallas que permanecían apagadas, fundidas a negro, como si no existieran hasta que alguien decidiera lo contrario. Ese era el importante de verdad.

Clara deslizó la mano hacia un pequeño interruptor oculto bajo el borde del escritorio, lo activó y las pantallas cobraron vida.

No hubo logos ni melodías de bienvenida, solo negro. Y luego, líneas mínimas y precisas de un sistema que no se anunciaba y que no dejaba rastro.

El portátil quedó encendido, pero en segundo plano; solo era fachada. El otro era para trabajar.

Clara apoyó los codos en la mesa, entrelazando los dedos un segundo antes de dar una palmada.

—Vamos allá —dijo animada, como si fuera algo que estaba deseando hacer.

Sus manos se movieron con rapidez sobre el teclado.

Primero, conexión no directa. Encadenó accesos, saltando de una red a otra, construyendo un camino que no llevaba a ninguna parte concreta si alguien intentaba seguirlo, creando capas sobre capas, rutas intermedias y servidores que solo existían durante unos segundos antes de desaparecer.

Anonimato y, solo después, autenticación.

Introdujo una clave que no estaba guardada en ningún sitio, ni escrita, ni registrada o memorizada, y la pantalla parpadeó brevemente anunciado un acceso concedido.

Apareció una interfaz mínima, casi vacía y sin diseño, solo campo de escritura.

Clara escribió el código que había recibido: "*A7F-3C9*" y pulso *Enter*. Tras unos segundos, la pantalla cambió y entonces apareció un mensaje.

Su Usuario: DulceError
Estado: activo

Una leve sonrisa cruzó su rostro. Ahora sí, debajo se encontraba toda la información que empezó a desplegarse.

Nodo objetivo identificado.
Infraestructura externa.
Acceso restringido.
Puerto no estándar habilitado.

Clara escaneó los datos con rapidez, con su mente adelantándose a cada línea antes de terminar de leerla.

—Vale… —murmuró.

No era un sistema pequeño ni un encargo menor. El objetivo era claro: acceder a un nodo específico, replicar autenticación y extraer datos sin activar alertas. Todo en menos de veinticuatro horas. El trabajo debía ser limpio y no dejar rastro.

Era el tipo de trabajo que no se encargaba a cualquiera.

Clara se recostó ligeramente en la silla, evaluando. No trabajaba directamente para nadie, nunca conocía al cliente, solo al intermediario. Y

eso era suficiente.

Los trabajos llegaban desde cualquier parte del mundo: empresas, particulares y, a veces, algo más.

No preguntaba, no le pagaban por ello; le pagaban por hacerlo bien, y así lo hacía siempre.

Sus dedos volvieron al teclado, esta vez más rápidos y más precisos.

El sistema ya no era un misterio, sino un objetivo. Y Clara, DulceError, no cometía errores, los creaba.

Alargó la mano sin apartar la vista de la pantalla y cogió uno de los dónuts de chocolate, rompiendo la superficie brillante con los dedos antes de darle el primer bocado.

—Azúcar —susurró con la boca llena.

Masticó despacio mientras sus ojos recorrían la estructura del nodo que tenía delante, descomponiéndolo en capas casi de forma automática, como si no estuviera leyendo, sino recordando algo que ya conocía.

—Vale… veamos por dónde entrar —murmuró.

No iba a atacar directamente, nunca lo hacía; primero, reconocía.

El sistema objetivo no estaba expuesto de forma evidente. Era un nodo secundario, aparentemente irrelevante dentro de una arquitectura mayor, pero precisamente por eso menos vigilado. Un punto de acceso intermedio.

—Perfecto —dijo mientras le daba otro bocado al dónut.

Tecleó con agilidad y lanzó una serie de consultas silenciosas, no intrusivas, diseñadas para observar sin dejar rastro, para entender cómo respondía el sistema sin activar ninguna alerta. Latencias, tiempos de respuesta y pequeños desajustes que para otro pasarían desapercibidos. Para ella no, para ella nunca pasaba nada desapercibido.

Otro bocado.

—Aquí… —susurró, feliz al encontrarlo.

Un servicio abierto en un puerto no estándar, no documentado en la estructura principal, pero activo, vivo.

Eso era lo que el mensaje indicaba.

ΔPORT=8821

Sonrió.

—Bien… bien…

No era un error, sino una puerta, y alguien quería que la cruzara para desestabilizar.

Clara cambió de ritmo y construyó una conexión controlada, enmascarada dentro del tráfico legítimo, replicando patrones normales para

no destacar. Nada brusco, nada que llamara la atención, como si ya estuviera dentro antes de estarlo.

Sus dedos no se detenían.

Configuró un entorno espejo y una copia temporal desde la que trabajar sin tocar directamente el sistema real. Si algo fallaba, no sería ella la que apareciera.

Siempre iba un paso por delante.

Le dio otro mordisco al dónut mientras se cargaban los datos.

—Vamos… venga…

La interfaz respondió al acceso parcial. Lo siguiente era claro: el encargo no era destruir, sino sabotear sin que pareciera sabotaje.

Clara entornó los ojos, analizando.

El nodo gestionaba autenticaciones externas, validaba accesos de otros sistemas. Era una pieza intermedia, pero crítica.

Si alteraba eso…

—Síííí… —susurró.

Lo entendió al instante. No tenía que borrar datos ni romper nada de forma visible, solo tenía que introducir una desviación pequeña y precisa, modificar la lógica de validación para que ciertas autenticaciones se replicaran o desviaran.

Debía crear accesos duplicados, identidades reflejadas y puertas abiertas donde no deberían existir, y todo sin que el sistema lo detectara como un fallo. El caos perfecto.

Se levantó un momento, sin perder el hilo, y fue hasta la cocina. Abrió una lata de refresco, sirviéndolo en un vaso con hielo que tintineó suavemente por encima del silencio del piso.

Volvió al escritorio con el vaso en la mano y dio un sorbo mientras daba el último bocado al dónut.

Se sentó de nuevo y apretó los labios.

—Vale… vamos a hacerlo bien —dijo, concentrándose.

Sus dedos comenzaron a escribir código nuevo, adaptado, insertándolo en el flujo sin romper la estructura original. Nada agresivo ni evidente, solo una alteración lo suficientemente elegante como para pasar desapercibida, como si siempre hubiera estado ahí.

El tiempo corría, pero ella no tenía prisa porque ya estaba dentro y el sistema aún no lo sabía.

La última línea quedó suspendida un instante en la pantalla.

Clara no pulsó nada, todavía no. Sus ojos recorrieron el código una vez más, no para leerlo, sino para sentirlo. Cada ajuste, cada desvío, cada sutil

alteración encajada en el sistema. No había ruido, tensión ni nada que llamara la atención. Eso era lo importante, que pareciera normal.

Apoyó la espalda en la silla, con el vaso ya casi vacío a un lado.

—Vale… —dijo pensativa, analizando el código de nuevo—. Ahora sí.

Pulsó *Enter* directamente.

No hubo explosión ni un fallo visible. No pasó absolutamente nada y, sin embargo, todo había cambiado.

Clara observó cómo el sistema seguía funcionando exactamente igual que antes, validando accesos, procesando solicitudes, moviendo datos de un lado a otro sin darse cuenta de que ya no era el mismo.

Las autenticaciones empezaron a replicarse de forma sutil e invisible. Donde antes había una sola validación, ahora había dos; donde antes había control, ahora había una grieta de seguridad perfecta.

Se inclinó hacia delante, comprobando los *logs*.

Nada, ni una sola alerta, ni una desviación detectable.

Sonrió orgullosa.

—Listo.

No cerró la conexión de inmediato.

Esperó, siempre esperaba. Treinta segundos, un minuto, dos…

El sistema seguía estable, limpio, intacto y perfecto.

Entonces sí, cerró todo.

Primero el entorno espejo, luego las conexiones intermedias, una a una, deshaciendo el camino exactamente igual que lo había construido, borrando cualquier rastro de su paso, hasta que no quedó nada.

Nunca quedaba nada. Ya se encargaba ella de que así fuera.

La pantalla volvió a negro y se hizo el silencio. Solo se escuchaba el leve zumbido del equipo.

Clara se recostó en la silla, estirando el cuello y dejando que la tensión se disolviera poco a poco.

—Trabajo hecho —pronunció orgullosa.

El móvil vibró y lo cogió sin prisa.

Tenía un mensaje nuevo sin remitente y sin texto, solo una notificación breve: *CONFIRMED*. Debajo ponía: *TRANSFER INITIATED*

Clara desbloqueó otra aplicación vacía hasta ese momento y la pantalla parpadeó. Un segundo después apareció una cifra: + 85.000

No había símbolo ni moneda visible, no hacía falta.

Clara observó la cifra unos segundos, sin emoción aparente, como si no significara nada más que un número que ya esperaba ver.

Sabía lo que vendría después. Ese dinero no se quedaría ahí. En cuestión de minutos, la criptomoneda empezaría a fragmentarse, a moverse, a desaparecer de un lugar para aparecer en otros que no estaban conectados entre sí, usando rutas distintas, capas distintas y nombres distintos, pero ninguno real.

Clara dejó el móvil sobre la mesa, se levantó, recogió el vaso vacío y lo llevó a la cocina, dejándolo en el fregadero sin pensar demasiado.

Milo levantó la cabeza desde el sofá, observándola en silencio.

—Ya está —murmuró, más para sí misma que para el gato.

Volvió al escritorio donde las pantallas seguían negras e inofensivas, como si no hubiera pasado nada, como si ella no acabara de alterar un sistema que ni siquiera sabía que había sido tocado.

Se quedó de pie un segundo más y luego apagó el equipo. Todo volvió a la normalidad, o eso parecía, porque en algún lugar, dentro de un sistema que seguía funcionando sin saberlo, acababa de abrir una puerta que alguien más llevaba tiempo esperando cruzar.

Se quedó un momento más junto al escritorio, en silencio, dejando que la calma regresara poco a poco, como siempre hacía después de terminar.

Aquello no era solo trabajo, era una gran responsabilidad, una que no se veía, que no aparecía en ningún contrato, pero que estaba ahí, constante, pesada, acompañándola en cada decisión, en cada línea de código y en cada acceso que abría sin permiso.

Si alguien la encontraba, no habría advertencias ni margen para reaccionar, solo prisión. Así de simple.

No jugaba con aquello, no era un *hobby* o un reto; era un equilibrio constante entre hacerlo perfecto y no existir.

Ser una de las mejores no consistía solo en entrar, sino en saber salir: borrar, desaparecer y no dejar nada atrás. Aun así, cada trabajo era una apuesta.

Un error y todo se acababa.

Pero aquella vez todo había salido bien, como siempre.

En algún lugar, en ese mismo instante, el sistema que había tocado seguía funcionando, validando accesos y procesando datos. Todo aparentemente normal, pero no lo era.

Las autenticaciones empezaban a duplicarse, a desviarse, a abrir puertas que no estaban previstas. En cuestión de minutos, horas como mucho, alguien con el acceso adecuado podría entrar sin ser detectado y moverse dentro del sistema como si siempre hubiera estado ahí, y cuando eso ocurriera, el daño sería silencioso, rápido e irreversible.

Los datos estarían comprometidos, los accesos vulnerados… quizá una caída del sistema, o quizá algo peor.

No necesitaba saberlo, no era su parte. En este caso su trabajo terminaba en el momento en que la puerta quedaba abierta. Lo demás, en este caso, sería problema de otro.

Desvió la mirada hacia la pantalla ya apagada y una leve sonrisa irónica apareció en sus labios.

—DulceError… —murmuró y negó suavemente con la cabeza—. Ni tan dulce… ni tan error.

Clara ladeó su cabeza mientras escuchaba la pregunta del cliente.

—Entonces, si alguien quiere entrar en nuestro sistema… ¿lo hace desde fuera o desde dentro?

Clara mantuvo la mirada fija en él un segundo más de lo necesario antes de responder.

—Desde ambos —dijo con calma—. Depende del tipo de acceso que consiga.

El hombre asintió lentamente, como si acabara de recibir una revelación compleja, aunque su expresión indicaba más esfuerzo que comprensión real. Tendría unos cincuenta años, traje impecable, reloj caro y ese aire de seguridad que no venía de entender las cosas, sino de no necesitar hacerlo.

—Claro, claro… —murmuró—, tiene sentido.

No lo tenía.

Laura, sentada un poco más atrás, fingía revisar unos documentos con una concentración que Clara conocía demasiado bien.

—Lo importante —continuó Clara—, es que ahora mismo tienen varios puntos vulnerables que permiten ese acceso con relativa facilidad.

—Ajá. —El hombre se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa—. Y dígame una cosa… —bajó la voz, como si fuera a preguntar algo especialmente inteligente—. Si apagamos los ordenadores por la noche… ¿eso ayuda?

Clara no parpadeó y Laura dejó de pasar páginas.

—Reduce el tiempo de exposición —respondió Clara al final, con la misma serenidad de siempre—. Pero no elimina el riesgo.

—Ya, pero… si están apagados…

—Los sistemas siguen existiendo —explicó ella—. Y muchos accesos no dependen de que haya alguien usándolos en ese momento.

El hombre asintió otra vez, convencido.

—Claro, claro… lógico.

Clara continuó como si nada.

—Además, tienen varios servicios activos que no están correctamente monitorizados. Eso permite accesos indirectos.

—¿Indirectos?

—Sin interacción directa con el usuario.

—Ah.

El hombre miró a su alrededor, buscando algo que reforzara su posición en la conversación.

—¿Y si cambiamos todas las contraseñas?

Clara contuvo la respiración.

—Es una medida básica —respondió—, pero insuficiente si la arquitectura del sistema sigue siendo la misma.

—Pero algo hará.

—Sí.

Laura carraspeó por lo bajini, disimulando. Clara ni la miró.

—Lo que nosotros proponemos —continuó—, es un rediseño parcial de la estructura de accesos, con control por contexto y segmentación real de red.

El hombre la observó con atención.

—Ya… Y eso, ¿es muy complicado?

—Depende de cómo definan "complicado".

—Dinero —aclaró él.

Clara ladeó ligeramente la cabeza.

—Menos que una brecha de seguridad. Eso seguro.

Laura bajó la cabeza de golpe, fingiendo toser.

—Perdón —se disculpó.

El hombre no pareció captar el matiz.

—Sí, bueno… claro… —murmuró algo incómodo—. Pero nosotros nunca hemos tenido problemas.

Clara lo miró fijamente.

—Que usted sepa.

El hombre se removió en la silla, ajustándose la chaqueta.

—Ya… bueno… entiendo.

No entendía nada.

Clara se recostó ligeramente, manteniendo la compostura.

—Nuestro trabajo —añadió—, no es solucionar problemas cuando aparecen.

—¿Entonces?

—Es evitar que aparezcan.

El hombre asintió lentamente, como si aquella fuera, por fin, la frase que necesitaba.

—Eso suena bien.

—Sí —le sonrió.

Laura volvió a carraspear, esta vez más controlada.

Clara no sonrió, pero estuvo a punto.

La reunión terminó como había empezado, con Clara teniendo razón.

—Adelante —dijo—. Procedamos.

Marcos sonrió, satisfecho, tendiéndole la mano al hombre para sellar el acuerdo mientras empezaban a concretar fechas, entregas y condiciones. Todo rápido, limpio y profesional.

Otro contrato, otro cliente importante y otro problema que ya no era suyo, al menos, no del todo.

Cuando salieron de la sala, el ambiente cambió.

El ruido de la oficina los envolvió de nuevo, devolviéndolos a la normalidad.

Laura apareció a su lado casi al instante.

—Vale —dijo en voz baja, inclinándose hacia ella—, ya es oficialmente la hora de abandonar la oficina.

Clara dejó la carpeta sobre su mesa.

—Eso suena bien.

—¿Te vienes a tomar algo?

Clara alzó una ceja, mirándola de reojo.

—¿Vas con tu novio?

Laura sonrió sin disimular.

—Sí… pero hemos quedado un poco más tarde. Podemos ir juntas un rato.

Clara hizo amago de sonreír.

—Gracias… pero no —acabó riendo.

Laura la observó, pensativa, pues conocía bastante bien a Clara.

—¿Te sientes incómoda?

—No.

Laura no apartó la mirada y Clara sostuvo la suya unos segundos más, intentando mantener la misma seguridad de siempre, hasta que la perdió ligeramente.

—Bueno… —murmuró—, un poco.

Laura sonrió, como si ya lo supiera.

—Normal.

—No es normal —replicó Clara—. Es absurdo. Solo sois vosotros dos.

—Exacto —le dio la razón Laura—. Por eso necesitas salir más.

Clara cruzó los brazos.

—Estoy bien así —dijo, encogiéndose de hombros.

—Claro que estás bien —respondió Laura—. Pero podrías estar mejor. —Clara la miró con escepticismo y Laura sonrió más—. Vale, escucha —dijo bajando un poco la voz—. ¿Y si viene alguien más?

Clara entornó los ojos.

—No.

—Ni siquiera sabes quién es.

—No.

—Es el primo de Alfonso —respondió, ignorando la negativa de su amiga.

—No — repitió Clara.

Laura soltó una risita.

—Es ingeniero de puentes y caminos, vive aquí en Barcelona. Es alto, moreno, bastante mono…

—Laura…

—Y… es muy majo, de verdad.

Clara negó con la cabeza, girándose ya hacia su ordenador.

—No.

—Está soltero.

—Eso no mejora nada.

—Le enseñé una foto tuya —rio.

Clara se quedó completamente quieta y giró la cabeza muy despacio, con la mandíbula desencajada.

—¿Que hiciste qué?

Laura ya estaba riéndose.

—Nada, una foto normal.

—¡Laura!

—Le pareciste muy guapa.

Clara entreabrió la boca, sin saber si reír o enfadarse.

—Tú no estás bien del coco.

—Estoy intentando ayudarte —se encogió de hombros.

—No necesito ayuda.

—Eso lo decides tú… después de conocerlo.

—No lo voy a conocer.

—Es solo un café —insistió Laura.

—No.

—¿Una copa?

—No.

—Diez minutos, porfiii —suplicó.

—Laura… —la señaló con el dedo.

Laura levantó las manos, rindiéndose a medias.

—Vale, vale… —murmuró, pero seguía sonriendo—. Otro día.

Clara negó con la cabeza.

—Estoy cansada —añadió.

—Ya lo sé. —Hubo un silencio breve—. Pero es un chico divertido, amable, educado… y tú… te lo pierdes —le recriminó Laura.

—No digo que no lo sea, quizá… otro día.

Clara iba a añadir algo más cuando su móvil vibró, aunque de una forma diferente a cuando recibía un mensaje o una llamada. Era un patrón extraño e irregular.

Frunció ligeramente el ceño, sacándolo del bolsillo. La pantalla ya estaba encendida. Eso no era normal.

Lo miró atentamente: no había notificaciones visibles, solo actividad y un parpadeo leve, como si algo o alguien estuviera accediendo.

Clara se quedó inmóvil y sus ojos recorrieron la pantalla, procesando y evaluando.

No era una *app* abierta ni un error: era tráfico interno.

—No… —susurró casi sin darse cuenta.

Laura la miró confundida.

—¿Qué pasa?

Clara no respondió, pero su pulso se aceleró ligeramente.

Había visto eso antes, pero nunca en su propio dispositivo.

Un acceso no solicitado, una lectura en segundo plano. Alguien estaba intentando entrar o ya lo había logrado.

No lo pensó, deslizó el dedo a modo avión. La pantalla reaccionó, aunque no como debía: demasiado lento, un segundo más de lo normal.

Con eso era suficiente. Ahora tenía claro que la estaban hackeando.

El estómago se le tensó y apagó el móvil directamente. Aun así, la sensación no desapareció.

Levantó la vista muy despacio y, por un segundo, todo el ruido de la oficina desapareció.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Ahora?

—Sí.

Su tono había cambiado a uno frío y cortante.

Laura frunció el ceño.

—¿Va todo bien?

Clara ya estaba guardando el móvil.

—Sí… —mintió—, quedamos otro día, ¿vale?

No esperó respuesta. Se giró y se fue.

El aire de la calle le pareció distinto, más frío.

Caminó hacia la parada del autobús con paso firme y más rápido de lo habitual, notando que su cabeza empezaba a trabajar sola, encajando piezas, descartando opciones y buscando una explicación que no le gustaba.

Subió al autobús casi sin mirar y se sentó junto a la ventana.

Respiró, intentando calmarse.

"No ha pasado nada, solo ha sido una sensación, un fallo", se decía a sí misma para calmarse. Eso le pasaba por mezclar demasiado las cosas, por no desconectar nunca, por…

Se quedó bloqueada cuando al alzar la vista coincidió la mirada con un hombre unos asientos más adelante. No lo tenía directamente enfrente, sino de lado, mirando su móvil y elevando la vista hacia ella.

Clara apartó la mirada y la volvió a bajar. No era nada.

Lo miró de reojo y comenzó a contar. Treinta segundos, un minuto… alzó levemente la cabeza y volvió a mirar. El hombre levanto la vista inmediatamente directo hacia ella, demasiado rápido y preciso. ¿La estaba controlando?

Clara sostuvo la mirada un segundo y la apartó.

—Tranquila —se susurró a sí misma, como un mantra—. Vas a volverte loca.

Volvió a mirar por la ventana, intentando poner la mente en blanco.

Las luces de la ciudad pasaban rápidas, reflejándose en el cristal como manchas difusas.

—Respira, tranquila… no es nada.

Tragó saliva y giró levemente su cuello hacia ese hombre.

Él volvía a mirarla y, esta vez, no apartó la vista de inmediato. Luego bajó los ojos, como si no hubiera pasado nada.

El corazón empezó a latirle un poco más rápido.

—No, no, no… no es nada.

Se estaba obsesionando, siempre hacía lo mismo. Analizaba todo demasiado y veía conexiones donde no las había. Aquel hombre estaba entretenido con su móvil y levantaba la mirada solo de vez en cuando; era solo una coincidencia que mirase en su dirección.

Pocos minutos después, el autobús se detuvo en su parada. Clara se levantó sin mirar atrás y bajó.

El aire frío volvió a golpearle la cara, despejándola, lo cual agradeció.

Avanzó unos pasos rápidamente y respiró tranquila cuando escuchó a su espalda que las puertas del autobús se cerraban.

Suspiró tranquila y entonces se giró para corroborar que el autobús se alejaba, aunque el corazón le dio un vuelco cuando observó que, unos metros por detrás, el hombre que la había observado en el autobús caminaba tras ella. ¿Se había bajado en la misma parada?

El pulso se le disparó y sintió un golpe seco en el pecho.

No, no significaba nada, podía vivir por allí, bajarse en la misma parada…

¿El hackeo a su móvil y ahora el hombre que la miraba y la seguía? Aquello no tenía muy buena pinta.

Se obligó a girarse y a seguir caminando con paso firme y natural, como si no pasara nada o no lo hubiera visto, como si no sintiera su presencia a su espalda.

No miró atrás, no iba a hacerlo.

Giró la esquina, acelerando el paso y sujetando con fuerza el bolso a su hombro, y buscó la llave rápidamente en su interior.

El portal estaba ahí, a pocos metros.

Las llaves se le resbalaron un segundo entre los dedos.

—Joder…

Llegó a la puerta del portal y consiguió abrir. Entró y cerró directamente.

El sonido del portal al cerrarse fue lo único que consiguió cortar todo lo demás.

Subió las escaleras de dos en dos, sin mirar atrás ni pensar; solo se concentró en subir.

En cuanto se situó frente a la puerta de su piso, abrió, entró y cerró, esta vez con más calma.

El aire del piso la envolvió. Un lugar conocido y seguro.

Se apoyó un segundo en la puerta, dejando escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Estás loca…

Lo dijo en voz baja, casi como una reprimenda.

Milo apareció desde el salón, mirándola con curiosidad.

Clara negó levemente con la cabeza, dejando las llaves sobre la mesa.

—No es nada —le dijo al gato, como si intentase tranquilizarlo, aunque esas palabras iban dirigidas a ella—. Es solo cansancio. —Se pasó una mano por el pelo, soltando una exhalación—. Tienes que calmarte.

Por un momento, casi se lo creyó.

Se separó de la puerta despacio, aún con esa sensación incómoda instalada en el pecho, como un eco que no terminaba de desaparecer.

Nada de aquello encajaba. El móvil, el acceso y, luego… el hombre. Demasiadas coincidencias y demasiado seguido.

Clara avanzó hacia el salón sin quitarse del todo esa idea de la cabeza, dejándose caer en la silla frente al escritorio con un gesto más tenso de lo habitual. Su mirada se posó en el teléfono que había dejado sobre la mesa, como si fuera algo ajeno.

Lo cogió y lo encendió.

La pantalla respondió con total normalidad. Se quedó unos segundos observándolo y lo desbloqueó. Inspiró hondo mientras este cargaba el sistema. Las aplicaciones en su sitio, no había notificaciones ni actividad extraña. Nada.

Frunció el ceño y entró en ajustes, revisando conexiones, consumo de datos, procesos en segundo plano. Todo estaba limpio y dentro de lo esperado. Ningún pico extraño, ninguna *app* desconocida, ningún rastro evidente de acceso externo. Era como si no hubiera pasado nada.

—No es nada… —murmuró más para sí misma.

Aquello no tenía sentido. Lo había visto, no había sido una impresión. Sabía reconocer un acceso cuando lo tenía delante, cómo se comportaba un sistema cuando alguien más estaba dentro.

Aquello había pasado, pero ahora… nada, cero, como si alguien hubiera entrado y luego hubiera cerrado la puerta con cuidado sin dejar huellas, tal y como ella hacía.

Clara apoyó el móvil sobre la mesa, más despacio esta vez, y la mandíbula se le tensó.

No le gustaba nada lo sucedido.

Aquello solo podía significar una cosa: alguien había entrado sin dejar rastro. Y si ella no podía demostrarlo, entonces estaba por encima de su nivel. Eso sí era un problema.



4

El timbre sonó una vez.

Clara no se movió al principio, atrapada en ese punto extraño entre el sueño y la vigilia donde nada es del todo real, donde los sonidos tardan un segundo más en encajar.

Se giró echándose la colcha correctamente sobre ella y ronroneó.

Hubo silencio y luego sonó el timbre otra vez: más sostenido, más firme.

Sus ojos se abrieron en la oscuridad y lo primero que observó fue el techo.

Su corazón todavía latía lento y ajeno a lo que ocurría.

—¿Qué…?

Giró la cabeza hacia la mesilla, buscando el móvil por pura inercia, pero se detuvo a medio gesto, recordando. El móvil, el autobús, el hombre siguiéndola, la sensación…

El pulso se le aceleró y miró el reloj digital.

02:37.

Demasiado tarde o demasiado temprano, según cómo se mirase.

El timbre volvió a sonar y esta vez no dudó. Se incorporó de golpe, apartándose el pelo de la cara, con el cuerpo todavía pesado, pero la mente ya completamente despierta, demasiado despierta.

Aquello no era normal, nadie llamaba a esas horas. Nadie.

Se quedó sentada un segundo en el borde de la cama, escuchando en silencio. No había pasos ni voces… nada. Y eso era peor.

Se levantó y sintió el suelo frío bajo los pies descalzos.

Dio un paso, dos… y se detuvo al lado del escritorio. Lo miró fijamente, oscuro, apagado, pero no inofensivo, no lo era.

Una idea cruzó su cabeza, rápida e instintiva.

Se giró rápidamente y encendió el equipo. Apareció la pantalla negra y contó los segundos… un segundo, dos… demasiado lento.

—Vamos…

Sus dedos volaron sobre el teclado, introduciendo comandos sin pensar, secuencias memorizadas, rutinas de limpieza, cierre, borrado parcial… lo suficiente para dificultar, para ganar tiempo, para…

El timbre sonó otra vez, más corto e impaciente, y se quedó congelada.

El cursor parpadeaba, esperando. Clara lo miró y luego se giró hacia la puerta del piso, observándola. Se dio media vuelta y prestó atención de nuevo a la pantalla.

Ahí lo entendió todo: no había tiempo.

Si estaban ahí… ya sabían.

Exhaló despacio y cerró todo.

La pantalla se volvió negra y el silencio reinó de nuevo.

Se pasó una mano por el rostro, despejándose.

—Concéntrate —susurró, atemorizada.

Sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo.

Fue hacia el pasillo, con cada paso más consciente que el anterior.

El pasillo estaba en penumbra. Miró la puerta al fondo.

Se detuvo frente a ella y respiró hondo.

—Policía, abra la puerta —escuchó que decían desde fuera.

La voz era tranquila, sin prisa. No gritaba, solo era con carácter informativo.

Aquellas palabras provocaron que se le secase su garganta.

—Mierda, mierda, mierda… —gimió—. No abras —se susurró a sí misma.

La idea apareció clara y directa, pero no tenía sentido. Si no abría, no se irían, y eso sería peor, mucho peor.

Se acercó a la mirilla y dudó un segundo antes de mirar.

Se acercó a ella y situó su ojo en ella. Había cuatro hombres con postura recta, quietos, esperando.

No parecían policías, no del todo. Se mantenían en silencio, sin moverse… solo estaban allí. El pulso se le disparó.

—Joder —gimió con el corazón saliendo por su boca.

Se separó de la puerta muy despacio, con las manos frías y la respiración entrecortada.

—Esto… esto no está pasando de verdad —balbuceó.

—Policía —volvió a informar una voz masculina en el exterior—. Abra la puerta.

El tono de aquel hombre era sosegado.

Clara resopló.

Miró alrededor, a su casa. Todo estaba en su sitio, todo normal, como si nada, como si no estuviera a punto de romperse.

Volvió a mirar la puerta y hubo silencio. Ya no llamaban, no lo necesitaban.

Clara tragó saliva y apretó ligeramente la mandíbula y, sin darse más tiempo para pensar más, giró el pomo y abrió.

La puerta se abrió y el frío del pasillo entró primero. Luego entraron ellos, sin esperar invitación.

El primero avanzó un paso, lo justo para marcar el espacio, para ocuparlo, para hacerle entender que aquello ya no era suyo. Los otros se movieron detrás, coordinados, sin ruido, sin mirarse entre ellos.

Clara no retrocedió ni se movió.

—Clara Vega. —No era una pregunta, sino una confirmación. La voz fue firme, sin énfasis ni emoción—. Tiene que acompañarnos.

Hubo silencio mientras Clara los miraba uno a uno, de forma rápida y automática. Ninguno llevaba uniforme, ni levantaba la voz ni parecía tener prisa.

—¿Qué…? —empezó.

—No intente nada —la cortó el hombre.

La frase cayó sin amenaza, pero no dejaba opción a réplica.

Clara cerró la boca y su mirada bajó un segundo, lo justo para procesar. No le habían pedido identificación, no le habían explicado nada y no le daban ninguna opción.

Ya sabían quién era ella.

Se apartó dando un paso atrás por la impresión al comprenderlo todo.

Dos de ellos entraron del todo y uno se quedó cerca de la puerta, el otro avanzó unos pasos más y, entonces, se acercó al escritorio, posando la mirada sobre él sin dudar ni buscar, directo al grano.

Clara sintió cómo algo se le tensaba por dentro. "Lo saben", no lo dijo, pero lo pensó.

Se removió nerviosa, consciente del lío en el que estaba metida. Intentó no sucumbir a los nervios y trató de aparentar normalidad.

—Necesito vestirme —dijo manteniendo la voz lo más estable posible.

Uno de ellos la miró, evaluando un segundo.

—Tiene un minuto.

Eso fue todo.

Clara asintió levemente y se giró.

Caminó hacia el dormitorio con la sensación constante de que no estaba sola, de que cada movimiento estaba siendo observado, medido y registrado.

Abrió el armario y con manos rápidas cogió lo primero que encontró.

Unos vaqueros y una sudadera, nada especial.

Se vistió deprisa, sin pensar demasiado en lo que hacía.

—Respira… respira tranquila —se susurró a sí misma mientras miraba de reojo hacia la puerta, observando cómo los cuatro hombres estudiaban el piso mientras la esperaban.

Volvió al salón. Ellos no se habían movido demasiado, pero todo estaba distinto, más pequeño y controlado.

Uno de ellos había cambiado ligeramente de posición, más cerca del escritorio que no había tocado, pero tampoco ignorado.

Clara lo vio y apartó la mirada.

—¿Puedo coger mi abrigo? —preguntó.

—Sí.

Se acercó, lo cogió y se lo puso con movimientos medidos.

Su mirada fue hacia la mesa donde estaba su móvil, pero uno de ellos lo cogió antes que ella sin dar explicaciones y lo guardó directamente en su bolsillo.

Clara no dijo nada, no podía y, en parte, no debía.

—Vamos —ordenó el hombre.

Clara avanzó hacia la puerta y pasó entre ellos con la sensación constante de tenerlos demasiado cerca.

Salieron al pasillo y sintió el aire frío otra vez.

La puerta se cerró a su espalda y, por primera vez desde que había sonado el timbre, Clara tuvo claro algo: aquello no era una detención, era otra cosa.

El ascensor llegó con un sonido seco y las puertas se abrieron.

Nadie habló mientras el ascensor descendía. El espacio era pequeño, demasiado pequeño para cuatro personas más ella. Clara se colocó ligeramente hacia un lado, notando la presencia de ellos a su alrededor, sin tocarla, pero lo suficientemente cerca como para que no hubiera duda.

El zumbido del ascensor llenó el silencio y entonces su mente empezó a trabajar.

¿Qué había pasado? ¿Cómo habían dado con ella?

No tenía sentido, no así.

Clara apretó ligeramente la mandíbula, manteniendo la mirada fija en el reflejo tenue del metal frente a ella.

Ella borraba sus huellas siempre, no era descuidada, no improvisaba ni dejaba rastros. Cada acceso, cada salida, cada movimiento estaba calculado, medido y, aun así, allí estaban. Habían llegado hasta su puerta, hasta su casa, hasta ella.

El pulso le latía más fuerte ahora, al ser más consciente de todo.

No la había localizado otro hacker, no era alguien como ella, no era un encargo mal hecho ni un error. Aquello era otra cosa, otra liga, más arriba, mucho más arriba.

Su mirada se desvió hacia uno de ellos: su postura, su calma, su forma de moverse.

No eran policías, no parecían necesitar pruebas… y, entonces, todo encajó.

El CNI.

La palabra apareció sola, fría y precisa. Tenía todo el sentido del mundo, y eso era peor, porque si era eso, no estaba en un problema pequeño.

Había realizado acceso no autorizado a sistemas críticos, manipulación de infraestructuras, intrusión en redes protegidas, delitos contra la seguridad nacional.

Clara tragó saliva. Aquello conllevaba penas de prisión durante años, muchos años.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

El portal estaba vacío, silencioso, ni un solo vecino, nada de ruido. Todo estaba medido y preparado.

Salieron del portal. El aire de la madrugada era frío, húmedo, y se pegaba a la piel con esa sensación incómoda que nunca desaparecía del todo.

La calle estaba desierta. No había prácticamente vehículos, ni gente. Nadie. Ningún testigo. Habían elegido la hora perfecta para que aquello no lo observase nadie ni hubiese preguntas al respecto.

La condujeron hasta un vehículo negro aparcado enfrente, sin distintivos y con los cristales tintados. No hacía falta ver más para saber que estaba en lo correcto.

Clara se detuvo una fracción de segundo antes de entrar, lo justo para confirmarlo. Aquellos hombres no eran de la policía, no oficialmente.

Uno de ellos abrió la puerta trasera.

—Entre.

Clara obedeció, pues no tenía otra opción. Se sentó y la puerta se cerró tras ella.

Los otros ocuparon sus posiciones.

El vehículo se puso en marcha con suavidad, alejándose sin prisa, como si no hubiera nada que ocultar, pero todo en aquella escena era ocultación.

Clara miró por la ventanilla. Reinaban la oscuridad y las calles vacías de una Barcelona que aún dormía.

Miró a los hombres que la rodeaban.

—¿A dónde me llevan?

El hombre a su lado no la miró de inmediato, aunque luego giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—Lo sabrá cuando lleguemos.

Nada más.

Clara le sostuvo la mirada un instante y luego la apartó.

Aquello no iba a ser nada fácil.

Se recostó ligeramente en el asiento, notando por primera vez el peso real de la situación.

Ya no había vuelta atrás y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que no tenía ningún control sobre la situación.

El vehículo no se detuvo de golpe, sino que descendió por una rampa. Clara lo notó en el cuerpo antes de verlo. Una ligera inclinación, el cambio en la luz que entraba por las ventanillas y el sonido distinto de las ruedas sobre el asfalto.

La rampa conducía a un subterráneo. El vehículo avanzó unos metros más y se detuvo por fin. Poco después, la puerta se abrió. El aire era diferente allí abajo, más denso, con ese olor a garaje cerrado que se quedaba en la garganta.

Clara bajó y miró alrededor. Había filas de vehículos y una oscuridad contenida. Las luces blancas en el techo eran regulares y demasiado limpias. No había nadie alrededor. Todo estaba vacío y, aun así, vigilado. Aquel edificio no existía.

—Vamos —ordenó una voz masculina junto a ella.

Clara caminó. Sus pasos resonaban levemente sobre el hormigón, acompasados con los de ellos, precisos y ordenados.

Se detuvieron ante una puerta metálica sin cartel ni identificación y entraron.

El contraste fue inmediato. La luz era blanca, las paredes lisas y no había nada fuera de lugar. Aquello no eran oficinas ni un hospital, tampoco nada

que pudiera identificar con claridad.

Llegaron al ascensor al fondo del pasillo y esperaron. Las puertas se abrieron sin que nadie pulsara nada. Entraron y estas se cerraron tras ellos. Sintió cómo subían, aunque no miró el panel al no haber números visibles.

Se sentía incómoda y desorientada por no saber dónde estaba.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Caminaron por otro pasillo más silencioso aún. Este estaba totalmente vacío, con puertas cerradas a lado y lado.

La condujeron hasta una de las puertas y la hicieron entrar en una sala que era pequeña y sencilla. Una mesa y dos sillas, nada más. No había ventanas, por lo que no podría tener referencias de dónde se encontraba ni del tiempo que llevaba allí.

—Espere aquí —dijeron antes de que la puerta se cerrase.

Clara se quedó de pie unos segundos, escuchando, pero no se oía nada. Ni pasos ni voces. El silencio era absoluto.

Avanzó hasta la silla y se sentó. Apoyó las manos sobre la mesa y entrelazó los dedos con calma, obligándose a permanecer quieta, a no mostrar más de lo necesario, mientras su mente seguía trabajando con rapidez y orden, encajando las piezas.

Su mirada se topó directamente con el cristal: lo vio enseguida. En una de las paredes había un cristal unidireccional. La estaban viendo desde fuera.

Clara se recostó ligeramente.

"Que miren", pensó. No tenía intención de facilitarles nada.

El tiempo pasó, aunque no estaba segura de cuánto. Podían ser minutos o más, no tenía forma de saberlo, hasta que la puerta se abrió y un solo hombre entró, cerrando tras de sí.

No se presentó ni sonrió. No hizo nada innecesario.

Clara lo observó unos segundos.

—¿Quiénes sois? —preguntó ella sin rodeos. El hombre no respondió y se sentó frente a ella, dejando una carpeta sin abrir sobre la mesa. Clara no apartó la mirada—. No sois policía y tampoco estáis aquí para hacer preguntas normales.

Nada, aquel hombre no gesticulaba ni tenía ninguna reacción.

Clara ladeó ligeramente la cabeza.

—Voy a volver a preguntar —añadió—. ¿Quiénes sois?

El hombre apoyó las manos sobre la mesa y la miró fijamente.

—Ha accedido a sistemas que no entiende.

Clara no parpadeó.

—Entonces sí los entendéis vosotros.

—No borra tan bien como cree —continuó él.

Clara esbozó una leve sonrisa.

—Si eso fuera cierto… no estaría aquí sentada. —El hombre no reaccionó, pero tampoco apartó la mirada. Clara se inclinó hacia delante—. No me interesa lo que creáis que he hecho —dijo tranquila—. Me interesa saber quién ha conseguido traerme hasta aquí.

Estaba claro que no iban a decírselo aún, Clara lo sabía, pero tampoco iba a dejar de preguntar.

El silencio se mantuvo un segundo más, lo suficiente como para que pesara.

El hombre no apartó la mirada de Clara, pero tampoco respondió. Se limitó a abrir la carpeta con un gesto limpio, sin prisa.

Clara observó sin moverse ni inclinarse ni mostrar interés, aunque sí lo tenía.

El agente deslizó un primer documento sobre la mesa, dejándolo en el centro.

Clara bajó la mirada apenas un segundo.

Se trataba de un esquema técnico y reconocible.

Volvió a levantar la vista.

—No es mío —lo dijo sin dudar.

El hombre pasó la página y apareció otro documento, esta vez más claro, con *logs*, accesos, tiempos y patrones.

Clara los reconoció antes incluso de procesarlos del todo. No por el contenido ni por la forma, sino por cómo estaban organizados y lo que implicaban.

—Interesante —murmuró. El agente no respondió—, pero incompleto.

Eso sí hizo que él levantara la mirada.

—¿Incompleto?

Clara apoyó ligeramente los codos sobre la mesa.

—Si de verdad hubierais seguido ese acceso… tendríais más. —El hombre la observó con más atención, midiendo y evaluando—. Así que no —añadió—. Eso no es lo que os ha traído hasta mí.

La carpeta no se cerró, pero dejó de avanzar.

El agente cambió ligeramente de postura.

—Acceso no autorizado a infraestructuras externas. —Clara no reaccionó —. Manipulación de autenticaciones, intrusión en sistemas protegidos…

Clara ladeó la cabeza.

—Eso suena serio.

—Lo es.

—Entonces deberíais haber traído algo mejor —concretó ella.

—¿Cree que esto es todo?

Clara sostuvo su mirada.

—Creo que si lo fuera… ya estaría detenida oficialmente.

El hombre cerró la carpeta y miró a Clara con determinación.

—Sabe dónde está.

No era una pregunta. Clara no respondió de inmediato, sino que su mirada se desvió hacia el cristal y luego volvió a él.

—Sí —dijo al final—. Y sé que no estoy aquí para que me leáis cargos, así que deja de perder el tiempo —añadió con calma y se recostó ligeramente en la silla—, y dile a quien esté mirando detrás de ese cristal que salga.

La sala se quedó en completo silencio.

El agente no osó hablar, pero tampoco negó nada. Eso ya era una respuesta.

Clara no apartó la mirada de la puerta, esperando, porque sabía que ahora empezaba lo importante. Pasaron los segundos, nadie entraba. Ella tampoco apartaba la mirada de la puerta. Nadie parecía tener prisa. Y ese, precisamente, era el juego.

El agente frente a ella se mantuvo inmóvil unos segundos más, como si estuviera valorando algo que ya estaba decidido. Luego, sin decir una palabra, recogió la carpeta y se levantó. No hizo ningún gesto hacia Clara ni pronunció palabra; simplemente caminó hacia la puerta. La abrió y salió. La puerta se cerró tras él con un sonido seco.

Clara exhaló muy despacio, no de alivio, sino como una confirmación: estaba en lo cierto.

Desvió la mirada hacia el cristal y negó.

—Ya podéis dejar de observar —murmuró lo justo para que la oyeran.

Hubo silencio, ningún sonido al otro lado, pero estaban ahí. Lo sabía.

Se recostó ligeramente en la silla, cruzando una pierna sobre la otra con una calma que no era del todo real, pero que tampoco era fingida. Era control. Era lo único que tenía en ese momento.

El tiempo pasó despacio, sin reloj, sin referencias… y entonces la puerta se abrió de nuevo. Esta vez, el cambio se percibió antes incluso de verlo.

El hombre que entró no necesitó hacer nada especial para alterar el ambiente.

Cerró la puerta con suavidad y se acercó a la mesa.

Clara lo observó más despacio esta vez, más detenidamente.

No era como el anterior, no tenía esa rigidez técnica ni la necesidad de demostrar nada. Su postura era relajada, pero no descuidada. Todo en él estaba controlado.

Se sentó frente a ella sin presentarse y no dijo nada. Clara tampoco habló, simplemente se miraron, evaluándose.

—Si quisieras esconderte mejor… no estarías aquí.

La voz fue calmada, casi neutra, pero había algo detrás, algo que no estaba en el tono.

Clara alzó ligeramente una ceja.

—Y si quisierais encontrarme mejor… no habríais tardado tanto.

Un leve gesto, casi una sonrisa, pero no llegó a serlo del todo.

—No hemos tardado —respondió él—. Hemos esperado.

Clara sostuvo su mirada.

—Eso es interesante. ¿A qué?

El hombre entrelazó los dedos sobre la mesa, apoyando las manos con una tranquilidad que no era casual.

—A ver hasta dónde eras capaz de llegar.

Clara no reaccionó de inmediato, pero lo entendió.

—Así que no es cuestión de si podéis… —murmuró—, sino de cuándo queréis. —El hombre no respondió. Clara exhaló por la nariz—. Eso explica bastante. —Se inclinó hacia delante—. Pero no todo. ¿Quiénes sois?

La pregunta volvió más directa y firme. El hombre la observó un segundo más, midiendo, valorando.

—Trabajamos para el Estado.

Clara no sonrió, pero estuvo cerca.

—Eso no significa nada.

—Significa lo suficiente para que entiendas dónde estás.

Clara le sostuvo la mirada.

—Lo entiendo —asintió ella—. Centro Nacional de Inteligencia.

Lo dijo ella, no él.

El hombre no lo confirmó, pero tampoco lo negó. Con eso bastaba.

Clara se recostó ligeramente en la silla, asimilándolo todo. No estaba sorprendida, pero sí era más consciente de la situación.

—Vale —murmuró—. Entonces estamos hablando de algo serio.

El hombre inclinó la cabeza.

—Siempre lo ha sido.

Clara lo miró fijamente.

—Y aun así no me habéis detenido oficialmente. —Hubo un silencio—. Ni me habéis leído mis derechos. —Ladeó la cabeza—. Tampoco me habéis

explicado nada.

El hombre no apartó la mirada.

—Porque no estás aquí para eso.

Clara sintió cómo algo encajaba y se quedó pensativa.

—Estoy aquí porque me necesitáis.

El hombre la observó unos segundos más.

—Exacto —respondió sin adornos ni rodeos.

Clara no apartó la mirada, pero algo dentro de ella se tensó porque sabía que aquel juego acababa de empezar de verdad.



5

El silencio se mantuvo, pero ya no era el mismo, había cambiado de peso y de dirección.

Ahora no era espera, sino negociación.

El hombre no apartó la mirada de Clara, estudiándola con una calma que no tenía nada de improvisada, como si cada gesto de ella confirmara algo que ya sabía.

—Podríamos procesarte. —Lo dijo sin énfasis ni amenaza, como si fuera un mero dato. Clara no reaccionó, pero escuchó con atención—. Acceso no autorizado a infraestructuras críticas —continuó él—. Manipulación de sistemas de autenticación, intrusión en redes protegidas. —Hubo un segundo de silencio—. Delitos contra la seguridad nacional —concluyó—. Eso son muchos años de prisión —añadió.

Clara sostuvo su mirada sin miedo en su expresión, pero sí cálculo.

—Y aun así no lo vais a hacer —respondió. El hombre ladeó ligeramente la cabeza, interesado—. ¿Por qué? —Clara se inclinó hacia delante—. Si quisierais hacerlo no estaría aquí, estaría en una comisaría… —Lo miró fijamente—, con un abogado.

El hombre no sonrió, pero algo en su mirada cambió: una aprobación ligera.

—Correcto.

Una palabra, más que suficiente.

Clara exhaló muy despacio.

—Así que vamos a ahorrarnos esa parte —añadió ella mientras se recostaba ligeramente en la silla—. ¿Qué queréis?

El hombre entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Eficiencia.

Clara arqueó una ceja.

—Eso suena a problema. Y de los gordos.

—Depende de en qué lado estés —respondió el hombre antes de quedarse pensativo—. Tienes habilidades que no son comunes. Accedes donde otros no pueden.

—Entro donde no miran —corrigió ella.

El hombre la observó un segundo más.

—Y sales sin que lo noten —confirmó él. Clara no respondió, no era necesario—. Nosotros no podemos hacer eso.

Aquello sí fue nuevo, pequeño pero importante.

—Claro que podéis —replicó—. Tenéis recursos, acceso, autoridad…

—Y limitaciones —la cortó él—. Jurisdicción, trazabilidad y responsabilidad.

Clara lo entendió despacio, pero con claridad.

—No podéis ensuciaros las manos —murmuró.

—No de la forma en la que tú lo haces.

Clara sostuvo su mirada.

—Y queréis que lo haga por vosotros.

El hombre no respondió de inmediato, pero tampoco lo negó.

—Queremos que trabajes con nosotros.

Ahí estaba, directo y sin rodeos.

Clara dejó escapar una risa ahogada.

—Trabajar con vosotros… —Negó con la cabeza—, es una forma muy elegante de decirlo.

—Es una forma precisa.

—No —replicó ella—. Preciso sería decir que no tengo opción.

El hombre no apartó la mirada.

—Siempre hay opciones —comentó y se encogió de hombros levemente.

Clara lo miró fijamente.

—Sí. Prisión… o vosotros.

El silencio que siguió fue definitivo.

No había tercera vía ni negociación real.

Clara desvió la mirada un segundo, pensando rápido y ordenando todas las ideas.

Volvió a mirarlo.

—¿Y qué ganáis exactamente conmigo?

El hombre no dudó.

—Acceso, discreción y resultados.

Clara entornó ligeramente los ojos.

—¿Y qué gano yo?

Hubo unos segundos de silencio.

—Rebaja de condena, libertad… —La palabra quedó en el aire—, condicional —añadió él.

Clara apoyó la espalda en la silla, mirándolo.

—¿Y si digo que no?

No había desafío en su tono, solo curiosidad.

El hombre la observó unos segundos más sin cambiar la expresión.

—Entonces esto se convierte en otra conversación mucho menos agradable.

Clara asintió levemente.

Lo entendía todo: el juego, las reglas y la ausencia de ellas. Aun así, una sonrisa irónica apareció en sus labios.

—Vale. Supongamos que digo que sí…

El hombre no se movió.

—Entonces empezamos a trabajar.

Clara inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Con quién?

El hombre la observó y, por primera vez desde que había entrado, pareció que algo le divertía muy ligeramente.

—No trabajarás sola. —Eso sí fue inesperado, aunque Clara no lo mostró. Se inclinó hacia delante, como si aún no hubiera terminado de evaluarla del todo—. Antes de nada… —dijo con calma—, quiero saber algo. —Clara no se movió, atenta—. Si tuvieras que mover información sensible fuera de jurisdicción… —continuó—, sin dejar rastro digital directo… ¿cómo lo harías?

Clara no respondió al instante, se limitó a pensar.

—No la movería *online* —dijo finalmente. El hombre no reaccionó—. La extraería primero del sistema —añadió ella—. Físicamente. —Inspiró hondo —. Servidores portátiles, unidades aisladas… cualquier cosa que no estuviera conectada a la red.

—¿Y después?

—Intercambio fuera de red —respondió Clara—. Entornos sin cobertura, sin trazabilidad.

El hombre la observó más atento ahora.

—¿Y la venta?

Clara ladeó ligeramente la cabeza.

—Fragmentada. Nunca vendes todo a un solo comprador. Divides la información, la haces incompleta por sí sola. Así reduces riesgo y aumentas valor.

—¿Y quiénes serían los compradores? —añadió él.

Clara lo miró fijamente.

—Gobiernos, empresas y gente con suficiente dinero como para que la legalidad deje de importar.

El hombre no apartó la mirada.

—¿De qué tipo de información estaríamos hablando?

Clara no dudó.

—Infraestructuras críticas, sistemas de defensa y comunicaciones.

El hombre asintió muy levemente.

—Exacto. —Clara no dijo nada, pero lo entendió. Eso era justamente lo que estaban investigando. No era un caso aislado, era una red—. Y tú puedes entrar ahí —añadió él.

Clara sostuvo su mirada.

—Si sé dónde buscar, sí —confirmó.

El hombre se recostó ligeramente en la silla.

—Trabajarás con alguien.

Clara frunció el ceño.

—No he dicho que vaya a trabajar con vosotros.

El hombre la miró con su expresión inalterable.

—Sí lo has hecho. —Clara sostuvo la mirada, apretó por primera vez los labios y decidió no discutir porque sabía que tenía razón. El hombre entrelazó los dedos sobre la mesa—. Javier Alcázar. —El nombre quedó en el aire—. Teniente de la Armada Española —continuó él—, de la FGNE.

Clara entornó ligeramente los ojos.

—¿FGNE?

—Fuerza de Guerra Naval Especial —repitió él—. Operaciones especiales en entorno marítimo. —Clara apoyó los codos en la mesa, interesada—. Abordajes, infiltraciones, operaciones en altamar… —enumeró él con calma —, y todo lo que ocurre cuando las cosas dejan de ser… limpias.

Clara asimiló rápido y con precisión.

—Entonces él entra por la puerta —murmuró—, y yo por el sistema.

El hombre no sonrió, pero estuvo cerca.

—Exacto.

Clara se recostó en la silla, pensando y encajando las piezas.

Aquello no era un trabajo, sino algo mucho más grande y mucho más peligroso.

Levantó la mirada.

—Y supongo que no es opcional —acabó diciendo con ironía.

—No.

—Claro. —Chasqueó la lengua—. Por supuesto que no es opcional —confirmó ella en un susurro.

Clara dejó escapar una leve exhalación de aceptación.

—Vale —murmuró—. Entonces quiero saber en qué me estoy metiendo exactamente.

El hombre se levantó directamente.

—Acompáñeme.

Clara lo observó un segundo antes de ponerse en pie. No preguntó, no tenía sentido hacerlo. Salió de la sala con la misma calma con la que había entrado, aunque por dentro todo se hubiera reorganizado.

Caminaron por los pasillos blancos y silenciosos otra vez. Clara prestó más atención a los detalles, a las puertas, a los giros… pero era inútil. Todo estaba diseñado para no dejar huella en la memoria.

Otra puerta se abrió y accedieron a una sala que era distinta: más grande y más viva.

La sala tenía pantallas encendidas, mapas, información en movimiento, mesas con equipos y gente trabajando en silencio. No había ruido, pero sí actividad. Era un espacio operativo.

Clara dio un paso dentro y entonces lo vio. Aquel chico se encontraba apoyado ligeramente contra una de las mesas, de pie, sin moverse, como si llevara allí tiempo esperándola.

No llevaba uniforme ni lo necesitaba. Era alto, con la espalda recta y una presencia limpia. Todo en él transmitía control sin esfuerzo.

Clara se detuvo un segundo, observándolo. Espera, aquel… aquel chico le sonaba. Tras unos segundos donde su mente trabajó a toda máquina, lo reconoció.

—¿Tú? —La palabra salió sin filtro mientras el hombre que la había acompañado a la sala cerraba la puerta tras de sí. Sus ojos se entornaron ligeramente—. Tú eres el chico que estaba fuera de la discoteca. ¿Me estabais siguiendo?

Javier no reaccionó de forma exagerada ni se defendió, simplemente la observó con la misma calma con la que había estado esperando.

—Antes de incorporar a un activo… evaluamos su comportamiento.

El tono fue firme y medido, sin rastro de disculpa.

Clara dejó escapar una breve exhalación.

—A mí no me están incorporando, me están extorsionando —dijo dando unos pasos adelante.

Javier inclinó ligeramente la cabeza, con la mirada fija en ella.

—Las consecuencias suelen llegar después de decisiones equivocadas. Y usted ha tomado unas cuantas.

Clara se quedó en silencio un segundo, no por la falta de respuesta, sino por el tono, la forma y la seguridad que desprendían cada una de sus palabras.

La mandíbula se le tensó.

—¿Usted? —replicó, arqueando una ceja—. ¿En serio?

Javier no cambió la expresión.

—Es lo apropiado.

Clara lo observó un segundo más y luego desvió la mirada, negando muy levemente con la cabeza.

—Esto es increíble —protestó.

El hombre que la había traído hasta allí intervino entonces, sin elevar la voz.

—Clara. —Clara se giró para mirarlo—. Él es tu compañero.

Clara rio con desdén.

—¿Mi compañero?

Miró a Javier de arriba abajo y este dio un paso hacia delante para presentarse.

—Javier Alcázar, teniente de la Armada Española, especializado en la Fuerza de Guerra Naval Especial.

Ella enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—Clara Vega, ingeniera de sistemas, especialización en ciberseguridad. —Su tono era neutro—. Trabajo en Nexora… —añadió—. Me pagan por evitar exactamente el tipo de cosas por las que estoy aquí. —Parpadeó varias veces seguidas e inclinó levemente la cabeza—. Lo cual, visto así, es bastante irónico. —Sus labios se curvaron esbozando una sonrisa—. Soy bastante buena en mi trabajo… —Se echó hacia delante mientras Javier la miraba fijamente—, en los dos —le susurró con una gran sonrisa—. Ah, sí… —continuó como si lo recordase en ese momento—, y ahora parece que trabajo para el Gobierno. —Se encogió de hombros—. No he firmado nada… pero es esto o acabar en prisión, así que… —le brindó una leve sonrisa—. Ya ves… todo por la patria. —Javier la miró fijamente, analizando cada una de sus palabras, aunque ninguna de ellas pareció hacerle gracia—. Supongo que tú eres el que me va a decir lo que tengo que hacer, ¿no?

Javier no dudó.

—No, trabajaremos juntos.

Clara alzó ligeramente una ceja.

—Eso suena mejor de lo que luego suele ser.

—Suele pasar —respondió sin ninguna emoción.

Clara sonrió.

—Perfecto —reaccionó Clara cruzándose de brazos.

El hombre los observó un segundo más, midiendo el equilibrio que acababa de formarse entre ellos.

—Sentaos —ordenó.

Clara no se movió al instante y luego, con una exhalación apenas perceptible, se dejó caer en la silla más cercana, cruzando las piernas con un gesto que dejaba claro que obedecía, pero no aceptaba.

Javier se sentó frente a ella, totalmente recto, como si cada movimiento estuviera medido.

El hombre permaneció de pie un instante más antes de apoyar las manos sobre la mesa.

—Bien —empezó—, comencemos con…

—Tengo una pregunta —lo interrumpió Clara. El hombre la miró—. Tengo un trabajo, un contrato con Nexora. ¿Qué va a pasar con eso?

El hombre no respondió de inmediato, quizá porque la pregunta le pareció irrelevante o secundaria.

—Seguirá yendo a trabajar.

Clara frunció ligeramente el ceño.

—¿Perdón?

—Su vida no cambia —continuó él—. No de cara al exterior. Eso es precisamente lo que la hace útil.

Clara lo procesó.

—¿Queréis que mantenga la tapadera?

—No es una tapadera —corrigió él—, es su vida.

Clara rio desganada.

—Claro, claro. Mi vida…

—Seguirá en Nexora —añadió—. Mismo horario y mismas rutinas. Nadie sabrá que está aquí.

El silencio se asentó un segundo.

—¿Y si digo algo? —bromeó ella.

—No lo hará —sentenció el hombre con una respuesta inmediata y firme. Luego desvió la mirada hacia el resto de personas que los rodeaban con tabletas y carpetas llenas de documentos—. Entrando en materia —comenzó

—, hace meses detectamos actividad anómala en rutas marítimas comerciales. —Clara no dijo nada, pero escuchaba—. Buques que no deberían coincidir… coinciden, rutas que cambian sin motivo, sistemas portuarios con accesos no registrados. —Clara entornó ligeramente los ojos, interesada—. Transferencias de datos —añadió él—, no digitales. —Clara lo entendió antes de que lo dijera—. Servidores y unidades completas moviéndose de un barco a otro en puntos sin jurisdicción clara. —Javier no se movió, pero su atención estaba completamente fija en la conversación—. Datos sensibles —continuó el hombre—, e infraestructuras de…

—De defensa —añadió Clara.

El hombre la miró.

—Entre otras —le confirmó.

—¿Quién los compra? —preguntó ella.

—No lo sabemos —confirmó él—. Esa es una teoría de lo que pensamos que ocurre. Tenemos los patrones, pero no la confirmación.

Clara apoyó los codos en la mesa.

—¿Y no podéis seguir el rastro?

—No sin dejar huella. Como comprenderá, no podemos permitirnos eso.

Clara miró a Javier un segundo y luego volvió a escudriñar al hombre.

—¿Y yo sí?

—Usted no existe en ese sistema, no oficialmente.

Clara lo procesó despacio.

—Queréis que entre.

—Queremos que encuentre dónde, cómo y quién.

El aire en la sala se tensó ligeramente.

—¿Y él? —preguntó Clara, señalando levemente a Javier.

El hombre no dudó.

—Usted encuentra la puerta y él la ayuda a entrar.

Clara esbozó una leve sonrisa cargada de perspicacia.

—Bonita división del trabajo. —Clara se recostó ligeramente en la silla—. Vale —dijo finalmente—. ¿Y ahora qué?

El hombre no dudó.

—Ahora empezamos. A partir de este momento, no vuelve a su casa.

Clara parpadeó.

—¿Perdone?

—Se traslada a una ubicación segura.

Ella abrió los ojos de par en par.

—No. —La respuesta fue inmediata—. No —repitió ella, incorporándose ligeramente—. Yo tengo una casa, un trabajo, una vida…

—Seguirá teniéndola, pero con unos ajustes.

Clara se quedó en silencio un segundo y la mandíbula se le tensó.

—No puede decidir eso.

—Ya está decidido —sentenció—. Si trabaja con nosotros, nos encargaremos de su protección. Su actividad ha sido detectada.

Clara frunció el ceño.

—Eso no es posible.

—Lo es. Si nosotros lo hemos detectado, otros también lo pueden hacer. No saben quién es usted exactamente, pero saben que alguien puede estar entrando. —El aire en la sala cambió y Clara lo entendió—. Y cuando lo averigüen… —continuó él sin acabar la frase.

—Irán a por mí —susurró ella.

—Sí.

Clara desvió la mirada un segundo, pensando y calculando.

—Puedo cubrirme —dijo—. Siempre lo hago.

—No esta vez. Esto no es un encargo, es una red —corroboró el hombre.

Clara volvió a mirarlo.

—¿Y su solución es encerrarme?

—Mi solución es mantenerla con vida. Dependemos de su trabajo.

La respuesta fue directa y sin adornos, por lo que Clara soltó una pequeña risa sin humor.

—Qué tranquilizador.

—Mientras trabaje en esta misión vivirá en un piso franco con él.

El gesto de Clara fue inmediato y miró a Javier directamente.

—No, no —repitió, señalando a Javier—. Eso no va a pasar.

Javier no reaccionó, seguía sentado escuchando, sin inmutarse.

—No es una sugerencia —dijo el hombre.

—Pues debería serlo —se quejó ella.

—No lo es —sentenció.

Clara se levantó y dio un paso.

—¿Quiere que viva con un desconocido?

—No es un desconocido.

Clara giró la cabeza hacia Javier.

—Lo vi una noche en una discoteca —contestó desquiciada—. Eso no cuenta.

Javier habló entonces.

—Cuenta lo suficiente.

Su voz fue calmada y firme.

Clara lo miró asombrada y ladeó la cabeza hacia él.

—¿Qué?

—Vamos a convivir por trabajo, nada más. Lo de la discoteca cuenta lo suficiente; no necesito conocerte más para saber cómo reaccionas. Fue un acercamiento informativo y confirmé varias cosas…

Ella puso su espalda recta. Desde luego, aquellas frases no le habían gustado nada.

—¿Sí? ¿Y qué confirmaste?

—Sobreviviste a una conversación conmigo; eso ya es un buen inicio —sentenció con una sonrisa de soslayo—. Ten en cuenta que no es una cita, es logística, y no tienes que caerme bien, solo no estorbar —acabó, más serio.

Clara desencajó la mandíbula y miró al hombre, señalando a Javier.

—Esto es ridículo —se quejó.

—Es necesario —intervino el hombre—. Una pareja no llama la atención.

Clara volvió a mirarlo.

—¿Una pareja? —acabó gritando, desquiciada.

—Es vuestra cobertura —confirmó.

—¡No! —gritó—. No voy a fingir nada con el… con el barquito de guerra —señaló a Javier.

Javier enarcó una ceja.

—¿Disculpa? —preguntó ofendido.

—Lo harás —interrumpió el hombre, cortante.

—No —rechazó la idea Clara.

—Sí.

Clara soltó aire por la nariz.

—Esto es una locura —exclamó, haciendo aspavientos.

—Es eficiente —confirmó el hombre.

—¡No! Es invasivo.

—Te dará seguridad.

—Todo esto es absurdo.

Javier volvió a intervenir.

—Es lo que hay —sentenció con el tono más alto y dirigido a ella.

Clara se giró en su dirección y lo miró fijamente, retándolo.

—¿Siempre hablas así?

—Solo cuando es necesario —respondió Javier—. Y ahora lo es.

Clara negó con la cabeza y se dejó caer sobre el asiento.

—Increíble —respondió molesta.

El hombre continuó, ignorando los comentarios de Clara y Javier.

—¿Tengo que recordarle, señorita Vega, que se le podrían imputar más de veinte delitos de…?

—No —lo cortó ella—, no hace falta.

—Bien —continuó el hombre—. El piso está controlado, será un lugar seguro, protegido y vigilado. No puede vivir sola, no mientras trabaje para nosotros. Hágase a la idea, supongo que es mejor eso que una celda.

—Apuesto a que sí —ironizó ella, llevándose una mano a la frente—. Genial —murmuró—, compartiendo piso con un militar.

Javier no sonrió.

—Teniente —rectificó—, de la Armada Española.

Clara cerró los ojos un segundo.

—Me da exactamente igual —contestó ella—, barquito de guerra. —Javier apretó los labios ante aquel apodo que ella le había puesto e inspiró hondo, haciendo honor a su paciencia—. Solo espero que no ronques.

Javier la sostuvo con la mirada.

—Y yo espero que no mientas. En un equipo hay que tener confianza el uno con el otro.

Clara lo miró unos segundos más, procesando… o fingiendo que procesaba, pero no respondió a Javier. Al contrario, miró al hombre que dirigía aquella operación.

—¿Y qué pasa con Milo? —preguntó Clara.

El hombre frunció ligeramente el ceño.

—¿Milo?

Clara lo miró con intensidad.

—Mi gato —respondió, sorprendida—. ¿No sois del CNI? —Se incorporó un poco en la silla—. Deberíais saber que tengo un gato. —Miró al jefe y a Javier—. No pienso irme sin él. Me lo llevo. —Luego los señaló a los dos—. Y no es negociable.

El hombre la observó unos segundos, evaluando si aquello era una broma.

No lo era.

—Se encargará alguien —dijo finalmente.

—No. —Clara negó con la cabeza—. "Alguien" no. Yo —enfatizó, señalándose—. El gato se viene conmigo.

Javier exhaló muy despacio por la nariz.

—No es una prioridad —intervino.

Clara giró la cabeza hacia él.

—Para ti no, está claro, pero para mí, sí.

Se miraron los dos.

—No puedes llevar un gato a un piso operativo —agregó él.
—Claro que puedo —lo retó ella.
—No.
—Sí.
—No.
—Sí.
El hombre los observó sin intervenir, como si aquello confirmara algo.
—Es un animal —continuó Javier—, es impredecible.
Clara alzó una ceja.
—Curioso que lo diga alguien que me acaba de conocer.
—No necesito más tiempo.
Clara sonrió con tirantez.
—Ya, ya lo he notado, "señor normas". —El silencio se podía cortar con un cuchillo—. El gato se viene —repitió Clara.
El hombre, finalmente, intervino y suspiró.
—Está bien, el animal será trasladado.
—Conmigo —dijo ella.
—Será trasladado —confirmó el hombre.
—Conmigo —repitió ella.
El hombre la retó un segundo más con la mirada y, al final, cedió.
—Con usted —la señaló.
Clara asintió, satisfecha.
—Gracias —dijo con una sonrisa forzada, aunque la borró de su rostro enseguida—. ¿Ve? No era tan difícil.
Javier negó levemente con la cabeza.
—Esto va a ser un problema.
Clara lo miró.
—Tú vas a ser un problema —reaccionó ella.
—No, yo soy la solución.
Clara soltó una pequeña risa.
—Claro, porque sigues las órdenes sin pensar en…
El hombre suspiró y decidió ignorar la conversación e interrumpirla.
—Salís en una hora —intervino.
Clara se giró hacia él.
—¿Una hora?
—Necesitamos que recojas lo imprescindible.
—Necesito más de una hora —se quejó ella.
—No.
Clara resopló.

—¿Dónde está el piso?

—Lo sabrás cuando llegues.

Suspiró y apretó los labios.

—Claro… todo muy transparente.

Javier se levantó también.

—Nos movemos ya —dio la orden.

Clara lo miró de arriba abajo.

—¿Siempre eres así de encantador? —ironizó ella.

—Ser encantador no es parte de la misión —dijo mientras se ponía en pie—, aunque debo reconocer que tú tampoco ayudas —continuó con los ojos clavados en ella—. Lo que sí puedo asegurarte es que soy efectivo. No es necesario que nos caigamos bien, solo no fallar en la misión.

Dicho esto, se giró y se dirigió a la puerta ante una Clara que lo seguía con la ceja enarcada.



6

Había tenido el tiempo justo para entrar en su piso, moverse rápido, coger ropa sin pensar demasiado y meter lo imprescindible en una bolsa. El tiempo suficiente para que Milo se le enredara entre las piernas mientras lo metía en el transportín y para sacarlo dos minutos después, porque no dejaba de maullar.

Y ahora estaba allí, en aquel nuevo piso.

Milo ya se encontraba fuera del transportín, recorriendo el lugar con total libertad, como si todo le perteneciera.

Clara dejó la bolsa sobre el sofá y miró alrededor.

El edificio era normal. Fachada antigua, portal estrecho, ascensor pequeño y vecinos que seguramente llevarían años viviendo allí. Nada llamativo.

El piso seguía la misma línea: limpio, ordenado, impersonal y demasiado preparado.

Salón funcional, cocina equipada, todo en su sitio, sin rastro de vida real, como si alguien hubiera montado aquello para que pareciera un hogar, pero sin serlo del todo.

Milo pasó por delante de Javier y este lo siguió con la mirada, sin disimular demasiado. Estaba claro que no le convencía tenerlo allí.

—Ni se te ocurra —dijo Clara sin mirarlo—. Se queda.

Javier no respondió, pero dejó de mirar al gato.

Clara se giró y volvió a recorrer el espacio con la vista.

—¿Dónde estamos?

Javier dejó las llaves sobre la mesa.

—En un piso seguro.

Clara soltó una risa seca.

—Eso ya lo sé. Me refiero a dónde.

Javier la miró.

—No necesitas saberlo.

Clara se giró hacia él.

—Claro que necesito saberlo.

—No.

—Genial —ironizó, cruzándose de brazos—. Vivo en algún punto desconocido de Barcelona con un militar y un gato.

Javier no reaccionó.

—Teniente —corrigió él.

Clara lo miró.

—Me sigue dando igual.

Milo saltó al sofá y Clara lo miró un segundo antes de volver de nuevo a Javier.

—¿Cómo se supone que voy a ir a trabajar?

—No irás sola.

Clara frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Los primeros días te llevaremos.

—¿"Te llevaremos"?

—Sí. —Hubo un silencio—. Y te traeremos.

Clara se quedó mirándolo.

—¿Me estás diciendo que voy a ir escoltada al trabajo?

—Temporalmente.

—¿Por qué? —exclamó abriendo los brazos.

Javier no dudó.

—Por posible amenaza. No sabemos quién puede detectar la actividad, además de nosotros. —La miró con una sonrisa burlesca—. Y no confiamos en que no intentes desaparecer o huir.

Clara parpadeó.

—Ah —reaccionó pensativa—. Eso último no ha sido bonito.

—No, tienes razón… es realista.

Clara negó con la cabeza.

—Pues ni se me había pasado por la cabeza hasta que tú lo has mencionado… gracias —ironizó—. Y después, cuando te relajes con la idea de que pueda huir, ¿qué?

—Después podrás ir sola.

—Ah, ¿sí?

—Sí… pero no estarás sola —completó la frase rápidamente.

Clara lo miró.

—¿Eso es una amenaza o una advertencia?

—Ninguna de las dos. Es información, tómala como quieras.

Clara soltó aire por la nariz.

—Me encanta —dijo, agobiada.

Milo pasó entre ellos y Javier lo esquivó. Clara lo vio y sonrió.

—Te cae bien, ¿eh?

—Es un gato —dijo señalándolo.

Ella suspiró mirando alrededor. Luego dio unos pasos por el comedor.

—¿Hay vecinos?

—Sí.

—¿También forman parte del plan o son inocentes?

—Inocentes… y necesarios.

Clara alzó una ceja.

—¿Para qué?

—Para la cobertura. Una pareja no llama la atención.

Clara cerró los ojos un segundo.

—Claro…. —resopló—. ¿Sabes? Es bastante incómodo.

Él enarcó una ceja.

—Es la forma de pasar desapercibidos más segura para los dos. —Ella suspiró. Javier ignoró aquel gesto y caminó hacia el pasillo—. Hay dos habitaciones.

Clara lo siguió.

—Menos mal —ironizó ella alzando los brazos.

Javier abrió la primera puerta de par en par.

—Esta es la tuya.

Clara asomó la cabeza. Era una habitación simple y ordenada, no muy grande, con una cama de matrimonio en el centro y un armario.

—¿Y tú? —preguntó ella.

Javier señaló la otra.

—Ahí.

Clara la miró. La habitación de Javier era más pequeña.

—Oh, qué generoso —respondió, sorprendida.

—No lo es. —Se cruzó de brazos, mirándola—. Es estratégico. Tu habitación está más alejada de la entrada, por lo que es más segura. —Clara lo miró un segundo y no dijo nada—. Y yo estoy más cerca de la puerta…

—Para hacer de escudo humano.

—Para reaccionar antes —respondió rápidamente.

Clara asintió muy levemente.

—Vaaale. Eso te lo compro.

Javier volvió al salón con Clara detrás y recorrió el espacio con la mirada. Ventanas, puertas, entradas, como si estuviera trazando algo mentalmente.

Clara lo observó.

—¿Qué haces?

—Memorizando rutas.

—¿Rutas?

—Entradas alternativas, salidas, puntos ciegos…

Clara lo miró.

—¿Hay cámaras?

—Probablemente.

—¿"Probablemente"? —Lo miró con los ojos muy abiertos.

—Sí, aunque no estén visibles.

Clara se quedó quieta un segundo y resopló.

—¿Y la intimidad dónde queda? —se quejó y luego negó con la cabeza—. Cada vez me gusta más esto —ironizó.

Javier se giró hacia ella.

—Te acostumbrarás… y si no… ya sabes, siempre puedes escoger ir a la cárcel —acabó con un tono seco.

Clara resopló de nuevo y negó. En ese momento, miró al final del comedor. En una de las paredes había un gran escritorio con un *setup* compuesto por dos ordenadores nuevos e impecables, aunque demasiado limpios para lo que ella estaba acostumbrada.

Clara se acercó, seguida de cerca por Javier.

—Es tu equipo —le informó él.

Clara lo miró.

—No. Ese no es mi equipo.

—Lo es ahora.

Clara lo miró fijamente y situó una mano sobre una de las pantallas.

—Esto es lento —informó.

—Es seguro —le rectificó.

—Estará limitado —dijo apretando los dientes.

—Está controlado.

—No sirve —pronunció más efusivamente, dando una palmadita a la pantalla.

—Servirá —sentenció él con una sonrisa, mostrándole los dientes, aunque aquella sonrisa distaba mucho de ser de felicidad.

Clara se acercó de mala gana y lo encendió.

Miró la pantalla y esperó unos segundos cruzada de brazos.

—Esto es una broma. —Señaló la pantalla.

—No, no lo es.

—No puedo trabajar así —acabó desquiciada.

Javier sostuvo su mirada.

—Trabajarás —dijo más contundente.

Clara se sentó en la silla, visiblemente mosqueada, puso las manos sobre el teclado y empezó a teclear mientras él la miraba confundido.

—No sabes lo que estás haciendo —dijo él.

Ella sonrió.

—Ese es exactamente el problema —respondió, señalando de nuevo la pantalla.

Milo saltó a la mesa captando la mirada de los dos. Javier iba a espantarlo con la mano, pero Clara lo detuvo.

—Ni se te ocurra bajarlo —dijo ella.

Javier suspiró.

—Esto va a ser largo —dijo pasándose la mano por los ojos, como si estuviese agotado.

Clara sonrió sin apartar la vista de la pantalla.

—No tienes ni idea, barquito de guerra —susurró sin mirarlo.

Esta vez Javier no la corrigió, solo se dedicó a mirarla un segundo más, como si acabara de entender que aquello no iba a ser sencillo.

Clara dejó de teclear un segundo, suspiró, y giró la silla hacia él.

—Vale. Llama a tu jefe, esto es una castaña.

Javier no se movió.

—No.

Clara frunció el ceño.

—¿Cómo que no?

—Ahora no.

—Pues yo quiero hablar con él ahora.

—No es necesario.

—Para mí sí.

Javier sostuvo su mirada.

—Mañana podrás hablar con él.

Clara resopló y se giró de nuevo hacia la pantalla.

—Genial. ¿Y quién es exactamente "tu jefe"?

Javier dudó apenas un segundo.

—No es mi jefe. Es el responsable de la operación: director operativo Salazar.

Clara lo miró.

—¿Salazar?

—Sí.

—¿Se llama así de verdad?

Javier ladeó muy ligeramente la cabeza.

—Es el nombre que vas a usar.

Clara sonrió.

—Vale, o sea que no se llama así.

Javier no respondió y eso ya era respuesta suficiente.

Clara volvió a girarse hacia el ordenador.

—Perfecto, pues mañana hablaré con el señor "Salazar" y le diré que esto es una basura.

Javier se acercó un poco.

—No lo es.

—Sí lo es.

—Son equipos de última generación.

Clara dejó escapar una risa.

—Para vosotros.

Javier enarcó una ceja.

—¿Perdón?

Clara se giró otra vez hacia él.

—Mis equipos no eran "de última generación", estaban modificados. —Javier no dijo nada, solo la miró—. *Kernel* personalizado —continuó ella—. Arranque en capas, entornos aislados, *spoofing* de hardware, rutas de salida dinámicas… nada de esto lo tiene. —Javier seguía mirándola en silencio—. Además, tenía cifrado distribuido y acceso indirecto a nodos externos mediante túneles encadenados.

Javier la miró intrigado unos segundos.

—¿Sabes qué? No tengo ni idea de lo que me has dicho.

Clara sonrió.

—Ya.

—Pero no me importa, mañana lo hablas con el director operativo.

—Con "Salazar", ¿no? —ironizó ella, haciendo con los dedos el gesto de entrecomillar.

—Sí.

—Mejor, porque con esto no voy a poder trabajar ni al cincuenta por ciento.

Javier la observó un segundo más.

—No vas a trabajar solo con eso.

Clara frunció el ceño.

—Ah, ¿no?

—No. Si lo que creemos es correcto, tendremos que ir al origen.

Clara lo miró arrugando la nariz.

—¿Al origen?

—A altamar.

Clara se quedó quieta.

—¿Altamar? —preguntó, asustada.

Javier la sostuvo con la mirada.

—Sí. —Hubo un segundo de silencio—. Creí que lo habías entendido. ¿Por qué crees que estoy yo aquí?

Clara lo miró un segundo y luego se encogió de hombros.

—No sé. —Lo miró confundida—. ¿Para vigilar que no rompa nada? —ironizó.

Javier resopló muy levemente y negó con la cabeza.

—Pues qué bien —susurró mirando la pantalla de nuevo.

Javier miró su reloj e inspiró hondo.

—Son casi las cinco.

Clara parpadeó.

—¿Ya?

—Sí, vete a dormir.

Clara lo miró.

—¿Y tú?

—También me voy a dormir —respondió.

—¿En serio?

—Pues claro, son las cinco de la mañana —dijo.

Clara lo observó un segundo más.

—Una cosa. —Javier levantó la vista mientras iba hacia el pequeño pasillo que conducía a las dos habitaciones y al servicio—. ¿Hay cámaras en las habitaciones?

Javier la miró, evaluando la pregunta.

—No, ni en los baños.

Clara entornó ligeramente los ojos.

—¿Seguro?

—No lo sé —explicó extendiendo los brazos hacia los lados—. Pero si las hay… estarán en puntos vulnerables.

Clara lo miró.

—Cada vez me gusta más esto, en serio.

Javier reaccionó de inmediato.

—Es por tu seguridad.

Clara soltó una risa cansada.

—Ya, siempre lo es. —Milo maulló desde el sofá y Clara lo miró—. Al menos uno de nosotros está cómodo. —Javier no respondió y se fue por el pasillo. Clara se levantó de la silla, mosqueada—. Buenas noches, barquito de guerra.

Javier la miró un segundo e ignoró aquel apodo que ella le había puesto.

—Descansa. —Inspiró hondo—. Mañana empiezas a trabajar.

Clara se detuvo en la puerta.

—Nunca he dejado de hacerlo —respondió.

Javier asintió y desapareció por el pasillo, luego entró en su habitación sin decir nada más, cerrando la puerta.

El silencio volvió al piso.

Clara resopló e, instintivamente, miró de un lado a otro buscando las cámaras que Javier había mencionado.

—Mierda —susurró, mosqueada.

Necesitaba descansar, aunque fueran solo unas horas.



7

El ordenador iluminaba su rostro.

Clara apoyó la barbilla en la mano, mirando la pantalla sin verla realmente. Las líneas de código estaban ahí, moviéndose, ordenadas y limpias… pero su cabeza seguía en otro sitio: en la noche anterior, en el vehículo, en el piso y en Javier.

Parpadeó y bostezó otra vez, cubriéndose la boca con la mano, y luego se pasó la mano por la cara.

Todo aquello no podía ser real. El CNI, el piso franco… el gato paseándose por una operación secreta.

Bostezó de nuevo.

—Vale, esto ya es preocupante —pronunciaron a su lado.

Clara giró la cabeza hacia ella. Laura estaba apoyada en el borde de su mesa, mirándola con los brazos cruzados.

—¿El qué?

—Tú.

Clara frunció el ceño.

—¿Yo qué?

—No paras de bostezar y eso no es normal en ti.

Clara volvió a la pantalla.

—Estoy bien.

—No me da esa impresión —comentó su amiga.

Clara suspiró.

—¿Por qué no? —preguntó a disgusto mientras volvía su atención a la pantalla.

—Porque hoy estás… lenta. Casi eres humana.

Clara esbozó una pequeña sonrisa.

—Qué detalle tan bonito —bromeó Clara.

—¿Saliste ayer?

—No.

—¿Seguro?

Clara dudó una fracción de segundo.

—Sí, claro.

Laura entornó los ojos.

—Mientes fatal cuando estás cansada.

Clara volvió a mirar la pantalla.

—Estoy bien —pronunció arrastrando las palabras.

—Ya. ¿Seguro que no te han secuestrado y reemplazado por una versión defectuosa?

Clara soltó una risita.

—Ojalá.

—Lo sabía.

—¿El qué?

—Que algo raro pasa.

Clara negó con la cabeza.

—No pasa nada, solo necesito café —dijo levantándose de la silla.

Al final de la oficina había una cafetera donde podían servirse el café que quisieran.

—Llevas ya tres cafés —comentó Laura.

—Cuatro —la rectificó Clara.

Laura sonrió.

—Ahora sí suenas como tú.

Clara asintió levemente.

—Perfecto. —La miró de reojo mientras cogía un vaso de plástico y se echaba hasta la mitad de café—. Entonces deja de analizarme.

—Qué va, no puedo —Laura pestañeó varias veces seguidas, lo que provocó que Clara riese—. Estás rara… ¿algún chico?

—¡No! —exclamó mientras volvía a su asiento dando la conversación por zanjada.

Clara resopló y volvió a centrarse en su trabajo.

Las horas pasaron más rápido de lo que esperaba y cuando levantó la vista ya era hora de marcharse. Recogió sus cosas y salió del edificio sin

esperar a Laura.

El aire de la calle la golpeó con suavidad. Al final de esta, en una esquina, un vehículo negro la estaba esperando.

Se removió nerviosa, suspiró y se acercó despacio, asegurándose de que ninguno de sus compañeros de trabajo la viera subir a aquel vehículo.

Abrió la puerta trasera y entró directamente, situando su bolso en sus rodillas.

Miró al conductor a través del retrovisor. Tenía un gesto serio, casi inexpresivo.

—Hola —dijo ella mientras él arrancaba el vehículo y se incorporaba al tráfico—. ¿Cómo te llamas? —Esperó unos segundos, pero no hubo respuesta por su parte. Lo volvió a mirar a través del retrovisor—. Vale —dijo lentamente—. Empezamos bien. —Miró por la ventanilla unos segundos y chasqueó la lengua, luego volvió a mirar al conductor mientras se acomodaba en el asiento, consciente de que no iba a responder a ninguna de sus preguntas—. ¿Qué edad tienes? —Nada, no hubo respuesta, ni siquiera la miró a través del retrovisor—. ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta misteriosos años? —Suspiró y apretó los labios mientras miraba por la ventanilla de cristal opaco—. ¿Trabajas para el CNI o eres *freelance*? —Seguía en silencio. Clara ladeó su cabeza—. ¿Tienes familia? ¿Cómo llevas esto? ¿Tienes que guardarlo en secreto como yo? —Hubo unos segundos donde Clara esperó por si el conductor respondía, pero luego carraspeó—. "Cariño, hoy no puedo ir a cenar, tengo que recoger a una hacker problemática" —dijo con voz masculina, como si fuese él quien respondiese, pero el conductor no hizo ni un mínimo gesto. Clara asintió lentamente—. Entiendo, esto… esto es complicado. —Clara cambió ligeramente de postura —. ¿Y qué sientes? ¿Te gusta tu trabajo? —De nuevo hubo silencio. Clara suspiró y volvió a cambiar a una voz más grave—. "No, Clara. No siento nada. Soy un conductor sin emociones" —se respondió a sí misma—. Vaya, qué duro debe de ser. —Otra vez puso voz grave—. "Es lo que hay, así es la vida" —Clara asintió firmemente—. Lo respeto… mucho.

El conductor ni siquiera la observaba por el retrovisor.

El vehículo giró hacia otra calle. Clara miró por la ventanilla y se dio cuenta de que no era el mismo camino. Jugaban al despiste con ella para que no pudiese hacerse un plano mental de dónde se encontraba.

—Vale… —murmuró—. Hoy tampoco. —Siguió mirando, intentando orientarse, pero era completamente inútil—. Os esforzáis mucho, ¿eh? —Clara sonrió—. Lo entiendo, yo también lo haría —acabó encogiéndose de hombros.

El vehículo descendió al parquin subterráneo otra vez, igual que la noche anterior, y se detuvo. Clara no se movió inmediatamente, se quedó mirando al conductor.

—¿Sabes qué? —dijo abriendo la puerta—. Si todos los días van a ser así… va a ser un aburrimiento.

Salió del vehículo y cerró la puerta.

El eco del parquin la envolvió y caminó hacia el ascensor.

Pulsó el botón, esperó hasta que las puertas se abrieron y entró. Se apoyó ligeramente contra la pared, en silencio. Clara miró su reflejo en el espejo: cansada, pero despierta.

Las puertas se abrieron y fue directa al piso, como si ya fuera suyo, aunque sin serlo.

Giró el pomo una vez, pero la puerta no se abrió. Lo intentó otra vez, pero nada.

Se quedó quieta un segundo mirando la puerta.

—Perfecto, simplemente perfecto —pronunció de los nervios. Llamó al timbre y dio unos golpes en la puerta, pero no se escuchaba nada—. ¿En serio? —La puerta se abrió de golpe y Javier apareció al otro lado, impecable. Clara lo miró molesta—. No tengo llaves…

Javier la miró fijamente.

—No.

Clara parpadeó mientras apretaba los labios.

—¿Por qué?

—Porque no las tienes.

—Ya lo veo. ¿Y cuál es exactamente el plan? ¿Que llame cada vez que quiera entrar? —se quejó cruzándose de brazos.

—Sí.

Clara lo miró fijamente mientras Javier se echaba a un lado para que entrase.

—Increíble.

Javier mantuvo la calma mientras cerraba la puerta.

—Es algo temporal.

—Claro.

—Hasta que evaluemos riesgos.

—Y mientras tanto yo… ¿qué? —Dejó el bolso sobre la mesa—. ¿Pido permiso para entrar en mi propia casa?

—No es tu casa.

Clara apretó la mandíbula.

—Lo es ahora. —Se giró hacia él con todo el cuerpo en tensión.

Javier la observó y, finalmente, suspiró mientras metía la mano en el bolsillo de su pantalón. Sacó un juego de llaves y se las entregó.

—Ahora sí las tienes —bromeó, tendiéndoselas.

Clara no las cogió inmediatamente.

—¿Ves? No era tan difícil.

Iba a tomarlas de su mano, pero Javier la apartó con gesto burlón. Ella se quedó observándolo, enarcando una ceja, hasta que Javier se las volvió a tender. Esta vez sí las cogió.

—Gracias —pronunció ella.

Javier asintió levemente.

—De nada.

Milo apareció por el pasillo y se enredó entre sus piernas.

—Hola, cariño —dijo agachándose para acariciarlo—. ¿Has estado cómodo?

Milo se dejó acariciar y luego se fue hacia el sofá, acomodándose perfectamente, como si llevara viviendo allí toda la vida.

Clara se dejó caer a su lado, girándose hacia él con total seriedad.

—Bueno… tenemos que hablar.

Javier, al fondo, apoyado cerca de la mesa, alzó la vista. Clara ni lo miró y se inclinó más hacia el gato.

—¿Qué tal el día? —Milo parpadeó y Clara asintió—. —Ya, me lo imaginaba. —Javier frunció ligeramente el ceño y Clara continuó—. A ver… necesito saber una cosa importante. —Se acercó un poco más al gato—. ¿Te ha tratado bien el militar? —Javier arrugó ligeramente la nariz, con las manos en la cintura. Clara lo ignoró por completo—. Ajá… eso pensaba. —Asintió con gravedad—. ¿Nada de mimos? —Milo movió la cola y Clara suspiró—. Ya, tienes razón… es que es un poco… seco. —Le acarició la cabeza—. Pero no te preocupes, ya lo iremos humanizando. —Javier cerró los ojos un segundo y respiró largamente. Clara continuó completamente metida en la conversación—. Sí, sí… lo sé, nuestro compañero de piso es aburrido. —Milo maulló y Clara abrió los ojos—. ¿En serio? ¿También te ha mirado como si fueras un problema? —Clara asintió—. Normal, a mí también.

Javier la miraba pasmado, sin intervenir aún.

Clara siguió.

—Pero tranquilo, Milo. —Le rascó detrás de la oreja—. Yo estoy aquí y voy a hacer que este sitio sea un poco más divertido, porque si dependemos de él… nos morimos del aburrimiento.

Javier habló finalmente.

—El activo felino ha sido correctamente supervisado.

Clara se quedó quieta un segundo y giró la cabeza hacia él.

—¿Qué?

Javier la miró, imperturbable.

—No ha presentado comportamiento hostil, además ha sido alimentado y ha invadido territorio operativo sin autorización.

Clara lo miró y luego miró a Milo.

—¿Has oído eso? Eres un problema operativo. —Milo maulló—. Sí, yo también lo creo. —Volvió a mirar a Javier—. ¿Le has hablado así todo el día?

—No, no responde a órdenes.

Clara se llevó una mano al pecho.

—¿Le has dado órdenes?

—Lo intenté, pero no funcionó.

Clara sonrió.

—Menos mal. Tranquilo —se inclinó hacia Milo, acariciándolo—, yo tampoco le hago caso.

Javier negó levemente con la cabeza.

—Eso ya lo he notado, no está muy bien educado.

Clara levantó la mirada.

—Es mutuo. ¿Verdad, Milo? —Milo maulló y Clara asintió—. Exacto.

Javier los observó un segundo más.

—Esto no es una guardería.

Clara lo miró.

—No, es peor.

Se recostó en el sofá con el gato sobre ella.

—Es convivencia —resolvió Javier—, y creo que va a ser muy interesante.

Clara sonrió sin apartar la vista.

—No tienes ni idea.

Javier los observó un segundo y volvió a suspirar, armándose de paciencia.

—Mañana trabajamos.

Clara alzó la vista.

—¿Ya?

—Sí.

Se incorporó en el sofá, esta vez más interesada.

—¿Qué tenemos?

Javier se acercó a la mesa y apoyó las manos.

—Una gala.

Clara lo miró.

—¿Una gala?

—Sí. Se trata de un evento de empresas marítimas y logística portuaria.

Clara arqueó una ceja.

—Suena aburrido.

—No lo es. Hay varias compañías bajo vigilancia, algunas con acceso directo a rutas comerciales.

Clara cruzó los brazos.

—¿Y?

—Y las rutas están siendo manipuladas sin registro ni explicación, ¿recuerdas? —acabó un poco más serio—. Eso no es fácil, implica acceso interno, alguien con control o con influencia suficiente para cambiar trayectorias sin levantar sospechas.

Clara asintió muy levemente, pensativa.

—¿Y qué hay que mirar?

—Contactos —respondió directamente—. Relaciones, comportamientos, inconsistencias.

Clara lo observó.

—¿Y qué hago yo?

—Escuchar, observar y acceder.

Clara entornó los ojos.

—¿Acceder cómo?

—Habrá sistemas, redes internas, dispositivos.

Clara sonrió ligeramente.

—Ah, eso es más divertido —sonrió finalmente.

Él chasqueó la lengua.

—Mientras yo hablo con la gente adecuada —añadió Javier—, tú actúas.

Clara ladeó la cabeza.

—¿Se trata de gente peligrosa?

—Probablemente.

—Perfecto, es un plan sencillo.

Javier no reaccionó y la miró fijamente.

—No lo es. —Javier se inclinó ligeramente—. Quien esté detrás de esto tiene control sobre rutas marítimas, tiempos y movimientos.

Clara dejó de sonreír.

—Entiendo.

—Por eso tenemos que ir.

Clara asintió lentamente.

—Vale. —Miró de un lado a otro, pensativa—. ¿Y cómo se supone que debo vestirme?

Javier la miró.

—Es una gala —le recordó.

—Sí, eso ya lo has dicho. —Clara enarcó una ceja—. No tengo nada de gala, a duras penas pude coger tres pantalones y tres jerséis.

Javier señaló con la cabeza.

—Está en tu armario.

Clara frunció el ceño.

—¿Mi armario?

—Sí.

—No he traído nada.

—Tú no, pero nosotros sí.

Clara lo miró sorprendida y se puso directamente en pie. Caminó hacia la habitación y abrió el armario. Se quedó totalmente pasmada al observar el vestido.

—Vale, esto sí que no me lo esperaba. —Giró la cabeza hacia él, que la había seguido y ahora se apoyaba en la pared del pasillo—. ¿También sabéis mi talla?

Javier no se movió.

—Sí.

—Joder, ¿de verdad? —Volvió al interior del armario y pasó la mano por el vestido—. Mañana va a ser interesante.

Javier la observó desde el pasillo.

—Lo será —respondió antes de volver hacia el comedor.

Clara se giró y lo siguió por el pasillo hasta entrar al comedor, revisando algo en su móvil.

—Vale, si queréis que haga bien el trabajo… —se cruzó de brazos—, necesito cosas.

Javier levantó la vista sin mucho interés.

—¿Qué tipo de cosas?

Clara avanzó hasta la mesa.

—Un portátil limpio, pero limpio de verdad. Sin rastreos internos, sin *firmware* monitorizado. —Javier no dijo nada—. También necesito un sistema aislado —continuó—. Sin conexión directa y con acceso manual a redes externas y *hardware* modular.

Javier ladeó ligeramente la cabeza.

—Explícate.

Clara suspiró.

—Que pueda desmontarlo, cambiar componentes y así evitar que alguien controle lo que hago desde dentro. Además —añadió—, necesito acceso a nodos intermedios.

—¿Nodos?

—Puntos de salto, para no entrar directamente desde aquí. —Javier la miraba atento, pero serio—. Y un sistema de cifrado que no sea vuestro. El vuestro está bien para vosotros, pero para mí es una jaula.

Javier apoyó el móvil en la mesa.

—¿Has terminado?

Clara negó.

—No, necesito herramientas de *spoofing*, simulación de identidad digital y acceso a tráfico en tiempo real.

Javier la observó intrigado.

—¿Realmente necesitas todo eso?

Clara lo miró como si la pregunta fuera absurda.

—Sí.

—¿Por qué?

Clara apoyó ambas manos en la mesa.

—Porque lo que estoy buscando no es básico. Estamos hablando de gente que manipula rutas marítimas sin dejar rastro —dijo moviendo excesivamente la mano—. Eso no se hace con sistemas normales. Necesito entrar sin que sepan que estoy entrando y salir sin dejar huella. Eso no lo hago con un ordenador bonito y limpio —señaló a su nuevo *setup*.

Javier no apartó la mirada.

—¿Y si te damos eso?

—Trabajaré mucho mejor.

—¿Y si no?

Clara se encogió de hombros.

—Trabajaré, pero más lento y con más riesgo.

Javier asintió y fue hacia el sofá. Miró a Milo y le hizo un gesto con la mano para que se apartase, pero el gato no hizo ni caso, así que Javier se sentó al otro lado, mirando al animal. Clara dio unos pasos al frente, pensativa, y se detuvo a medio camino, como si acabara de recordar algo.

—Ah, y una cosa más.

Javier alzó la vista del móvil.

—¿Otra?

Clara sonrió.

—Sí, si quieres que investigue contactos en la gala necesito herramientas de campo.

Javier entornó los ojos.

—Define "herramientas de campo".

Clara se inclinó un poco hacia delante.

—Acceso cercano. Voy a estar rodeada de móviles, relojes inteligentes, tabletas, agendas electrónicas… —Javier no dijo nada, pero escuchaba—. Necesito un vector de entrada rápido, algo que pueda desplegar sin que lo noten.

—¿Cómo qué?

Clara sonrió.

—Microinyección por proximidad.

Javier la miró.

—Explícate.

Clara se cruzó de brazos.

—Un *payload* ligero. Se activa cuando estoy a menos de un metro del dispositivo. Escanea, identifica y se engancha, luego replica datos en segundo plano. —Javier la escuchaba atento—. Contactos, calendarios, historial de llamadas, notas… todo. —Javier la observaba sin interrumpir—. Y, además —añadió ella—, necesito un troyano silencioso, nada agresivo, solo persistente y que me permita entrar después, buscar patrones, ver quién habla con quién, con qué frecuencia, en qué momentos y cruzarlo todo. —Clara sonrió ligeramente—. Ahí es donde empieza lo interesante.

Javier apoyó las manos en la mesa, intrigado con lo que ella le explicaba.

—¿Y cómo metes eso en los dispositivos?

Clara alzó una ceja.

—Por contacto. —Se encogió de hombros—. Un roce, un brindis, un móvil sobre la mesa o incluso proximidad si el entorno es lo bastante permisivo.

Javier la miró sorprendido.

—¿Realmente puedes hacer eso?

Clara sonrió, esta vez más orgullosa.

—No tienes ni idea de con quién estás hablando. —Alzó sus cejas repetidas veces—. Ni de lo que soy capaz.

Javier la sostuvo con la mirada.

—Lo estoy empezando a sospechar —dijo mirando su móvil—, y no sé si me tranquiliza. —Clara soltó una risa—. Está bien… —dijo pasándose la mano por el cabello—. Llamaré a Salazar.

Clara sonrió.

—Bien, dile que quiero lo mejor.

Javier la miró.

—Ya lo tienes.

Clara negó con la cabeza.

—No, tengo lo que vosotros creéis que es lo mejor. No es lo mismo.

Javier cogió el móvil.

—Lo transmitiré.

Clara asintió, satisfecha.

—Perfecto. —Se giró y volvió hacia el sofá—. Milo —dijo mientras se dejaba caer a su lado—, vamos a mejorar este sitio.

Milo maulló y Clara sonrió.

Javier marcó y se llevó el teléfono al oído, dio unos pasos por el comedor mirando de reojo a Clara y finalmente se detuvo.

—Sí, buenas noches, señor. Todo bien… —Hubo unos segundos de silencio. Javier se quedó mirando a Clara, pensativo. Ella no entendió aquella expresión hasta que él empezó a acercarse—. Solicitud de comunicación con Clara Vega. —Hubo un segundo de silencio y luego pulsó el manos libres, situando el teléfono sobre la mesa—. Adelante —le indicó.

Clara dio un paso al frente.

—Buenas tardes.

—No lo son —respondió Salazar—. ¿Qué necesita?

Clara sonrió ligeramente.

—Varias cosas. Para empezar, el equipo que me han dado no sirve.

Hubo un silencio.

—Funciona perfectamente.

—Para ustedes, pero no para mí.

Escuchó un suspiró al otro lado de la línea.

—Continúe.

Clara se cruzó de brazos.

—Necesito un portátil sin *firmware* monitorizado, con *kernel* modificable, arranque en capas y sin trazabilidad interna. —Clara miró de reojo a Javier, el cual se encontraba a su lado—. También un entorno aislado con acceso manual a redes externas, *hardware* modular, cifrado no institucional y acceso a nodos intermedios para saltos encadenados.

Hubo un silencio largo.

—No he entendido nada.

Clara asintió.

—Lo suponía. ¿Tiene papel y bolígrafo?

Javier cerró los ojos un segundo y negó con la cabeza.

—Está bien, continúe —dijo Salazar.

Clara sonrió.

—Bien. Apunte. —Javier negó de nuevo con la cabeza mientras Clara comenzaba a enumerar—. Uno: portátil limpio sin supervisión interna. Dos: sistema aislado con acceso externo manual. Tres: *hardware* desmontable. Cuatro: cifrado independiente. Cinco: acceso a nodos intermedios. —Inspiró hondo—. ¿Lo tiene?

—Continúe.

Clara asintió.

—Para la gala de mañana… —Javier alzó la vista, atento—, necesito herramientas de proximidad. Un *payload* ligero activable a corta distancia, con capacidad de escaneo y replicación de datos… y un troyano persistente.

—¿Para qué?

Clara se encogió de hombros; para ella, era una obviedad.

—Para entrar en los dispositivos móviles, agendas electrónicas, relojes inteligentes… —Tomó aire—. Extraer contactos, patrones de comunicación, relaciones y reconstruir redes.

Javier la observó sin intervenir.

—Eso no está autorizado —dijo Salazar.

Clara inclinó la cabeza.

—Entonces no voy a encontrar nada. Lo que buscamos no está en la superficie, está oculto. —Hubo una pausa—. Yo sé cómo sacarlo, pero necesito un equipo apropiado.

Hubo un silencio denso.

—¿Puede hacerlo sin ser detectada?

Clara sonrió.

—Sí. —Miró a Javier de reojo—. Con el equipo que tengo ahora no puedo, pero si me da lo que necesito, se lo daré todo.

Hubo unos segundos más de silencio.

—Tendrá lo que necesita —dijo finalmente Salazar.

Clara estuvo a punto de dar un salto de felicidad.

—Perfecto, gracias —dijo alzando los brazos.

—Pero con condiciones. —Clara entornó los ojos—. Nada de improvisaciones, nada de accesos innecesarios…

—No hago nada innecesario.

—Y reportará todo —ordenó Salazar.

Clara no dudó ni un segundo.

—Todo —comentó ella con una gran sonrisa.

—De acuerdo. —Clara intercambió una mirada con Javier y le hizo un gesto de *OK* con la mano. Él asintió—. Mañana a las 19:00 estará preparada.

—Lo estaré.

—El equipo llegará antes —informó Salazar.

—Bien.

—Y, señorita Vega…

Ella levantó la vista.

—Oh, por favor, llámeme Clara —dijo ella con una voz divertida.

—Señorita Vega —repitió el director operativo, provocando que ella borrase la sonrisa de su rostro—. No está aquí para demostrar lo buena que es. Está aquí para ser útil.

Clara apretó los labios.

—Sí, claro… lo seré. —La llamada se cortó sin despedidas. El silencio llenó la sala y Clara se giró hacia Javier—. ¿Ves? —dijo con una sonrisa—. No era tan complicado.

Javier la miró unos segundos sin comprender nada.

—Le has pedido a Salazar que coja papel y bolígrafo.

Clara sonrió.

—Sí.

—Directamente —enfatizó.

—Sí —respondió ella con una gran sonrisa. Javier negó con la cabeza—. Funciona, ya lo has visto —señaló el móvil. Luego se llevó la mano al estómago y miró hacia la cocina—. ¿Qué hay de cenar? ¿Hay que cocinar o pedimos una pizza?

Javier se encogió de hombros y cogió el teléfono.

—Hay cosas, pero mañana por la mañana iré a comprar. Si quieres puedo pedir una pizza y…

Ella lo miró fijamente.

—¿Quieres que hackee la pizzería y nos traigan dos pizzas gratis? —preguntó, mirándolo fijamente.

Javier se quedó mirándola seriamente y enarcó una ceja.

—¡No! —comentó como si la idea le desesperase.

—Era coña —respondió ella moviendo su mano como si espantase una mosca—. Pide lo que quieras, a mí me gusta todo —acabó diciendo mientras entraba en la cocina y abría la nevera para ver qué había en el interior—. Sí, definitivamente hay que hacer la compra.



8

El despertador no sonó. Clara abrió los ojos automáticamente, como si su cuerpo ya supiera que aquel no era un día normal.

Se incorporó despacio y miró el techo un segundo. Luego, todo volvió.

El piso, el CNI, Javier, la gala de aquella noche…

Suspiró y se levantó. Se dio una ducha rápida, se puso ropa sencilla y se hizo un recogido improvisado. En menos de veinte minutos ya estaba saliendo de la habitación.

El olor a café la golpeó antes de entrar en la cocina.

Javier, de espaldas a ella, estaba preparándolo con precisión.

Clara se apoyó en el marco de la puerta.

—Café —susurró con los ojos en blanco. Javier no se giró y ella se acercó a él—. Buenos días.

—No tan buenos.

Clara lo miró de reojo, miró la taza que iba a llevarse a los labios y, sin previo aviso, se la quitó de la mano.

Javier se quedó quieto y la miró de soslayo mientras Clara ya estaba dando el primer sorbo.

—Mmm, está muy bueno —dijo alzando un poco más la taza y dio otro sorbo—. Lo necesitaba más que tú, llego tarde.

Javier la miró.

—Lo dudo.

Clara ya se dirigía a la puerta para salir del piso.

—Tengo prisa. —Dio otro sorbo mientras caminaba y dejó la taza vacía sobre una mesita. Javier la observó apretando los labios. No soportaba el desorden—. Nos vemos luego. —Se detuvo un segundo en el salón—. ¡Adiós, Milo! —El gato levantó la cabeza—. Pórtate bien, no como él. —Javier exhaló por la nariz y ella alzó una mano de espaldas a él—. Gracias por el café, marinerito.

Acto seguido, salió y cerró la puerta tras de sí.

Descendió en ascensor hasta el subterráneo donde el vehículo ya la estaba esperando.

Clara caminó hacia él, abrió la puerta y miró al conductor.

—Buenos días —dijo sentándose y cerrando la puerta—. Vaya, hoy te veo más hablador —comentó con una gran sonrisa mientras el vehículo comenzaba a dirigirse a la puerta del garaje—. Me gusta esta nueva dinámica. —Se acomodó—. Vale, hoy vamos a cambiar de tema. —Hubo un silencio—. ¿Café o té? Yo digo café. —Miró al hombre a través del retrovisor —. Tú claramente eres más de té. —Nada, no contestaba—. Sí, sí, lo veo. —Cruzó las piernas—. Perfil silencioso, introspectivo, con un toque misterioso. —Clara asintió, convencida—. Sí, lo tienes todo para tomar el té con una pose refinada. —Miró por la ventanilla—. ¿Te han entrenado para no responder o es talento natural? —El conductor seguía sin mediar palabra—. ¡Guau! Es que… me chifla ver cómo puedes estar ahí callado sin decir ni mu. Definitivamente es un talento, no todo el mundo puede aguantar.

Miró por la ventanilla y se dio cuenta de que habían tomado otra ruta distinta esta vez.

—Vaya, hoy tampoco me voy a enterar de dónde vivo. —El vehículo giró y Clara apoyó la cabeza en el respaldo—. Algún día te haré hablar. Lo siento por ti, pero no voy a parar hasta conseguirlo. Ya es un reto personal, ¿sabes? —bromeó.

Veinte minutos después entraba en la oficina con normalidad.

Clara caminó directa hasta el despacho de Marcos y llamó.

—Pasa.

—Buenos días —dijo entrando en la sala.

—Buenos días, Clara. ¿Todo listo para la reunión?

Clara asintió.

—Sí. Informes revisados, sistema preparado y propuestas ajustadas —confirmó ella.

Marcos la observó con esa mezcla de orgullo y tranquilidad.

—Sabía que podía dejarlo en tus manos.

Clara asintió levemente.

—No habrá problema.

—Perfecto —dijo Marcos con una sonrisa—. Empezamos en una hora.

Clara se giró hacia la puerta.

—Estaré lista.

Volvió a su mesa y se dejó caer en la silla.

Su mirada voló hacia la pantalla del ordenador: los correos, las tareas… todo lo que tenía acumulado esperándola.

Clara apoyó la cabeza un segundo en el respaldo.

—Vale… —murmuró—, vamos allá.

Al menos era viernes y a las dos acababa su jornada. Para cualquiera eso significaba descanso; para ella no. Para ella significaba otra vida, otro trabajo sin horario ni descanso… y sin cobrar.

Pero al menos no iría a prisión. Gozaría de una libertad condicional, y eso ya era algo.

El vehículo avanzaba con suavidad, deslizándose entre calles que Clara ya había decidido que no iba a memorizar. Era inútil, cada día cambiaban el recorrido y cada giro parecía diseñado para confundirla un poco más, así que se limitó a dejarse caer contra el respaldo, cruzar las piernas y mirar al conductor con una sonrisa pícara que ya era casi una rutina.

—Bueno, pues te cuento —empezó, como si realmente esperara respuesta—, hoy ha sido un día apasionante. He bostezado unas doce veces. Laura sospecha que me han reemplazado por una versión defectuosa de mí misma y mi jefe cree que soy una especie de genio… lo cual, sinceramente, no está tan lejos de la realidad —acabó encogiéndose de hombros. El conductor no reaccionó y Clara asintió lentamente—. Sí, yo también creo que ha sido un buen resumen.

Miró por la ventanilla, observando cómo la ciudad pasaba sin que pudiera ubicarla realmente, y volvió a girarse hacia él.

—Ah, y tengo una reunión esta noche donde probablemente me juegue la vida, pero con un vestido bonito, que eso siempre ayuda. —Miró a través del espejo retrovisor—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu día? —Clara suspiró—. Me encanta hablar contigo, de verdad, es una conversación muy equilibrada.

Se acomodó un poco más, apoyando el codo en la puerta.

—He decidido que necesitas un nombre, porque esto de "conductor misterioso sin emociones" es demasiado largo. —Lo miró de arriba abajo—. Te pega… Ramón. —Clara asintió—. Sí, definitivamente. Ramón.

El vehículo comenzó a descender por la rampa del aparcamiento. La luz cambió y el eco del motor volvió, junto con ese ambiente que ya empezaba

a resultarle familiar, aunque no quisiera admitirlo.

Cuando se detuvo, Clara abrió la puerta, bajó con la misma energía con la que había entrado y se inclinó ligeramente hacia el interior antes de cerrarla.

—Bueno, Ramón, buen fin de semana. Intenta divertirte, anda —canturreó.

Cerró la puerta y se alejó.

El ascensor la devolvió al piso con ese silencio artificial que parecía envolver todo aquel lugar y, cuando entró, lo primero que hizo fue soltar el bolso sobre la mesa y buscar a su gato.

—Hola, Milo… bonito.

El gato apareció como si la hubiera estado esperando, rozándose contra sus piernas con esa familiaridad que contrastaba demasiado con todo lo demás. Clara se agachó para acariciarlo, pasando la mano por su lomo con suavidad y dejando que ese gesto le devolviera algo de normalidad a su ajetreada vida.

—Tú sí que sabes vivir, ¿eh? —se incorporó despacio, estirándose ligeramente—. Son las tres… necesito una ducha urgente. —Miró de un lado a otro—. ¿Javier? —preguntó.

Nadie respondió. Supuso que él también estaría trabajando.

Caminó hacia el baño, abrió la puerta y se quedó totalmente quieta.

Javier salía de la ducha. Tenía el pelo aún húmedo y unas gotas de agua le recorrían la piel; llevaba una toalla anudada a la cintura, perfectamente sujeta, como todo en él. Durante un instante, Clara no dijo nada. Lo miró sin disimular del todo, recorriéndolo, sin querer o queriendo, con la vista: los hombros, el torso, la tensión contenida en su postura. Un físico trabajado, funcional, sin excesos ni fallos.

—Ah… —se removió nerviosa y apartó la mirada de él rápidamente—, perdón.

Javier no pareció especialmente afectado. La miró con la misma calma de siempre, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Está ocupado —pronunció acercándose a ella.

Clara parpadeó.

—Ya lo veo. —Se cruzó de brazos, intentando recuperar algo de dignidad —. Te he llamado.

Javier cogió una toalla más pequeña, secándose el pelo con movimientos tranquilos.

—Estaba en la ducha.

Clara alzó una ceja.

—Eso explica bastante —susurró. Sus ojos volvieron a él un segundo más de la cuenta y este lo notó, así que se obligó a apartar la mirada—. Podrías haber contestado.

—No te he escuchado —se excusó sin mirarla.

—Claro…

Javier la miró fijamente y enarcó una ceja.

—¿Necesitas algo?

Clara seguía en el marco de la puerta, pensativa.

—Sí, ducharme.

Javier asintió levemente.

—Y, esa ducha… ¿puede esperar unos minutos a que me vista?

Clara reaccionó de golpe.

—Sí, sí, claro —se apartó inmediatamente de la puerta, abochornada—, perdona.

Luego cerró la puerta sin decir nada más.

Clara se quedó en el pasillo, inmóvil, sin poder decir nada, hasta que empezó a caminar de vuelta al salón, nerviosa.

—Madre mía… —se llevó una mano a la cara—. Qué bueno está.

Milo la miró desde el sofá y Clara negó con la cabeza.

—No digas nada —le advirtió, señalándolo mientras se dejaba caer a su lado—. No pienso admitirlo en voz alta. —Miró al techo y cerró los ojos un momento—. Esos abdominales… —susurró—, van a ser un problema.

Clara se dio una ducha, comió las sobras que Javier había dejado en la nevera y dejó pasar el tiempo hasta que, a las cinco en punto, sonó el timbre.

Estaba en el sofá, con el portátil del CNI abierto y una expresión cada vez más crítica. Levantó la vista lentamente.

—Eso tiene que ser mi nuevo *setup*.

Javier ya estaba en pie antes de que terminara la frase, caminando hacia la puerta con esa rapidez contenida que parecía natural en él, mientras Clara cerraba el portátil con un gesto poco elegante y se incorporaba, más por curiosidad que otra cosa.

—Espero que sea lo mío —añadió, siguiéndolo.

Javier abrió y dos hombres sin uniforme ni sonrisas esperaban en el rellano. Uno llevaba una caja, el otro una más pequeña.

—Entrega —dijo el primero de los hombres.

Javier asintió.

—Adelante —respondió abriendo más la puerta para que entrasen.

Entraron sin mirar alrededor, como si aquello no fuera un hogar, sino un punto logístico más. Dejaron las cajas sobre la mesa del comedor con movimientos rápidos y precisos. Antes de que Clara pudiera analizarlas, ya estaban saliendo por la puerta. Esta se cerró y se hizo el silencio.

Clara se acercó despacio, mirando las cajas como si fueran un regalo.

—Vale… esto ya me gusta más.

Javier no dijo nada y se quedó a un lado, observando mientras Clara abría la primera caja sin pedir permiso.

—Por favor, que no sea otra cosa "segura". —Levantó la tapa y se quedó quieta un segundo. Al ver el contenido, su expresión cambió—. ¡Oh, vale! —Sonrió de verdad y sacó uno de los dispositivos—. Esto ya está mejor.

Javier se acercó un poco.

—¿Satisfecha?

Clara levantó el aparato, girándolo entre sus manos con interés.

—Más… pero no del todo —acabó, pensativa.

Javier suspiró.

—Cómo no...

Clara ignoró el comentario y abrió la segunda caja. Sacó cables, módulos y dispositivos compactos con una precisión que contrastaba con su actitud habitual.

—Esto… —murmuró—, sí es útil.

Javier la observó.

—¿Qué es?

Clara levantó uno de los dispositivos, pequeño y discreto.

—Interfaz de inyección por proximidad. —Se lo mostró—. Esto es oro puro.

Javier enarcó una ceja.

—¿Eso qué hace?

Clara lo miró.

—Magia —rio. Javier no reaccionó y Clara sonrió al ver su gesto—. Vale, versión para humanos. —Se acercó a la mesa—. Esto me permite acercarme a un dispositivo y entrar sin que se enteren.

Javier la miró fijamente.

—Eso no suena muy bien.

Clara alzó una ceja.

—Depende de en qué lado estés. —Sacó otro módulo—. Y esto… —lo giró entre los dedos—, esto es para quedarme.

Javier frunció ligeramente el ceño.

—Explícate.

Clara lo dejó sobre la mesa.

—Persistencia. Entro hoy y puedo volver mañana.

Javier cruzó los brazos.

—¿Sin que lo sepan?

Clara sonrió y asintió.

—Sin que lo sepan.

Javier la observó unos segundos.

—Perfecto.

Clara levantó la vista.

—¿Perfecto?

—Sí. Muy tranquilizador —bromeó.

Clara soltó una risa.

—No está hecho para tranquilizarte.

Javier negó con la cabeza.

—Ya lo he notado.

Clara siguió sacando cosas, cada vez más concentrada, moviendo piezas, organizando el espacio, como si de repente aquel piso sí tuviera sentido, como si ese fuera su entorno real.

—Vale… —murmuró—, esto lo conecto aquí…

Javier la miraba en silencio.

—¿Siempre haces esto?

Clara no levantó la vista.

—¿El qué?

—Hablar sola.

Clara sonrió.

—No estoy sola… está Milo… y tú.

El gato apareció en ese momento, saltando a la mesa con total naturalidad.

Javier lo miró.

—Fuera —lo señaló con el dedo.

Clara levantó la mano.

—Ni se te ocurra.

Milo se acomodó entre los cables. Javier cerró los ojos un segundo y respiró hondo.

—Esto no es un taller.

Clara conectó otro dispositivo.

—Ahora sí. —Extendió los brazos hacia los lados—. Bienvenido.

Javier la observó.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

Clara se encogió de hombros.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que quiera hacer. —Levantó por fin la mirada hacia él—. ¿Cuánto tiempo me das?

Javier sostuvo su mirada.

—Hasta la gala.

Clara sonrió.

—Entonces voy justa, pero llegaré.

Javier asintió.

—Más te vale… y recuerda que tienes que arreglarte.

Clara ladeó la cabeza.

—Confía un poco más en mí.

—No. Confío en los resultados.

Clara sonrió.

—Entonces te voy a gustar.

Javier la miró fijamente mientras ella conectaba cables, concentrada, manipulando los dispositivos. Esta vez no respondió.

Clara volvió a su trabajo con Milo ronroneando encima de los cables. Sonrió: aquello sí era lo suyo.



9

Cuando Clara salió de la habitación, lo hizo despacio, terminando de colocarse un pendiente mientras avanzaba por el pasillo, como si aquel momento no tuviera importancia, aunque la tenía. Sentía un ligero cosquilleo en el estómago que no tenía nada que ver con la misión.

El vestido caía con elegancia sobre su cuerpo, de un tono oscuro que rozaba el negro, con reflejos suaves. Estaba ajustado en la cintura y descendía con fluidez hasta las piernas, con una abertura sutil que insinuaba más que mostraba. Los hombros quedaban al descubierto y la tela ligera se movía con cada paso. El recogido, improvisado pero perfecto, dejaba su cuello visible, con algunos mechones sueltos que suavizaban el conjunto, dándole ese aire entre sofisticado y natural que no se podía fabricar.

Javier estaba en el comedor esperando, vestido completamente de blanco con el uniforme de gala impecable. Espalda recta, manos relajadas y presencia firme.

Se giró al escucharla y se quedó quieto mientras la veía entrar.

No dijo nada, pero la miró como si la viera por primera vez. Seguramente así era, porque hasta ese momento había visto a la hacker, a la detenida, a la pieza útil, a la mente brillante y peligrosa, pero no a la mujer, no a esa mezcla de dulzura, elegancia y algo más difícil de definir, algo que no encajaba con todo lo que sabía de ella, algo que le resultaba contradictorio.

Una delincuente, se recordó, una hacker, una de las mejores del mundo y, sin embargo, no parecía nada de eso. Parecía otra cosa, algo más suave y

más humano, y eso no le gustó porque complicaba las cosas, porque le hacía sentir demasiado cuando la miraba.

Clara caminó hasta la mesa con total naturalidad, cogiendo uno de los dispositivos y guardándolo en su bolso con movimientos rápidos, como si aquello fuera parte de su rutina.

Entonces, levantó la vista y lo vio. Se quedó quieta un segundo.

—Esto no… no me lo esperaba —susurró confundida al verlo. Lo miró de arriba abajo, sin disimulo esta vez—. ¿Por qué vas así vestido?

Javier mantuvo la calma.

—Es un uniforme de gala.

Clara frunció el ceño.

—Ya, eso ya lo veo, pero… ¿por qué blanco?

—Soy de la Armada, ¿recuerdas?

Clara parpadeó.

—Claro. —Desvió de nuevo la mirada a la mesa—. Tiene sentido —susurró para sí misma.

Pero no dejó de mirarlo de reojo. Aquel uniforme le sentaba demasiado bien. Había algo en la postura, en la seguridad con la que se movía, en lo perfectamente que encajaba allí, que lo hacía aún más atractivo, más interesante y… más peligroso.

Clara ladeó la cabeza.

—¿Y qué haces exactamente en la Armada?

Javier no respondió de inmediato.

—Trabajo.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué haces?

Javier la observó.

—Operaciones especiales —respondió mirando hacia Milo que acababa de subirse al sofá.

Clara alzó una ceja.

—Eso es muy genérico.

Javier cedió un poco mientras le hacía un gesto al gato para que bajase.

—Intervención, reconocimiento y acciones directas en entornos hostiles.

Clara lo miró más atenta ahora.

—¿Hostiles como qué? —preguntó con curiosidad.

Javier sostuvo su mirada.

—Piratería en Somalia… Abajo, Milo —ordenó con voz grave.

Clara parpadeó.

—¿Has estado en Somalia?

—Sí.

—¿Con piratas?

—Sí.

Milo bajó del sofá y fue hacia las piernas de Javier, acariciándose con ellas. Javier las movió levemente, como si aquel gesto le hiciese sentir incómodo. Clara observó atenta… el pequeño traidor le hacía arrumacos.

Clara lo observó de arriba abajo otra vez mientras Javier daba pasos de un lado a otro intentando huir de Milo.

—Vale… entonces mejor no me meto contigo, ¿no?

Javier giró su cabeza hacia ella y le sostuvo la mirada esa vez con una leve sonrisa.

—Mejor que no.

—Lo tendré en cuenta —dijo volviendo su atención hacia la mesa y a todos los dispositivos que tenía sobre ella.

Guardó otro dispositivo en el bolso con movimientos rápidos, metiendo cables, ajustando todo con precisión, aunque su mirada volvía a él de vez en cuando, casi sin querer, casi como si su cabeza aún estuviera procesando lo que acababa de descubrir.

—Vale —murmuró—, hacker lista.

—Militar listo —respondió él.

Levantó la vista del gato y la miró a ella. Clara lo observaba también con una mirada de satisfacción.

—Creo que vamos a dar bastante el pego —pronunció, recorriéndolo con la mirada.

Javier la observó.

—Eso espero.

Clara sonrió y cerró el bolso con un pequeño clic, comprobando por última vez que todo estaba en su sitio, los dispositivos bien ocultos, accesibles pero discretos, mientras Javier seguía de pie frente a ella, impecable, observándola con esa calma que empezaba a ponerla nerviosa sin que quisiera admitirlo. Fue entonces cuando él dio un paso hacia delante sin avisar.

Su mano se acercó a la de ella y Clara reaccionó al instante, apartándose como si aquel gesto fuera una amenaza real.

—¿Qué haces?

Javier la miró sereno.

—Practicamos.

Clara frunció el ceño.

—¿Practicar qué?

—La tapadera… me acompañas a la gala porque eres mi pareja —le recordó.

Clara lo miró, observó su mano confundida y asintió.

—Ah… claro… eso.

Javier dio otro paso, más despacio esta vez.

—Si vamos a hacernos pasar por pareja, necesitamos cercanía.

Clara se tensó ligeramente.

—Ya… eso lo he entendido —respondió como si la situación le molestase.

—No lo parece —comentó él con una ceja enarcada.

Clara alzó la mirada.

—Lo parece perfectamente.

Javier esbozó una leve sonrisa.

—Entonces no deberías apartarte —bromeó.

Clara se quedó quieta un segundo.

—Es que… no es tan fácil.

Javier inclinó ligeramente la cabeza.

—Es cogerse de la mano o que me cojas del brazo, un abrazo…

Clara lo miró.

—Ya, dicho así suena muy simple —lo interrumpió.

—Lo es. Es inofensivo.

Clara negó con la cabeza.

—No, no lo es.

Javier la observó, estudiándola, analizando cada reacción y cada gesto.

—¿No has estado con un chico nunca?

La pregunta cayó directa. Clara parpadeó y su expresión cambió al instante.

—¡Eso es personal! —dijo, dando un paso atrás, molesta por la pregunta —. ¿A ti qué te importa?

Javier sostuvo su mirada y elevó las manos hacia ella.

—Nada, disculpa.

El tono fue firme, pero sincero.

Clara lo observó y algo en su postura se relajó.

—Sí he estado con chicos —confesó—. Gracias por la preocupación —ironizó, aunque Javier no respondió. Clara se encogió de hombros—. Es solo que… la situación es rara. Y ahora que sé que te dedicas a enfrentarte a piratas armados… —lo miró de arriba abajo—. Prefiero mantener cierta distancia. Recuerda que soy una pirata informática.

Javier ladeó sutilmente la cabeza y sonrió.

—Si te comportas… no tienes de qué preocuparte.

El tono fue casi divertido y Clara lo miró, escudriñándolo.

—Eso no me tranquiliza en absoluto.

Javier dio un paso más, quedando más cerca de ella esta vez.

—Clara, es una misión, no una opción.

Clara exhaló.

—Vale… vale —dijo, removiéndose nerviosa—, joder.

Lo miró y lentamente acercó su mano, dudando apenas un segundo hasta rozar la suya.

Javier la miraba sorprendido por su reacción. ¿Qué le pasaba?

—Es solo mi mano… no muerdo —pronunció asombrado.

Ella resopló.

—Ya lo sé, cállate —respondió nerviosa.

Finalmente, tomó su mano. Javier no se movió ni la apretó, solo la sostuvo, como si aquello fuera suficiente.

Clara tragó saliva mientras apretaba los labios.

—Esto es rarísimo.

Javier la miró.

—Te acostumbrarás.

—Lo dudo —inspiró hondo, intentando calmarse—. Vale, ya está —dijo apartando la mano de él y lo señaló con el dedo. Javier miró aquel dedo incriminatorio con disgusto—. Y como vuelvas a hacer una pregunta personal de ese estilo… entro en tus sistemas y te cambio todas las contraseñas.

Javier enarcó una ceja.

—Antes de que lo intentases ya estarías contra la pared… y sin portátil —respondió fríamente y ladeó el cuello—. Conmigo no sirven las amenazas.

Sin previo aviso, rodeó su cintura con un brazo y la atrajo hacia él deliberadamente, provocando que chocase con su pecho.

—Ayyy —se quejó ella.

Javier se acercó a su oído.

—Recuerda esto… —le susurró—. Estoy entrenado para anticiparme y para neutralizar.

Clara arqueó una ceja mientras se separaba de él y lo miraba a los ojos.

—¿Neutralizar? —lo retó.

Javier sostuvo su mirada.

—Si es necesario, sí… —ladeó su cabeza, mirándola fijamente—, pero no debería serlo, ¿verdad? —Clara sonrió con ironía y negó mientras daba unos golpecitos en su pecho—. Qué alivio, no me gustaría tener que neutralizarte.

—Chasqueó la lengua, divertido, aunque luego se puso serio de nuevo—. Me han puesto contigo por una razón, no es casualidad.

Clara ladeó la cabeza.

—Déjame adivinar… ¿por tu encanto natural?

—No, porque sé defenderme… y porque sé vigilar.

Clara dejó escapar una risa burlona, golpeó su pecho y dio un paso atrás.

—Ah, genial, o sea que soy tu misión dentro de la misión: misión al cuadrado.

—Correcto.

Clara lo miró.

—Qué bonito —dijo ella poniéndose el vestido correctamente.

—Es eficiente. —Clara abrió la boca para protestar, pero Javier la interrumpió antes—. Y no es negociable.

Clara parpadeó.

—No lo estaba negociando.

—Lo parecía —se encogió de hombros—, por si acaso… —se colocó las mangas correctamente—. Prefiero ser claro contigo.

—Claro, entendido. O obedezco o me neutralizas… fantástico, todo bien —terminó gruñendo—. Los militares sois todo amor y comprensión.

Javier la miró demasiado tranquilo.

—La comprensión es opcional, la claridad no.

Clara abrió la boca.

—No puedes hablar como una persona normal, ¿verdad?

—No es eficiente. Además, no es una conversación, es una instrucción.

Clara se quedó mirándolo.

—¿Perdona? —Javier se acercó un paso, sin invadir, pero lo suficiente para que ella diese unos pasos atrás, manteniendo la distancia con él—. Eh, quietecito, Rambo. —Él sonrió por ese apelativo y ella lo miró confundida—. ¿A qué te refieres exactamente con eso de "neutralizar"? —Javier no respondió inmediatamente, se limitó a observarla fijamente, evaluándola—. ¿Te refieres a…? —Clara levantó la mano y, con un gesto exagerado, se la pasó por el cuello y sacó la lengua por un lateral.

Javier la miró sorprendido por aquel gesto.

—No, por Dios —sonrió y se encogió de hombros—. Eso es poco práctico.

Clara parpadeó.

—¿Poco práctico?

—Sí —dijo divertido—. Genera problemas logísticos. —Javier se encogió ligeramente de hombros ante una Clara que desencajaba la mandíbula—. Demasiada limpieza después, mucho papeleo.

Clara apretó los labios y miró hacia los lados nerviosa, aunque Javier tenía una ligera mirada bromista y una leve sonrisa en su rostro.

—¿Estás hablando en serio?

—Siempre hablo en serio. —Luego inspiró hondo y sonrió más abiertamente—. Neutralizar es inmovilizar, controlar y reducir la amenaza.

Clara lo miró.

—Vale… —Aunque su gesto era nervioso, parecía que en aquel momento se había dado cuenta de a quién tenía al lado—. No me tranquiliza estar en la misma habitación que tú. —No estoy aquí para tranquilizarte.

—Ya, eso lo voy notando.

—Limítate a seguir las órdenes y el plan. —Inspiró hondo y volvió a alisarse la chaqueta—. ¿Lo tienes todo listo?

Ella asintió, incómoda.

—Vamos o llegaremos tarde.

Clara resopló, pero esta vez no discutió, solo lo miró y lo siguió.

Javier cerró la puerta con llave y fueron hasta el ascensor. El vehículo ya estaba esperándolos en el subterráneo. Javier abrió la puerta del vehículo y, con un gesto automático, dio un paso atrás para dejarla pasar primero. Clara lo miró un segundo, sorprendida por aquella cortesía tan medida, tan fuera de lugar en alguien que hacía apenas unos minutos hablaba de neutralizar como si estuviera explicando una receta de cocina.

—Vaya… —murmuró mientras entraba—, educado, caballero… y neutralizador, lo tienes todo.

Javier no respondió, pero cerró la puerta con esa precisión suya.

Rodeó el vehículo y entró a su lado.

Clara ya estaba acomodada cuando levantó la vista hacia el conductor.

—Hola, Ramón, buenas tardes.

Javier giró la cabeza hacia ella.

—¿Ramón?

Clara asintió, completamente seria.

—Sí, tiene cara de Ramón.

El conductor habló por primera vez.

—La señorita Vega ha decidido llamarme así, teniente.

Clara se giró hacia él con los ojos muy abiertos.

—¿Ves? ¡Sabía que podías hablar! —Se inclinó ligeramente hacia delante —. ¿Por qué no me hablas a mí? —El conductor no respondió ni la miró.

Clara se recostó despacio con un suspiro—. Ya empezamos otra vez —señaló al conductor.

El conductor continuó ignorándola por completo.

—Teniente, destino confirmado: Hotel W, evento privado en la planta superior.

Javier asintió.

—Recibido.

—Tiempo estimado, doce minutos.

—Correcto.

Clara levantó una mano.

—Perdona… sigo aquí. —Clara miró a Javier—. ¿Esto es personal?

Javier no apartó la vista del frente.

—No.

—Pues lo parece —se quejó ella.

—No lo es, sus órdenes son no interactuar contigo —explicó con paciencia.

Clara parpadeó.

—¿Perdón?

—Canal de comunicación restringido, contacto mínimo y evitar distracciones.

Clara lo miró.

—¿Distracciones?

—Tú.

Javier la miró con una sonrisa de soslayo.

Clara abrió la boca.

—Eh, ¿yo qué?

—Tú eres una distracción

Clara negó con la cabeza.

—Pues es un aburrimiento —se quejó.

El vehículo giró suave y silencioso en dirección a la rampa del garaje. Una vez salieron al exterior, siguió recto.

—¿Desea que espere, teniente? —le preguntó el conductor.

—Sí. Estaremos seguramente un par de horas, permanezca atento…

—Entendido.

Javier lo miró a través del retrovisor.

—Y preparado por si tenemos que salir rápido.

Clara giró la cabeza.

—¿Salir rápido?

Javier no la miró.

—Sí.

Clara se quedó quieta un segundo.

—¿Rápido cómo? ¿Rápido en plan… correr? ¿O rápido en plan… huir? —Javier siguió mirando al frente sin responder. Clara se llevó una mano al pecho—. Vale, esto no me gusta nada. —Miró al techo—. De verdad… que me lleven a prisión. —Javier la miró—. A mí estas cosas me ponen nerviosa.

Javier la miró calmado y controlado.

—Tranquila, recuerda… estás con el neutralizador.

Clara lo miró mosqueada.

—Tienes un extraño sentido del humor. Dime… ¿es humor militar? —Javier sonrió y miró hacia delante—. No ayuda nada, que lo sepas.

Él no respondió, pero algo en su expresión dejó entrever una sonrisa contenida. Y eso, curiosamente, la puso aún más nerviosa.



10

El vehículo se detuvo con suavidad frente a la entrada. Las luces del edificio se reflejaban en el cristal como si aquello fuera más un escenario que un lugar real y, durante un segundo, Clara se quedó quieta, observando el exterior: la gente, los trajes, los vestidos… el tipo de ambiente que olía a dinero, poder y secretos mal disimulados.

Javier salió primero y rodeó el vehículo para abrir la puerta de ella.

Clara lo miró desde dentro, alzando ligeramente una ceja antes de salir.

—Gracias —murmuró y le dedicó una sonrisa—. Muy caballeroso por tu parte… no lo esperaba del neutralizador.

Javier no reaccionó.

—Es parte de la tapadera.

Clara pasó a su lado.

—Claro. —Lo miró de reojo—. Encantador y potencialmente peligroso.

—Exacto.

Clara negó con la cabeza mientras avanzaban.

El lugar era imponente: una terraza elevada con vistas al mar, luces cálidas colgando de estructuras metálicas, música suave de fondo, camareros deslizándose entre grupos de personas perfectamente vestidas, hombres de traje, mujeres con vestidos elegantes, conversaciones bajas y risas medidas. Todo cuidadosamente controlado, como si cada gesto estuviera ensayado. Entre ellos pudo detectar a varios hombres que vestían igual que Javier, con aquel uniforme de gala.

Javier sacó dos invitaciones y se las entregó al hombre de la entrada.

—Teniente Alcázar. —Javier asintió al instante—. Adelante, teniente.

Ni una sola duda, ni una sola pregunta. Clara lo miró de reojo mientras entraban.

—Vale… entrar ha sido fácil —le susurró.

—Estaba previsto que la entrada fuese fácil —le contestó.

Clara asintió lentamente.

—Perfecto, el resto no, ¿verdad? —preguntó nerviosa—. Cada vez me tranquilizas más… joder —susurró—. Yo no estoy hecha para esto, se me nota a leguas.

Javier no respondió y avanzaron unos pasos más, aunque él se acercó más de la cuenta y posó su mano en la parte baja de la espalda de Clara, firme y natural, como si fuera lo más lógico del mundo.

Clara se tensó al instante.

—Relájate —murmuró sin mirarla—. Nos están observando.

Clara mantuvo la sonrisa, pero apretó los dientes.

—Podrías avisar —murmuró.

—Lo estoy haciendo. Relájate, por Dios —comentó él antes de sonreír hacia delante.

Clara ladeó la cabeza hacia él, sin perder la sonrisa.

—¿Siempre eres así?

—Sí.

—¿Incluso en una cita? —Javier no respondió y Clara sonrió—. Pobres mujeres.

Javier la miró y replicó.

—Esto no es una cita, es trabajo —le recordó. Sintió su mano aún en su espalda y, pese a todo, no se apartó—. Sonríe —añadió él.

—Lo estoy haciendo.

—Más.

Clara amplió la sonrisa.

—¿Así?

—Mejor —asintió.

Un camarero pasó junto a ellos con una bandeja y Javier tomó dos copas sin detenerse, entregándole una a Clara con naturalidad, como si llevaran años haciendo aquello juntos, como si no fuera la primera vez que estaban fingiendo algo.

—Bebe —murmuró él—. Ayuda a parecer relajada.

Clara sostuvo la copa.

—Estoy relajada.

—No lo estás —contestó mirándola de reojo—. Estás rígida.

Clara lo miró de reojo.

—Gracias por el análisis, lo tendré en cuenta. —Dio un pequeño sorbo—. Está bueno —admitió antes de beber otra vez.

No tuvieron mucho más tiempo porque una pareja se acercó a ellos: un hombre de unos cincuenta años, traje impecable y sonrisa estudiada, acompañado por una mujer elegante que observaba más de lo que hablaba.

Clara notó cómo la mano de Javier se mantenía firme en su espalda, anclándola a la escena, recordándole dónde estaba.

—Teniente —saludó el hombre con cordialidad—, no esperaba verle por aquí.

Javier asintió.

—Asuntos de interés —dijo encogiéndose de hombros—. Llevaba mucho tiempo sin acudir y me apetecía.

El hombre miró a Clara.

—Y usted debe de ser…

Clara sonrió.

—Clara… encantada.

El hombre alzó ligeramente las cejas.

—Un placer.

Miró a Javier con una sonrisa.

—Nunca lo había visto acompañado, teniente.

Javier no dudó.

—Solo cuando es necesario —respondió con elegancia.

Clara sonrió y lo miró de reojo.

—Qué romántico… cariño.

—Siempre, mi amor.

El hombre sonrió con gesto amable y Javier situó una mano en la cintura de Clara, provocando que ella riese por las cosquillas.

—Ayyy… je, je… —se removió.

—Hacen buena pareja —los felicitó el hombre.

Durante un segundo, ambos se pusieron serios y Clara dio un largo trago a la copa.

—Eso dicen —respondió, intentando parecer tranquila.

Javier no añadió nada, aunque su mano no se movió de su cintura.

—¿A qué se dedica, Clara? —preguntó, intentando dar conversación.

Y ahí surgió el primer problema. Clara parpadeó un segundo que se hizo eterno.

—Yo… —tragó saliva y miró la copa como si barajase bebérsela entera—, trabajo en…

—Tecnología —interrumpió Javier.

Clara lo miró y sonrió.

—Sí, tecnología —hizo un gesto con su mano—, cosas aburridas.

El hombre asintió.

—Nunca son aburridas cuando se entienden.

Clara inclinó ligeramente la cabeza.

—Créame, lo son —continuó ella.

La mujer observaba callada a Clara, evaluando. Clara lo notó y Javier también.

—¿Y usted, teniente? —preguntó el hombre—. Nunca he sabido en qué se especializó.

—Operaciones especiales —respondió de inmediato.

—Qué interesante.

Y entonces Clara, sin pensarlo demasiado, enlazó el brazo con el de Javier. Fue un gesto natural, suave, que la sorprendió incluso a ella misma mientras se apoyaba ligeramente en él y sonreía.

—Bueno, yo intento que no se aburra demasiado conmigo —bromeó—. Después de su trabajo…

El hombre sonrió. Javier bajó la mirada un segundo hacia ella.

—La mayoría de las veces lo consigue…

Clara lo miró.

—Oye, estoy aquí —se quejó.

El hombre rio.

—Definitivamente, hacen buena pareja.

Clara mantuvo la sonrisa, pero esta vez más natural y suelta.

El hombre se despidió finalmente, llevándose consigo a su mujer y, cuando se alejaron, Clara soltó el aire muy despacio, manteniendo aún el brazo entrelazado al de Javier.

—Casi la lío —susurró ella, desesperada.

—Sí.

Clara lo miró.

—Deberíamos haber ensayado —pronunció molesta—. Gracias por salvarme.

—Es mi trabajo —contestó sin darle importancia.

Clara asintió y respiró hondo otra vez.

—Tendríamos que haber planeado algo. ¿Cuánto tiempo llevamos? ¿Cómo nos conocimos? ¿Te declaraste tú o lo hice yo?

—Tres años, en una discoteca… y me declaré yo —contestó él como si no le diese importancia.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Y por qué tú?

Él la miró confundido.

—Pues vale, tú —dijo mirando de un lado a otro.

—No, no… mejor tú —comentó antes de dar otro sorbo a su copa y acabarla—. Necesito otra… —dijo mirándolo.

—Mejor que no. Una copa está bien para que te relajes, más no.

Ella resopló.

—Me voy a tomar otra tanto si quieres como si no. —Avanzó hasta el camarero y cambió la copa vacía por otra llena. Dio un sorbo y se acercó ante la mirada disconforme de Javier.

—Espero no tener que sacarte de aquí a rastras —pronunció él mirando de un lado a otro.

—No, tranquilo… solo esta y ya está. —Dio otro sorbo y resopló—. No, mejor no, toma… —le tendió la copa.

—Ya tengo una —dijo, suspiró y se la quitó de la mano, depositándola en una mesa.

Javier dejó que el murmullo de la gala los envolviera unos segundos más, observando, analizando, midiendo distancias, gestos y tiempos, mientras Clara, aún apoyada ligeramente en su brazo, aparentaba escucharle sin hacerlo realmente, porque su atención ya estaba en otra parte: en los móviles, en los relojes, en los pequeños gestos que delataban quién dependía demasiado de la tecnología.

Él se inclinó hacia ella.

—¿Estás lista?

Clara ni siquiera dudó.

—Siempre lo estoy. —Giró ligeramente la cabeza hacia él con una sonrisa —. ¿A por quién voy?

Javier la miró un segundo y, por primera vez, casi pareció divertirle.

—El de traje gris, junto a la barra —murmuró—, copa en la mano derecha, reloj metálico, no deja de mirar el móvil.

Clara siguió la dirección sin girar la cabeza.

—Lo tengo.

—Director de operaciones de una naviera —añadió Javier—. Acceso a rutas, movimientos y tiempos. Si alguien manipula trayectorias, él lo vería.

Clara asintió levemente.

—Entonces es interesante.

—Mucho, vamos juntos.

Clara sonrió.

—Claro, como una pareja normal.

Javier no respondió, pero avanzó con paso decidido.

Situó su mano en la espalda de Clara, guiándola con naturalidad, acercándolos al objetivo, mientras el hombre levantaba la vista al verlos aproximarse.

—Teniente —saludó con efusividad.

Javier asintió.

—Buenas noches.

—No esperaba verle aquí.

—Coincidencias —dijo con una gran sonrisa.

El hombre miró a Clara.

—Y usted es…

Clara sonrió.

—Clara, encantada.

Mientras hablaban, su mano descendió con naturalidad hasta el bolso, rozando ligeramente la mesa donde el hombre había dejado el móvil apenas un segundo antes. El dispositivo en su interior se activó sin ruido, sin luz, sin nada que delatara lo que estaba ocurriendo.

Clara contó dos segundos. Suficiente.

—Siempre me habla de su trabajo —continuó ella manteniendo la conversación, mirando a Javier con falsa cercanía—, pero nunca me cuenta nada interesante.

El hombre rio.

—Créame, es más interesante de lo que parece.

—Lo dudo —respondió ella, encogiéndose de hombros.

Javier intervino.

—Lo es.

Javier le sonrió y miró al hombre. No lo sabía con certeza, pues era la primera vez que trabajaba con Clara, pero imaginó que esta ya había acabado su tarea.

Javier inclinó ligeramente la cabeza.

—Un placer.

Se apartaron y, en cuanto se alejaron unos pasos, Clara respiró aliviada.

—Dentro.

Javier asintió.

—Bien, muy bien.

Clara sonrió.

—Gracias.

—Siguiente —dijo mirando a su alrededor, escaneando la zona.

—Dos en punto.

Clara siguió su mirada: un hombre más joven, traje oscuro, hablando con demasiada seguridad.

—Ese habla demasiado —murmuró ella.

—Y escucha poco.

—Perfecto —bromeó—. Mi tipo favorito.

Javier no respondió.

—Es intermediario —añadió—. Se encarga de conectar empresas.

—Cada vez me gusta más.

Esta vez, Clara tomó la iniciativa y se movió antes.

Se acercó con naturalidad, rozando ligeramente el brazo del hombre al pasar. Una disculpa breve, una sonrisa amable y el contacto suficiente para que el dispositivo hiciera su trabajo.

—Perdón.

—No pasa nada —continuó el hombre casi sin mirarla.

Cuando volvió junto a Javier, esbozaba una gran sonrisa.

—Hecho —pronunció situándose a su lado.

—¿En dos segundos? —preguntó sin creérselo.

—Soy eficiente, ¿eh?

Javier alzó las cejas.

—Se te pega.

—No te emociones —bromeó.

Javier ya miraba a otro punto.

—Tercero.

Clara siguió la dirección de su mirada. Un hombre mayor que permanecía observando desde una barra donde los camareros servían copas.

—Ese no habla —murmuró ella.

—Escucha todo, le conozco, es un alto directivo. —Lo miró unos segundos—. El problema es que no usa el móvil.

Clara entornó los ojos.

—No hay problema, es mío —dijo ella, convencida.

Javier la miró.

—¿Cómo?

Clara sonrió.

—Tú déjame. Confía en mí —pronunció divertida. Parecía que se lo estaba pasando en grande.

Javier dudó un segundo.

—Tienes medio minuto.

Ella enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Venga, ve —la animó.

Clara avanzó y se acercó a la barra donde el hombre estaba apoyado, fingiendo buscar algo en su bolso, dejando el dispositivo activo en proximidad. El escaneo inició sin contacto directo, rastreando conexiones cercanas, dispositivos ocultos y señales débiles.

El hombre la miró.

—Buenas noches, señorita, ¿busca algo?

Clara levantó la vista.

—Sí. —Le sonrió—. Creo que ya lo he encontrado.

El hombre sostuvo su mirada un segundo. Clara sintió la tensión crecer en su interior cuando el hombre se acercó un poco más, como si quisiera ver qué llevaba en el bolso.

—No es un bolso tan grande como para que se pierdan cosas.

Ella lo miró. Aquel hombre era inteligente o bien sabía las cosas que se podían llegar a hacer con la proximidad. Había algo en su mirada que no le gustaba.

—Ya, es que soy muy despistada —bromeó ella mientras él se acercaba más.

Ella lo miró de reojo y cerró el bolso directamente. Lo miró a los ojos intentando disimular mientras aquel hombre la analizaba.

—¿Lo ha encontrado ya?

Entonces notó una mano en su espalda.

—Cariño —murmuró Javier—, te estaba buscando.

Clara giró la cabeza.

—Ya voy.

El hombre apartó la mirada mientras Clara se dejaba guiar.

Se alejaron en silencio unos pasos y Clara suspiró.

—Casi me pilla —murmuró ella.

—Me he dado cuenta —susurró sin soltarla de la cintura.

Clara chasqueó la lengua.

—Un segundo más y lo tenía.

—Un segundo más y te descubren —contestó directamente.

Clara exhaló mientras se detenía.

—Vale. Punto para ti.

Javier no respondió, pero su mano seguía ahí, firme y, en parte, protectora.

—Tres objetivos —dijo él finalmente.

—Y en los tres entraré dentro. —Clara sonrió—. Soy buena, ¿eh? —Javier la miró un segundo e hizo un gesto gracioso, como si no estuviese conforme del todo con lo que hacía—. Cuando hables con tu jefe, se lo dices.

Javier miró a su alrededor y señaló a un grupo de tres hombres que hablaban.

—Reconozco a esos tres hombres, son directivos de navieras.

—Voy —reaccionó directamente sin que él tuviese que dar la orden.

Clara se separó de Javier con naturalidad, como si simplemente fuera a por otra copa, aunque en realidad su mirada ya estaba trabajando, recorriendo la estancia con precisión, detectando otros grupos, dinámicas y jerarquías invisibles. Terminó acercándose a la zona que le había nombrado Javier, donde varios hombres conversaban en círculo, vestidos con trajes oscuros.

Se detuvo cerca, escuchando y observando.

Tenía el dispositivo activado en su bolso, por lo que en aquel momento estaría haciendo un barrido.

Uno de ellos la vio y tardó poco en apartarse levemente del grupo.

Era un chico joven de sonrisa encantadora que se acercó a ella hasta situarse a su lado.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió ella con inocencia.

—No la había visto antes en una gala como esta —dijo acercándose con esa seguridad ensayada que Clara reconoció al instante.

Ella giró la cabeza despacio.

—Eso es porque acabo de llegar.

El hombre la miró de arriba abajo, sin disimulo.

—Una lástima. —La miró fijamente y sonrió más. Ella le devolvió la sonrisa. Aquel hombre no disimulaba lo más mínimo sus intenciones con ella —. Un evento como este mejora mucho con… ciertas presencias.

Clara alzó una ceja y ladeó su cabeza.

—¿Eso le funciona?

El hombre sonrió más, como si le hiciese gracia aquel tono de reto por parte de la joven muchacha.

—Depende, ¿está funcionando ahora?

Clara tomó una copa y dio un sorbo.

—Aún no.

El hombre no se rindió.

—Deme unos minutos.

Clara ladeó la cabeza.

—Es muy optimista —rio ella dándole conversación a él y el tiempo suficiente a su dispositivo para que hiciese el barrido necesario.

El hombre se acercó un poco más.

—¿Viene sola?

Clara iba a responder, pero la voz masculina de Javier la cortó. El hombre lo miró y lo reconoció de inmediato.

—Oh, buenas noches, teniente.

—Buenas noches —contestó tendiéndole la mano para estrecharla.

—No sabía que estaba aquí, qué agradable sorpresa —continuó el hombre con una gran sonrisa, aunque mirando de reojo a Clara.

—Coincidencias —respondió Javier soltando su mano—. Veo que ya conoce a mi novia —apuntó con inocencia, aunque su mirada y tono de voz decían todo lo contrario.

Clara se quedó quieta unos segundos, desubicada por la expresión de Javier.

El hombre miró de uno a otro, confundido.

—No… —respondió con calma, intentando disimular—, no tenía ese dato.

Javier le sonrió de nuevo.

—Ahora ya lo tiene —dijo situando una mano en la cintura de ella.

El hombre sonrió, aunque con un matiz distinto.

—Si, claro, encantado —le dijo a Clara.

Clara sostuvo su mirada.

—Igualmente.

Javier no se movía ni se apartaba.

—Estábamos hablando —añadió el hombre.

—Sí, lo sé.

El hombre intentó reconducir la conversación y aparentar naturalidad.

—Es la primera vez que lo veo acompañado en una de estas galas.

Javier se encogió de hombros.

—Intento no mezclar la vida personal con la laboral, pero hoy… bueno, es una gala importante.

—Sí, claro —le dio la razón el hombre.

Clara apretó los labios y miró de un lado a otro, sin saber cómo reaccionar.

—¿Cómo está su esposa, señor Martínez?

El señor Martínez dio un sorbo a su copa ante la clara insinuación que había dejado caer Javier.

—Bien, muy bien.

Javier asintió con una sonrisa.

—¿Ya ha tenido a su tercer hijo?

Clara lo escudriñó con la mirada. Menudo caradura el señor Martínez…

—Una niña… preciosa —respondió, luego miró de un lado a otro, como si no supiese dónde meterse, y los miró a los dos, enfocando finalmente su atención en Clara—. Un placer conocerla. Me alegro de verlo, teniente. Disfruten de la velada.

—Igualmente —respondió Javier haciendo girar ya a Clara, apartándose de él.

Se alejaron unos metros de allí y Javier se acercó a un camarero que paseaba con bandejas de canapés. Cogió dos, le tendió uno a Clara y ella lo aceptó.

Clara se lo comió y abrió un segundo su bolso para observar.

—Lo tengo —dijo con una sonrisa.

Javier asintió y miró de un lado a otro.

—Bien… —dijo antes de comerse su canapé, con ese tono calmado que no engañaba a nadie—, pero intenta que no se te acerquen los hombres… —Clara enarcó una ceja—, no quiero tener que estar sacándotelos de encima constantemente, ese no es mi trabajo.

Ella lo miró unos segundos en silencio, evaluándolo.

—¿Y por qué vienes? —preguntó finalmente—. Lo tenía totalmente controlado.

—Ya —respondió él, con ese tono neutro que dejaba claro que no estaba de acuerdo.

Cogió un par de canapés más y le tendió uno a ella, como si la conversación no fuera con él.

Clara aceptó el canapé.

—Sé apañármelas sola, ¿entiendes? —repitió, llevándoselo a la boca.

Javier asintió.

—Sí, lo sé.

Clara lo miró.

—Pues no lo parece… —le reprochó—. Además —resopló—, es por culpa de este vestido… —se miró a sí misma, bajando la vista un segundo—, dile a tu jefe que no me entregue vestidos tan sugerentes.

Javier, que justo iba a dar un bocado, se quedó a medio gesto, carraspeó levemente y apartó la mirada un segundo antes de volver a ella, recomponiéndose con esa rapidez suya.

—Dedícate a hacer tu trabajo.

Clara entornó los ojos.

—Estoy haciendo mi trabajo, ¿o te crees que vengo aquí a buscar marido? —pronunció con los dientes apretados.

Javier la miró un segundo.

—No. —La miró con cierto humor—. Pero si lo estuvieras buscando… no lo estarías haciendo mal.

Clara se quedó completamente quieta y parpadeó.

—¿Perdona?

Javier dio un pequeño bocado, como si no acabara de decir lo que acababa de decir.

—Has captado la atención de muchos de ellos.

Clara se acercó un poco más, bajando la voz.

—Pobrecito teniente… no puedes controlarlo todo —bromeó, cruzándose de brazos.

Javier se inclinó ligeramente hacia ella.

—No, no puedo, pero esto sí.

Clara lo miró muy de cerca.

—¿Y qué es "esto"?

Javier no apartó la mirada.

—Tú.

Clara se quedó completamente en blanco y, por primera vez en toda la noche, no tuvo ninguna respuesta, así que hizo lo único que le quedaba.

—Eres… —empezó—, muy pesado. —Javier la miró e ignoró su comentario. Clara soltó aire por la nariz—. Voy a seguir trabajando.

—Hazlo, pero cerca.

Clara se giró.

—No —protestó ella.

—Sí.

Clara dio un par de pasos y se detuvo, escudriñando a la gente que llenaba la sala mientras elegía a su próxima víctima. Mantuvo la sonrisa y retomó su papel, dejando que el murmullo de la gala la envolviera.

Pero esta vez no era solo trabajo, ni análisis frío y cálculo. Algo había cambiado. Algo sutil, aunque evidente, que tenía que ver con la forma en que él permanecía cerca, con cómo la había mirado después, con aquella mezcla extraña de control y algo que todavía no sabía identificar.

Se movió entre la gente con soltura, recogiendo fragmentos de conversaciones, observando gestos, registrando rostros, pero su mente volvía una y otra vez a él, a la cercanía, al tono, a esa seguridad que no sabía si le molestaba o le tranquilizaba. Y, probablemente, eran ambas cosas a la vez.

Javier no la seguía, pero estaba siempre a unos metros, observando y controlando el entorno. Sin embargo, cuando sus miradas se cruzaron hubo algo distinto, algo que no tenía que ver con la misión ni el protocolo, algo que se sostuvo un segundo más de lo necesario antes de romperse, antes de que ambos apartaran la vista, como si nada hubiera pasado.

La música continuaba, las copas seguían llenándose, las conversaciones fluían y la noche avanzaba exactamente como debía. Pero para ellos no era solo una gala; era el inicio de algo más peligroso que cualquier otra operación, algo que no podían controlar. Y precisamente eso lo volvía todo más arriesgado.



11

Habían comido y hablado mucho.

Clara ya no sabía cuántas veces había sonreído, asentido, fingido interés por conversaciones que no le importaban en absoluto, ni cuántas manos había estrechado, pero lo que sí sabía era que había funcionado, porque nadie había sospechado y todo había fluido con esa naturalidad incómoda que, poco a poco, dejaba de serlo.

Salieron de la gala con el murmullo aún a sus espaldas y el contraste del aire nocturno golpeándoles suavemente.

Clara soltó un suspiro apenas cruzaron la entrada, bajando la mirada hacia sus pies.

—No vuelvo a ponerme estos zapatos en mi vida.

Javier no respondió, pero la miró de reojo.

—Son parte de la tapadera.

Clara lo miró.

—Pues la tapadera duele. —Caminaron hacia el vehículo—. Y mucho.

Javier abrió la puerta y ella se dejó caer en el asiento trasero con cuidado, como si cada paso hubiera sido una pequeña tortura. En cuanto él se sentó a su lado, se giró ligeramente hacia ella.

—¿Lo tienes todo?

Clara sonrió.

—Sí. —Sacó el dispositivo del bolso, pequeño y discreto, mostrándoselo con orgullo mientras lo activaba y la pantalla se iluminaba—. Mira. —Javier

inclinó la cabeza, observando. Clara deslizó el dedo—. Aquí está todo lo que hemos recogido. Contactos, llamadas, accesos recientes y patrones básicos.

Javier la miró.

—¿Y ahora qué?

Clara apoyó la espalda en el asiento, sintiéndose cómoda en su terreno.

—Ahora viene lo divertido. —Le sonrió—. Lo descargo en el ordenador y cruzo datos, busco repeticiones, nombres que aparecen demasiado, rutas que coinciden y mensajes que no deberían estar ahí. —Javier la observaba en silencio—. Filtros, correlaciones, conexiones indirectas… y luego empiezo a tirar del hilo.

Javier no dijo nada. La miraba de otra forma porque mientras hablaba no parecía la misma. No parecía la chica que hacía unos minutos se quejaba de los zapatos, ni la que sonreía con dulzura en medio de la gala, ni siquiera la que se ponía nerviosa con un simple roce de manos; era otra, más afilada, más precisa y peligrosa. No entendía cómo alguien con aquella apariencia, con aquella delicadeza en los gestos, podía moverse con tanta soltura en algo tan… oscuro e ilegal.

Clara levantó la vista.

—¿Qué?

Javier negó levemente.

—Nada. Continúa —le ofreció con la mano, interesado en lo que le explicaba.

Clara entornó los ojos.

—Me estás analizando.

—Sí. Me resulta interesante lo que haces —reconoció.

El conductor habló desde delante, dirigiéndose solo a Javier.

—Teniente, trayecto despejado.

—De acuerdo.

Clara levantó la mirada hacia el conductor.

—Ramón, yo también estoy aquí, ¿sabes? —No hubo respuesta y Clara negó con la cabeza—. De verdad, esto ya empieza a doler. —El conductor no reaccionó y Javier tampoco—. Vale, pues que sepas que me caes mal.

El vehículo continuó avanzando y el resto del trayecto transcurrió entre comentarios de Clara, respuestas escuetas de Javier y el silencio imperturbable del conductor, hasta que finalmente el vehículo descendió al subterráneo, deteniéndose con la misma exactitud de siempre.

Clara abrió la puerta.

—Gracias por el viaje, Ramón. Como siempre, ha sido un placer conversar contigo.

Javier hizo lo mismo.

—Buenas noches —se despidió Javier.

—Buenas noches —respondió el conductor.

Clara lo miró.

—Qué bien os entendéis —ironizó.

Javier no respondió. Se dirigieron al ascensor, subieron y cuando la puerta del piso se abrió, Milo corrió directo hacia Clara, frotándose contra sus piernas.

—Hola, mi vida… —se agachó y lo acarició—, tú sí que sabes tratarme bien.

Milo ronroneó, pero entonces se giró y fue hacia Javier.

Clara levantó la vista, sorprendida.

—Ehhh —se quejó ella.

Milo se acercó a él, rozándole, buscando también su atención.

Javier lo miró un segundo, como si aquello no estuviera en el plan, y Clara se incorporó despacio.

—Ah, no. Esto no —se cruzó de brazos—. No puedes caerle bien.

Javier bajó la mirada hacia el gato y, tras un segundo de duda, le pasó la mano por el lomo, acariciándolo.

Milo respondió al instante y Clara abrió la boca.

—Traidor.

Javier levantó la vista.

—Reconoce la autoridad.

Clara lo miró.

—Vale —añadió Clara, girándose hacia el pasillo mientras empezaba a quitarse los tacones—, lo primero que voy a hacer es deshacerme de estos horribles zapatos, y luego… —miró por encima del hombro—, salvar el mundo.

Javier la observó, pero no dijo nada.

Clara dejó caer el bolso sobre el sofá y, sin decir nada más, se dirigió directamente hacia su habitación, desapareciendo tras la puerta con la misma urgencia con la que llevaba toda la noche conteniendo incomodidades. Unos minutos después, volvió a salir con ropa completamente distinta: un pantalón cómodo, una camiseta amplia y el pelo ligeramente más suelto, como si con ese simple cambio hubiera dejado atrás la gala, la sonrisa fingida y los tacones infernales.

—Ahora sí… —murmuró para sí misma, caminando hacia la cocina. Abrió un armario, luego otro, después el cajón y acabó frunciendo el ceño—. No…

—se agachó y volvió a mirar—. No, no, no… —se incorporó mirando de un lado a otro—. Esto es grave.

Giró sobre sí misma y salió de la cocina con paso decidido, encontrándose con Javier en el salón, el cual ya se había quitado el uniforme de gala y vestía de forma mucho más relajada.

—Necesito una cosa.

Javier levantó la vista.

—¿Qué?

Clara lo miró como si fuera evidente.

—Azúcar.

Javier parpadeó una vez.

—¿Azúcar?

—Sí —respondió ella, acercándose—. Azúcar: dónuts, chocolate, barritas… lo básico.

Javier se quedó quieto.

—No hay nada de eso —contestó él.

Clara lo miró.

—¿Cómo que no hay nada de eso?

—Como suena.

—Eso no puede ser.

Javier enarcó ligeramente una ceja.

—Se sobrevive.

—No, no se sobrevive. —Clara negó con la cabeza—. Seguro que hay alguna tienda abierta por aquí cerca.

Javier exhaló despacio.

—No es necesario.

Clara lo miró fijamente.

—Sí lo es, no puedo trabajar sin azúcar. —Lo miró fijamente—. Mi cerebro lo necesita.

Javier cruzó los brazos.

—Tu cerebro funciona sin eso.

Clara negó.

—No al cien por cien, y tú quieres el cien por cien, ¿verdad?

Javier sostuvo su mirada en silencio.

Clara señaló hacia la puerta.

—Puedo bajar yo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no, ya bajo yo.

Clara parpadeó.

—¿En serio?

Javier ya iba hacia la chaqueta.

—¿Qué quieres?

Clara sonrió abiertamente con un brillo en sus ojos.

—Vale, apunta.

Javier enarcó una ceja.

—Dime.

—Dónuts de chocolate.

—Ajá.

—Chocolate en barra.

—Sí.

—Patatas fritas.

—Clara…

—Galletas.

—¡Clara!

—Refrescos.

—Madre mía… —susurró Javier.

—Y algo más, por si acaso.

Javier la miró lentamente de arriba abajo.

—No entiendo cómo estás tan delgada.

Clara sonrió.

—Lo quemo todo —contestó, encogiéndose de hombros, y se señaló la cabeza—. Aquí.

Javier negó levemente.

—Ya, claro.

—Es un órgano muy activo, ¿sabías que consume el veinte por ciento de nuestra energía diaria? —continuó ella.

Javier cogió la chaqueta.

—Si tú lo dices… En fin, no te muevas de aquí.

Clara ya iba hacia la mesa.

—No pensaba hacerlo, tengo trabajo y espero un buen surtido de bollería y patatas fritas.

Javier la observó un segundo más y salió. La puerta se cerró y se hizo el silencio.

Clara se sentó frente al ordenador y encendió el sistema, conectó el dispositivo y la pantalla comenzó a llenarse de datos, descargas, archivos y patrones en bruto. Mientras sus dedos empezaban a moverse sobre el

teclado, rápidos y precisos, su expresión cambió volviendo a ese estado concentrado, afilado, donde todo lo demás desaparecía.

—Vale… —murmuró—. Vamos a ver qué escondéis.

Esta vez no había vestidos ni gala, ni sonrisas; solo ella y el sistema.

El sonido de la puerta al abrirse la sacó un segundo de la pantalla. Clara levantó la vista y vio a Javier entrar cargado con una bolsa que, por el tamaño y el peso, confirmaba que se había tomado su lista demasiado en serio. Una sonrisa satisfecha apareció en sus labios antes de volver a centrarse en el ordenador.

—Has vuelto —murmuró sin apartar la vista.

—He vuelto —respondió él dejando la bolsa sobre la mesa.

Clara giró la silla y lo escudriñó.

—Dime que lo has traído todo.

Javier abrió la bolsa.

—He priorizado.

Clara se levantó de un salto y empezó a sacar cosas, como si fuera la mañana de Navidad.

—Dónuts… bien, chocolate… mejor, bolsa de patatas fritas… perfecto. —Miró a Javier—. Eres útil.

—Lo sé —bromeó él.

Clara ya había cogido un dónut de chocolate y le había dado el primer bocado mientras volvía a sentarse frente al ordenador, acomodándose, como si aquel fuera su hábitat natural, con los dedos moviéndose con rapidez sobre el teclado mientras masticaba.

—Vale… —murmuró con la boca medio llena—, ahora sí.

Javier se sentó a su lado y observó en silencio.

La pantalla se llenaba de líneas, gráficos y conexiones que para él eran poco más que ruido organizado.

—Explícame —dijo finalmente.

Clara asintió dando otro bocado a su dónut.

—Estoy cruzando los datos que hemos sacado —se limpió los dedos—. Llamadas, contactos, registros de actividad… busco patrones.

Javier inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué tipo de patrones?

Clara tecleó algo y varias ventanas se reorganizaron.

—Repeticiones. —Pulsó un par de teclas más—. Nombres que aparecen más de lo normal, contactos comunes, horarios que coinciden…

Javier observaba.

—¿Y?

Clara abrió otro archivo.

—Y aquí empieza lo interesante —señaló la pantalla y le dio otro bocado al dónut—. Tres de ellos no hablan entre sí. —Javier frunció el ceño—. Pero hablan con alguien —terminó ella, señalando la pantalla.

Javier se inclinó un poco más.

—¿Con quién?

Clara negó lentamente.

—Nadie, no aparece. —Hubo un segundo de silencio—. Se trata de un número oculto, cifrado, sin nombre.

Javier la miró.

—Un intermediario.

Clara sonrió.

—Un nodo. —Se encogió de hombros—. Alguien en el centro. —Dio otro bocado al dónut—. Y los tres pasan por él.

Javier apoyó los codos en las rodillas.

—¿Puedes identificarlo?

Clara negó.

—Aún no, pero existe. —Abrió otra ventana—. Mira esto —Javier observó —. Se trata de ubicaciones, coincidencias… varios de ellos han estado en el mismo sitio, pero en fechas distintas.

Javier entornó los ojos.

—¿Dónde?

Clara amplió la pantalla.

—En el Puerto Marítimo de Barcelona.

Javier inspiró hondo mientras se apoyaba contra el respaldo.

—Demasiado obvio —murmuró él.

—Exacto —respondió ella—, pero hay algo más. —Tecleó y aparecieron fragmentos de mensajes incompletos—. Los tres han borrado conversaciones, aunque no todo.

Javier leyó.

—"Ruta confirmada"… —murmuró él al leerlo.

—"Carga lista" —añadió ella.

Javier levantó la vista.

—Esto no es casual.

Clara negó.

—No, y no es pequeño. —Le dio un trago a la bebida y luego cogió unas patatas—. Se trata de una red.

Javier la observó.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

Clara asintió.

—Sí, pero aún no sé quién está detrás.

Javier se recostó ligeramente.

—¿Y eso?

Clara señaló la pantalla.

—Porque todo pasa por alguien que no vemos, un fantasma.

Javier la miró y asintió, comprendiendo.

—Entonces tenemos un problema.

Clara sonrió con determinación.

—Tenemos un reto.

Le dio otro bocado a un dónut y Javier la observó.

—¿Cuántos dónuts llevas?

Clara lo miró.

—Eso no es lo importante —respondió ella sin apartar la mirada de la pantalla.

—Lo es.

—No.

—Sí.

Javier negó con la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una analítica?

Clara parpadeó.

—¿Qué dices?

—El colesterol, ¿cómo lo tienes?

Clara lo miró como si no pudiera creerse la pregunta.

—¿Estoy desmantelando una red criminal y te preocupa mi colesterol?

—Es totalmente compatible —dijo encogiéndose de hombros.

Clara cogió otro trozo de chocolate ante la mirada asombrada de él.

—Mi cerebro lo necesita.

—Tu cuerpo no.

—No es negociable —dijo antes de darle un bocado a la onza de chocolate.

Javier suspiró y negó con la cabeza

Clara volvió a la pantalla con sus dedos volando sobre el teclado.

—Vale… —murmuró—, esto es grande.

Javier la observó y esta vez no vio a la chica de los tacones, vio algo más: algo peligroso y completamente en su elemento.

—Clara.

Ella no levantó la vista.

—¿Qué?

—Buen trabajo.

Ella le sonrió, agradecida por el cumplido.

—No he hecho más que comenzar —respondió con una gran sonrisa.

Sus dedos volvieron a moverse con rapidez, abriendo nuevos registros, filtrando, cruzando más capas de información, hasta que algo llamó su atención y su expresión cambió, apenas un matiz, una tensión sutil en la mandíbula.

—Espera…

Javier la miró.

—¿Qué pasa?

Clara amplió una nueva ventana.

—Otra vez. —Señaló la pantalla—. Mira esto.

Javier se inclinó.

—¿El qué?

—Las misma coordenadas, el puerto —murmuró ella—, otra reunión… otra fecha… mismos patrones.

Javier observó los datos.

—Supongo que es normal.

Clara negó lentamente.

—No, no así. —Señaló la pantalla—. Es la mismas hora, el mismo perfil y, otra vez, mensajes borrados. Ocultan algo. —Tragó saliva—. Es siempre cuando hablan de rutas.

Javier apoyó la mano en la mesa.

—El puerto es un punto habitual, Clara, tráfico marítimo, logística, operaciones…

—Sí —lo cortó ella, más seca de lo habitual—, pero no borras conversaciones normales —Javier la miró—, a menos que ocultes algo.

Su mirada se quedó fija en la pantalla, en un punto concreto, como si algo más se hubiera activado. Se quedó paralizada, con los dedos suspendidos sobre el teclado, y sus ojos perdieron el enfoque un segundo. Volvía a estar allí, en el cementerio, con el viento frío meciendo sus cabellos, el silencio, el sonido de su propia respiración entrecortada y la mano de su madre sujetando la suya demasiado fuerte. La lápida, el nombre, las flores y ese vacío que, pese al transcurso del tiempo, no se llenaba nunca.

Javier la miró y detectó que sus ojos brillaban ligeramente. Se había quedado pensativa, inmersa en sus pensamientos.

—Clara. —Ella no respondió—. ¿Qué pasa?

Clara reaccionó, recomponiéndose, y negó rápido.

—Nada.

Volvió a la pantalla demasiado deprisa ante la mirada de Javier.

—Clara, ¿hay algo que…?

—He dicho que nada —lo interrumpió ella sin dejar de teclear—. Estoy trabajando.

Javier la observó.

—Está bien —susurró, aunque sabía que aquello no era cierto. Algo había visto que la había paralizado y había traído a su mente recuerdos poco agradables o dolorosos, se lo había detectado en la tensión de sus músculos y en su mirada perdida, incluso llorosa.

Javier no dijo nada, pero no dejó de mirarla.

—Estoy bien —añadió ella, más firme al sentir la mirada de él—, de verdad.

Él asintió.

—De acuerdo —pronunció él volviendo a mirar la pantalla.

Aunque volvió a moverse, a teclear, a reconstruir patrones como si nada hubiera pasado, ya no era la misma. Se había colapsado de nuevo, y no podía permitírselo. Lo peor era haber dejado que ese sentimiento la atravesara con tanta fuerza que incluso Javier lo había notado.

Javier no apartó la mirada de la pantalla.

—¿Sabes quiénes son?

Clara no dudó.

—Sí. —Sus dedos se movieron con rapidez, filtrando, abriendo perfiles, reconstruyendo identidades a partir de fragmentos, y en cuestión de segundos giró ligeramente la pantalla hacia él—. Tengo los tres nombres.

Javier se levantó sin decir nada, fue hasta la mesa, cogió un bolígrafo y un papel y volvió a sentarse a su lado, apoyándolos sobre la superficie con esa precisión casi automática.

—Dime.

Clara leyó.

—Álvaro Rivas Montiel.

Javier se quedó pensativo un segundo.

—Es el director de operaciones de Naviera Levante. —Lo anotó sin levantar la vista—. Siguiente.

—Sergio Valcárcel Núñez. En otros contactos aparece con el apodo "Consultor logístico externo", pero es el mismo identificador.

—Debe de trabajar entonces con varias rutas portuarias —dijo Javier mientras apuntaba.

—Y el tercero. —Clara tecleó algo más—. Héctor Salgado Prieto.

Javier levantó la mirada, sorprendido.

—¿Héctor? —pestañeó varias veces—. Era un excompañero mío. La última vez que lo vi hará como dos años. Trabajaba en seguridad privada.

Javier terminó de escribir.

—¿Los conoces a todos? —preguntó ella boquiabierta.

—Soy teniente de la Armada… conozco a muchos —respondió como si no tuviese importancia.

—Interesante —comentó ella lentamente—. Pues los tres están ocultando cosas.

Javier dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Buen trabajo.

Clara se encogió de hombros.

—Esto es solo el principio. —Señaló la pantalla—. Tengo más del ochenta por ciento sin revisar.

Javier miró el reloj que marcaba casi las dos.

—Descansa, puedes seguir mañana.

Clara negó.

—No.

—Son casi las dos de la madrugada —dijo mostrándole el reloj.

—Lo sé.

—Mañana sigues.

—Trabajo mejor de madrugada —pronunció tecleando de nuevo.

Javier sostuvo su mirada.

—Necesitas dormir —pronunció más serio.

Clara negó otra vez.

—Necesito terminar esto. —Lo miró un segundo—. Vete tú, yo sigo. —Javier no parecía convencido y Clara suspiró—. Te lo dejo todo apuntado. —Señaló el papel—. Todo lo que encuentre, para que estés al día.

Javier dudó y, finalmente, asintió.

—De acuerdo —dijo poniéndose en pie—. Yo madrugo para salir a correr.

—Pues a mí no me despiertes —canturreó rápidamente con la mirada en la pantalla.

Javier la observó un segundo más.

—Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, barquito de guerra —respondió sin mirarlo.

Javier la observó desde el marco de la puerta, toda concentrada mirando la pantalla del ordenador y, finalmente, fue hacia su habitación. Luego se hizo el silencio.

Clara se quedó sola con el ordenador, los datos y Milo, que se subió a la mesa con total naturalidad, acomodándose cerca del teclado.

Ella exhaló lentamente por la tensión que había acumulado mientras comenzaba a atar cabos, aunque no con algo de aquel caso en concreto, sino con algo más.

Cogió su móvil y lo desbloqueó. Buscó el mensaje que no se había atrevido a borrar y sintió cómo los ojos se le ponían rasos.

Ahí estaba de nuevo.

Lucas: Tenemos que hablar. Es urgente. ¿Puedes ahora?

Lo leyó otra vez, sin parpadear, como si buscara algo que no estaba en las palabras, como si esperara encontrar una respuesta entre líneas.

Tragó saliva y el nudo en la garganta volvió.

Respiró hondo intentando calmarse y dejó el móvil sobre la mesa.

Cogió el refresco, dio un largo sorbo mientras cerraba los ojos y, cuando los abrió, ya no había duda, sino determinación.

Volvió a la pantalla, a los datos y a la red, a ese fantasma que empezaba a coger forma.

—Voy a encontrarte… —murmuró ella.

Y esta vez no era solo trabajo; era algo personal.



12

La luz entraba por la ventana del comedor con suavidad, filtrándose entre las cortinas y dibujando líneas cálidas sobre la mesa, el suelo y el ordenador aún encendido. Javier apareció en el pasillo con pasos silenciosos, ya vestido con ropa deportiva y completamente despierto, como si no hubiera dormido solo unas pocas horas.

Se detuvo un segundo y observó el espacio ordenado y en calma, demasiado en calma para alguien que sabía lo que se movía debajo de aquella superficie.

Avanzó y entonces lo vio. Había un papel justo al lado del ordenador. Lo cogió y lo desplegó. Frunció ligeramente el ceño y empezó a leer.

Son las cuatro y media, te hago un resumen de lo que he encontrado:

Nodo central no identificado → persistencia confirmada en capa externa (no red principal).

Triangulación parcial realizada: patrón repetido en zona portuaria (Barcelona).

Sujeto 1: Salgado (activo) → comunicación indirecta / eliminación sistemática de logs.

Sujetos 2 y 3: enlaces operativos, sin contacto directo entre ellos.

Conclusión provisional:

→ estructura en red no lineal.

→ canal de comunicación externo (posible dispositivo aislado / offline).

Evento detectado:
→ reunión recurrente "como siempre".
→ frecuencia irregular pero constante.
→ próxima coincidencia estimada: 72h.
Observación crítica:
→ referencias a "rutas" eliminadas tras emisión.
→ posible manipulación logística marítima.
Estado:
→ información incompleta.
→ acceso insuficiente.
→ requiere proximidad física para intrusión adicional.

Javier bajó ligeramente el papel y lo volvió a mirar en silencio.

—Qué coño… no se entiende nada… —susurró.

Pasó la vista otra vez por las líneas, intentando encontrar algo más claro, algo más directo, pero lo único que encontraba eran términos, conexiones y palabras que para él no tenían estructura lógica inmediata.

Resopló y dejó caer el papel sobre la mesa.

—Definitivamente, habla en otro idioma.

Su mirada se deslizó hacia el reloj que marcaba las siete y media y miró hacia el pasillo.

—Se ha acostado a las cuatro y media…

Negó levemente con la cabeza. No iba a despertarla para que le tradujese eso; ya lo haría más tarde.

Se giró y Milo apareció directo hacia él.

—Buenos días —pronunció.

El gato se acercó, rozándose contra su pierna. Javier fue hacia la cocina, abrió la nevera, sacó leche y la vertió en un pequeño cuenco. Milo se acercó de inmediato y Javier dejó el recipiente en el suelo. Tras un segundo de duda, le pasó la mano por el lomo, acariciándolo.

Milo ronroneó y Javier medio sonrió.

—No te acostumbres.

Se incorporó y cogió las llaves del piso.

Pocos minutos después, salía a la calle. El aire de la mañana en Barcelona era fresco, limpio, con ese silencio relativo que solo existía antes de que la ciudad despertara del todo. Javier empezó a correr con un ritmo constante, medido, como todo en él, recorriendo calles que conocía lo suficiente como para no pensar en ellas, dejando que su mente se centrara en lo importante.

El auricular vibró.

—Informe —ordenó una voz al otro lado.

Javier no redujo el ritmo.

—Operativa en curso. —Giró una esquina—. Activo principal colaborando. Nivel de implicación alto.

—¿Fiabilidad?

Javier aumentó el ritmo.

—Elevada con resultados consistentes.

—¿Riesgo?

—Controlado —respondió con seguridad—. Bajo supervisión directa.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Avances?

Javier respiró hondo.

—Estructura en red detectada.

—Continúe.

—Posible actividad logística en entorno portuario. Reuniones periódicas en curso.

Silencio.

—¿Capacidad del activo?

Javier dudó.

—Alta. —Inspiró hondo—. Superior a lo esperado.

—Mantenga vigilancia.

—A la orden.

La comunicación se cortó y Javier siguió corriendo.

El ritmo no cambió, pero su mente sí. Mientras avanzaba entre calles que empezaban a llenarse de vida, solo había tres cosas que se repetían en su cabeza: la nota, Clara y la sensación cada vez más fuerte de que aquello iba a escalar rápido.

La puerta se abrió con un clic suave y Javier entró en el piso aún con el ritmo de la carrera en el cuerpo, la respiración controlada y la camiseta ligeramente húmeda, con una bolsa en la mano que dejó sobre la encimera sin hacer ruido. Escuchó unos pasos por detrás y se giró.

Clara ya estaba en la cocina preparándose café. Llevaba el pelo recogido de cualquier manera, ropa cómoda y esa expresión concentrada que indicaba que su mente llevaba rato funcionando.

Javier alzó las cejas.

—Buenos días.

Clara levantó la vista.

—Buenos días.

Cogió la taza y dio un sorbo. Sin más, se dirigió al ordenador, sentándose con naturalidad.

Javier la observó un segundo.

—He traído fruta.

Clara ni siquiera giró la cabeza.

—Bien.

—Podrías probarla.

—Podría, pero no lo haré.

Javier dejó escapar un leve suspiro.

—Quizá te iría mejor que los dónuts para trabajar.

Clara soltó una risa.

—Mi cerebro no funciona con fruta.

—Tu cuerpo sí.

—No estamos hablando de mi cuerpo.

Javier negó con la cabeza y se acercó un poco más.

—Por cierto. Ese papel…

Clara levantó la vista hacia el papel que le había escrito la noche anterior.

—¿Qué pasa con el papel?

—No he entendido nada.

Clara parpadeó.

—¿Cómo que no has entendido nada?

—Nada —confirmó él—. Cero.

Clara lo miró como si acabara de decir una barbaridad.

—Pero si está clarísimo.

Javier alzó una ceja.

—No lo está. Quizá para alguien como tú, que domina la informática, sí, pero no para mí —terminó con una ligera sonrisa.

Clara suspiró, se levantó y cogió el papel, colocándose frente a él.

—Vale, traducción para militares.

Javier cruzó los brazos.

—Adelante.

Clara señaló la primera línea.

—Hay alguien en el centro de todo, ese "fantasma" del que te hablé. No aparece en ningún registro, pero todos hablan con él.

Javier asintió.

—Un intermediario.

—Exacto —lo felicitó—. Un intermediario muy importante. —Señaló la siguiente línea—. He triangulado las reuniones. En las conversaciones no

dicen dónde quedan, pero he triangulado las posiciones y siempre aparecen en el mismo sitio.

Javier la miró.

—¿Dónde?

Clara sonrió.

—En el Puerto Marítimo de Barcelona.

Javier frunció ligeramente el ceño.

—Eso ya lo sabíamos.

Clara negó.

—No, sabíamos que había actividad, ahora sabemos que hay reuniones. —Se inclinó un poco hacia él—. Y lo mejor, sabemos cuándo.

Javier sostuvo su mirada.

—¿Cuándo?

—En tres días han quedado.

Javier procesó la información.

—¿Seguro?

Clara asintió.

—Es un patrón repetido, siempre vuelven al mismo punto con la misma dinámica.

Javier dio un par de pasos, pensativo.

—¿Tienes el lugar exacto?

Clara volvió a sentarse, tecleó y giró la pantalla para mostrársela.

—Aquí. —Javier se inclinó. Clara había descargado un mapa de la zona portuaria—.

Se trata de un bar cerca del puerto bastante frecuentado.

Javier entornó los ojos.

—Demasiada gente.

—Perfecto para no llamar la atención —respondió ella.

Javier levantó la vista.

—¿Sabes quién estará allí?

Clara negó.

—El exmilitar seguro y probablemente el fantasma.

Javier se cruzó de brazos.

—Probablemente no es suficiente.

Clara se encogió de hombros.

—Es lo mejor que tenemos, y es suficiente.

Javier la observó.

—No sabemos quién es.

—No.

—No sabemos cómo actúa.

—No.

—No sabemos si irá solo.

—No. —Clara lo miró—. Pero sabemos dónde va a estar y eso lo cambia todo.

Javier sostuvo su mirada.

—¿Y cuál es tu plan?

Clara sonrió con cierta malicia.

—Ir y mirar.

Javier negó.

—Eso no es un plan.

—Sí que lo es. —Javier resopló y Clara se inclinó hacia él—. Es un bar lleno de gente —se acabó encogiendo de hombros—. Podemos ir a observar y, si tengo la oportunidad, entro —acabó sonriendo más.

Javier la miró enarcando una ceja.

—¿Entrar?

—Hackear.

Javier negó.

—No, es arriesgado. Recuerda que me conocen…

Clara ladeó la cabeza.

—A ti, a mí no —respondió con naturalidad. Clara se recostó en la silla—. Es tan fácil como ir y mirar quién aparece.

Javier no respondió, pero su expresión decía claramente que aquello no iba a ser tan sencillo. Sin embargo, Clara ya estaba pensando en cómo hacerlo.

Javier la miró unos segundos más, valorando opciones, riesgos, variables y, finalmente, habló con ese tono firme que no dejaba demasiado espacio a discusión.

—Observaremos desde fuera.

Clara resopló al instante.

—Genial, y desde fuera, ¿cómo se supone que voy a hackear al fantasma?

Javier no se inmutó.

—Evaluaremos sobre el terreno.

—Eso no es una respuesta —respondió ella, situando sus manos en su cintura.

—Es un procedimiento.

Clara negó con la cabeza.

—Necesito proximidad —lo señaló—. Distancia corta.

—Lo sé.

—Pues sabrás que desde fuera no sirve.

Javier la miró.

—Ya veremos cómo se desarrolla.

Clara lo observó y resopló. Iba a protestar, pero lo dejó pasar.

Javier desvió la mirada hacia el ordenador.

—¿Vas a seguir?

Clara ya estaba tecleando.

—Sí.

—¿Cuánto te queda?

—Mucho.

Javier asintió levemente y se dirigió a la cocina, rebuscó en la bolsa que había traído y volvió con una manzana en la mano, dejándola frente a ella.

Clara levantó la vista y enarcó una ceja.

—¿Perdona?

—Está lavada.

Clara miró la fruta y luego a él.

—¿Esto qué es?

—Comida.

—No. —Clara negó—. No funciona.

—Prueba.

Clara no parecía conforme, pero finalmente la cogió.

—Solo porque me estás mirando. —Clara le dio un pequeño mordisco, como si le estuviera haciendo un favor—. Mmm, no está mal…

Javier asintió.

—Mejor así.

—No te emociones —bromeó.

Clara volvió al ordenador, ya completamente metida en los datos, abriendo nuevas rutas, cruzando más información, intentando encontrar algo más, alguna pista que le permitiera adelantarse y descubrir quién demonios era ese fantasma antes de tenerlo delante.

—Si está en el centro… —murmuró para sí misma—, tiene que dejar rastro… Todo el mundo deja rastro —susurró.

Javier la miró un segundo más.

—Voy a ducharme.

—Ajá.

Clara ni levantó la vista.

Segundos después, la puerta del baño se cerró y el sonido del agua empezó a llenar el piso.

Clara apuntó en el papel información que podía servirle más adelante.

Estaba totalmente concentrada hasta que la puerta volvió a abrirse.

Clara no miró al principio.

—¿Te has olvidado algo? —preguntó sin levantar la vista.

Frunció ligeramente el ceño y levantó la mirada. Sintió cómo todo su cuerpo entraba en tensión al ver a Javier allí sin camiseta, solo con unos pantalones y esa maldita calma suya.

Clara desvió la mirada demasiado rápido.

—¿Qué haces?

Javier la observó.

—He olvidado la camiseta.

Clara volvió a mirar la pantalla.

—Pues… cógela.

—Eso hago. —Pero no se movió. Clara lo notó y lo escudriñó con la mirada—. ¿Qué? —preguntó Javier.

—Nada.

Clara tecleó e intentó concentrarse, pero falló, pues volvió a mirar una vez más.

Los abdominales marcados, la tensión en los brazos y esa forma suya de mantenerse completamente tranquilo la dejaron boquiabierta unos segundos.

Clara volvió a apartar la mirada.

—¿Puedes vestirte?

Javier enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es una razón.

—Es suficiente —pronunció con la voz más grave.

Javier dio un paso más cerca.

—¿Te pongo nerviosa?

Clara sonrió algo sonrojada.

—No. —Clara apartó la mirada rápidamente de él y miró a la pantalla—. Estoy trabajando.

—Sí, ya lo sé.

—Entonces deja de pasearte así.

—¿Así cómo?

Clara hizo un gesto vago y lo señaló con la mano.

—Así, sin camiseta.

Javier ladeó la cabeza.

—No veo el problema.

—Yo sí.

Javier la observó un segundo más y ladeó la cabeza con una sonrisa burlona.

—¿Interfiere en tu rendimiento?

Clara abrió la boca.

—No. —Se detuvo y frunció el ceño—. Un poco —admitió.

Javier asintió.

—Interesante.

Clara negó con la cabeza.

—Vístete, por el amor de Dios —ordenó.

Javier cogió finalmente la camiseta.

—A la orden.

Se la puso con calma y Clara volvió a la pantalla, respirando hondo.

—Gracias.

—De nada —respondió rápidamente.

Javier la miró un segundo más y se dirigió de nuevo al baño.

Clara se quedó quieta y entonces dejó caer la cabeza hacia atrás en la silla.

—Perfecto momento para distraerme. —Suspiró y se incorporó. Miró la pantalla y volvió a teclear más concentrada y decidida—. Venga… —murmuró—, concéntrate —se dijo a sí misma, apartando de su mente aquel torso tan tonificado.



13

El olor la sacó del bucle. No fue inmediato, pero sí suficiente.

Clara frunció ligeramente el ceño mientras sus dedos seguían moviéndose sobre el teclado, concentrada, absorta, hasta que finalmente levantó la vista, como si algo no encajara en su universo habitual de café, azúcar y caos controlado.

—¿Qué es eso?

Javier estaba en la cocina, de pie, y tranquilo como siempre, con dos platos preparados sobre la encimera.

—Comida.

Clara lo miró y luego miró los platos.

—No, eso no es comida.

Javier no reaccionó.

—Es comida —respondió sin mirarla.

—Eso es verde.

—Correcto, comida sana.

Clara se giró en la silla.

—No confío en la comida verde.

—Es sano —repitió.

—Eso tampoco me inspira confianza.

Javier dejó uno de los platos frente a ella.

—Es hora de comer.

Clara miró el plato como si fuera una amenaza.

—Estoy trabajando.

—Ya lo sé, pero descansa un poco.

—No puedo parar —contestó volviendo a mirar la pantalla.

—Claro que puedes… y debes. Llevas horas delante del ordenador.

—No quiero.

Javier la observó.

—Son diez minutos. —Ella lo ignoró girando su cuello de nuevo—. Vamos. —Clara resopló—. Venga, va —pronunció.

Clara lo miró.

—Eres muy pesado. —Clara suspiró y miró el plato desde la distancia—. ¿Qué es esto exactamente?

—Pollo, verduras y… algo de sentido común.

Clara suspiró, se puso en pie y fue hacia la cocina para sentarse delante de él. Cogió el tenedor con desconfianza y chasqueó la lengua.

—Mi cerebro funciona mejor con azúcar, ya lo sabes.

—Pero tu cuerpo no —respondió mientras se llevaba un trozo de pollo a la boca.

—No estamos hablando de mi cuerpo.

—Siempre estamos hablando de ello —reaccionó él.

Clara pinchó un trozo y lo observó.

—Si muero, será culpa tuya.

Javier rio, negando con la cabeza.

—No morirás.

—No lo sabes. —Clara lo miró—. ¿También predices el futuro?

—Solo lo más evidente.

Clara se llevó el tenedor a la boca y masticó despacio mientras Javier la observaba de reojo.

—Mmm, no está mal.

Javier asintió.

—Gracias.

Clara negó.

—No te emociones. —Dejó el tenedor en el plato—. Vale, te explico algo mientras como, porque esto —señaló la pantalla—, es importante.

Javier asintió y la señaló con el tenedor.

—Adelante.

Clara señaló el portátil.

—Estoy cruzando los metadatos de las conexiones y…

Javier la miró.

—No entiendo nada —la cortó.

Clara suspiró.

—Vale. Imagina que tienes tres personas…

—Ajá.

—Que no hablan entre ellas…

—Ajá.

—Pero todas hablan con alguien. Ese alguien es el problema…

Javier asintió.

—Eso lo entiendo.

Clara sonrió.

—Bien. Ahora imagina que ese alguien no existe.

Javier frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Exacto —dijo alzando los brazos, luego cogió el tenedor y comió otro trozo de pollo—. Pero está ahí.

Javier la miró.

—No me gusta mucho esa idea.

—A mí sí.

—¿Por qué?

Clara sonrió.

—Porque significa que es bueno.

Javier ladeó ligeramente la cabeza.

—O peligroso.

—También —reaccionó ella rápidamente mientras se recostaba en la silla —. Pero eso es lo divertido.

Javier la observó.

—No deberías decir eso.

—¿Por qué?

—Porque no es un juego.

Clara lo miró.

—Para mí un poco sí.

—No.

—Sí.

—No.

Clara sonrió.

—Te encanta decir que no, conmigo no funciona, lo siento —bromeó.

Él la miró y chasqueó la lengua.

Javier se puso en pie y fue hacia la nevera para sacar el agua, aunque dio un paso hacia ella.

—La mayoría de las veces sí funciona —comentó mientras le llenaba el vaso.

Clara alzó la vista.

—Eres muy seguro, demasiado.

—Es necesario.

—También es irritante —dijo con voz más grave. Clara dejó el tenedor—. ¿Sabes qué? Al final voy a hackearte.

Javier enarcó una ceja.

—No vas a hacer eso por la cuenta que te trae —respondió él, aunque esta vez en un tono más bromista.

Clara se inclinó hacia él.

—Podría entrar en tu teléfono ahora mismo. —Clara sonrió y él la miró ladeando la cabeza—. ¿Y si ya lo he hecho?

Javier no apartó la mirada.

—No lo has hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo habrían comunicado y estarías detenida. Los sistemas que uso están protegidos y vigilados.

Clara lo miró.

—¿Quieres probar? —preguntó ella con una sonrisita traviesa.

—¿De verdad te atreverías a hackear a un teniente de la Armada que trabaja para el CNI? No creo que sea una buena opción para ti. No acabarías bien —acabó guiñándole el ojo. Clara se quedó mirándolo con cierta gracia —. Come, se te enfría la comida.

Clara cogió el tenedor.

—Sí, señor, a sus órdenes. —Lo observó mientras masticaba y tragaba—. Por cierto —añadió ella—, ¿tú qué haces durante el día exactamente?

Javier la miró.

—Trabajar.

Clara alzó una ceja.

—Vaya, qué concreto.

Javier apoyó una mano en la encimera.

—Vigilo a una hacker.

Clara levantó la vista.

—¿En serio?

Javier mantuvo el tono.

—Objetivo potencialmente problemático. —Hizo un gesto gracioso con su rostro—. Alta capacidad técnica, tendencia a desobedecer.

Clara lo miró.

—¡Oye!

—Y con dificultades para seguir instrucciones básicas.

Clara dejó el tenedor.

—Vale, esto ya es personal —protestó mientras él reía.

—Es un informe.

Ella enarcó una ceja.

—¿Así es como me definen en el CNI? —preguntó sorprendida. Él se encogió de hombros, lo que provocó una gran sonrisa en los labios de ella —. Me gusta —dijo orgullosa. Clara lo señaló con el tenedor—. ¿Soy una de tus misiones más peligrosas?

—De momento no, aunque presentas riesgos.

Clara abrió la boca.

—¿Qué riesgos?

—Imprevisibilidad y un poco caótica en la ejecución.

Clara negó con la cabeza.

—Vale, tú sabes muchas cosas de mí, demasiadas —Javier la miró ladeando su cabeza—. Pero yo no sé nada de ti. Solo que te llamas Javier y que eres teniente de la Armada.

—No necesitas saber nada más.

Clara frunció el ceño.

—Qué aburrido. Estamos conviviendo—respondió, molesta.

—Por trabajo.

—Sí, pero convivimos igualmente. —Él no respondió. ¿Cómo podía aguantar la mirada tan fija sin pestañear ni sentirse molesto? Clara se inclinó un poco hacia él—. Venga, no seas tan… tú.

Javier enarcó una ceja.

—¿Tan qué?

—Tan secreto, es aburrido. —Clara lo estudió—. ¿Estás casado?

—No es relevante.

—¿Tienes hijos?

—No es relevante —repitió.

Clara resopló.

—Claro, pero tú sí sabes que yo no estoy casada ni tengo hijos, ¿no?

Javier la miró.

—Sí. —Clara cruzó los brazos—. Soltera, sin hijos. —Luego respiró hondo —. Relación anterior de dos años con Sergio Vidal…

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Perdona?

—Ingeniero de telecomunicaciones.

Clara lo miró, sorprendida.

—Esto no tiene ninguna gracia.

—No era un chiste —respondió él, alzando las dos cejas a la vez.

Clara negó, contrariada.

—Esto es muy injusto.

—Es solo información.

—Es invasivo. —Clara lo señaló—. ¿Qué edad tienes?

Javier la miró.

—Tampoco es relevante.

—Claro que lo es. —Clara suspiró—. Yo tengo veintiséis. —Javier enarcó una ceja y carraspeó—. Vale, veintiocho. —Javier no dijo nada, pero su expresión lo decía todo—. ¿Ves? ¿Por que tú puedes saber todo de mí y yo no de ti?

Javier se encogió ligeramente de hombros.

—Nuestros roles son diferentes.

—Pues no me gusta.

—No es necesario que te guste.

—Pues a mí sí me parece que es necesario. —Clara se inclinó un poco más—. ¿Treinta? —Javier no respondió—. ¿Treinta y uno? ¿Treinta y dos? —Nada—. ¿Treinta y cinco?

Javier la miró y negó.

—Suficiente.

Clara sonrió.

—He acertado.

—No.

Clara se echó hacia atrás.

—Vale, pues seguiré investigando hasta descubrirlo. Todo es hackeable.

Javier enarcó una ceja.

—Yo no.

Clara lo miró.

—Eso ya lo veremos. Desde luego, si pretendéis que trabaje en un ambiente agradable, estáis muy lejos de conseguirlo.

—No pretendemos eso… pretendemos que trabajes.

Ella resopló y se cruzó de brazos.

Se levantó de la mesa en silencio y miró a Javier con esa chispa de juego constante que él ya había aprendido a identificar.

—Pues nada, me voy a trabajar de nuevo… la hacker delincuente va a intentar salvar el mundo —pronunció con retintín.

—¿No comes más?

—No, prefiero seguir trabajando a que me des de comer más lechuga —dijo, dándole la vuelta.

—Tienes muy mala alimentación —sentenció él.

Ella se sentó frente al ordenador.

—Shhh… silencio —dijo—. Esta vez no quiero más interferencias militares.

Javier la observó unos segundos más mientras se concentraba y comenzaba a teclear como una posesa. Suspiró antes de dar un sorbo a su vaso de agua.

La noche había caído sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

El piso estaba en silencio, solo roto por el leve zumbido del ordenador y el tecleo constante que, poco a poco, había ido desapareciendo hasta quedar en nada. Fue entonces cuando Javier salió de su habitación con la intención de preparar algo de cena.

Se detuvo al verla. Clara estaba completamente dormida sobre el teclado.

La cabeza ladeada, el cabello cayendo sobre su rostro, los brazos apoyados de cualquier manera, rodeada de papeles llenos de anotaciones, esquemas, nombres, flechas que conectaban cosas que solo ella parecía entender y el ordenador aún encendido, iluminándole suavemente el rostro.

Javier no dijo nada. Se quedó allí un momento, observándola sin prisa, como si por primera vez no tuviera que medir el tiempo. Había algo en aquella imagen que no encajaba con lo que sabía de ella, con la hacker delincuente, con alguien capaz de meterse en sistemas, romper barreras y moverse en ese terreno oscuro con tanta facilidad.

Era una imagen demasiado tranquila y demasiado… dulce.

Se acercó despacio, con cuidado, como si cualquier ruido pudiera romper algo.

Sus ojos recorrieron su rostro un segundo más.

La forma en la que respiraba, la tensión que parecía haber abandonado su cuerpo por completo y, entonces, sin pensar demasiado en ello, cogió la manta del sofá y la colocó sobre sus hombros, ajustándola con un gesto sorprendentemente suave para alguien como él.

Se quedó un segundo más mirándola y algo se removió dentro de él al verla en una actitud tan vulnerable.

En ese momento, solo parecía alguien agotado, alguien que no sabía parar, alguien que, a pesar de todo, seguía ahí, trabajando, intentando entender algo más grande que ella.

Eso le gustaba más de lo que debería.

Negó levemente con la cabeza, como si intentara sacarse ese pensamiento de encima.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la cocina, pero apenas había dado dos pasos cuando escuchó un leve movimiento.

—¿Javier…?

Se giró y la miró. Clara se incorporaba despacio, con la manta cayendo suavemente de sus hombros. Sus ojos, aún entreabiertos, reflejaban ese instante suspendido entre el sueño y la vigilia.

Miró la manta sin entender nada y luego a él.

Algo en su expresión cambió.

—¿Me has tapado tú?

Javier se encogió de hombros.

—Estabas dormida.

Clara sostuvo la manta con una mano.

—Gracias… —dijo bajito, con timidez.

Javier la observó un segundo.

—No sabía si tumbarte en el sofá —añadió—, pero te habría despertado. He preferido dejarte ahí. —Clara asintió despacio, apartándose el cabello del rostro con un gesto torpe, y dejó escapar un pequeño bostezo—. Deberías descansar.

Clara negó al instante.

—No. —Se incorporó un poco más—. Tengo que trabajar. Es fin de semana, luego entre semana no le puedo dedicar tantas horas.

Javier la miró.

—Necesitas dormir —afirmó.

—Necesito terminar esto.

Javier suspiró y entonces dio un paso hacia ella.

—Vale.

Clara lo miró.

—¿Vale qué?

Y antes de que pudiera reaccionar, él la cogió con firmeza, pero con cuidado, y la levantó de la silla.

—¡Eh! —Clara protestó, sorprendida—. ¡Javier! Puedo andar sola

—Ya, pero no lo estás haciendo. —La llevó hasta el sofá y la sentó, acomodándola con esa mezcla suya de precisión y suavidad—. Descansa un rato —añadió—. Solo un rato.

Clara lo miró.

—Eres muy mandón.

Clara suspiró y asintió mientras se pasaba la mano por los ojos.

—Voy a preparar la cena.

Clara se dejó caer un poco más contra el respaldo del sofá.

—No me pongas lechuga —susurró mientras se acomodaba.

Javier enarcó una ceja mientras se dirigía a la cocina.

Cocinó unas cuantas verduras salteadas y unos trozos de salmón en pocos minutos y, cuando volvió en su búsqueda, la escena había cambiado.

Clara estaba dormida otra vez en el sofá, con la manta a medio caer y el cuello en una postura imposible.

Javier dejó el plato en la mesa y se acercó despacio.

La observó un segundo y, entonces, con cuidado, volvió a cubrirla con la manta, ajustándola mejor. Después, con un gesto aún más lento, acomodó ligeramente su cabeza, colocando un cojín para que el cuello no quedara en una postura forzada.

Clara ni se movió. Respiraba tranquila y profundamente.

Javier se quedó un segundo más, mirándola, y esta vez no pensó en la misión ni en el riesgo, solo en que no quería despertarla y en que, por alguna razón, le gustaba verla así, en calma.

Inspiró hondo y se apartó de ella para dirigirse a la cocina y meter su plato en el microondas, así podría recalentarlo si ella se despertaba. Se acercó al marco y se apoyó en él, cruzándose de brazos, observándola.

Debía dejar de pensar así en ella. Porque si la misión cruzaba esa línea, dejaría de ser profesional. Y él no podía permitirse perder el control.



14

El reloj marcaba casi la hora de salida cuando Clara cerró por fin una de las ventanas del ordenador, estirándose ligeramente en la silla mientras repasaba por última vez lo que tenía delante. Su jefe pasó por detrás en ese momento y se detuvo un segundo.

—Buen trabajo, Clara.

Ella levantó la vista.

—Gracias.

—Ese informe era complicado.

—Ya… —respondió con una sonrisa—, pero salió.

Él asintió satisfecho y siguió su camino.

Clara empezó a recoger sus cosas, guardando el portátil, organizando papeles y, en ese momento, Laura apareció apoyándose en el borde de la mesa, con esa naturalidad suya.

—¿Qué tal todo?

Clara alzó la mirada.

—Bien.

—¿Seguro?

—Sí —respondió risueña—. Todo bien.

Laura la observó un segundo más.

—Te noto rara desde hace días.

Clara se encogió de hombros.

—Estoy cansada, solo es eso.

—Eso sí me lo creo. —Las dos sonrieron—. ¿Te vienes luego a tomar algo? —preguntó Laura.

Clara dudó un segundo.

—No puedo.

—¿Otra vez?

—Sí.

Laura suspiró.

—Algún día te secuestraré.

Clara rio.

—Avísame antes.

—No tiene gracia si te aviso —respondió su amiga.

Clara cerró la mochila.

—Otro día, ¿vale?

—Te lo voy a recordar.

—Hazlo.

Se dirigieron juntas al ascensor mientras mantenían una conversación ligera, cotidiana, como si todo fuera normal y, cuando las puertas se abrieron en la planta baja, Alfonso ya estaba allí, apoyado contra la pared, sonriendo al verlas.

—Buenas.

—Hola —respondió Laura, acercándose a él.

Clara saludó con un gesto.

—¿Nos tomamos algo? —propuso Alfonso—. Está haciendo buena tarde.

Laura la miró.

—Venga, vente —insistió.

Clara negó suavemente.

—No puedo, de verdad, pero os lo agradezco. —De reojo, vio el mismo vehículo negro de siempre en la esquina, esperando—. Otro día —añadió.

—Vale… —respondió Laura—, descansa.

Clara sonrió y se despidió de ambos. Esperó a que se alejaran, doblaran la esquina y desaparecieran y, solo entonces, se dirigió hacia el vehículo con paso tranquilo pero decidido y abrió la puerta trasera.

—Buenas tardes, Ramón —canturreó cuando echó la vista hacia delante. No era Ramón.

Clara parpadeó—. ¿Javier?

Él estaba al volante y la miró un segundo.

—Siéntate delante, por favor.

Clara fue a la puerta del copiloto y subió.

—¿Qué haces tú conduciendo?

Javier arrancó.

—Hoy no nos acompaña Martín.

—¿Martín?

—El conductor. No participa en la misión.

Clara se acomodó en el asiento.

—Vaya, así que Martín… —rio—, bien… ya verás qué cara pone cuando lo salude el próximo día por su nombre.

Javier decidió no comentar nada al respecto.

El vehículo se incorporó al tráfico de Barcelona, avanzando entre calles ya cargadas de coches, motocicletas, semáforos, peatones y ruido urbano que contrastaba con el silencio controlado dentro del vehículo.

—¿Has traído todo lo que te pedí? —preguntó Clara.

Javier señaló con la barbilla hacia la parte trasera.

—Está todo en la bolsa de atrás.

Clara se giró ligeramente y la vio.

—Perfecto.

Javier la miró de reojo de arriba abajo. Llevaba una bonita falda negra por las rodillas y una camisa blanca. Sobre la camisa llevaba una chaqueta negra a conjunto con la falda. El abrigo negro lo había dejado en un lado.

Inspiró hondo y miró hacia delante.

—Vas muy guapa.

Clara se quedó quieta y giró la cabeza hacia él.

—Gra… gracias… —respondió cohibida.

Javier apartó la mirada volviendo su atención a la carretera, repitiéndose mentalmente que no debía fijarse en ella. Sin embargo, lo hacía. Y eso empezaba a ser un problema.

El tráfico se ralentizó con la caravana de aquella hora y Clara miró al frente.

—¿Llegaremos a tiempo?

—Sí.

—¿Seguro que a las nueve estaremos en el puerto? —preguntó, incrédula.

—Sí. —Javier miró por el retrovisor—. Quedan casi dos horas. Llegaremos de sobra.

Clara asintió y se recostó ligeramente en el asiento, mirando por la ventanilla. Javier volvió a mirarla de reojo.

Clara seguía absorta, observando a través del cristal cómo la ciudad avanzaba lenta entre el tráfico, hasta que la voz de Javier rompió el silencio.

—¿Cómo te ha ido el día?

Ella giró la cabeza.

—Bien, como siempre —dijo, sin darle importancia. Javier no apartó la vista de la carretera—. He trabajado, he fingido que todo es normal, he hecho un informe que no me importa lo más mínimo y he evitado que mi compañera me arrastre a tomar algo. Lo habitual —se encogió de hombros.

Javier asintió.

—Sin incidencias, entonces.

—Sin incidencias —repitió ella.

El vehículo avanzó unos metros más y Javier inspiró hondo, como si se concentrase.

—De acuerdo —dijo él—, vamos a recapitular. —Clara lo miró—. Hazme un resumen de lo que tenemos hoy.

Clara enarcó una ceja.

—¿Quieres un informe?

Javier no dudó.

—Sí.

Clara sonrió.

—Muy bien, teniente. —Se acomodó en el asiento, cruzándose ligeramente de brazos, con ese aire teatral que ya empezaba a ser habitual en ella—. Tenemos una reunión en el puerto —empezó—, en un punto que ya he triangulado a partir de los patrones de los últimos encuentros. Sabemos que el exmilitar estará allí y probablemente el fantasma. —

Clara miró al frente—. El sitio es un bar. Se llama *El Muelle 17*.

Javier frunció ligeramente el ceño.

—No me suena.

—Porque no es llamativo. Está en una de las calles secundarias del puerto, cerca de los amarres industriales. —Se inclinó un poco hacia él—. Es grande y con mucho movimiento, con gente entrando y saliendo constantemente y, lo más importante, tiene ventanales enormes —sonrió y Javier la miró de reojo—. Podremos observar desde fuera sin llamar la atención y decidir cuándo movernos.

Javier asintió.

—Bien.

Clara continuó.

—El plan inicial es observar e identificar al exmilitar y al posible contacto.

Javier añadió.

—Confirmación visual.

Clara asintió.

—Y si el fantasma aparece, entonces entramos en juego.

Javier la miró.

—¿Entramos?

Clara sonrió ligeramente.

—Yo entro —se señaló a sí misma—, y tú vigilas —lo señaló a él. Javier no respondió, pero su expresión decía sin lugar a dudas que aquello no le convencía del todo—. Y aquí entra la bolsa. —Se giró ligeramente hacia atrás, señalándola—. Te he pedido tres cosas clave.

Javier la miró.

—Adelante.

Clara enumeró con los dedos.

—Primero, el dispositivo de proximidad que servirá para engancharme al móvil objetivo sin necesidad de tocarlo directamente. Solo necesito estar cerca.

Javier la miró de reojo.

—Implica un riesgo añadido.

—Y controlado —respondió ella—. Segundo, micro receptor. Si consigo acceso, puedo escuchar en tiempo real o al menos captar fragmentos. Y tercero, el módulo de extracción rápida. —Sonrió—. Por si tengo menos de un minuto.

Javier la observó.

—¿Y lo tendrás?

Clara se encogió de hombros.

—Depende de lo bueno que seas vigilando.

Javier enarcó una ceja.

—Siempre lo soy.

Clara sonrió.

—Eso espero.

—Pero no he dicho que vayas a entrar…

—Ya, bueno, ya veremos cómo avanza la noche —acabó ella mirando por la ventanilla, luego se giró y le sonrió—. ¿Lo he hecho bien? —le sonrió abiertamente. Javier le devolvió la sonrisa.

—Muy bien para ser tu primer informe —la felicitó.

—Genial, díselo a tu jefe —lo señaló con el dedo.

El vehículo avanzó un poco más entre el tráfico mientras las luces de la ciudad empezaban a encenderse.

Poco a poco se iban acercando al puerto. Los recuerdos volvieron a la mente de Clara: aquel mensaje que no podía quitarse de la cabeza, un mensaje que había sido enviado desde el mismo Puerto Marítimo que ahora iban a visitar.

Tragó saliva e inspiró hondo, intentando controlar su pulso y mantener la mente fría. No era momento para sentimentalismos.

La noche había terminado de caer sobre el puerto cuando el vehículo quedó estacionado a unos metros del bar, lo bastante lejos para no llamar la atención y lo bastante cerca para mantener una buena visión de la entrada y observar cómo, a través de unos grandes ventanales, el bar estaba cada vez más lleno. Aunque aún faltaba casi una hora para la reunión, Javier prefería estar allí con tiempo. Todo en él funcionaba con antelación, previsión y cálculo.

Llevaban casi media hora dentro del vehículo, con el silencio roto solo por pequeños sonidos metálicos mientras ella terminaba de preparar el equipo sobre sus piernas, concentrada, comprobando cada dispositivo con la precisión de quien llevaba años haciendo aquello.

Javier, mientras tanto, observaba con los prismáticos, atento e inmóvil, con su mirada fija en el bar.

El Muelle 17 brillaba con luz cálida entre el resto de edificios industriales de la zona. Era un local amplio, moderno, con enormes cristaleras que dejaban ver prácticamente todo el interior, una barra larga al fondo, mesas altas repartidas por la estancia, música tenue y ya bastante movimiento dentro, con grandes y pequeños grupos de gente entrando y saliendo conforme avanzaba la noche.

—Vale —murmuró Clara al fin—. Ya está.

Javier bajó los prismáticos.

—Explícame.

Ella levantó uno de los aparatos.

—Dispositivo de proximidad. Lo llevo en el bolso por si acaso lo necesitamos. Si paso cerca del objetivo, se engancha automáticamente al móvil. —Javier puso cara de desagrado de nuevo al escuchar esa opción. Levantó otro—. Auricular receptor, si logro entrar, podremos escuchar. —Finalmente, le enseñó el tercero—. Extractor rápido, por si tengo menos de treinta segundos.

Javier asintió.

—Bien.

Clara guardó todo y el silencio volvió al vehículo.

Javier retomó los prismáticos, mirando en la misma dirección.

—No sé si el fantasma está ya dentro. No sabemos cómo es, pero Héctor Salgado, el exmilitar, no ha llegado.

Clara asintió.

—Entonces esperamos —dijo cruzándose de brazos y apoyándose en el respaldo.

Pasaron varios minutos más. El bar estaba cada vez más repleto. Risas, copas y movimiento.

Clara suspiró y lo miró.

—¿Esto es lo que hacen los espías del CNI? —Javier la miró gracioso y asintió—. Pues qué aburrido… —alargó la mano hacia él—. Déjame mirar.

Javier bajó los prismáticos y se los tendió.

Ella los cogió y se los llevó a los ojos. En ese momento, Javier se permitió mirarla un segundo. La forma en que la luz del puerto se reflejaba en su perfil, la concentración en su expresión, la delicadeza de sus rasgos y ese maldito efecto que empezaba a tener sobre él… Suspiró levemente y apartó la mirada demasiado tarde.

Parecía que Clara lo había notado, ya que giró su cabeza justo para pillarlo in fraganti. Su corazón dio un pequeño vuelco rápido y traicionero, pero prefirió no decir nada.

Volvió a mirar por los prismáticos.

—Hay muchísima gente.

—Sí —respondió él mirando al frente, sin apartar la vista. Inspiró hondo y tragó saliva. Guardaron unos minutos de silencio hasta que él la miró de reojo—. No estoy casado.

Clara bajó los prismáticos y parpadeó.

—¿Qué?

Javier seguía mirando al frente.

—No estoy casado —repitió sin mirarla, ofreciéndole su perfil—. Tampoco tengo hijos. —Clara lo observó sorprendida—. Tuve una relación seria de siete años y después algunas historias, pero nada importante. —Ella no apartaba la mirada de su perfil—. Y tengo treinta y un años.

Clara se quedó completamente quieta y, tras un instante, sonrió suavemente.

—¿Me estás respondiendo a todo lo que te pregunté el otro día?

Javier asintió una vez.

—Sí.

Clara lo miró y algo cálido se instaló en su pecho. Aquel gesto significaba algo, significaba que comenzaba a confiar en ella, que él se estaba abriendo, aunque fuera a su manera.

—Gracias —murmuró.

Javier la miró con seriedad.

—No me gusta deber respuestas.

Clara sonrió.

—Mentira. Lo haces porque en el fondo te caigo bien —rio ella.

Javier rio su gracia, pero no respondió.

Clara se acomodó mejor en el asiento, medio girada hacia él, y lo miró con curiosidad.

—¿Qué querías ser de pequeño? ¿Has querido siempre ser militar?

Javier la miró sorprendido por la pregunta.

—Sí, concretamente de la Armada. El mar siempre ha sido mi pasión.

Clara esbozó una sonrisa.

—¿Nunca quisiste ser otra cosa?

Él negó.

—No. Mi padre también es militar, aunque de tierra.

Clara lo miró con interés.

—¿Lo admirabas?

Hubo un silencio breve. Luego asintió.

—Sí, mucho —admitió él.

Clara se dio cuenta de que algo en su tono había cambiado: más sincero y humano.

Clara lo estudió, cada vez le costaba más recordar que aquel hombre debía ser simplemente su compañero de misión.

—¿Te gustaría formar una familia algún día? —preguntó en voz baja.

Javier no respondió de inmediato, pues sus ojos inspeccionaban el bar continuamente.

—Sí —respondió con lentitud—. Me gustaría mucho, aunque con mi trabajo es complicado. Cuando estoy desplegado puedo pasar semanas fuera. Pero sí, me gustaría tener a alguien en casa cuando volviese.

El corazón de Clara dio otro pequeño vuelco por la forma en que lo dijo, tan honesta y limpia, tan distinta al hombre frío que parecía casi siempre.

Por un momento, lo miró sin saber qué decir, hasta que Javier se tensó ligeramente y volvió a levantar los prismáticos.

Su tono cambió al instante, volviendo al operativo.

—Lo tengo.

Clara reaccionó.

—¿Qué?

Javier entornó los ojos.

—Héctor Salgado, acaba de llegar.

Ambos miraron hacia el bar y toda aquella intimidad desapareció en un segundo.



15

Los dos se incorporaron en sus asientos en cuanto Héctor Salgado cruzó la puerta del bar. La conversación anterior desapareció al instante, como si nunca hubiera existido, sustituida por esa tensión eléctrica que siempre llegaba cuando el trabajo comenzaba de verdad.

Javier ajustó mejor los prismáticos.

—Lo veo.

Clara se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Dónde?

—En la mesa del fondo, junto a la cristalera izquierda.

Ella buscó con la mirada y lo encontró.

Héctor avanzaba con esa seguridad propia de alguien acostumbrado a vigilar más que a ser vigilado. Alto, ancho de hombros, pelo corto, gesto duro, con esa postura militar que ni los años fuera del servicio parecían haberle quitado.

Se sentó solo en una de las mesas apartadas con visión de la entrada, de la barra y de prácticamente todo el local.

Clara entornó los ojos.

—Qué poco disimula.

—Los hombres como él nunca dejan de pensar tácticamente.

Ella giró la cabeza.

—¿De qué lo conoces exactamente?

Javier bajó un momento los prismáticos.

—Coincidimos en formación.

—¿En la academia?

—No, más adelante. —Su tono se tornó más serio—. En un curso avanzado de operaciones especiales conjuntas.

Clara enarcó una ceja.

—Eso suena peligrosísimo.

Javier volvió a mirar al frente.

—Lo era.

—¿Y él era bueno?

—Sí, muy bueno —admitió—, aunque demasiado impulsivo.

Clara lo miró.

—¿Y eso en el ámbito militar no se valora?

—Solo si sobrevives.

Ella lo miró bastante seria y volvió a desviar la mirada hacia el bar.

—Entiendo.

Héctor sacó el móvil y tecleó algo rápidamente antes de alzar la vista y recorrer el lugar con la mirada.

Javier lo observó unos segundos y se giró hacia Clara.

—¿Puedes entrar en ese móvil desde aquí?

Ella siguió la dirección de su mirada y pensó un segundo.

—Si mantiene el mismo acceso que implanté en la gala, sí.

Javier la miró.

—¿Desde el vehículo?

Clara ya estaba cogiendo el portátil de la bolsa.

—Con suficiente señal y sin que haya reiniciado el terminal desde entonces… —sonrió ligeramente—, podré, si no, no.

Javier observó cómo abría el ordenador sobre sus piernas, conectando el pequeño receptor y tecleando con rapidez mientras múltiples ventanas se abrían en pantalla.

—Dame diez segundos —susurró, concentrada, mientras comenzaba a teclear.

Javier la miró sorprendido.

—Alucino contigo —susurró mirando de nuevo a Héctor a través de los prismáticos.

—Dentro.

Javier alzó una ceja.

—¿Ya? ¿Tan fácil?

Clara sonrió con orgullo.

—Para mí sí.

Giró un poco la pantalla hacia él.

—Estoy viendo actividad en tiempo real. Mensajes, correo, aplicaciones…

Javier se inclinó.

—¿Qué está haciendo?

Clara leyó rápido.

—Nada importante, está respondiendo a alguien. —Se quedó quieta y frunció el ceño—. Espera.

Javier se tensó.

—¿Qué?

Clara entornó los ojos leyendo la pantalla.

—Le ha enviado un mensaje a alguien.

Javier se reclinó sobre la pantalla.

—¿Qué dice?

Clara leyó en voz baja.

—"Todo limpio" —comentó ella, pensativa.

Ambos se miraron y Javier se incorporó ligeramente.

—El fantasma está cerca.

Clara asintió.

—Muy cerca, y no sabe que estamos aquí.

—De eso se trata —susurró Javier.

Otro mensaje apareció en la pantalla y Clara tragó saliva.

—"Asegúrate de que no te han seguido".

Se hizo el silencio dentro del vehículo y todo se tensó.

Javier bajó lentamente los prismáticos.

—Mierda.

Clara lo miró.

—¿Qué?

Él volvió la vista al local.

—Eso significa que el fantasma sabe protegerse… mucho.

Clara tragó saliva y, sin querer, sintió cómo la adrenalina le subía por el pecho. De repente, aquello ya no era solo observar una reunión; era algo más serio. Mucho más.

Javier volvió a coger los prismáticos y avisó a Clara.

—Atenta, esto acaba de complicarse —dijo con voz firme.

Javier seguía observando por los prismáticos, pero su postura había cambiado por completo: más rígida, más alerta y con cada músculo de su cuerpo entrando en ese estado de tensión fría que Clara ya empezaba a reconocer como su modo operativo real.

—Si le está diciendo que se asegure de que no lo han seguido… —murmuró él—, es porque el fantasma espera vigilancia. Y eso significa que

probablemente hará un barrido de la zona antes de entrar.

Clara se giró hacia él.

—¿Un barrido?

—Mirará alrededor, buscará vehículos sospechosos, rostros repetidos, conductas extrañas. —Inspiró hondo—. Y nosotros no sabemos quién es.

Clara tragó saliva y, por primera vez en toda la noche, el nerviosismo consiguió abrirse paso. Miró alrededor por la ventanilla de forma instintiva.

—Bueno, podemos parecer una pareja o algo así, ¿no? —Javier la miró fijamente y ella hizo un gesto vago con la mano—. O amigos —se encogió de hombros—, solo dos personas hablando en un vehículo… eso pasa.

Javier la observó un segundo y luego chasqueó ligeramente la lengua.

—¿Puedes ver con qué número está hablando?

Clara bajó la vista rápidamente al portátil.

—Sí.

Tecleó unos segundos y abrió otra ventana repleta de líneas de código y datos antes de señalar la pantalla.

—Aquí, en el terminal externo.

Javier se inclinó.

—¿Puedes entrar?

Clara se quedó quieta un segundo, en silencio, y luego frunció el ceño.

—No.

Javier la miró de inmediato.

—¿Por qué?

Ella tecleó más rápido y su expresión denotó entonces más concentración.

—Porque no está usando una línea normal. Mira esto… —le señaló y giró el portátil hacia él, aunque sabía que no entendería nada—. Está enmascarado, es decir, redirigido, y el terminal rebota entre varios nodos antes de salir.

Javier entornó los ojos.

—Háblame en cristiano.

Clara suspiró.

—Vale… que… que tiene protección, buena… no, muy buena protección. —Apretó los labios—. Está usando un sistema de encriptación de salto.

Javier frunció el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Que sabe lo que hace… y mucho.

Javier la miró fijamente.

—¿Seguro que no puedes entrar?

Clara negó.

—¡Que no! —respondió nerviosa—. Necesitaría proximidad real o acceso directo al terminal.

Javier apretó la mandíbula.

—Mierda.

Clara asintió lentamente.

—Sí, mierda —repitió ella—. Este tipo no es idiota.

Javier volvió a mirar al bar, pensando rápido y calculando.

—Entonces, la única forma de identificarlo…

Clara terminó la frase.

—Es verlo de cerca.

Ambos se quedaron quietos mirando el local.

La gente seguía entrando, saliendo, riéndose y bebiendo, sin imaginar nada de lo que acontecía en aquel lugar.

Javier miró alrededor. Varias personas paseaban por allí… y uno de aquellos hombres era lo suficientemente listo como para esconderse mejor que todos los demás.

Clara habló en voz baja.

—Tendremos que acercarnos más.

Javier giró lentamente la cabeza hacia ella.

—No.

Clara lo miró.

—Javier…

—No.

—Si quiero acceso…

—He dicho que no.

Clara apretó la mandíbula.

—Pues entonces solo podremos mirar —se quejó ella.

Javier sostuvo su mirada.

—De momento.

Y, justo en ese instante, su cuerpo se tensó de golpe. Levantó los prismáticos otra vez, más rápido y más alerta.

—Quieta.

Clara se quedó helada.

—¿Qué pasa?

La voz de Javier fue casi un susurro.

—Creo que alguien está mirando hacia aquí. —El corazón de Clara se disparó instintivamente—. Guarda el ordenador y todos tus cachivaches

donde no se vean —susurró bajando los prismáticos poco a poco e intentando adoptar una postura más formal.

—No son cachivaches —se quejó ella cerrando el ordenador y provocando que el interior del vehículo se quedase más oscuro al cerrar la tapa.

Javier no apartó la vista del retrovisor. Su mandíbula estaba tensa y los ojos atentos, moviéndose de un lado a otro mientras analizaba cada figura que pasaba junto al vehículo, cada sombra, cada persona que cruzaba la calle frente al bar o salía del local con una copa en la mano. En su cabeza todo iba demasiado rápido. Aquel era precisamente el problema, no sabían quién era. No tenían rostro ni descripción. No tenían absolutamente nada. Cualquiera de los hombres que caminaban por aquella acera podía ser el fantasma. Cualquiera. Y si Héctor Salgado estaba esperando a alguien importante, a alguien a quien claramente respetaba lo suficiente como para obedecer y cubrirse, entonces ese hombre no sería un aficionado.

Peor aún, Héctor podía reconocerlo a él. Habían coincidido años atrás y entrenado juntos. Se conocían. Y si el fantasma tenía relación previa con entornos militares, inteligencia o seguridad privada… ¿quién decía que él no pudiera reconocer también a Javier?

—Mierda —susurró Javier ante aquel pensamiento.

Aquello acababa de ponerse mucho peor.

—¿Qué hacemos? —preguntó Clara en voz baja.

Javier no apartó la mirada.

—Disimula.

—¿Cómo que disimule?

—Disimula —insistió él.

Y antes de que pudiera preguntar nada más, Javier se giró hacia ella, colocándose ligeramente de lado, dándole la espalda a la ventanilla mientras un hombre pasaba justo junto al vehículo. Javier se echó un poco sobre ella y Clara abrió los ojos como platos.

—¡Madre mía! Estás muy cerca —dijo colocando las manos en su pecho, intentando apartarlo.

Javier ni la miró, seguía vigilando por el retrovisor del copiloto.

—No te pongas nerviosa —bromeó sin mirarla.

Clara lo miró.

—Estoy un poco asustada, te lo digo con cariño.

Y entonces él la miró por fin, con total seriedad.

—No te preocupes. Estás con el barquito de guerra, recuerda.

Clara lo miró y negó con la cabeza.

Javier no se movía ni un solo centímetro. Seguro que desde fuera parecía que se estuviesen besando.

Javier volvió a mirar por encima de su hombro hacia el bar, luego al retrovisor y luego otra vez hacia la calle.

Una pareja pasó junto al vehículo y luego dos hombres.

—Joder… —murmuró.

Clara tragó saliva.

—¿Qué?

—Demasiada gente, no me gusta. —Otro hombre pasó demasiado cerca y Javier maldijo por lo bajini—. Mierda.

Clara empezó a tensarse.

—No me gusta cuando dices palabrotas, significa que pasa algo malo.

—En eso tienes toda la razón —ironizó.

Ella tragó saliva otra vez.

—Perfecto, genial, maravilloso —protestó ella golpeando levemente el pecho de él, en parte por su proximidad y en parte por los nervios.

Javier volvió a mirar por el retrovisor e intentó parar los golpes.

—Estate quieta —ordenó.

—No, es mi forma de desahogarme —dijo apretando los dientes.

Él resopló.

—Ven aquí.

Clara parpadeó.

—¿Qué?

—Que pares de golpearme y vengas. Que te acerques…

—¿Para qué? —preguntó ella, escandalizada.

—Para disimular —contestó mirándola a los ojos, como si fuese obvio.

Antes de que pudiera protestar, Javier la atrajo suavemente hacia él, rodeándole los hombros, acercándola a su pecho como si simplemente fueran dos personas en un vehículo hablando demasiado cerca.

Clara se quedó completamente rígida.

—¡Javier!

—Relájate, que no muerdo —protestó, molesto por su nerviosismo.

—¡Lo estoy intentando!

Podía notar su calor, su brazo alrededor, su colonia, su respiración. Y eso no ayudaba nada.

Javier seguía mirando por encima de ella discretamente, vigilando, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Sonríe.

Clara lo miró.

—¿Perdona?

—Una pareja no parece aterrada. —Ella sonrió, pero de la forma más falsa posible—. Así pareces una psicópata —se burló mirando por la ventanilla trasera.

Clara resopló.

—No sirvo para espía.

—Ya lo estoy viendo. —Ella seguía completamente tiesa entre sus brazos —. ¿Puedes no estar tan rígida?

—¿Puedes no abrazarme como si esto fuera normal?

—Es por la misión.

Clara lo miró.

—Ya, claro… la misión.

Javier bajó la mirada hacia ella y, durante un segundo, los dos se quedaron quietos, demasiado cerca, hasta que Javier rompió el momento mirando otra vez al frente.

—Vaaale… —dijo como si intentase calmarla mientras Clara soltaba aire lentamente—. Respira…

—Perfecto, creo que he dejado de respirar durante treinta segundos.

Javier sonrió.

—Muy profesional por tu parte.

Clara negó.

—De verdad, nací para otras cosas.

—Desde luego. —Ella lo miró y enarcó una ceja y, justo entonces, Javier volvió a tensarse mirando al frente—. Creo que está ahí.

Clara se incorporó de golpe, aunque Javier no la soltó del todo.

—¿Qué?

Javier señaló discretamente hacia el bar.

—Héctor se ha levantado para saludar. Alguien acaba de entrar.

Ambos miraron hacia el interior y, entonces, la noche dejó de ser divertida.



16

Héctor Salgado se levantó de pronto de la mesa. El movimiento fue rápido, automático, y casi militar. Enderezó la espalda, alzó una mano en gesto de saludo y dio un paso hacia delante, hacia alguien que acababa de entrar en el local, oculto aún unos segundos por el movimiento de la gente que cruzaba delante de las cristaleras.

Javier reaccionó al instante, soltó a Clara y cogió de nuevo los prismáticos.

—Ayyy —reaccionó ella al caer de golpe de nuevo sobre su asiento.

La expresión de Javier cambió de golpe. Toda ligera tensión juguetona desapareció mientras se inclinaba hacia delante con la concentración de quien sabe que está a punto de ver algo importante.

—Está ahí… —murmuró.

Clara se incorporó de inmediato.

—¿Quién es?

Javier no respondió. Sus ojos seguían clavados en la figura que avanzaba por el interior del bar hasta detenerse frente a Héctor.

Era un hombre de unos cincuenta años, quizá algunos más, alto, elegantemente vestido con un abrigo oscuro perfectamente cortado sobre un traje impecable, el cabello entrecano cuidadosamente peinado hacia atrás, mandíbula firme, rostro afilado y sereno, con ese porte natural de alguien acostumbrado a que todos a su alrededor se aparten cuando entra en una habitación. Su expresión era tranquila, pero fría, y había en él una

presencia difícil de explicar, una autoridad silenciosa que imponía incluso a distancia.

Javier frunció el ceño.

—¿Quién demonios es ese?

Lo dijo en un susurro para sí mismo.

Clara giró la cabeza hacia él.

—¿Lo conoces?

Javier negó lentamente.

—No, nunca lo he visto.

Clara extendió la mano.

—Déjame mirar. —Javier le pasó los prismáticos y ella observó—. Vale… ese hombre tiene pinta de ser importante.

—Sí.

Ambos guardaron silencio mientras observaban cómo el recién llegado estrechaba la mano de Héctor con calma antes de sentarse frente a él.

Javier miró rápidamente hacia el portátil.

—¿Puedes activar el micro?

Clara reaccionó de inmediato.

—Sí. —Cogió el portátil, lo abrió y sus dedos empezaron a moverse rápidos sobre el teclado—. Si Héctor sigue con el mismo acceso, lo tenemos.

Tecleó y abrió el canal. Esperaron unos segundos y, entonces, la voz empezó a escucharse por el pequeño auricular conectado al sistema.

Ambos se quedaron completamente quietos, escuchando con el ruido de ambiente del bar sonando de fondo: los cubiertos, cristales y conversaciones lejanas. Pero una voz grave, desconocida y controlada, sobresalía por encima de todo.

—¿Ha habido problemas? —preguntó la voz de Héctor.

—No, la zona parece limpia. —Hubo un breve silencio—. Bien, ¿y el paquete?

Héctor respondió.

—Ya está preparado, listo para el siguiente traslado.

Javier y Clara intercambiaron una mirada.

—Lo estoy grabando —susurró Clara.

Javier asintió sin apartar la vista del bar.

—¿Y la nueva ruta? —preguntó la voz grave.

Héctor bajó aún más el tono.

—Ya está confirmada con el cambio de punto habitual.

La voz grave habló otra vez.

—No puede haber fallos.

—No los habrá —contestó Héctor—. El siguiente intercambio será definitivo.

Javier apretó la mandíbula. Clara seguía grabando casi sin respirar.

—¿Y la mercancía? —preguntó Héctor.

El otro hombre tardó apenas un segundo en responder.

—En tránsito. La tendremos en tres días.

Javier giró la cabeza hacia Clara muy despacio. Ella lo miró igual. Tres días, algo iba a pasar en tres días. Algo grande.

La voz grave habló de nuevo.

—Mantente atento y, si detectas cualquier anomalía —hubo una breve pausa—, elimínala.

Aquella palabra heló el ambiente dentro del vehículo.

En ese momento escucharon a un camarero que se acercaba para tomar nota.

—Ese hombre no es un intermediario —pronunció Clara—, ese hombre manda. Necesitamos saber quién es.

El audio seguía llegando con claridad a través del portátil abierto entre ambos. El pequeño indicador luminoso parpadeaba cada vez que el micrófono captaba sonido desde el interior del bar, y al otro lado de la transmisión se escuchaba el tintinear de vasos, una camarera preguntando qué deseaban tomar y el ruido de dos copas siendo depositadas sobre la mesa.

Clara no apartaba la vista de la pantalla.

—Necesito saber quién es —murmuró de nuevo, como si fuese algo que la consumía por dentro.

Javier seguía observando con los prismáticos.

—No.

—Necesito acceder a su teléfono —insistió.

—No.

Clara giró la cabeza hacia él.

—Javier, si consigo entrar…

—He dicho que no.

Su tono fue más firme esta vez, más seco.

Clara frunció el ceño y resopló.

—Es nuestra oportunidad.

—Y también es una estupidez. No sabemos si están vigilando la zona, si tienen más gente, ni quién está mirando. Una persona así nunca va sola.

Clara apretó la mandíbula.

—Pero…

—No podemos arriesgarnos —la cortó.

Ella resopló y se dejó caer contra el asiento, sin dejar de mirar el bar. Dentro, Héctor y el desconocido seguían hablando.

Las voces llegaban intermitentes.

—El envío saldrá según lo previsto, sin interferencias. El acceso debe permanecer limpio.

Clara tragó saliva, nerviosa. Aquel desconocido estaba delante de ellos, tan cerca… y se les iba a escapar.

La voz grave del desconocido sonó de nuevo.

—Quiero confirmación visual antes de proceder.

Héctor respondió.

—La tendrá.

Javier seguía en silencio, pensando, midiendo y calculando, pero Clara ya no pensaba. Estaba demasiado frustrada.

—A la mierda —susurró ella con un movimiento acelerado.

Javier giró la cabeza.

—¿Qué?

Pero ya era tarde. Clara cogió el bolso, abrió la puerta y salió.

—¡Clara! —Javier reaccionó de golpe, lanzando la mano para agarrarla del brazo, pero ella se escurrió antes de que pudiera sujetarla—. ¡Vuelve aquí ahora mismo! —Ella ni se giró y siguió caminando directa hacia el bar —. ¡Clara! —exclamó en voz alta—. ¡Te estoy dando una orden!

Ella levantó una mano en el aire sin mirar atrás, ignorándolo por completo.

Javier apretó la mandíbula con tanta fuerza que casi dolía.

—Cuando lleguemos a casa vas a aprender por qué no se ignora una orden directa, aunque tenga que sancionarte personalmente —rugió.

Clara no parecía escuchar sus palabras, las ignoraba totalmente, aunque no lo hizo con aquella última frase y se giró un momento para responderle por encima del hombro.

—¿Va a ponerme a hacer flexiones, mi teniente?

Javier se quedó un segundo completamente inmóvil, mirándola con incredulidad.

—Juro por Dios que esta mujer va a acabar conmigo… —Ella seguía andando con determinación hacia el maldito bar, hacia la boca del lobo—. ¡Joder! —rugió Javier.

Metió la mano en la guantera y sacó un arma.

Comprobó el cargador por puro reflejo y la colocó en la parte baja de su espalda, cubriéndola con la chaqueta mientras volvía a mirar una vez más el

portátil, donde seguían escuchándose fragmentos de la conversación.

Ya no podía ni concentrarse. Clara estaba entrando allí dentro sola, con dos posibles criminales de alto nivel, sin apoyo, sin cobertura y sin pensar en sus actos.

Negó con la cabeza.

—Maldita loca… —masculló.

Aunque la forma en que lo dijo no sonó a puro enfado, sino más bien a preocupación y a un cariño desesperado, como el de alguien que sabía perfectamente que aquella mujer acabaría volviéndolo completamente loco.

Cerró el vehículo con el mando y salió de inmediato, avanzando rápido hacia el local mientras no apartaba la vista de Clara ni un segundo, preparado para entrar detrás de ella si algo salía mal.

En cuanto cruzó la puerta del bar, el ruido la golpeó de lleno.

Música baja, conversaciones superpuestas, el sonido de vasos chocando, risas, camareros moviéndose deprisa entre las mesas y el murmullo constante de decenas de personas ocupando prácticamente todo el local. Clara inspiró hondo una sola vez, obligándose a parecer tranquila, aunque el corazón le latía tan fuerte que sentía el pulso en la garganta.

No podía permitirse dudar, no ahora, ni pensar en el hecho de que Javier probablemente estaba fuera maldiciéndola en siete idiomas distintos.

Se acomodó el bolso en el hombro y avanzó con paso firme y natural, como si solo fuera otra chica entrando a tomar algo por la noche.

Mientras caminaba hacia la barra, localizó la mesa. Héctor seguía parcialmente de espaldas hacia ella y, frente a él, aquel hombre, el fantasma.

De cerca imponía todavía más.

La edad se le notaba mejor ahora, probablemente alrededor de cincuenta y cinco años: rostro maduro marcado por finas líneas de expresión, mandíbula marcada, cabello canoso en las sienes y el porte de alguien acostumbrado a mandar sin elevar la voz. De hecho, hasta sentado transmitía una autoridad difícil de ignorar.

Clara se obligó a apartar la mirada, no podía quedarse observándolo.

Llegó a la barra y se apoyó en ella.

—Un gin tonic, por favor —pidió con naturalidad.

La camarera asintió.

Mientras esperaba, Clara abrió el bolso discretamente y metió la mano dentro. Sus dedos localizaron el pequeño dispositivo de proximidad y lo activó sin sacarlo del todo.

Una diminuta luz verde se encendió en él. Perfecto, ahora solo necesitaba acercarse lo suficiente sin parecer sospechosa.

Cogió la copa cuando se la sirvieron, pagó y giró lentamente, observando el local como si buscara sitio.

Su mente iba demasiado deprisa, calculando trayectorias, ángulos y distancias. La mejor opción era pasar junto a ellos hacia la zona del fondo, fingiendo buscar mesa. Una vez cerca, el dispositivo haría el resto.

Respiró hondo y empezó a caminar con paso lento y natural, intentando no mirar directamente.

A medida que se acercaba, su corazón iba tan deprisa que pensó que iba a delatarla. Se acercó lo suficiente, hasta sentir el dispositivo vibrar ligeramente dentro del bolso.

Había conexión.

Clara siguió andando sin detenerse, pero justo cuando estaba pasando junto a su mesa, la voz grave del fantasma se cortó y Clara sintió algo helado recorrerle la espalda.

¿La estaba mirando? Lo notó antes incluso de girarse.

Esa sensación, ese peso… levantó apenas la vista y sí, sus ojos estaban sobre ella, observándola con atención, con demasiada atención.

El corazón casi se le salió del pecho, aunque Clara sonrió con naturalidad, como si simplemente hubiera cruzado mirada con un desconocido atractivo en un bar.

Siguió andando hasta llegar a una mesa vacía al fondo, donde se sentó con la espalda recta y las manos completamente firmes, pese al temblor que llevaba por dentro.

No volvió a respirar de verdad hasta varios segundos después.

Sacó el móvil y abrió la *app* espejo que había preparado. Esperó unos segundos y, entonces, la pantalla cargó datos.

Acceso concedido.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—Te tengo… —susurró.

Comenzó a navegar rápido.

Mensajes, llamadas, contactos, correos, carpetas ocultas, archivos… todo aparecía ante ella en tiempo real mientras fingía revisar sus redes sociales, hasta que una sombra cayó sobre su mesa.

Clara levantó la vista de golpe.

—¿Está ocupado este sitio? —preguntó uno de los camareros.

El corazón casi se le salió del pecho del susto.

—No —respondió demasiado rápido—. No, no.

El hombre sonrió mientras separaba un poco la otra mesa para que una pareja pudiese sentarse.

—¿Todo bien?

—Sí —respondió Clara forzando una sonrisa—. Perfecto.

Él se marchó, pero aquel instante de distracción fue suficiente, porque cuando Clara volvió a alzar la vista, el fantasma seguía mirándola. Y esta vez no desvió los ojos tan rápido.

La estaba estudiando y analizando, como si algo en ella no terminara de convencerle.

El pánico volvió de golpe y Clara bajó la vista mientras fingía escribir en el móvil.

Se llevó la copa a los labios, intentando aparentar normalidad, aunque por dentro solo pensaba una cosa: Javier va a matarme y, probablemente, con razón.

Clara mantuvo la vista fija en la pantalla del móvil mientras el pulso seguía disparado en su pecho, obligándose a respirar con calma, aunque por dentro estuviera al borde del colapso. Cuanto más navegaba por los archivos del terminal del desconocido, más clara tenía una cosa: aquel hombre no era un simple intermediario, ni un matón, ni un contacto cualquiera. Era alguien con un alto nivel de acceso, poder y seguridad… y, si realmente traficaba con secretos de defensa e información clasificada, entonces probablemente sabía que alguien podía estar vigilándolo, espiándolo o incluso hackeándolo.

Su mirada bajó más deprisa por la pantalla y entonces se quedó helada.

Ahí estaba, una aplicación oculta, disfrazada bajo un nombre técnico anodino. Clara la reconoció al instante: un *software* de detección intrusiva y monitorización de accesos externos, una protección de terminal avanzada.

—Mierda… —susurró, y justo en ese instante el hombre miró su móvil, frunció el ceño y luego levantó lentamente la cabeza, mirando alrededor, escaneando el local.

Clara sintió cómo toda la sangre se le helaba.

—No, no, no…

Él lo había notado.

Quizá no sabía quién era, pero sabía que algo estaba pasando.

Sus dedos volaron sobre la pantalla y tecleó con rapidez brutal. Inyectó un pequeño conflicto en segundo plano, alterando procesos internos, forzando una saturación mínima de memoria y provocando un falso cierre de procesos.

La aplicación de seguridad saltó con un error y el hombre volvió a mirar el teléfono, aparentemente molesto. Frunció el ceño y reinició la pantalla.

Lo golpeó una vez con el dedo, como si pensara que era un fallo técnico.

Clara tragó saliva.

—Vamos…

El hombre siguió observando el dispositivo, pero su expresión no terminaba de relajarse.

No estaba convencido e hizo algo peor. Se levantó un poco de la silla, mirando alrededor, lentamente, como si quisiera localizar físicamente el origen de la interferencia.

Clara se quedó completamente quieta, sin respirar. Si aquel *software* era de proximidad, si tenía rastreo de señal, podía triangular de dónde venía.

Sus dedos se movieron aún más rápido y bloqueó el acceso.

Copió lo máximo posible: archivos, mensajes, agenda, llamadas… todo lo que pudo y, después, apagó el enlace de golpe.

Se terminó la copa de un solo trago, cogió el bolso y se levantó sin mirar atrás, caminando rápido directa hacia la salida, notando en la nuca la sensación de que la estaban mirando, de que ese hombre sabía más de lo que aparentaba.

Cruzó la puerta del bar y echó a correr nada más pisar la calle. Al doblar la esquina, encontró a Javier esperándola, tenso, como si llevara varios minutos conteniendo la respiración.

Clara inspiró hondo y fue directa hacia él, pero apenas llegó, él la agarró del brazo.

—Te juro que voy a encerrarte en casa durante una semana por esto.

Clara jadeó.

—¡Luego me castigas, corre!

Javier frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—¡Corre, corre! —susurró histérica—. ¡Creo que el dichoso fantasma sabe que soy yo!

La expresión de Javier cambió de inmediato y todo rastro de broma desapareció.

—¿Qué has hecho?

—¡Luego te lo explico! ¡Solo corre!

Ahí fue donde Javier vio de verdad su cara, lo asustada que estaba. El temblor en su voz era real. Sin pensarlo, pasó un brazo por encima de sus hombros, atrayéndola hacia él, mientras empezaba a caminar rápido con ella pegada a su cuerpo, alejándola del local con aparente naturalidad.

—Tranquila —murmuró junto a su oído, en voz baja—. Respira.

Clara tragó saliva.

—Eh… —la apretó un poco más contra él—. Estoy aquí. No va a pasarte nada.

Ella seguía mirando de vez en cuando hacia atrás, nerviosa.

—Creo que me estaba buscando… —susurró mientras avanzaban rápidamente.

—No te ha encontrado.

—Pero casi —dijo con la voz ahogada.

—Casi no cuenta. Mientras estés conmigo, no cuenta.

Clara lo miró a los ojos por primera vez en toda la noche y esas palabras la calmaron un poco.

Llegaron al vehículo sin detenerse. Javier la llevó pegada a su cuerpo durante todo el camino, avanzando deprisa, aunque sin perder el control, mientras revisaba cada esquina, cada sombra y cada vehículo aparcado, como si esperara que alguien apareciera de un momento a otro.

Javier abrió la puerta del copiloto de inmediato.

—Entra —ordenó.

Clara obedeció sin discutir y se sentó casi de golpe.

Él esperó a verla completamente dentro antes de cerrar la puerta con firmeza, rodeó el vehículo rápidamente para ocupar el asiento del conductor y, nada más cerrar su puerta, metió la llave, arrancó y salió de allí sin perder ni un segundo.

El motor rugió y el vehículo se incorporó a la avenida principal, alejándose del puerto.

Durante varios segundos ninguno habló, hasta que Javier la miró de reojo.

Clara seguía temblando. La respiración aún le iba acelerada, las manos descansaban rígidas sobre su regazo y mantenía la mandíbula tensa.

Sin pensarlo, Javier alargó una mano y la apoyó sobre su muslo desnudo, por encima de la piel que dejaba al descubierto la falda. La situó firme, pero suave, notando el calor de ella y la suavidad de su piel bajo sus dedos.

Clara giró la cabeza para mirarlo y, aunque aún estaba nerviosa, intentó bromear.

—No me gusta nada esta situación, tendrías que haber escogido a otra persona.

Javier no apartó la mano.

—¿En qué demonios estabas pensando? Te dije que no lo hicieras.

Clara tragó saliva.

—Solo quería ayudar.

—No. —La miró.

—Si no entraba, no teníamos acceso. Lo necesitábamos.

Javier soltó aire lentamente por la nariz y negó con la cabeza.

—No se consigue información comprometiendo el operativo —inspiró y la miró un segundo—, y mucho menos poniendo en peligro a un miembro del equipo.

Clara tragó saliva otra vez.

La realidad de aquella frase la golpeó más de lo esperado. No era enfado lo que había en su voz ahora, sino preocupación. Y mucha.

Javier la miró de nuevo al notar que seguía temblando, más de lo que quería admitir.

—¿Necesitas que pare? —preguntó, con voz más suave.

Ella negó enseguida.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

Javier apretó la mano sobre su pierna.

—Entonces, escucha bien. —Clara lo miró y él sostuvo su mirada—. No vuelvas a desobedecerme en algo así. Jamás.

Clara no respondió, solo apretó ligeramente los labios y giró la cabeza para mirar por la ventanilla.

Sabía que tenía razón y, en parte, se sentía avergonzada, como si fuese una niña pequeña a la que acababan de regañar. Por otro lado, solo podía pensar en el calor de su mano sobre su piel, en cómo eso tampoco ayudaba a calmar su respiración.

—He conseguido información.

Javier giró la cabeza.

—¿Qué?

—Copié parte de los archivos, los que pude.

Javier asintió levemente, porque ella seguía respirando demasiado rápido y estaba muy rígida. Si no se calmaba, acabaría sufriendo un ataque de ansiedad.

—Bien —pronunció, observándola de nuevo con un tono que se suavizó completamente—. Clara. —Ella no respondió—. Eh… respira.

Ella tragó saliva.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —Javier apartó por fin la mano de su pierna para sujetar el volante con ambas manos, pero siguió mirándola de reojo—. Cálmate, ya ha pasado. Hablamos y lo revisamos en casa, ¿vale?

Clara cerró los ojos un segundo y asintió. Aunque intentó tranquilizarse, ambos sabían que aquella noche el peligro había estado demasiado cerca.



17

El trayecto de vuelta a casa transcurrió casi en silencio.

Solo el sonido del motor, la carretera bajo las ruedas y la respiración aún irregular de Clara llenaban el espacio entre ambos y, aunque poco a poco el temblor de sus manos había disminuido, Javier seguía notando la tensión en ella, la forma en que permanecía callada, mirando por la ventanilla como si siguiera viendo en su cabeza la mirada de aquel hombre dentro del bar.

En cuanto llegaron al aparcamiento del edificio, Javier aparcó, apagó el motor y se giró hacia ella.

—Vamos.

Clara tragó saliva, pero no respondió.

Javier salió del vehículo y ella lo imitó. Ambos caminaron en silencio hacia el ascensor, con una tensión espesa envolviéndolos mientras subían al piso. Cuando cruzaron la puerta, Javier se giró hacia ella.

—¿Qué es lo que pasa por esa cabecita tuya para actuar así? —Su tono ya no era calmado, era firme y duro. Clara dejó el bolso sobre la mesa sin responder—. Te di una orden directa, Clara. —Ella seguía en silencio—. Sabías perfectamente el riesgo y, aun así, entraste.

—Porque hacía falta —murmuró ella.

—No, no hacía falta.

—Sí hacía falta —protestó ella.

Javier negó con la cabeza.

—No, si eso significa comprometer la operación.

—Pues alguien tenía que hacerlo.

—No a ese precio.

Clara apretó la mandíbula.

—¡Pues no parecía que tú fueras a hacerlo!

Javier dio un paso hacia ella.

—Porque estaba evaluando riesgos —alzó un poco más la voz.

—Pues yo actué.

—Actuaste como una inconsciente —la riñó.

Clara se tensó.

—¿En serio?

—Lo que has hecho ha sido una irresponsabilidad total.

Clara se cruzó de brazos.

—He conseguido información.

—Podrías haber acabado muerta —acabó gruñendo.

La frase cayó como una losa, pero Clara, lejos de calmarse, terminó explotando.

—¡Pues perdona por intentar ayudar!

—¡No necesito que me ayudes si eso implica que te suicides por una maldita operación!

—¡Pues quizá no habría tenido que hacerlo si dejarais de tratarme como si fuera una inútil!

Javier la miró, incrédulo.

—¿Inútil?

—¡Sí! —su voz tembló, más de rabia que de miedo—. Todo esto lo hago porque me amenazasteis con ir a prisión, porque, según tu jefe, como mucho puedo conseguir una libertad provisional. —Javier no dijo nada—. Porque me obligasteis, me metisteis en esto. Si simplemente me hubierais pedido ayuda desde el principio, la habría dado. Pero no, es mejor decir que si no consigo la información, si no cumplo con vosotros, acabaré en una bonita celda.

Javier bajó un poco la intensidad, pero su expresión seguía siendo dura.

—¿Eres consciente de que todo lo que hacías antes era delito?

Clara se quedó mirándolo.

—Sí, pero nunca hice daño a nadie, nunca ataqué a civiles ni hundí a nadie. Solo… hacía trabajos.

La expresión de Javier se relajó y, finalmente, suspiró.

—¿Qué has obtenido?

Clara tragó saliva.

—Tengo que descargarlo, está en el dispositivo.

Fue hacia el portátil, pero Javier la detuvo, sujetándola suavemente de la mano.

Clara se quedó quieta y lo miró.

Esta vez su voz sonó distinta, más suave y más cálida.

—Para. —Ella no se movió y Javier mantuvo sujeta su mano—. No hace falta hacerlo ahora. —Clara lo observó en silencio y él dio un paso más hacia ella—. Solo… solo necesito que entiendas algo. —Su mirada se clavó en la de ella—. No quiero que te pongas en peligro. —El corazón de Clara se aceleró—. Cuando te he visto entrar ahí… me he puesto muy nervioso. —Dio otro paso, acercándose a ella—. Esa gente es peligrosa, peligrosa de verdad.

Clara tragó saliva. Sintió cómo su enfado desaparecía y su pulso se aceleraba de nuevo. —Lo sé… —murmuró al final y descendió la mirada un segundo—. Lo siento y… gracias por haber ido a buscarme.

Se quedaron mirándose muy de cerca.

Javier dio un paso al frente y miró los labios de Clara; ella dejó de respirar.

Notó cómo él se inclinaba lentamente, con calma, dándole tiempo para apartarse si era lo que ella deseaba, pero no lo hizo.

Los labios de Javier rozaron suavemente los suyos, un roce breve, pero suficiente para que el mundo entero pareciera detenerse.

Cuando se separó, Clara lo miró completamente inmóvil, con los labios entreabiertos y totalmente perpleja.

Javier era atractivo. Lo había notado desde la primera vez que lo vio, pero así, tan cerca y mirándola de aquella forma, resultaba simplemente arrollador.

Javier pareció evaluar su reacción unos segundos antes de inclinarse otra vez, esta vez más decidido.

Clara reaccionó por puro instinto y alzó el rostro para devolverle el beso, esta vez con más intensidad. Le rodeó el cuello con ambas manos mientras se ponía de puntillas, atrayéndolo hacia ella.

Javier respondió al instante, rodeándole la cintura con firmeza y acercándola contra su cuerpo. La besó de nuevo, más profundo, más lento, más seguro.

En ese momento, la misión desapareció de sus pensamientos. Ya no había peligro, solo ellos.



18

El beso dejó de ser una sorpresa demasiado pronto y se convirtió en algo inevitable. Algo que llevaba demasiado tiempo creciendo entre ellos como para detenerse ahora.

Clara lo sentía en la forma en que Javier la sujetaba: firme, pero sin imponer, como si aún le diera la opción de apartarse. Aunque ambos sabían que no lo haría. No ahora. No después de todo lo que había pasado aquella noche, de la tensión y del miedo.

Sus labios se encontraron de nuevo, esta vez sin dudas.

Clara dejó escapar un leve suspiro contra su boca, notando cómo todo su cuerpo reaccionaba a ese contacto, a la cercanía de él.

Javier la estrechó más contra su cuerpo, como si necesitara sentirla y asegurarse de que estaba bien. En ese gesto había algo más que deseo: alivio, necesidad y algo que iba mucho más allá de lo físico.

Sus manos subieron por la espalda de ella, lentamente, recorriendo su figura con una mezcla de firmeza y cuidado, mientras sus labios descendían apenas, rozando la comisura de su boca y su mandíbula, hasta perderse en su cuello.

Clara cerró los ojos e inspiró con fuerza. Sus manos se aferraron a él, rodeando su cuello, atrayéndolo más cerca, sintiendo cómo su respiración se volvía más irregular y su cuerpo reaccionaba sin mesura.

Javier la guio suavemente hacia atrás hasta que la espalda de Clara chocó contra la pared.

Quedó atrapada entre su cuerpo y la superficie fría, sin rastro de violencia, solo intensidad y cercanía; un momento suspendido fuera del tiempo.

Los labios de Javier volvieron a su cuello con más lentitud y suavidad.

Ella dejó escapar un leve suspiro, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, dándole espacio, permitiéndole ese acceso sin pensarlo siquiera.

—Me gustas mucho —murmuró él contra su piel, en voz baja, casi como si no quisiera romper el momento.

No fue una declaración ni algo grandilocuente, solo una frase sencilla y sincera que bastó para que el corazón de Clara diera un vuelco.

Sus manos bajaron por la espalda de él, sintiendo la firmeza de su cuerpo bajo la camisa, recorriéndolo con una mezcla de curiosidad y necesidad contenida, hasta detenerse en sus hombros, tirando suavemente de la tela.

Javier respondió al instante. Una de sus manos descendió desde su cintura, recorriendo la curva de su cadera hasta deslizarse por su muslo, sobre la piel desnuda que dejaba la falda. Se detuvo un instante, como si midiera el gesto y comprobara que ella no se apartaba. Clara no lo hizo. Al contrario, flexionó ligeramente la pierna, acercándose aún más a él. Con eso fue suficiente, Javier dejó escapar un suspiro contenido, apoyando la frente un segundo contra la de ella antes de volver a besarla, más intenso esta vez, más profundo, como si algo en su interior hubiera terminado de romperse.

Las manos de Clara se deslizaron hacia el cuello de su camisa desabrochando, casi sin darse cuenta, uno de los botones. Sus dedos rozaron la piel cálida bajo la tela y él respondió presionándola más con su cuerpo, con su mano firme en su muslo, su otra mano en su espalda y manteniéndola contra él.

El mundo fuera de ese piso dejó de importar. No había misión ni peligro, tampoco pasado. Solo el presente, ellos y la certeza de que aquello ya no tenía vuelta atrás.

El beso no se detuvo. Se volvió más intenso, más profundo, como si ambos hubieran cruzado ese punto en el que pensar dejaba de tener sentido.

Javier la presionó un poco más contra la pared, encajando su cuerpo contra el de ella con firmeza y cuidado, sin dejar apenas espacio entre los dos.

Sus manos se deslizaron bajo la tela de su camisa, buscando su piel directamente, y Clara dejó escapar un leve suspiro al notar el contraste de

sus dedos cálidos recorriendo su espalda, provocando que su piel se erizara al instante, reaccionando a cada caricia como si llevara demasiado tiempo esperando aquello.

Javier lo notó y eso solo hizo que se acercara más.

Sus labios volvieron a los de ella, más lentos ahora, saboreándola con calma, mientras sus dedos ascendían suavemente por su piel.

Clara se aferró a él. Sus manos recorrieron su pecho por encima de la camisa, notando la tensión de sus músculos bajo la tela y la firmeza de su cuerpo, la forma en que respondía a cada uno de sus movimientos.

Por un instante pensó que debía de estar loca. Él estaba allí para vigilarla, controlarla y asegurarse de que cumplía la misión y, aun así, no podía apartarse. No quería. Todo en él la atraía de una forma que no sabía explicar.

Javier separó apenas sus labios de los de ella y la miró. En ese gesto hubo algo más que deseo, hubo decisión. Sus dedos se movieron con calma, desabrochando su camisa poco a poco, sin prisa, sin romper el momento, hasta que la tela cedió y se deslizó por sus hombros, cayendo suavemente.

Clara no apartó la mirada de él en ningún momento; al contrario, se acercó más. Javier dejó que su brazo la rodeara directamente, piel con piel, y ella sintió cómo el aire se le escapaba en un suspiro suave antes de que él volviera a besarla.

Sus labios descendieron después, rozando su mandíbula, su cuello, deteniéndose en cada punto con una precisión que hacía que su respiración se desordenara.

Clara cerró los ojos un instante, dejándose llevar y asimilando cada gesto con una intensidad que la sorprendía incluso a ella. Sus manos subieron hasta su cuello, acariciando su piel, notando la ligera aspereza de su barba de un par de días, detalle que lo hacía aún más real y cercano.

Javier acercó sus caderas a las de ella y Clara respondió sin pensar, acortando la distancia y estrechándose a él como si su cuerpo ya hubiera tomado la decisión antes que su mente.

El mundo desapareció por completo. Solo quedaban ellos, sus respiraciones y sus manos acariciándose.

Javier se detuvo y sus ojos buscaron los de ella.

—¿Quieres seguir?

No había presión en su voz, solo una pregunta real.

Clara le sostuvo la mirada. Su mano subió lentamente hasta su rostro, recorriendo su mejilla con suavidad, notando la calidez de su piel y la firmeza de su mandíbula.

—Sí.

No necesitó decir más. Javier la alzó con facilidad, como si no pesara nada, y Clara rodeó su cintura instintivamente, aferrándose a él mientras volvía a besarla, ahora con una mezcla de urgencia contenida y cuidado que la desarmaba por completo.

Cruzaron el pasillo sin separarse hasta su habitación y, cuando llegó al borde de la cama, la dejó sobre el colchón con delicadeza.

Clara lo miró desde allí, con el pecho aún agitado y los labios entreabiertos.

Javier se inclinó sobre ella con calma, sin prisa, como si cada gesto necesitara su tiempo.

Sus manos recorrieron su cuerpo con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de todo lo que había ocurrido esa noche, descendiendo por sus hombros, por sus brazos, por la línea de su cintura, memorizando cada reacción y cada pequeño estremecimiento que provocaba en ella.

Clara cerró los ojos un instante, sintiendo y dejándose llevar.

Había algo en la forma en la que él la tocaba que no era solo deseo, sino cuidado. Era una especie de contención que hacía que todo resultara más intenso, más real, como si cada caricia tuviera un significado que iba más allá del momento.

Clara lo miró y en su mirada no había prisa, solo decisión y esa calma firme que lo definía.

Javier se acercó de nuevo a sus labios y la besó despacio.

Clara respondió al instante: sus manos subieron hasta su cuello, deslizándose por su nuca, entrelazándose con él mientras su respiración se desordenaba poco a poco, sintiendo el calor de su cuerpo, la cercanía, la forma en que todo encajaba con una naturalidad que la dejaba indefensa.

Javier bajó los tirantes del sujetador de Clara con una caricia y luego desabrochó su enganche por detrás, quitándoselo y arrojándolo al suelo sin mirar dónde caía.

Se incorporó arrodillándose en el colchón y llevó sus manos hasta las caderas de ella, cogiendo el suave encaje de su ropa interior y deslizándolo hacia abajo. Clara movió sus piernas para que la tela pasase por sus piernas hasta quedarse totalmente desnuda.

Javier se concedió unos segundos para observarla. Pese a que no estaba encendida la luz de aquella habitación, sí llegaba luz del comedor, por lo que podía ver con total claridad las curvas del cuerpo de Clara.

Se echó sobre ella lentamente y la besó mientras se situaba entre sus piernas. Tomó una de sus manos situándola por encima de la cabeza de ella

y la sostuvo entre sus dedos, apretándola suavemente contra el colchón mientras seguía besándola, cada vez más profundo, más lento, más consciente, como si quisiera que recordara cada segundo.

Sus labios abandonaron los de Clara lentamente, descendiendo por su mejilla y por su cuello, deteniéndose en su clavícula con una suavidad que hizo que ella arqueara el cuerpo, dejándose llevar por esa sensación, por ese calor que se extendía bajo su piel como un incendio descontrolado.

Javier soltó su mano y Clara situó sus dedos sobre el cuello de él, aferrándose a su espalda mientras él recorría con su lengua la piel que iba de su clavícula a su pecho.

Paseó su lengua sobre sus pechos provocando que ella gimiese. Luego volvió a acercarse a su rostro y sus frentes se rozaron. Durante un segundo solo se miraron, respirando el mismo aire y sintiendo lo mismo sin necesidad de decir nada.

Cuando volvió a besarla fue diferente, como si ya no quedara ninguna barrera entre los dos, como si por fin hubieran dejado de luchar contra lo inevitable.

En ese momento, Clara dejó de pensar y lo abrazó con fuerza mientras ambos se fundían en un apasionado beso, saboreándose el uno al otro hasta que se quedaron prácticamente sin aliento.

Javier separó sus labios de los de ella y se incorporó correctamente entre sus piernas. Comenzó a entrar en ella lentamente mientras Clara se sujetaba con fuerza a sus hombros e inspiraba hondo.

Se detuvo un instante, muy cerca, mirándola, como si necesitara asegurarse, como si, incluso en medio de todo aquello, siguiera siendo importante comprobar que ella estaba bien.

—Clara… —murmuró, con la voz baja, más suave de lo habitual—, ¿todo bien?

Ella lo miró con los ojos brillantes y la respiración desordenada.

—Sí.

No hizo falta decir más. Javier se inclinó de nuevo y la besó despacio, con una calma que contrastaba con la intensidad que latía bajo la superficie y, cuando volvió a moverse, lo hizo con esa misma delicadeza que había marcado cada uno de sus gestos, cuidando el ritmo, observando cada reacción en su rostro y cada pequeño cambio en su respiración.

Clara se aferró a él con fuerza, situando sus manos en su espalda y en su cuello, como si necesitara anclarse a algo mientras la sensación crecía poco a poco, envolviéndola y haciéndole perder la noción del tiempo.

Javier no apartaba la mirada de ella y en su mente solo había una idea: ella estaba ahí con él… y eso le importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Sus manos la recorrían con cuidado, acompañando cada movimiento, cada respiración y cada pequeño gesto de ella. Clara cerró los ojos un instante, dejándose llevar completamente, sintiendo cómo el mundo se reducía a ese instante, a ese contacto y a él.

Gimió e inspiró con fuerza siguiendo el ritmo lento y profundo de él. Aquello no tenía sentido, no debería estar pasando. Él era quien debía vigilarla, ella debería mantener las distancias con él y, aun así, nunca se había sentido tan segura.

El ritmo cambió poco a poco, sin prisa ni brusquedad, solo creciendo de una forma natural, como si ambos se entendieran sin necesidad de hablar, hasta que Javier se detuvo de repente.

Clara abrió los ojos y lo miró.

—Espera… —Durante un segundo ella frunció el ceño, confundida, hasta que él se incorporó un poco en la cama, buscando algo con rapidez. Clara lo comprendió al momento.

—¿Tienes…? —preguntó ella sin acabar la pregunta, con la sorpresa reflejada en su rostro.

Javier esbozó una sonrisa pícara.

—Siempre. —Le sonrió alzando las cejas—. Soy un hombre previsor.

El tono tenía ese matiz suyo, serio, pero con un punto casi imperceptible de humor que hizo que Clara soltara una risa bajita, todavía con la respiración entrecortada.

—Desde luego…

Él no añadió nada más y se puso el preservativo. Luego volvió a acercarse, aunque aquella vez su porte era distinto, más seguro y decidido.

Entró en ella y el ritmo cambió volviéndose más intenso y firme.

Clara dejó escapar un sonido ahogado, aferrándose a él con más fuerza, con sus manos recorriendo su espalda y su cuello, perdiendo poco a poco cualquier intento de autocontrol mientras la sensación crecía, envolviéndola por completo… hasta que una idea le hizo abrir los ojos, asustada.

—Javier…

Él no se detuvo.

—¿Qué?

—Las cámaras…

La palabra salió casi en un susurro, cargada de preocupación.

Javier alzó la mirada hacia ella y su respuesta fue inmediata.

—No te preocupes por eso.

El tono no dejaba espacio a dudas. Clara le sostuvo la mirada un segundo más, buscando, necesitando creerle, hasta que finalmente asintió y se dejó llevar por completo, olvidando todo lo demás: el mundo, la misión, el peligro e incluso el miedo. Solo quedaban ellos, el ritmo y el calor de sus cuerpos.

Al final, todo desembocó en un instante compartido de placer, en una respiración entrecortada, en ese momento en el que ambos se encontraron en el mismo punto, sin necesidad de palabras. El placer los atravesó al unísono, provocando un ritmo frenético durante unos minutos donde ella perdió toda lógica en su cabeza y simplemente se dejó llevar hasta que él se detuvo y cayó levemente encima de su cuerpo.

Javier se quedó unos segundos sobre ella, sin moverse, intentando recuperar el control de su respiración.

Clara cerró los ojos, sintiendo cómo poco a poco todo volvía a su sitio.

Aún no era realmente consciente de lo que había ocurrido entre ellos y de las consecuencias que podía tener.

Javier abrió los ojos y apoyó su frente contra la de ella. La besó suave, primero en la frente y después en los labios, mientras su mano se deslizaba hasta su mejilla, acariciándola con una ternura inesperada, como si aquel momento hubiera cambiado algo que ninguno de los dos había planeado ni esperado.

La primera vez que se vieron, ninguno imaginó que terminarían así. Pero ahora, mirándola tan cerca, tan real entre sus brazos, Javier supo con una claridad abrumadora que haría cualquier cosa por protegerla.

Javier permaneció en silencio unos segundos, observándola con la serenidad habitual de quien rara vez pierde el control.

Sus dedos seguían dibujando líneas suaves sobre la piel de Clara. Javier rememoró lo que había pasado en el bar: el momento en que la vio entrar sola, ese segundo exacto en el que entendió que podía perderla. Ahí fue donde algo cambió, Javier no era un hombre que se permitiera sentir demasiado en su trabajo o en su vida. Siempre había sido disciplinado: control, lógica y la misión. Pero con ella nada de eso funcionaba igual.

Desde aquella primera vez que la había visto en la discoteca, con esa forma suya de moverse entre la gente, despreocupada, brillante e imposible de ignorar, ya le había parecido preciosa, aunque no había querido admitirlo. Pero no era solo eso, había algo más, algo que no había sabido definir entonces y que ahora entendía demasiado bien. No era solo su forma de mirar, ni su inteligencia, ni esa manera suya de desafiarlo constantemente,

era todo: la mezcla, el caos, la forma en que rompía cada una de sus normas sin siquiera intentarlo y cómo, sin darse cuenta, había entrado en su vida y en su cabeza hasta convertirse en alguien imprescindible. Eso era peligroso, no por la misión, sino porque por primera vez en mucho tiempo le importaba alguien más que el objetivo.

Clara se había puesto en peligro en el bar y algo en él había reaccionado sin pensar, sin estrategia ni cálculo, solo por instinto de protección. Aquello no era lógico ni profesional en él, pero así había sucedido.

Bajó la mirada hacia ella, que respiraba tranquila ahora, y una certeza se asentó en su pecho con una claridad imposible de ignorar.

No era solo atracción o deseo. Se estaba enamorando.

Y eso era lo más peligroso de todo, porque nada de aquello estaba previsto, ni en la misión ni en su vida. Y, sin embargo, allí estaban, enredados en algo que ninguno de los dos había buscado, pero que de algún modo había terminado siendo inevitable.



19

Clara se despertó despacio, con esa fugaz sensación de no saber dónde estaba. Poco a poco, el techo, la luz entrando por la ventana y el silencio del piso terminaron de situarla.

Parpadeó y se incorporó ligeramente. Ahí lo recordó todo: la noche, el beso, Javier…

El corazón le dio un vuelco y giró la cabeza hacia un lado de la cama. Estaba vacío.

Frunció el ceño y se quedó unos segundos mirando la colcha, todavía desordenada, como si esperara que él apareciera de repente.

—Genial… —murmuró para sí misma—, igual ha sido una locura y ya está.

Se pasó una mano por el rostro y se levantó.

Salió de la habitación de Javier aún descolocada y cruzó el pasillo para dirigirse al baño.

Justo cuando iba a abrir la puerta, esta se abrió desde dentro y Javier salió con una toalla enrollada en la cintura y el cabello aún húmedo. Tenía la piel ligeramente brillante por el agua.

Clara se quedó completamente quieta en medio del pasillo, recorriéndolo con la mirada. Verlo así, sin uniforme y sin esa barrera que siempre lo envolvía, era otra cosa.

Su cuerpo atlético, trabajado a conciencia, la intimidó.

—Buenos días —comentó él como sin nada, con una ligera sonrisa.

Clara tardó un segundo en reaccionar.

—Eh… sí… buenos días.

Antes de que pudiera decir nada más, él se inclinó y la besó directamente en los labios. Un beso breve, pero suficiente para dejarla completamente fuera de juego.

—Voy a vestirme —dijo él con total normalidad, rodeándola.

Se fue hacia su habitación y Clara se quedó allí parada, sin moverse.

—Vale… —susurró—. Perfecto… normal todo…

Entró en el baño y cerró la puerta. Apoyó la espalda contra ella mirando al techo.

—¿Qué narices… somos ahora?

Se miró en el espejo y se llevó las manos al rostro. ¿Para él había sido una noche más o…?

Resopló.

—Genial, Clara, te manejas mejor hackeando sistemas militares que entendiendo a un hombre.

Se preparó rápido, aunque su cabeza no dejaba de dar vueltas. Ni siquiera sabía cómo comportarse, no sabía qué hacer ni qué significaba todo aquello.

Salió del baño y avanzó hasta la cocina, donde lo encontró preparando café. Javier le tendió directamente una taza.

—Toma.

Clara la cogió.

—Gracias… —respondió, cohibida, y se apoyó ligeramente en la encimera.

—¿Has dormido bien?

—Sí…

—Bien —comentó él tomando también su taza de café.

Clara dio un sorbo al café.

—Está bueno.

—Sí —respondió encogiéndose de hombros.

Ella lo miró de la cabeza a los pies. ¿Por qué se comportaba de aquella forma tan natural? Era como si lo que había ocurrido entre ellos fuese lo más lógico del mundo. No apartaba la mirada, no titubeaba, simplemente se comportaba como cada día, como si nada hubiese cambiado entre ellos.

—Eres muy seguro. —Javier sonrió de soslayo ante aquella observación por parte de ella. Clara bajó la mirada—. Eh… —titubeó—, sobre anoche…

Javier alzó una ceja.

—¿Sí?

Clara se bloqueó.

—Nada.

Javier enarcó una ceja.

—Vaaale —respondió él lentamente.

Ella se removió nerviosa y resopló.

—Perfecto —dijo para sí misma.

—Sí, perfecto —le dio la razón él, señalándola con la taza.

Ella dio otro sorbo al café, sin saber hacia dónde mirar. "Por Dios… tierra trágame", pensó.

—Bueno… me voy —dijo depositando la taza sobre la encimera y se giró directa hacia la puerta.

—Clara —la llamó él. Ella se detuvo y se volvió hacia él con el cuerpo en tensión. Javier dio un paso al frente hasta quedar demasiado cerca otra vez y, antes de que pudiera reaccionar, la besó de nuevo. Esta vez fue un beso más lento, más deliberado. Cuando se separó, le dedicó una sonrisa—. Llámame si necesitas algo.

Clara lo miró y comenzó a removerse mientras se sujetaba con fuerza a su bolso.

—Sí, vale —dijo sin poder fijar la mirada en él.

—De verdad.

—Sí, sí… —asintió rápidamente antes de salir y cerrar la puerta tras de sí.

Cuando salió del piso respiró de nuevo y se detuvo unos segundos intentando calmar los rápidos latidos de su corazón.

—Mierda —susurró mientras avanzaba rápidamente hacia el ascensor.

En el aparcamiento el vehículo la esperaba como cada día. Clara abrió la puerta y se sentó en el asiento trasero.

—Buenos días, Martín.

El conductor la miró por el retrovisor, sorprendido, pero no dijo nada.

Esperó a que ella se pusiese en cinturón y arrancó mientras ella se acomodaba.

—¿Sabes? —empezó ella aún con voz temblorosa—, si pudieras hablar… te pediría consejo. Estoy… confundida —dijo mientras salían del bloque de pisos y giraban por la calle en dirección a su puesto de trabajo. Miró por la ventanilla—. Estoy bastante confundida —enfatizó—. No sé si esto es normal… o si estoy haciendo el ridículo. —Miró el retrovisor—. ¿Tú qué harías? —No hubo respuesta—. Ya… claro… tú no hablas —resopló—. Perfecto, Clara, hablando sola otra vez. —Se recostó y cerró los ojos unos segundos—. Imagina que… te gusta alguien, pero no sabes si para esa persona es… lo mismo. Y además esa persona es… complicada… mucho. —

Se puso firme y miró al frente—. Y te da besos como si nada. —Se quedó en silencio y buscó la mirada del conductor en el retrovisor—. ¿Eso qué significa? —El conductor siguió con su tónica de no responder—. Genial, me encanta tu punto de vista, Martín.

Poco después, el vehículo se detuvo frente al edificio y Clara abrió la puerta.

—Gracias por el viaje… —sonrió levemente—, Martín.

El conductor volvió a mirarla por el retrovisor, esta vez con más sorpresa, pero ella ya había salido y se dirigía hacia su trabajo con una sola idea en la cabeza: entender códigos era mucho más fácil que entender a Javier.

Clara cruzó las puertas del edificio, intentando adoptar una normalidad que no sentía, ajustándose la chaqueta, como si ese gesto pudiera ordenar también el caos que llevaba dentro y, mientras avanzaba por el vestíbulo y entraba en el ascensor, no pudo evitar repasar una y otra vez lo ocurrido esa mañana: el beso, su forma de mirarla, la naturalidad con la que él parecía moverse… y lo completamente descolocada que la había dejado.

Cuando las puertas se abrieron en su planta, Laura ya estaba en su puesto de trabajo.

Nada más verla, levantó la cabeza.

—¡Buenos días!

Clara dejó el bolso sobre la mesa.

—Buenos días.

Laura la observó un segundo más de lo normal.

—¿Qué tal estás?

Clara encendió el ordenador.

—Bien.

—¿Seguro? —Laura entornó los ojos—. No te creo, ayer estabas rara… ¿hay algo que quieras contarme?

Clara sonrió.

—No —respondió, aunque Laura no parecía del todo convencida.

—Si necesitas desahogarte con algo…

—Sí, ya lo sé, gracias.

Antes de que la conversación pudiera ir más allá, la voz de su jefe la llamó desde su despacho.

—Clara, ¿puedes venir un momento?

Ella se giró.

—Sí, voy enseguida.

Se levantó y cruzó el espacio hasta el despacho antes de entrar.

—Pasa —le ofreció su jefe. Él estaba revisando unos documentos, pero levantó la vista en cuanto la vio—. Siéntate. —Clara obedeció—. Tenemos un nuevo cliente para ti. —Alargó un expediente hacia ella—. Vendrá la semana que viene.

Clara lo cogió.

—¿De qué se trata?

—Una empresa de logística internacional. —Inspiró hondo—. Quieren reforzar su sistema de seguridad.

Clara abrió el dosier.

—¿En qué nivel?

—Alto. —Extendió la mano hacia ella—. Han detectado intentos de intrusión en sus servidores.

Clara asintió lentamente.

—¿Qué necesitan exactamente?

—Un sistema de defensa a medida —explicó—. Detección temprana de accesos no autorizados, bloqueo automático y monitorización en tiempo real.

Clara pasó varias páginas.

—¿Tienen una arquitectura cerrada o híbrida?

—Híbrida —contestó su jefe.

—Vale.

Su mente empezó a funcionar al instante, ordenada y precisa.

Ahí sí se sentía cómoda, sí sabía exactamente qué hacer.

—Puedo diseñar un sistema de respuesta adaptativa.

—Eso quiero, que se adelante.

Clara asintió.

—Lo tendré listo. —Su jefe sonrió levemente. Ella cerró el expediente—. Gracias.

Se levantó y volvió a su mesa.

Laura se giró en cuanto la vio llegar.

—¿Qué quería?

Clara dejó los papeles sobre la mesa.

—Nada, un nuevo cliente.

—¿Importante?

—Bastante.

Laura silbó.

—Entonces estás oficialmente ocupada.

Clara sonrió.

—Pues como siempre —dijo encogiéndose de hombros.

Laura se inclinó hacia ella.

—Oye…

—¿Sí?

—¿Desayunamos juntas luego?

Clara dudó un segundo y luego asintió.

—Claro.

—¿Vamos en media hora?

Clara sonrió.

—Sí, perfecto.

Y, por primera vez desde que había salido del piso, Clara sintió que, al menos durante un rato, podía volver a su terreno, a lo que entendía y controlaba, aunque sabía que en cuanto volviera a casa todo volvería a complicarse.

El edificio no tenía nada que indicara qué ocurría dentro. Solo cristal oscuro, líneas limpias y dos hombres en la entrada que no vestían uniforme, pero cuya postura dejaba claro que no eran simples vigilantes.

Javier llegó vestido de civil, con pantalón oscuro, camisa sencilla y chaqueta ligera.

Se identificó en la puerta y accedió al bloque.

Los pasillos eran silenciosos, limpios y muy ordenados. No había ventanas ni referencias, pero él ya conocía extraordinariamente bien el lugar.

Se situó frente a la puerta y la abrió. Allí estaba el coronel Salazar, de pie, esperándolo.

—Teniente —lo saludó.

Javier cerró la puerta tras de sí.

—Mi coronel —dijo situándose frente a él y ejecutando un saludo militar, llevándose la mano a la frente.

Javier se mantuvo recto mientras el coronel lo observaba unos segundos, hasta que este asintió y le señaló la silla para que tomase asiento.

—Informe.

Javier no dudó.

—El activo está colaborando correctamente, con un alto rendimiento técnico, capacidad analítica destacable y adaptación rápida al entorno operativo.

Salazar entornó ligeramente los ojos.

—¿Control?

—Estable.

—¿Riesgo?

Javier mantuvo el tono.

—Gestionado, aunque necesita supervisión constante.

Salazar asintió levemente.

—Normal. —Estuvo unos segundos en silencio, pensativo—. ¿Confía en ella?

Javier no respondió de inmediato.

—Sí. Trabaja muy bien, es muy buena en lo suyo.

Salazar sostuvo su mirada, como si valorara algo más, pero no insistió.

—Continúe —le indicó con la mano.

Javier cambió ligeramente la postura.

—Anoche se produjo contacto.

Salazar se tensó al escuchar esa frase.

—Desarrolle.

—El exmilitar, Héctor Salgado, se reunió con un individuo desconocido. —Apretó los labios—. El individuo no ha sido identificado. Edad aproximada cincuenta o cincuenta y cinco años, perfil alto y autoridad clara en la interacción.

Salazar frunció el ceño.

—¿Un intermediario?

—Negativo. Da órdenes, señor —sentenció Javier.

Hubo un silencio que cambió el ambiente por completo.

—¿Cuál fue el contenido de la conversación?

—Tiene un lenguaje en clave. Hacían referencia a "un paquete" con una transferencia en setenta y dos horas y un cambio de rutas —inspiró aire lentamente—, así como posible eliminación de interferencias.

Salazar se quedó completamente quieto.

—Mierda…

Javier continuó.

—El objetivo utiliza medidas avanzadas de seguridad con un terminal protegido y detección de intrusiones en tiempo real.

Salazar alzó la vista con los ojos muy abiertos.

—¿Accedisteis?

—Parcialmente. El activo consiguió copiar datos, pero incompletos. Aún requieren análisis.

Salazar se puso en pie y comenzó a caminar despacio por la sala.

—No tenemos identidad… —murmuró pensativo—, pero no es un intermediario. —Se giró hacia Javier—. Y da órdenes.

Javier asintió.

—Sí —confirmó.

—Esto claramente es una escala superior.

—Sí, mi coronel —repitió.

Salazar suspiró y volvió a sentarse. Parecía que aquellos datos que Javier acababa de darle lo habían puesto nervioso, algo poco habitual en él.

—En cuanto tengas esos datos, los quiero.

—Por supuesto.

—Sin demora —pronunció Salazar.

—El activo está trabajando en ello. En cuanto termine el análisis, se los haré llegar.

Salazar asintió y, entonces, su expresión cambió, volviéndose más estratégica y fría.

—Tenemos una oportunidad. —Javier se tensó ligeramente—. Este viernes a las 21:00 se realiza una recepción privada a bordo de un buque de la Armada. —Miró fijamente a Javier—. Se trata de un evento restringido para altos mandos, empresas de ciberseguridad y contratistas de defensa.

Javier entendió al instante.

—Un entorno mixto.

—Correcto. Si ese hombre es de alto rango… —Salazar lo miró fijamente —, es posible que esté allí.

Javier asintió.

—¿Solicita una infiltración?

—Exacto.

Javier asintió de inmediato, sin cuestionar las órdenes.

—¿En qué condiciones?

Salazar se acercó a la mesa y apoyó ambas manos.

—Usted entra con acreditación militar, un acceso completo con perfil bajo y máxima observación. —Inspiró hondo—. Ella entra como especialista.

Javier alzó la vista.

—¿Con qué cubierta?

—Consultora externa en ciberseguridad.

Javier asintió.

—Entendido. —Se quedó pensativo. La idea no le gustaba nada, pero aquellas eran las órdenes y no iba a cuestionarlas.

La situación podía complicarse. El supuesto fantasma, si era de alto rango, era posible que estuviese en la reunión. Por suerte, él no lo conocía, jamás lo había visto, pero a Clara sí la había observado, aunque fuese unos segundos en el bar. Aquello podía complicar las cosas.

Salazar lo miró una última vez.

—Teniente.

—Mi coronel —respondió él despertando de sus pensamientos.

—Esto ya no es una investigación —comentó en voz baja—. Es una infiltración en territorio enemigo. Y, esta vez, no hay margen de error.

Javier respondió sin dudar.

—No lo habrá, mi coronel.

Aquella infiltración tenía un alto riesgo para ella, pero le gustara o no iba a tener que llevarla con él.

Se despidió de su coronel, se giró y salió del despacho.

El pasillo lo recibió de nuevo con ese silencio controlado, con esa sensación de orden absoluto donde todo parecía medido y bajo control. Pero esta vez, mientras avanzaba hacia la salida, Javier no pensaba solo en la misión, sino en ella.

Salió del edificio y el aire de la calle le golpeó el rostro. Entonces soltó lentamente el aire que, sin darse cuenta, había estado reteniendo.

Se pasó una mano por la nuca y miró alrededor. Aquella vez sí notó tensión en todo su cuerpo. Aquello ya no era solo vigilancia o seguimiento, sino infiltración directa, y eso significaba riesgo real.

Para Javier no era nada nuevo. Había afrontado misiones mucho más peligrosas, sobre todo cerca de las costas de Somalia, pero para Clara…

Su mandíbula se tensó ligeramente y recordó el bar, el momento en que la vio salir del vehículo, el instante en que la perdió de vista entre la gente y cuando la tuvo entre sus brazos, temblando, intentando aparentar que estaba bien cuando no lo estaba.

Cerró los ojos un segundo. Aquello no le gustaba, no le gustaba en absoluto ponerla en ese tipo de situaciones. Aquel no era su mundo, no era su terreno y, aun así, era la única que podía hacerlo, la única capaz de entrar donde nadie más podía, de ver lo que otros no veían y de conseguir esa información que lo cambiaba todo.

Exhaló lentamente, resignado. No tenía alternativa, tenían que hacerlo. Lo único que tenía claro es que haría todo lo necesario para mantenerla a salvo.

Abrió los ojos y miró su reloj que marcaba casi las siete de la tarde. Clara no tardaría en llegar al piso y él tenía que explicárselo todo: la misión, el barco y el riesgo que entrañaba dicha misión.

Por otro lado, no podía negarse a sí mismo que tenía ganas de verla. Aquel pensamiento dibujó una leve sonrisa en sus labios.

Comenzó a caminar por la calle, recordando cómo Clara había reaccionado aquella mañana a su beso, la forma en que se había quedado

completamente bloqueada, su timidez y confusión… y no pudo evitar que la situación le resultara divertida e inesperada.

Clara podía ser muchas cosas: brillante, desafiante, impredecible… pero era sumamente tímida, y aquello no lo había visto venir.

Negó ligeramente con la cabeza y siguió caminando con una idea clara en mente: tendría que volver a ponerla en peligro, pero haría todo lo posible para no verla temblar otra vez entre sus brazos.



20

El vehículo se detuvo en la esquina de siempre.

Clara abrió la puerta con un suspiro largo, apoyando un momento la mano en el marco antes de salir, como si dejara atrás el día con ese gesto.

—Bueno… —dijo inclinándose ligeramente hacia el conductor—, ha sido una tarde intensa, Martín. —Se encogió de hombros—. Mucho código, mucho café… poca vida social. —El conductor no respondió—. Algún día hablarás y me darás tu opinión, ya verás —bromeó Clara. Cerró la puerta y se inclinó hacia la ventanilla—. Que tengas buena tarde, Martín.

Se dio la vuelta y caminó hacia el edificio. Entró y se metió en el ascensor, apoyándose contra la pared mientras subía, dejando que el silencio la envolviera por unos segundos.

Cuando llegó a su planta, salió y abrió la puerta del piso.

Javier estaba sentado en el sofá, tranquilo, como si llevara horas allí y, sobre él, Milo descansaba perfectamente acomodado y ronroneando.

Clara se quedó en la puerta, mirándolo.

—¿Tú no trabajas o qué?

Javier alzó la vista hacia ella, sin moverse.

—Sí que trabajo.

—Ah —respondió ella mientras cerraba la puerta—. ¿Desde el sofá?

—Depende del día.

Clara dejó el bolso y se acercó despacio, mirando al gato.

—Siempre estás aquí —pronuncio y estiró la mano hacia su gato—. Milo…

El gato ni se inmutó y siguió tumbado sobre Javier, completamente relajado.

Clara intentó acariciarlo, pero el gato levantó la cabeza, la miró un segundo… y volvió a acomodarse sobre Javier.

—¿Eh? —Clara frunció el ceño—. ¿Me está ignorando?

Javier esbozó una leve sonrisa.

—Sabe quién manda aquí. —Clara lo miró y enarcó una ceja—. Tiene buen criterio.

Ella cruzó los brazos.

—Ese gato duerme conmigo desde hace años.

—Y hoy está aquí.

Clara intentó cogerlo, pero Milo seguía sin moverse, solo se acomodó más contra Javier, ronroneando aún más fuerte.

—Esto es alta traición.

Javier alzó una ceja.

—Yo lo llamaría evolución.

Clara lo miró.

—¿Qué le has hecho?

—Nada —se encogió de hombros—. Solo acariciarlo.

Clara entornó los ojos.

—Pues tienes unas manos muy buenas, porque no es normal.

Nada más decir eso y al ser consciente de sus palabras, se arrepintió y bajó la mirada. Javier la observó con una leve curva en los labios.

—Eso creo que ya lo has experimentado —bromeó alzando sus cejas varias veces seguidas.

Clara carraspeó.

—Vale —susurró—. No voy a entrar en ese tema.

—Mejor —ironizó él.

—Sí. —Clara volvió a mirar al gato y lo señaló con el dedo—. Milo, luego tú y yo vamos a tener una conversación muy seria, pequeño traidor.

El gato siguió ignorándola y Javier sonrió con un cierto matiz burlón, se incorporó apartando con cuidado al gato, que protestó levemente antes de saltar al sofá, y se puso en pie.

—Tenemos que trabajar.

Clara suspiró.

—Genial —arrastró la palabra.

—He hablado con mi jefe.

Ella alzó la vista.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Se cruzó de brazos—. Primero tenemos que enviarle todo lo que conseguiste ayer.

Clara se pasó una mano por el cabello.

—Aún tengo mucho que analizar.

—Lo sé.

—Pero si me das unos minutos puedo empezar a organizarlo.

Javier asintió.

—De acuerdo, hazlo.

Clara caminó hacia el ordenador y se sentó mientras encendía la pantalla, pero antes de empezar, giró la cabeza hacia él.

—Oye…

—¿Sí?

—¿Le has hablado bien de mí?

Javier la miró.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Mucho? —insistió ella.

—Lo suficiente.

Clara frunció el ceño.

—Eso no me tranquiliza.

—No es mi objetivo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que eres útil —respondió encogiéndose de hombros.

Clara abrió los ojos.

—¿Útil?

—Muy útil.

Ella se quedó pensativa unos segundos, evaluando las palabras.

—Gracias… creo. —Luego inspiró hondo—. ¿Voy a ir a prisión? ¿Me darán la condicional?

Javier la miró directamente.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Seguro… seguro? —insistió.

Javier dio un paso hacia ella, acercándose.

—No voy a permitir que eso ocurra, así que tranquila. Estás realizando un muy buen trabajo. Fíjate que incluso ya voy confiando en ti —ironizó.

Clara le sostuvo la mirada y chasqueó la lengua antes de volverse hacia la pantalla. Al menos, aquellas palabras la habían calmado un poco. Debía confesar que la amenaza de ir a prisión la tenía intranquila las veinticuatro horas del día.

—Gracias.

Javier asintió y, acto seguido, le comentó sobre las instrucciones que le había dado su jefe directo.

—El viernes tenemos una misión.

Clara se giró completamente hacia él.

—¿Otra?

—Sí.

—Genial…

—Se trata de una recepción privada en un buque de la Armada.

Clara parpadeó.

—¿En un barco?

—Sí.

—¿Y yo también voy?

—Claro.

Ella parpadeó varias veces.

—¿A un barco militar?

—Sí.

Clara lo miró y negó con la cabeza.

—¿Tú estás bien? No me van a dejar entrar —sentenció ella.

Javier no reaccionó.

—Entrarás como especialista en ciberseguridad…

—Pfff.

—Con perfil técnico...

—Ajá.

—Y vas a mantener la calma —la señaló con el dedo.

Clara lo señaló.

—Eso ya es más complicado.

Javier negó con la cabeza.

—Estaré contigo en todo momento.

Clara lo observó unos segundos y, aunque intentó mantener el tono ligero de su voz, esta le salió un poco más baja.

—¿Es peligroso?

Javier no respondió inmediatamente.

—Sí.

Clara tragó saliva.

—Esto cada vez va a mejor...

Él dio un paso más hacia ella.

—No voy a dejar que te pase nada.

Clara lo miró directamente. Había pronunciado aquellas palabras con tono serio, sin ironía. Realmente, aquello era lo único que necesitaba oír.

—Vale… —Clara giró la silla hacia él y se cruzó de piernas—. Explícame exactamente por qué tengo que subirme a un barco lleno de militares y gente importante cuando mi experiencia en el mar se limita a una barca hinchable y casi me ahogo una vez en Salou.

Javier apoyó una mano en el respaldo de la silla.

—No vas a navegar.

—Eso ya me tranquiliza mucho.

—El barco estará atracado en el puerto.

—Ah, bueno, menos mal, porque si encima tengo que fingir que sé distinguir babor de… lo otro…

Javier alzó una ceja.

—Estribor —dijo él.

—Eso mismo.

Él negó con la cabeza.

—La recepción es una excusa —explicó.

—¿Una excusa para qué?

—Para reunir en un mismo sitio a altos mandos, empresas de defensa, empresas tecnológicas y contratistas. —Clara frunció ligeramente el ceño—. Entre ellos puede estar el fantasma o alguien relacionado con él. Creemos que, si realmente es un alto cargo, ese es el tipo de entorno en el que se moverá.

Clara asintió despacio.

—Vale… entonces entramos, fingimos que somos personas normales y agradables…

—Eso tú —la señaló—, a mí no me hace falta fingir.

—Muy gracioso —bromeó ella.

—Y observamos —acabó él la frase.

Clara apoyó el codo en la mesa.

—¿Solo observar?

—No. Quiero que identifiques a quién mira la gente.

—¿Cómo?

—Quién se acerca a quién. Quién evita a quién. Quién parece nervioso.

Clara lo miró un momento.

—Eso suena mucho más difícil que hackear un teléfono.

—Por eso vas conmigo.

Ella entornó los ojos.

—Ah, qué romántico eres.

Javier ignoró el comentario.

—Llevarás algunos dispositivos.

—Eso ya me gusta más —sonrió ella.

—Pequeños.

—Pfff… aburrido.

—Discretos.

—Peor todavía.

Javier se inclinó un poco hacia ella.

—Claaara —arrastró las letras de su nombre.

—Vale, vale…

Él siguió.

—Podrás acercarte a los terminales que te indiquemos.

—¿"Te indiquemos"?

—Yo.

—Ah, claro. El comité militar de uno solo.

—Exacto —confirmó él.

Clara puso los ojos en blanco.

—¿Y qué hago exactamente?

—Escucharás conversaciones, copiarás datos si tienes oportunidad y buscarás cualquier relación entre los nombres que ya tenemos. Héctor Salgado, los contactos del puerto y el hombre del bar.

Clara se quedó unos segundos pensativa.

—¿Y si lo veo?

—¿A quién?

—Al fantasma… ¿Y si estuviese ahí?

Javier la observó.

—Entonces no haces nada impulsivo.

Clara abrió la boca.

—Javier…

—Nada.

—Pero…

—Nada, Clara —sentenció.

Ella resopló.

—¿Y si está ahí delante y puedo entrar en su móvil otra vez? Podría conseguir muchos más datos.

—No.

—¿Y si…?

—No —la cortó de nuevo.

—¿Y si me tropiezo accidentalmente encima de él? —acabó ironizando.

Javier la miró fijamente.

—Entonces te sostendré antes de que caigas. —Clara se quedó callada un segundo—. Escúchame… —su tono sonó más serio—, no vuelvas a hacer lo del bar.

Clara apartó la vista.

—Ya…

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

—No quiero volver a verte así.

Ella lo miró.

—¿Así cómo?

Javier tardó un segundo en responder.

—Asustada. —La expresión de Clara se suavizó—. Esta vez iremos juntos, no te separarás de mí.

Clara enarcó una ceja.

—¿Eso es parte de la misión o una excusa?

—Las dos cosas.

Ella sonrió.

—Ah, entonces ¿voy a necesitar un vestido otra vez? —preguntó, apoyando las manos en su cintura.

—Un vestido no, cualquier ropa elegante de tu armario te servirá.

Clara parpadeó.

—Pues vaya… —Ambos se miraron un segundo hasta que ella comenzó a sentirse incómoda y se giró de nuevo hacia el ordenador—. Voy a trabajar. Necesito extraer toda la información de los datos de ayer.

Javier asintió, pero detectó en sus gestos cómo la timidez volvía a ella. Estaba claro que la situación de la noche anterior la intimidaba.

—Clara, antes de que empieces a trabajar, creo que deberíamos hablar de lo que ocurrió anoche.

Javier detectó su espalda totalmente erguida.

Clara tragó saliva mientras dejaba sus dedos quietos sobre el teclado y rio tímidamente.

—Yo creo que no. No hace falta.

Javier apoyó una mano en la mesa.

—¿No hace falta?

—No. —Ella seguía sin girarse—. Fue… una cosa que pasó.

Javier enarcó una ceja.

—¿Una cosa?

—Sí.

—Interesante definición —dijo, ladeando su cuello.

Ella se mordió el labio inferior.

—Bueno… ya me entiendes.

—No, la verdad es que no.

Clara cerró los ojos un segundo.

—Javier…

—¿Qué?

—No me hagas hablar de ello.

Él dio un paso más hacia ella.

—¿Por qué?

—Porque me da vergüenza.

Hubo un silencio y luego Javier sonrió, incrédulo.

—¿Vergüenza?

Ella se giró por fin, lo justo para mirarlo, y él tuvo que contenerse porque estaba genuinamente sonrojada.

—No te rías —lo señaló con el dedo.

—No me estoy riendo.

—Sí te estás riendo.

—Bueno, un poco —admitió.

Clara se tapó la cara un segundo con una mano.

—Dios mío —susurró, avergonzada.

Javier le apartó la mano despacio.

—¿Estás sonrojada?

—No… es… es que hace calor —se excusó.

—No hace calor. Estamos en noviembre, Clara.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Arggg… ¡no te soporto! —acabó diciendo por los nervios.

—Eso tampoco es verdad. —Clara bajó la vista y Javier suavizó un poco el gesto—. ¿Por qué te da tanto apuro hablar sobre ello?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Porque tú estás tan tranquilo.

—¿Y?

—Y yo no —lo señaló—. Tú pareces… normal.

—¿Normal?

—Sí, actúas como si nada hubiese pasado —gesticuló demasiado con los brazos.

Javier la observó unos segundos y luego se inclinó un poco hacia ella.

—Si no hablara de ello, si no estuviera aquí contigo ahora mismo —se señaló a sí mismo—, si me hubiera ido esta mañana sin decir nada… entonces sí, habría sido una noche más. —Ella levantó la vista, despacio—. Pero no lo fue, no para mí.

El corazón de Clara dio un vuelco y bajó la vista enseguida, avergonzada.

—Vale, pues ahora me da todavía más vergüenza. —Javier no pudo contener más la risa—. ¿Qué?

—Me parece increíble que seas capaz de entrar en teléfonos de altos mandos, colarte en un bar donde se han citado dos peligrosos individuos y luego no puedas mantener una conversación normal conmigo.

Clara abrió la boca.

—No es lo mismo —se quejó.

—No, esto parece asustarte más. Y no lo comprendo del todo.

—Porque los ordenadores no me besan de repente en la cocina.

Javier sonrió de nuevo.

—Puedo dejar de hacerlo si quieres.

Ella abrió los ojos como platos.

—No. —Luego se dio cuenta de lo que había dicho al ver la sonrisa pilla de Javier—. Quiero decir… no hace falta.

—Ah, entonces perfecto.

Clara volvió a ponerse roja como un tomate y Javier, incapaz de contenerse más, le sujetó suavemente la barbilla con dos dedos.

—No me arrepiento de lo de anoche, y no pienso fingir que no ha pasado.

Ella tragó saliva.

—Yo tampoco… —dijo Clara con un hilo de voz.

Javier sonrió mientras se inclinaba hacia ella, besándola otra vez con ternura, como si quisiera dejarle claro, una vez más, que no pensaba marcharse a ninguna parte.

Cuando se separó, Clara seguía mirándolo completamente cohibida.

—No es por ti… —murmuró—. Es que me da vergüenza.

Javier le rozó la mejilla con el pulgar.

—Deberás acostumbrarte.

Ella lo miró escandalizada.

—¡Javier!

—¿Qué?

—No puedes decir cosas así.

—Claro que puedo.

Ella negó con la cabeza, todavía sonrojada.

Él, con su habitual calma, cogió una silla de la cocina y la arrastró hasta colocarse a su lado.

Clara lo miró.

—¿Qué haces?

Él se sentó.

—Voy a ayudarte.

Ella le mostró una sonrisa tímida.

—No vas a entender absolutamente nada de lo que voy a hacer.

—Pues explícamelo.

—Javier…

—Clara. —Ella negó con la cabeza—. Vas a abrir esos archivos, me vas a explicar lo que indican… en cristiano, y yo lo iré anotando para pasarle un informe al coronel.

Clara suspiró y acabó asintiendo.

Se giró hacia la pantalla y abrió la primera carpeta mientras Javier se acomodaba a su lado y ella intentaba concentrarse en el ordenador, aunque sabía perfectamente que, con él ahí, no iba a ser nada fácil.



21

La pantalla iluminaba el salón casi a oscuras. Solo se oía el tecleo de Clara, el zumbido del portátil y, de vez en cuando, el sonido de Milo acomodándose sobre el sofá, ajeno por completo a lo que hacían ellos dos.

Javier seguía sentado a su lado, demasiado cerca para que Clara pudiera ignorarlo del todo, pese a que lo intentaba, aunque cada vez que él movía ligeramente el brazo o se inclinaba hacia la pantalla, le costaba mucho más concentrarse en los archivos que acababa de descargar.

—Vale… —murmuró ella, abriendo una carpeta—, esto es lo que pude copiar antes de salir corriendo como una persona sensata.

—Tu definición de sensata me preocupa.

Clara lo ignoró.

—La mayoría está cifrado.

En la pantalla apareció una lista de carpetas con nombres anodinos: *"LOG-7"*, *"Inventario"*, *"Facturación"*, *"Marina"*.

—Eso no significa nada.

—Claro que significa —pronunció ella.

Clara abrió una de las carpetas y apareció una tabla llena de números.

Javier frunció el ceño.

—¿Qué estoy mirando? —preguntó al no entender nada.

—Rutas marítimas.

—¿Y?

—Son falsas —dijo ella mientras ladeaba la cabeza.

Él la miró y Clara señaló varias líneas en la pantalla.

—Estas dos salen de Barcelona y llegan a Marsella. Eso tendría sentido. Pero las otras… —movió el ratón—, salen de Barcelona y desaparecen aquí… —marcó una zona del mapa—. Luego vuelven a aparecer horas después.

Javier observó la pantalla.

—Son aguas internacionales —susurró pensativo.

—Exacto.

Clara abrió otra ventana y superpuso las coordenadas sobre un mapa. En el centro apareció un punto en mitad del Mediterráneo, entre las Baleares y Cerdeña, un punto totalmente aislado, lejos de todo.

—¿Y qué hay ahí? —preguntó él.

—Nada, ese es el problema. —Javier se inclinó un poco más hacia la pantalla y Clara amplió la imagen—. Esto no es una ruta —indicó ella.

Javier siguió pensativo hasta que todo encajó.

—Es un punto de encuentro —dijo al final, mirándola.

Clara asintió y pulsó otro archivo donde apareció una columna con fechas.

Javier entornó los ojos.

—¿Qué fecha es esa?

Clara se quedó quieta.

—Dentro de tres días.

Javier levantó la vista hacia ella.

—Setenta y dos horas.

Ella asintió lentamente.

—Es la reunión —susurró Clara—, en el punto de encuentro.

Javier apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Qué se intercambia? —preguntó Javier.

—No lo sé… no especifica nada, pero… mira esto…

Abrió otro documento y esta vez había una línea con una referencia: *"NODO 17 – PUNTO GRIS"*.

—¿Qué significa? —preguntó él.

—No tengo ni idea.

—Fantástico.

Clara lo miró de reojo.

—Esto es literalmente lo contrario de fantástico —ironizó Clara.

Javier sonrió y ella volvió a la pantalla. Abrió otra carpeta más antigua y observó los archivos que contenía. Al principio no pensó nada: mensajes, códigos, listados… hasta que uno de ellos llamó su atención.

Estaba archivado y ponía una fecha de hacía tres años.

Clara se quedó paralizada y Javier lo notó enseguida.

—¿Qué pasa?

Ella se mantuvo en silencio mientras los recuerdos volvían a invadir su mente.

Abrió el archivo sin contestar a Javier y en pantalla apareció una cadena de mensajes muy breve, sin nombres ni remitentes claros, solo texto.

"El ingeniero sigue insistiendo".

Clara tragó saliva.

"Ha detectado las anomalías en las rutas".

El corazón le golpeó con fuerza.

"Ha preguntado por el desvío de Valencia".

Javier la miró.

—¿Clara?

Ella no apartaba la vista de la pantalla.

Había otro mensaje fechado dos días después de los anteriores.

"Autorizada limpieza".

"Que parezca un accidente".

El aire desapareció de la habitación y Clara se quedó inmóvil mirando la fecha.

Aquella fecha la conocía demasiado bien, la tenía grabada a fuego en su mente y en su corazón. Era dos días antes de que Lucas muriera.

Notó una opresión en el pecho y el corazón se le aceleró. De pronto, el mensaje de Lucas volvió a su cabeza con una claridad insoportable.

Lucas: Tenemos que hablar. Es urgente. ¿Puedes ahora?

Tragó saliva sintiendo que sus ojos se humedecían por las lágrimas. Aquello no podía ser, pero sí. Él trabajaba en eso. No era el primer mensaje de ese estilo que le enviaba. Llevaba unas semanas muy raro antes de morir y su muerte fue un accidente absurdo. Además, aquella fecha coincidía.

Javier se acercó un poco más.

—Clara —insistió. Ella apartó por fin la vista de la pantalla y Javier vio el brillo en sus ojos—. ¿Qué pasa?

El mensaje siguió delante de sus ojos: *"Autorizada limpieza"*, *"Que parezca un accidente"*. Y, de pronto, ya no estaba en el salón ni delante del ordenador. Ni siquiera Javier estaba a su lado. Los recuerdos comenzaron a inundar toda su mente.

Se encontraba tres años atrás, en el pequeño piso de Lucas, con las ventanas abiertas y el aire de julio entrando desde la calle. El olor a detergente se mezclaba con ese aroma suyo que aún seguía allí, en la ropa, en las sábanas, en los libros mal colocados sobre la mesa.

Su madre estaba vaciando el armario de la habitación en silencio. Clara sostenía una caja de cartón entre los brazos mientras sacaba camisas, sudaderas y un montón de camisetas viejas de grupos que Lucas ya ni escuchaba, doblándolas sin mirar demasiado, porque cada vez que veía algo suyo sentía que le faltaba el aire.

El piso era pequeño: dos habitaciones y una cocina diminuta. Y estaba tan lleno de él que dolía. Lucas se lo había dejado a ella en el testamento.

Eso le había dicho una vez, riéndose, cuando aún ninguno de los dos imaginaba que aquello iba a suceder.

Clara abrió uno de los cajones de la cómoda y allí estaba, un pequeño muñeco de astronauta viejo y desgastado, con una pierna medio rota, el favorito de Lucas cuando era niño.

Se quedó mirándolo unos segundos y ya no pudo seguir.

Cerró el cajón de golpe, se sentó sobre la cama y rompió a llorar.

Tenía una vieja fotografía de los dos en la playa entre las manos.

Ella tendría diez años, Lucas unos trece. Él le estaba tirando agua encima mientras ella lo insultaba. Los dos posaban riéndose y felices en aquella instantánea.

Su madre la vio desde la puerta y durante unos segundos no dijo nada. Luego se acercó despacio y se sentó a su lado en la cama.

Clara se apoyó contra ella de inmediato, escondiendo la cara en su hombro, como una niña pequeña, mientras ambas lloraban en silencio la muerte de Lucas.

Lucas no solo era su hermano, era su mejor amigo. Era la persona a la que llamaba cuando estaba nerviosa, la única que sabía cuándo estaba mintiendo, el único que la entendía de verdad.

Su madre le acarició el cabello con la mano temblando.

—¿Cómo ha podido pasar esto?

Clara cerró los ojos.

—No lo sé… —su voz se rompió—. El juez lo está investigando, dicen que lo aclararán.

Pero no lo aclararon, semanas después dijeron que había sido un accidente, una mala maniobra, un fallo.

Le dieron a su madre una indemnización enorme, demasiado grande, y esperaron que todo terminara ahí, pero Clara sabía que no.

Lucas llevaba semanas raro, más callado, más nervioso. Trabajaba como ingeniero de sistemas portuarios, revisando rutas, accesos, tráfico marítimo, y había empezado a decir cosas extrañas: movimientos que no cuadraban, barcos que desaparecían, rutas que no existían… Había dejado de dormir y,

cada vez que ella le preguntaba, él respondía lo mismo: "Cuando tenga pruebas te lo contaré todo".

El último día, minutos antes de morir, él le había enviado un mensaje que, para su desgracia, se había grabado a fuego en su memoria.

Lucas: Tenemos que hablar. Es urgente. ¿Puedes ahora?

Durante meses había ido al puerto sola, después del trabajo. Se había sentado frente al mar durante horas, mirando los barcos entrar y salir, creyendo que quizá, de alguna forma, iba a encontrar una pista, algo, cualquier cosa, pero nunca encontró nada… hasta ahora. "El ingeniero". Las rutas, el desvío de Valencia, aquella fecha que coincidía exactamente con la semana en la que Lucas murió…

No, no podía ser una mera casualidad. Lucas había descubierto algo y lo habían eliminado por ello.

Clara negó con la cabeza como si acabase de comprenderlo todo.

—No… —su voz salió rota—. No puede ser…

Javier miró la pantalla y luego volvió a mirarla a ella.

—¿Quién era "el ingeniero"?

Clara cerró los ojos un segundo sin poder pronunciar su nombre.

—No… —tragó saliva intentando controlarse—, no… no puedo —dijo levantándose de golpe, con los ojos llenos de lágrimas.

—Clara —pronunció Javier sin saber qué decir al ver su reacción. Cogió su mano mientras una lágrima comenzaba a resbalar por su mejilla, aunque intentaba ocultarla dándole la espalda—. Eh… ¿qué ocurre? —preguntó, preocupado.

Ella negó con la cabeza y se apartó de él. No podía hablar. Tenía un nudo en el estómago que apenas la dejaba respirar. Se alejó con la respiración acelerada hacia el pasillo que conducía a su habitación.

Javier dio unos pasos adelante, pero cuando vio que ella se encerraba dejó de caminar en aquella dirección. Parecía que ella necesitaba un momento, pero, por otro lado, no podía dejarla así. No entendía qué le ocurría.

Fue hacia el ordenador y miró lo que ella estaba observando, intentando comprender la reacción de ella.

"El ingeniero sigue insistiendo", *"Ha detectado las anomalías en las rutas"*, *"Ha preguntado por el desvío de Valencia"*, *"Autorizada limpieza"*, *"Que parezca un accidente"*.

Comprendía perfectamente lo que podían significar aquellas frases. Sabía lo que conllevaban las palabras: *"Autorizada limpieza"*, *"Que parezca un accidente"*.

Aquellas palabras se usaban para dar la orden de eliminar a alguien. Inspiró hondo y se puso erguido mirando hacia el pasillo. ¿Tenía que ver aquello con Clara? ¿O simplemente le daban impresión porque entendía lo que significaban? Algo le decía que no era solo eso. Había visto el dolor en sus ojos, incluso sus lágrimas. Aquellas palabras significaban algo importante para ella, aunque él aún no sabía qué, pero estaba decidido a descubrirlo.

Clara llevaba casi diez minutos encerrada en la habitación.

Diez minutos caminando de un lado a otro, incapaz de quedarse quieta, con las manos temblándole tanto que había tenido que dejar el móvil sobre la cómoda porque no podía sujetarlo. Respiraba demasiado deprisa y superficial, notaba cómo el aire entraba, pero no llegaba nunca del todo a sus pulmones.

Tenía el pecho completamente cerrado y la garganta apretada junto con el corazón golpeándole con tanta fuerza que dolía.

Las piernas le temblaban tanto que, por momentos, pensaba que iba a caerse.

"No…".

Se llevó una mano al pecho intentando respirar, pero cada vez iba a peor. Cuanto más lo intentaba, menos aire parecía entrar y, además, estaban los recuerdos que no dejaban de atormentarla.

—Lucas —lloró.

Su risa, su voz, el astronauta roto, el mensaje…

Clara rompió a llorar otra vez y se apoyó un momento en la pared, temblando.

Durante tres años había intentado convencerse de que no había podido hacer nada, de que había sido un accidente, que no había forma de saber más, pero ahora sí, ahora lo veía claro. Había una evidente conexión entre todo, tenía toda la lógica del mundo y, ahora, sabía que alguien había dado la orden, alguien había decidido que Lucas tenía que morir. Y eso dolía demasiado.

Un golpe contenido sonó tras la puerta.

Clara se quedó completamente quieta.

—Clara. —La voz de Javier sonó al otro lado.

Ella cerró los ojos con todo su cuerpo en tensión.

—Déjame…

Su voz salió rota y bajita.

—Clara, ¿puedo pasar? Abre, por favor.

Ella negó con la cabeza, aunque él no pudiera verla.

—No.

Hubo un silencio al otro lado.

—Por favor —insistió Javier—. Voy a entrar.

Esta vez la voz de Javier era seria, con ese tono militar que utilizaba cuando ya había tomado una decisión.

—No —replicó ella.

—Sí.

—Javier… —protestó Clara.

—Tres segundos, Clara.

Ella respiró aún con más dificultad.

—No quiero que me veas así…

—Uno.

—Javier, no… —le pidió ella.

—Dos.

Clara cerró los ojos y, cuando escuchó el pomo de la puerta moverse, ya no le quedaban fuerzas para impedirlo.

La puerta se abrió y Javier entró. En cuanto la vio, se le borró cualquier expresión del rostro. Clara estaba hecha un desastre, peor de lo que había imaginado: pálida, temblando como un flan y llorando desconsolada.

Antes de que ella pudiera apartarse, él cruzó la habitación.

—Eh, Clara.

Ella retrocedió.

—No.

—Eh…

—Estoy bien.

—No, no lo estás —sentenció él.

Se acercó más y ella volvió a negar con la cabeza.

—No me toques.

—Vale.

Javier levantó las manos sin acercarse más de lo necesario y su tono de voz se volvió más sosegado.

—Mírame. —Ella no quería, pero lo hizo—. Respira conmigo.

Clara negó con la cabeza.

—No puedo —dijo llevándose la mano al pecho.

—Sí puedes.

—No… no puedo —balbuceó mirando de un lado a otro.

—Clara. —Su voz fue firme y segura—. Mírame —ordenó de nuevo. Ella volvió a levantar la vista y Javier mantuvo sus ojos clavados en los de ella—. Inspira lento. —Él lo hizo primero y ella intentó imitarlo, pero no pudo. Javier no se movió—. Otra vez. —Ella volvió a intentarlo. El aire seguía atascado, pero un poco menos—. Eso es, otra vez.

Poco a poco, la respiración se fue normalizando, lenta y torpe al principio, irregular incluso, pero se estabilizó.

Las piernas le fallaron un poco y ahí Javier sí se acercó despacio, sin invadirla, hasta quedar delante de ella.

—Ya está.

Clara negó con la cabeza, llorando todavía. Ella lo miró con timidez y se llevó la mano al pecho de nuevo.

—No… no puedo seguir con esto.

Javier la miró confundido.

—¿Con qué?

Ella apartó la mirada.

—Con todo. No… no puedo.

Javier la observó unos segundos, como si estuviera en una sala de interrogatorios, no de una forma fría o distante, sino con esa calma suya: precisa, profesional y paciente.

—¿Qué ha pasado?

Clara apretó los labios.

—Nada.

—Clara…

—No quiero hablar de ello.

—Ya lo sé. —Inspiró hondo—. Pero necesito que lo hagas.

Ella negó una vez más.

—No puedo.

—¿Tiene que ver con "el ingeniero"? —preguntó directamente, aunque con suavidad. Clara cerró los ojos y ese gesto ya fue suficiente respuesta. Javier habló aún más despacio—. ¿Quién era?

Clara tragó saliva y apretó los labios, debatiéndose entre contestar o no.

—Mi hermano. —Su voz tembló al confesárselo—. Lucas. —Javier se quedó de piedra y Clara agachó la cabeza—. Murió hace tres años. Di… dijeron que fue un accidente.

—Pero no lo fue —confirmó él.

Ella negó.

—No. —Las lágrimas volvieron con más fuerza—. Trabajaba en el puerto. Era ingeniero de sistemas portuarios. Revisaba rutas, barcos, accesos… y creo que empezó a encontrar cosas raras. —La respiración volvió a acelerársele. Javier la miraba sin interrumpir—. Estaba raro, muy raro… y, luego… murió. Dijeron que fue un accidente. Yo… —Se llevó una mano a la boca—. Yo sabía que había algo mal, lo sabía, pero no pude demostrar nada. —Su voz se quebró del todo—. Y ahora… —levantó la vista hacia él, destrozada—. Ahora sé que lo mataron. —El rostro de Javier cambió por completo. El asombro y la rabia se apoderaron de él al comprender de golpe por qué Clara estaba allí, por qué se había convertido en hacker y por qué arriesgaba tanto—. Por eso empecé a hackear —murmuró ella—. Quería encontrar algo sobre él. Era buena y… empezaron a contratarme.

Se echó a llorar de nuevo y esta vez Javier no esperó y la abrazó con fuerza.

Ella se aferró a él inmediatamente, escondiendo la cara en su cuello, temblando y llorando. Javier la sostuvo como si fuera lo único importante en el mundo, con una mano en su espalda y otra en su cabello.

—Ya está —dijo en voz baja.

Clara seguía abrazada a él como si no pudiera soltarse.

Javier no pensaba apartarse, no después de aquello, después de entender por fin que Clara llevaba tres años persiguiendo al asesino de su hermano y que ahora, por primera vez,

habían encontrado la pista.

La llevó hasta la cama casi sin que Clara se diera cuenta y la sentó sobre el colchón.

Se arrodilló delante de ella, sujetándole las manos que seguían temblando.

—Mírame. —Clara levantó la vista despacio. Tenía los ojos rojos y la respiración entrecortada. Javier le apartó un mechón de pelo de la cara—. De acuerdo —dijo con esa calma suya—. Tu hermano murió en circunstancias extrañas, ¿verdad?

Ella tragó saliva y asintió.

—Dijeron que fue un accidente, que había sido un fallo, una mala maniobra, no sé… algo relacionado con el puerto —su voz volvió a quebrarse—. Pero yo sabía que no. —Javier no la interrumpió, solo siguió mirándola muy atento—. Lucas llevaba semanas raro.

—¿Raro cómo?

—Nervioso, como si quisiera contarme algo, pero no supiera si debía hacerlo. —Bajó la mirada hacia sus manos—. Venía a verme y luego se

quedaba callado. Me decía que había encontrado algo. —Respiró hondo—. Y luego decía que no, que mejor no me lo contaba. — Tragó saliva—. El día que murió, me envió un mensaje minutos antes.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta con dedos torpes y buscó unos segundos. Cuando lo encontró, se lo tendió.

Lucas: Tenemos que hablar. Es urgente. ¿Puedes ahora?

El silencio se hizo aún más pesado.

—Lo recibí apenas unos minutos antes de que muriera —murmuró Clara.

Javier levantó la vista hacia ella y, por primera vez desde que la conocía, entendió de verdad hasta qué punto aquello la había destrozado.

—Clara…

Ella negó con la cabeza.

—Yo sabía que había pasado algo, durante meses fui al puerto. Todos los días, pensando que, si miraba suficiente, si buscaba suficiente… —su voz se rompió otra vez—, encontraría algo y podría comprender mejor lo que había ocurrido. Necesitaba saberlo.

Javier le cogió la mano con fuerza, pero con cuidado.

—¿Los mensajes que hemos encontrado…?

Ella levantó la vista.

—¿Qué?

—¿Crees que el fantasma los recibe… o los envía?

Clara se quedó completamente quieta y entonces se puso en pie de golpe.

—Dios mío… —susurró.

Salió de la habitación tan deprisa que Javier apenas tuvo tiempo de seguirla.

Llegaron al salón y Clara se sentó delante del ordenador. Abrió de nuevo la cadena de mensajes con las manos temblándole tanto que casi no acertaba a mover el ratón.

Javier se colocó detrás de ella.

—Tranquila…

Ella amplió la conversación y leyó el encabezado, quedándose totalmente helada.

—Los envía.

Su voz fue apenas un susurro. Javier miró la pantalla.

—¿Estás segura?

—Sí, el código coincide. Es su terminal, él es quien da la orden.

Javier apretó la mandíbula.

—¿A quién?

Clara negó lentamente.

—No puedo saberlo, la otra parte está cifrada. Solo tengo el identificador.

Javier observó la pantalla unos segundos más.

—¿Hay más mensajes?

Clara no respondió, solo miró hacia la carpeta. Había decenas de mensajes más antiguos y otros más recientes. De pronto, el simple hecho de abrirlos le parecía imposible. Notó de nuevo una opresión en el pecho y las manos le temblaron más aún. Comenzaba a faltarle el aire.

Javier lo vio enseguida y, con delicadeza, le quitó el ratón de la mano.

Ella lo miró.

—Ve al sofá —pronunció con voz tranquila.

—No.

—Clara.

—Quiero verlo.

—Ahora mismo no —contestó.

—Sí, lo necesito —sollozó.

Javier sostuvo su mirada, serio.

—Estás demasiado nerviosa.

Ella negó.

—Puedo hacerlo.

—No. Ve al sofá… es una orden.

Clara abrió la boca.

—No puedes darme órdenes para todo.

—Para esto, sí —sentenció.

Ella resopló y lo fulminó con la mirada, aunque acabó levantándose.

Milo, como si hubiera entendido perfectamente la situación, saltó al sofá en cuanto Clara se sentó y se acomodó sobre sus piernas. Ella lo abrazó casi automáticamente, como si necesitara sujetarse a algo.

Javier volvió a mirar la pantalla y fue abriendo los mensajes. Su expresión se endureció poco a poco.

"El ingeniero insiste. Ha visto demasiado".

"Entonces procedan. Quiero el asunto resuelto antes del viernes. Sin ruido".

"Confirmado. El accidente se ha gestionado".

"No quiero más errores. La próxima vez eliminad también los registros".

Javier no dijo nada, no podía. Sentía una rabia fría subiéndole por el pecho.

Levantó la vista un segundo y miró a Clara de reojo, la cual seguía abrazada al gato con los ojos clavados en él, esperando.

—¿Hay más? —preguntó ella muy bajito.

Javier tardó un instante en responder.

—Sí.

No le mintió, nunca le mentiría, y menos sobre eso, pero tampoco iba a decirle lo que había leído en ese momento, no así.

Se acercó al sofá y se agachó delante de ella.

—Los leerás cuando estés más tranquila. —Acarició sus manos—. Cuando estés más fuerte.

Clara tragó saliva y apartó la vista.

—No sé si puedo seguir.

—Sí que puedes —dijo apretando sus manos, como si así la animase.

Ella negó lentamente.

—No.

—Clara… entiendo que esto es difícil.

—No, no lo entiendes.

—No. Tienes razón —confirmó—. No puedo entender lo que se siente, pero sí entiendo una cosa. —Ella levantó la vista—. Te necesito. Necesito que sigas conmigo.

Clara apretó los labios.

—No sé si puedo seguir investigando al hombre que mató a mi hermano.

Javier sostuvo su mirada y, cuando habló, lo hizo con una firmeza tranquila que hizo que algo dentro de ella se calmara un poco.

—No lo harás sola.

Ella lo observó.

—¿Qué?

—Voy a ayudarte con esto, con lo de tu hermano, y voy a meter entre rejas a ese hijo de puta.

Clara se quedó mirándolo, como si quisiera creerle, pero no supiera cómo.

—Prométemelo.

Javier no dudó ni un segundo.

—Te lo prometo, no voy a dejarte sola. —La miró fijamente—. Ni en esto, ni en nada.

El corazón de Clara dio un vuelco y se quedó callada.

Clara suspiró mientras pensaba con agilidad. Aquello era lo que había buscado durante sus últimos años y sabía que Javier no la abandonaría, que la protegería y cumpliría lo que le había dicho.

Tras unos segundos, le tendió la mano con la intención de sellar aquel acuerdo.

Javier bajó la vista hacia ella, hacia su mano y luego volvió a mirarla.

Sonrió y cogió su mano, pero en lugar de estrechársela tiró suavemente de ella hacia sí y la besó en los labios lentamente.

Cuando se separó, Clara seguía completamente quieta.

—Prefiero sellar así los acuerdos contigo.

Ella sonrió entre lágrimas sin soltarle la mano.

Javier tiró suavemente de ella hasta abrazarla. Clara hundió el rostro en su cuello mientras él la sostenía con firmeza.

—Lo vamos a encontrar —le prometió con voz grave—. Y cuando lo hagamos, ese ca



22

Clara había perdido la cuenta del número de veces que había leído el dosier. Lo sostenía otra vez entre sus manos mientras el vehículo avanzaba despacio junto al puerto iluminado, repasando la información, aunque ya se la sabía de memoria. Inés Vidal, treinta años, ingeniera especializada en ciberseguridad marítima de una consultora externa de la empresa NetSecure Systems. Experta en detección de intrusiones y protección de infraestructuras portuarias

—No me gusta llamarme Inés —murmuró.

A su lado, Javier ni siquiera apartó la vista de la ventanilla.

—Es solo un nombre falso.

—Suena a persona que hace yoga y bebe té.

—Mejor —comentó girando su cuello hacia ella—, parece inofensivo.

Clara lo miró y resopló.

Javier iba vestido de uniforme. No de gala esta vez, pero sí con el uniforme blanco de la Armada, impecable y perfectamente planchado, con la chaqueta ajustada sobre los hombros y las insignias brillando bajo la luz tenue del vehículo.

Era un problema enorme, porque Clara llevaba diez minutos intentando no mirarlo en exceso… sin demasiado éxito.

Ella llevaba un elegante conjunto de chaqueta y pantalón color negro y una camisa color crema debajo. El pelo lo llevaba recogido en un moño bajo algo desordenado, dejando algunos mechones sueltos alrededor del rostro.

Se sentía fuera de lugar. El puerto estaba precioso, oscuro, iluminado por las luces de los barcos, los focos de la base naval y el reflejo del agua moviéndose despacio, oscura, brillante, bajo el cielo de Barcelona.

Había varios vehículos oficiales, militares, hombres de uniforme y mujeres elegantemente vestidas.

Al fondo, atracado junto al muelle, estaba el barco. No era enorme, pero sí imponía bastante.

Se trataba de una fragata gris iluminada por focos cálidos, con una pasarela preparada para los invitados y banderas ondeando al viento. Varios marineros permanecían en posición a ambos lados de la entrada.

Clara tragó saliva.

—Javier.

—¿Sí?

—No quiero hacer esto —susurró.

Él giró la cabeza hacia ella.

—Sí que quieres.

—No, quiero quedarme en casa, ponerme el pijama y comer dónuts mientras hackeo cosas.

—Demasiado tarde —bromeó.

El vehículo se detuvo y Javier bajó primero, rodeó el vehículo y le abrió la puerta. Clara lo miró.

—Qué caballero.

—Órdenes del servicio —bromeó.

—Claro.

Salió y, en cuanto sus tacones tocaron el suelo, sintió el nudo en el estómago hacerse más fuerte. Había demasiada gente, demasiados uniformes y demasiadas posibilidades de que algo saliera mal.

Javier se acercó un poco más a ella, lo suficiente para que nadie notara nada, pero ella sí.

—Eh. —Clara levantó la vista—. Tranquila. Respira.

—Estoy respirando —protestó.

—No, estás a punto de hiperventilar.

Ella le lanzó una mirada suspicaz.

—No me ayuda nada que estés tan tranquilo —murmuró.

—Eso es porque este sitio es normal para mí.

—Pues para mí parece el escenario de una película de Agatha Christie donde alguien termina muerto.

Javier la observó un segundo y, entonces, muy discretamente, le ofreció el brazo.

—Ven.

Clara arqueó una ceja.

—¿Eso también forma parte de las órdenes militares?

Javier esbozó una sonrisa.

—No. Eso es para asegurarme de que no huyas.

Ella resopló, pero acabó cogiéndose de su brazo y solo ese pequeño gesto la calmó un poco.

Subieron juntos por la pasarela y un marinero los detuvo.

—Teniente Alcázar. —Javier se presentó y entregó las dos acreditaciones —. Buenas noches.

El hombre las revisó y asintió.

—Bienvenido, teniente. —Miró a Clara—. Señorita Vidal, adelante.

Clara forzó una sonrisa mientras entraban.

El interior del barco era muy distinto de lo que Clara había imaginado. No parecía un barco militar, al menos aquella parte. Habían acondicionado la cubierta principal como una recepción elegante, con mesas altas, camareros, música suave y grupos de personas hablando junto a la barandilla mientras el mar se movía debajo de ellos.

Militares, empresarios, políticos… todos parecían saber exactamente dónde estaban y qué hacían allí, menos ella.

—No encajo aquí —murmuró.

—Claro que sí.

—Javier, llevo diez minutos pensando que alguien va a darse cuenta de que no sé ni cómo funciona un barco.

—No necesitas saber cómo funciona un barco.

—¿Y si me preguntan algo?

—Sonríes —respondió mirándola fijamente—. Tienes una sonrisa bonita.

Ella resopló bastante nerviosa.

—¿Y si siguen preguntando?

—Me miras.

—¿Y tú qué haces?

—Te saco de ahí —acabó diciendo.

Ella lo miró.

—Ni se te ocurra abandonarme.

Javier la observó un segundo.

—No voy a hacerlo.

La forma en que lo dijo, tan segura, tan franca, provocó que el corazón de Clara diera un pequeño vuelco.

—¡Alcázar! —Javier giró la cabeza. Un hombre de unos treinta y tantos años, moreno, de uniforme, se acercó sonriendo—. Cuánto tiempo.

Javier le estrechó la mano.

—Barroso.

—Pensaba que estabas destinado fuera.

—Volví hace unos meses, ¿y tú?

Barroso se encogió de hombros.

—Hace unas semanas. —Su mirada voló hacia Clara—. Y usted debe de ser…

Clara abrió la boca, pero Javier habló antes.

—La ingeniera Inés Vidal. Está colaborando en un proyecto de seguridad marítima.

Clara sonrió con educación.

—Encantada.

—Vaya —dijo Barroso—. Pues Alcázar no suele venir acompañado.

Clara notó cómo Javier se tensaba un poco.

—Estoy trabajando —se excusó.

—Claro —contestó Barroso, guiñándole un ojo con camaradería.

Barroso sonrió de una forma que dejaba claro que no le creía absolutamente nada y Clara tuvo que apartar la vista para no reírse.

Poco a poco, fueron entrando más personas.

Javier saludaba, hablaba y se movía con una naturalidad que la sorprendía. Allí parecía otra persona. Se encontraba seguro y relajado, totalmente en su elemento.

Clara no pudo evitar fijarse en él mientras hablaba con varios compañeros. Todos lo trataban con respeto; algunos bromeaban con él y otros le pedían opinión.

Era extraño verlo así, porque el hombre que discutía con ella por los dónuts, que le decía que obedeciera y que la besaba en la cocina, allí parecía hecho de otra cosa: más serio, más firme, incluso más impresionante.

Javier se giró hacia ella justo cuando seguía mirándolo y enarcó una ceja.

—¿Qué?

Clara apartó la vista enseguida.

—Nada.

—Me estabas mirando.

—No.

—Yo creo que sí —ironizó.

Ella se puso roja de repente.

—Estaba observando el entorno.

—Claro.

—Cállate —le reprochó ella con un movimiento de mano.

Javier sonrió y se acercó un poco más.

—Tranquila, lo estás haciendo bien. —Clara levantó la vista hacia él y empezó a creer que quizá era verdad—. De acuerdo —murmuró Javier, inclinándose hacia ella para que nadie más lo oyera—. Vamos a hacer lo de siempre.

Clara lo miró.

—¿Discutir y que tú me des órdenes?

—Eso también.

Ella resopló.

—Qué ilusión.

Javier ignoró el comentario.

—Tú observa.

—Ya observo.

—No. Tú miras cosas y luego te distraes conmigo.

Clara abrió la boca.

—Eso no es verdad. —Javier arqueó una ceja mientras ella apartaba la vista inmediatamente—. Vale, un poco sí.

Él sonrió.

—Recorre la cubierta despacio, quiero que veas quién parece importante.

—¿Y tú?

—Voy a hablar con un par de personas.

—¿Y me dejas sola?

—No, voy a estar viéndote todo el rato.

Clara lo miró y de nuevo sintió esa absurda sensación de tranquilidad, como si de verdad él pudiera evitar que algo malo pasara.

—No te separes demasiado —añadió Javier.

—No soy un perro.

—No. —La miró de arriba abajo un segundo—. Eres bastante más problemática que un chucho —bromeó.

Clara le dio un golpecito en el brazo.

—Pues te aguantas.

Javier se inclinó levemente hacia ella, quedando demasiado cerca.

—Créeme, pienso hacerlo.

El corazón de Clara volvió a dar un vuelco y tuvo que apartarse antes de que él se diera cuenta.

Se alejó despacio entre la gente, intentando recordar que ahora era Inés Vidal, una mujer seria, profesional y supuestamente experta en ciberseguridad marítima, y no Clara Vega, hacker con tendencia a hacer locuras y enamorarse de tenientes insoportablemente atractivos.

Cogió una copa de una bandeja solo para tener algo en las manos y comenzó a caminar.

La cubierta estaba llena de pequeños grupos: militares, empresarios…

Dos hombres mayores hablaban de contratos, una mujer de unos cuarenta años discutía sobre radares y sistemas de navegación y, más allá, cerca de la barandilla, había tres hombres trajeados hablando en voz baja.

Clara se acercó lo bastante para oír algunas frases sueltas.

—…las rutas del Mediterráneo…

—…demasiado movimiento en Alicante…

—…el viernes estará resuelto…

Frunció el ceño, pero uno de ellos la miró y Clara sonrió inmediatamente.

—Perdón —dijo con naturalidad—. Creo que me he perdido buscando el baño.

El hombre sonrió.

—Está al otro lado.

—Gracias.

Siguió caminando con calma, evitando parecer nerviosa, aunque lo estaba. Y mucho.

Buscó a Javier con la mirada y lo encontró al otro lado de la cubierta, hablando con dos oficiales. Uno de ellos parecía bastante mayor, quizá era capitán. El otro era más joven. Javier hablaba con calma, una copa en la mano y completamente integrado, pero justo en ese momento levantó la vista y la encontró. Solo un segundo, pero le bastó para hacerle un gesto casi imperceptible con la cabeza. Todo bien.

Clara respiró un poco mejor y entonces la gente se apartó ligeramente. Hubo un cambio sutil en el ambiente, no evidente, pero sí suficiente. Varias personas giraron la cabeza y dejaron de hablar. Clara siguió esa dirección, hacia la entrada de la cubierta superior donde acababa de aparecer un hombre alto, de aproximadamente cincuenta y cinco años, canoso en las sienes, elegante… vestido con traje oscuro impecable, sin uniforme. Había algo en él que imponía más que cualquier uniforme.

No sonreía demasiado y, aun así, varias personas se acercaron inmediatamente a saludarlo con respeto y demasiada rapidez.

Clara se quedó completamente quieta. Lo reconoció al instante, no por haberlo visto bien en el bar, sino por su forma de moverse, por su voz y por

el reloj metálico de su muñeca izquierda, el mismo que había visto cuando él levantó la copa aquella noche.

Era él, el fantasma.

Sintió cómo el corazón comenzaba a latirle más rápido y le costaba respirar. Se removió nerviosa apretando los labios.

—No, no… ahora no —susurró, girándose.

Un ataque de ansiedad era lo último que necesitaba en aquellos momentos, pero cómo no sufrirlo si tenía a pocos metros al hombre que con toda probabilidad había ordenado la muerte de su hermano.

Al otro lado de la cubierta, Javier también lo había visto y, por la forma en que Clara había reaccionado, supo que lo había reconocido al instante.

Un hombre se acercó al recién llegado.

—Almirante Beaumont.

Clara sintió que el aire se le escapaba de golpe. Al fin tenía un nombre: almirante Beaumont.

Javier se acercó a ella despacio, evitando correr o llamar la atención, y se colocó a su lado. Puede que el resto de la gente no fuese consciente, pero Javier sabía reconocer perfectamente los síntomas de Clara cuando estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—No mires demasiado.

—Es él —pronunció con un hilo de voz.

—Sí —confirmó Javier. Acto seguido, acercó la mano a su espalda, solo un segundo, lo suficiente para calmarla—. Tranquila —susurró.

Javier intentó así calmarla, pues sabía que aquel hombre era el que había dado la orden de acabar con la vida de su hermano.

Ella tragó saliva, intentando recomponerse.

—¿Qué hacemos?

Javier no apartó la vista del almirante.

—Ahora hay que averiguar cómo acercarnos a él.

Clara seguía mirando al hombre al otro lado de la cubierta.

—Es almirante… —susurró—. ¿Eso es mucho?

Él giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—Sí.

—Mucho… ¿cuánto?

—Muchísimo. —Miró hacia los lados mientras tomaba un sorbo de su copa—. Por encima de mí están los comandantes, los capitanes de fragata, los capitanes de navío…

Clara lo miró.

—No me estás ayudando.

Javier suspiró levemente.

—Está prácticamente arriba del todo.

—¿Arriba del todo?

—Sí. Un almirante manda barcos, bases y operaciones enteras —explicó.

—¿Y él también?

Javier volvió a mirar al almirante Beaumont.

—Intuyo que ese manda mucho más que eso.

Clara tragó saliva.

—Genial.

—¿Qué?

—Que me he colado en el móvil de un señor que puede mandarte a ti, a medio ejército y probablemente a Dios.

Javier la miró.

—No empieces a ponerte nerviosa.

—¿Cómo que no me ponga nerviosa? ¡Es un almirante!

—Y, pese a todo, sigue siendo un hombre.

Ella soltó una risa nerviosa.

—Sí, un hombre que manda matar gente —acabó con la voz quebrada.

La expresión de Javier se endureció.

Ambos volvieron a mirar hacia él.

Beaumont hablaba con varios hombres. Parecía cómodo allí, como si aquel barco fuera suyo y estuviera acostumbrado a que todos se apartaran ligeramente cuando él aparecía. Y quizá así era.

—No entiendo cómo nadie sospecha —murmuró Clara.

—Porque nadie quiere sospechar de alguien como él… y porque si lleva años haciendo esto, habrá aprendido muy bien a esconderse.

Clara apretó los labios y apartó la mirada de él, intentando controlarse. Javier la miró de reojo y, por un segundo, vio exactamente lo que ella sentía: la rabia, el dolor, las ganas de ir hasta allí y arrancarle la verdad de la boca, pero también el miedo. Eso fue lo que hizo que su mano se apoyara de nuevo discretamente en la espalda de Clara.

—No hagas nada impulsivo.

Ella cerró los ojos un segundo.

—No prometo nada.

—Clara…

—Vale. Intentaré no lanzarle la copa encima.

—Eso sería un buen comienzo.

Ella respiró hondo y se obligó a mirar la situación como lo habría hecho frente a un ordenador: fríamente y analizando.

—Está solo —le susurró ella.

—No. —Javier señaló discretamente—. Mira al hombre de traje azul.

Clara siguió con la mirada la dirección que le había indicado Javier. Había un hombre a unos metros de Beaumont. No hablaba con él, ni siquiera lo miraba directamente, pero estaba demasiado pendiente y demasiado quieto.

—Su seguridad —indicó él.

—Lo veo.

—Y hay otro al lado de la escalera.

Clara lo vio.

—Tiene guardaespaldas.

—No son oficiales.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, confundida.

—Porque los conozco.

Ella lo miró, sorprendida.

—Eso tampoco ayuda.

Javier observó a Beaumont unos segundos más.

—Va a moverse.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todo el mundo importante acaba yendo hacia el mismo sitio.

Clara frunció el ceño.

—¿A qué sitio?

En ese momento, sonó una voz amplificada desde la otra punta de la cubierta.

—Señores, si son tan amables, en unos minutos comenzaremos la presentación en la sala principal.

Varias personas comenzaron a moverse lentamente hacia el interior del barco, incluido el almirante Beaumont.

—Ahí —dijo Javier, mirándola—. Vamos a seguirlo.

Clara abrió mucho los ojos.

—¿Perdona?

Javier le ofreció otra vez el brazo.

—Sonríe y sigue al resto de la gente.

Ella lo miró, horrorizada.

—No sé hacer esto, cuando sonrío nerviosa parezco una paranoica.

—Claro que sabes hacerlo… —pronunció él sin mirarla.

—No de forma natural.

Clara sonrió forzando mucho la mueca y Javier se quedó mirándola.

—Más que paranoica, pareces una psicópata.

—Ja, ja… —se burló ella.

Javier se inclinó un poco hacia ella.

—Pero ahora eres mi psicópata. Vamos.

Antes de que Clara pudiera protestar, él ya la estaba guiando hacia el interior del barco, siguiendo al hombre que le había destrozado la vida.

Mientras descendían hacia la sala principal, Clara sintió que el corazón se le aceleraba de nuevo. Pero esta vez no era miedo. Era otra cosa.

Por primera vez en tres años tenía delante al hombre responsable de la muerte de Lucas. Y no pensaba dejarlo escapar.



23

La sala principal quedaba varios niveles más abajo, en un espacio más cerrado, elegante y silencioso.

Habían transformado una estancia militar en algo parecido a un salón de recepciones, con mesas altas, focos cálidos, pantallas mostrando gráficos sobre seguridad marítima y un pequeño escenario al fondo, donde un hombre hablaba de cooperación internacional, rutas comerciales y amenazas cibernéticas.

Clara no escuchaba absolutamente nada porque Beaumont estaba allí, a unos metros, de pie junto a una pantalla, hablando con dos hombres trajeados y otro militar.

—¿Y ahora qué? —murmuró Clara sin dejar de mirarlo.

Javier observó la sala con rapidez y precisión, como si estuviera trazando un mapa mental.

—Necesitamos acercarnos.

—Eso ya lo había deducido —pronunció de mala gana.

—Pero no demasiado.

—Eso también lo había deducido.

Javier la miró de reojo.

—¿Puedes entrar en su teléfono si pasas cerca?

Clara dudó un segundo.

—Quizá, pero necesito unos segundos, más que en el bar.

—¿Cuántos?

—Unos treinta.

Javier la miró.

—Eso es mucho.

—Bueno, no todos tenemos tu absurda capacidad militar para resultar interesantes hablando de barcos.

Él ignoró el comentario.

—Treinta segundos.

Clara asintió.

—Y necesito que no me mire —concretó.

Como si la hubiera oído, Beaumont levantó la vista justo en ese instante y Clara se quedó completamente paralizada. Durante una fracción de segundo, creyó que la estaba mirando a ella directamente, pero no, miró a Javier y este también lo notó.

Las miradas de ambos se encontraron un instante. Algo pasó, muy leve, pero suficiente: el almirante Beaumont frunció el ceño, como si le resultara familiar y tratara de recordar de qué. Luego volvió a apartar la vista.

Clara tragó saliva.

—No me gusta.

—A mí tampoco —confirmó Javier.

—¿Te conoce?

—No lo sé, espero que no.

—A mí me vio en el bar —le recordó ella.

—Vas vestida diferente.

—Pero la cara es la misma —protestó ella y luego resopló.

Uno de los camareros pasó cerca de ellos con una bandeja. Javier cogió dos copas y le tendió una a Clara.

—¿Qué haces?

—Vamos a acercarnos. —Ella se removió incómoda—. Confía en mí.

Y antes de que pudiera protestar, él ya había comenzado a caminar hacia el grupo donde estaba Beaumont.

Clara lo siguió con las piernas temblando ligeramente, intentando recordar cómo se respiraba. Sabía que aquel hombre era realmente peligroso. ¿Y si la reconocía?

Cuando llegaron lo bastante cerca, uno de los hombres se giró hacia Javier.

—Teniente Alcázar.

Javier asintió.

—Coronel.

El otro hombre sonrió.

—No esperaba verle aquí.

—Yo tampoco —sonrió Javier—. Pero supongo que siempre acabamos en los mismos sitios.

Clara no estaba escuchando, ya estaba lo bastante cerca del almirante y había sacado el teléfono discretamente, escondido junto a la copa.

Su pulgar se movía sobre la pantalla, abriendo el programa, buscando…

Un segundo, dos, tres…

Terminal detectado, cifrado activo.

Clara sintió el corazón en la garganta.

—Y usted debe de ser… —la voz de Beaumont la sacó de golpe de la pantalla.

Clara levantó la cabeza, él la estaba mirando, demasiado, y sonriendo.

—Inés Vidal —dijo ella, intentando que la voz no le temblara—. Consultora de ciberseguridad.

Beaumont asintió lentamente.

—Mmm... ya veo.

—Trabaja conmigo —intervino Javier inmediatamente, demasiado rápido y protector. Clara lo notó y Beaumont también.

—Ah, ¿sí?

Su mirada pasó de Javier a ella y luego otra vez a Javier, como si aquello le divirtiera.

—Debe de ser muy buena.

Clara tragó saliva.

El teléfono seguía trabajando. Veintidós segundos.

—Lo suficiente —respondió Javier.

Beaumont apenas sonrió.

—Siempre es bueno tener a alguien competente cerca.

Clara forzó una sonrisa mientras iba contando en su mente. Veintiséis segundos, veintisiete… y entonces el móvil vibró suavemente en su mano.

Acceso parcial conseguido.

Antes de que pudiera respirar tranquila, Beaumont miró hacia abajo, justo hacia su teléfono, y luego volvió a mirarla a ella.

El corazón de Clara se detuvo y durante un segundo tuvo la horrible sensación de que lo sabía, de que sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero entonces él sonrió.

—Creo que nos hemos visto antes.

Clara abrió mucho los ojos.

Javier se tensó a su lado.

—No lo creo, señor —respondió ella con una sonrisa agradable. Beaumont siguió mirándola, pensativo—. Lo recordaría —acabó ella.

El almirante asintió y apartó la vista, fingiendo indiferencia. Pero Clara sabía que no era así, y Javier también. Cuando volvió a centrarse en los otros hombres, Javier le apoyó una mano firme en la espalda.

—Nos vamos.

—Pero…

—Ahora —sentenció él

Y esta vez ella no discutió. Acababa de entrar en el teléfono del hombre que había dado la orden de matar a Lucas y tenía la terrible sensación de que acababa de empezar a sospechar de ella también.

Javier la sacó de la sala sin correr ni llamar la atención, con la mano firmemente apoyada en la espalda de Clara, guiándola entre la gente con esa calma militar que a ella empezaba a resultarle irritantemente tranquilizadora.

Solo cuando doblaron un pasillo y llegaron a una cubierta lateral casi vacía, lejos de la música y de las conversaciones, la soltó.

—Dame el teléfono.

Clara obedeció inmediatamente. Tenía las manos heladas.

Javier miró la pantalla.

—¿Qué has conseguido?

Ella respiró hondo e intentó concentrarse.

—No mucho… todavía.

Se acercó de nuevo, inclinándose ambos sobre el móvil, demasiado cerca, aunque ninguno parecía darse cuenta.

—He copiado una parte de la memoria temporal —explicó Clara—. Mensajes recientes, nombres de archivos, acceso a una carpeta cifrada y… —Se detuvo, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

Clara amplió una línea.

—Esto.

En la pantalla apareció un nombre: "BEAUMONT_FRIDAY".

Javier la miró.

—¿Eso qué significa?

—No lo sé —negó con la cabeza—, pero está vinculado a una transferencia.

Abrió otra ventana y apareció una lista de coordenadas, las mismas que ya habían visto, pero esta vez con más información.

—Es la ruta.

Javier se inclinó un poco más.

—La de aguas internacionales —susurró Javier.

Clara asintió.

—Sí, y mira esto.

Señaló una línea donde ponía: "Punto Gris – viernes – 23:40".

Hubo un silencio y Javier apretó la mandíbula.

Clara siguió bajando y se quedó completamente quieta. Había una carpeta nueva oculta llamada: "INCIDENTES".

El corazón se le disparó.

—Javier…

—¿Qué?

Ella no respondió y abrió la carpeta. Dentro había varios archivos, fechas, nombres, notas breves… Y uno de ellos tenía una fecha de hacía tres años.

Las manos empezaron a temblarle otra vez y él lo vio.

Ella apenas podía respirar. El archivo decía: "LV – Puerto de Barcelona".

Clara tragó saliva y abrió el archivo. Dentro había una sola línea: "Incidente resuelto. Sin testigos". Y debajo: "Vega, Lucas".

Clara sintió que el mundo desaparecía y se llevó una mano a la boca mientras sentía que todo giraba a su alrededor. Javier le quitó el teléfono de las manos antes de que se le cayera y la sujetó por la cintura al ver que parecía perder el equilibrio. Leyó el mensaje y, durante un segundo, su expresión se volvió tan fría que Clara apenas lo reconoció.

—Hijo de puta…

Su voz denotaba una mezcla de frialdad y peligro.

Clara intentó apartarse un poco, temblando, pero él no se lo permitió.

—Es él —sollozó ella.

—Sí.

—Fue él.

Javier levantó la vista hacia ella y, por primera vez desde que lo conocía, Clara vio en sus ojos una rabia tan grande como la suya. Él miró hacia atrás, asegurándose de que nadie los observaba. Allí no estaban seguros del todo, sabía que podía haber ojos por todas partes.

—No habrá detectado que lo has hackeado, ¿verdad?

—No lo sé —respondió, temblorosa.

Javier afianzó más la mano en su cintura e inspiró hondo mientras una ráfaga de viento amenazaba con echar su gorra abajo. Se la sujetó y la miró. Clara estaba pálida y temblorosa. No era para menos…

—Tenemos pruebas para demostrar lo que hizo —susurró Javier, mirando de un lado a otro, sin fiarse lo más mínimo de que alguien pudiera estar observándolos. Ella asintió—. Pero primero debemos descubrir qué va a

hacer y pararlo. ¿Puedes pasarme esos documentos para guardarlos yo también? Se los entregaré a mi superior.

Clara cogió el móvil de su mano y empezó a teclear con rapidez.

—Ya está —dijo enseguida.

—De acuerdo.

Javier agachó la cabeza para mirarla y la apretó un poco más contra él.

—Lo has hecho muy bien.

Ella levantó la vista hacia él y, por un segundo, pareció que iba a echarse a llorar otra vez, pero no lo hizo porque, en ese mismo instante, una puerta metálica se abrió al final del pasillo de cubierta.

Javier giró la cabeza automáticamente justo cuando dos hombres aparecieron.

Uno de ellos era el del traje azul que había estado vigilando a Beaumont. El otro era el que estaba junto a la escalera. Ambos miraban alrededor, buscando algo o a alguien.

La expresión de Javier se tornó seria, casi gélida.

—Mierda.

Clara siguió su mirada y notó cómo el corazón se le detenía por la impresión.

—¿Nos están buscando?

—No lo sé, pero no pienso quedarme a comprobarlo. —Le cogió la mano con fuerza—. Ven conmigo.

Comenzaron a caminar rápido.

La cubierta estaba mucho más vacía ahora. La mayoría de los invitados seguían en la sala principal, así que el sonido de sus pasos sobre el metal resonaba demasiado fuerte.

Clara intentó respirar, pero apenas podía.

—Me… me falta el…

—No hables.

—Pero…

—Clara —susurró, tirando de ella por la cubierta del barco.

Miró atrás, buscando señales de que los siguieran.

Ella cerró la boca al instante y siguió su ritmo. Javier no la soltaba. Cada pocos pasos miraba atrás, delante y a su alrededor, recorriendo con la vista cada rincón, cada sombra, cada puerta.

Clara se dio cuenta de algo: él estaba nervioso, no mucho, no de una forma visible, pero sí lo suficiente para que su mandíbula estuviera tensa y sus movimientos fueran demasiado precisos.

Doblaron otra esquina y entonces uno de los hombres apareció unos metros más allá, mirándolos directamente.

Clara se quedó helada mientras el hombre fruncía el ceño, como si intentara reconocerlos.

Javier reaccionó al instante y la atrajo hacia él, pegándola a su cuerpo. Situó una mano en la cintura, la otra en su nuca y la besó de golpe, sin avisar.

Clara abrió mucho los ojos, pero él no se apartó y la giró ligeramente, dando su espalda hacia el hombre, ocultándola y protegiéndola. Durante unos segundos Clara dejó de pensar. Puede que intentase pasar desapercibido, pero estaba besándola de verdad, con fuerza y urgencia. Además, notaba su corazón latiendo tan deprisa como el suyo.

Cuando se separó apenas unos centímetros, Javier todavía la mantuvo pegada a él. Miró por encima de su hombro, comprobando que el hombre hubiera pasado de largo.

—¿Qué haces? —murmuró Clara, completamente sin aliento.

—Disimular.

—Eso no ha sido disimular.

—Sí lo ha sido, aunque también ha sido placentero.

Él la miró y, a pesar del miedo, notó que se ponía roja.

Le cogió la mano otra vez y siguieron avanzando, esta vez más deprisa.

Subieron la pasarela, la cruzaron y bajaron al muelle.

El aire frío les golpeó de nuevo el rostro y Clara apenas sintió alivio, pues seguía notando algo, esa sensación como si alguien los estuviera mirando.

Javier también lo notaba y, en cuanto llegaron al aparcamiento, abrió la puerta del vehículo rápidamente.

—Adentro.

Clara obedeció y él rodeó el vehículo y subió. Cerró las puertas y, solo entonces, respiró aliviado.

—Martín, arranca… y asegúrate de que nadie nos siga.

El conductor arrancó y miró por el retrovisor.

Clara miró también hacia atrás a través de la luna, pero Javier la corrigió de inmediato.

—No mires atrás —susurró.

—¿Por qué?

—Porque si alguien nos está siguiendo, no quiero que lo note.

Clara tragó saliva e instintivamente alargó la mano buscando la de él. Cuando la encontró, la apretó con fuerza.

—Ya está —pronunció Javier.

Clara cerró los ojos un segundo e intentó calmarse. Eran demasiadas emociones, sin embargo, la mano de él acariciando la suya la calmó lo suficiente.

Rodrigo Beaumont no apartó la vista de Clara cuando ella respondió con aquella sonrisa educada y falsa.

—Inés Vidal. Consultora de ciberseguridad.

Inés, claro. Sin duda se trataba de un nombre falso.

La joven sostenía una copa con una mano y el teléfono con la otra, demasiado bajo, demasiado escondido contra la tela negra del vestido. Entonces, su móvil vibró. Una vez y muy leve, pero lo notó.

No era paranoia, no después de lo del bar y de aquella sensación extraña, aquella interferencia mínima en el terminal mientras hablaba con Héctor Salgado.

Por eso mismo había instalado el programa: una aplicación militar modificada, conectada directamente al sistema de seguridad de su teléfono, capaz de detectar accesos externos, intentos de copia, interferencias de Bluetooth o cualquier terminal desconocido que intentara acercarse demasiado.

Una luz roja apareció en la esquina inferior de la pantalla indicando una intrusión detectada.

Beaumont no cambió la expresión y siguió sonriendo, escuchando al coronel que hablaba a su lado, pero deslizó discretamente el pulgar sobre la pantalla y el mapa se abrió.

El programa no daba una localización exacta, no podía, pero sí una dirección, y esta le indicaba que la intrusión venía de tres metros a su izquierda, frente a él.

Levantó la vista y la vio.

La chica bajó la mirada justo en ese momento hacia el móvil, solo un instante, pero suficiente para asegurarse de que era ella. Sintió una punzada fría de rabia. Aquella cara le resultaba familiar, no sabía de qué, pero estaba seguro de haberla visto antes. Quizá en una fotografía o en un informe.

Entonces, la joven volvió a levantar la vista y sonrió.

De pronto, recordó el bar, la muchacha de la barra, la que se había acercado demasiado y había fingido buscar el baño, la misma que había salido a toda prisa del bar. Era ella.

La conversación continuó unos segundos más.

Se quedó observándola, al igual que al hombre que estaba a su lado.

Javier Alcázar, ahora lo reconocía. Un joven brillante, demasiado inteligente para su edad y demasiado cerca de aquella chica.

Beaumont mantuvo la sonrisa.

—Creo que nos hemos visto antes.

Ella palideció y él supo que no se equivocaba.

—Lo recordaría —respondió ella fingiendo calma.

Después, se marcharon deprisa.

Beaumont esperó solo unos segundos, los suficientes para no llamar la atención, y dejó la copa sobre una mesa.

—Discúlpenme. —Se acercó a uno de sus hombres de seguridad—. ¿Has visto la pareja que estaba hablando conmigo? —El hombre de seguridad asintió—. Seguidlos —ordenó.

El hombre de seguridad salió de inmediato en dirección a donde se había marchado Javier con Clara, internándose entre toda la gente que se encontraba en aquel salón.

Beaumont inspiró hondo y sonrió a unos hombres mientras comenzaba a caminar en la misma dirección. No podía permitir que lo cogiesen o adivinasen qué estaba haciendo.

Por lo que había intuido, aquella muchacha que se hacía llamar Inés debía de tener conocimientos avanzados de seguridad e informática, porque había detectado perfectamente que le habían hackeado el móvil. La cuestión era con qué intención. Estaba claro: estaba en el punto de mira, y eso no era una buena señal.

Salió a cubierta y el viento le golpeó la cara con fuerza.

Dos hombres lo esperaban junto a la escalera.

—Señor.

—He ordenado que los sigáis —ordenó.

—Ya lo hemos intentado.

Beaumont los miró con frialdad.

—Entonces hacedlo mejor.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Los hemos perdido en la salida, señor. Había demasiada gente.

—No es fácil cuando todos visten prácticamente igual —continuó el otro joven.

Beaumont apretó la mandíbula.

—El teniente Alcázar.

Los dos hombres levantaron la vista.

—Lo conozco —dijo uno.

—Ella se ha presentado como Inés Vidal. —Su voz se volvió más dura—. Pero ese nombre es falso. —Miró hacia el puerto, donde los vehículos comenzaban a abandonar lentamente la base—. Quiero saber quién es.

—Sí, señor.

—Y quiero saber qué demonios están haciendo.

Uno de los hombres dudó.

—¿Cree que tienen algo?

Beaumont guardó silencio un instante y luego miró hacia el mar en calma.

Dentro de treinta y seis horas, un carguero mercante sin bandera atracaría en un punto del Mediterráneo, en aguas internacionales, entre Cerdeña y Baleares.

"Nodo 17".

Allí entregaría los archivos, planos de radares costeros, rutas de patrulla de la Armada, accesos a servidores militares, protocolos de defensa marítima e información suficiente para dejar vulnerable media costa mediterránea.

Los compradores eran intermediarios vinculados a una red criminal del este de Europa que trabajaba para varios gobiernos extranjeros. No le importaba quiénes fuesen, solo sabía que pagaban… y pagaban bien. Doce millones de euros. La mitad ya estaba transferida, la otra mitad llegaría en cuanto el intercambio se completase.

No lo hacía solo por dinero, llevaba años viendo cómo ascendían hombres más estúpidos que él, cómo políticos sin experiencia tomaban decisiones sobre operaciones que no entendían, cómo lo apartaban y cómo olvidaban quién había construido realmente aquella Armada. Merecía más, muchísimo más, y si tenía que vender secretos para conseguirlo, lo haría sin remordimientos y sin dudar.

Ya había eliminado a varias personas cuando se habían acercado demasiado. No le temblaba el pulso. Y podría volver a hacerlo si era necesario.

Miró a sus hombres.

—Encontradlos.

—Sí, señor.

—Y preparad un informe completo sobre el teniente Alcázar y la chica. —Sus ojos se endurecieron—. Si han visto algo… —se colocó la gorra con calma—, no pienso permitir que ahora me lo arrebaten todo.



24

Cuando entraron en el piso ninguno de los dos habló.

Javier cerró la puerta tras ellos y Clara dejó el bolso sobre la mesa.

Todavía tenía esa expresión pálida y tensa que no había desaparecido desde que habían salido del barco.

Milo apareció desde el pasillo y fue directo hacia ella, rozándose contra sus piernas. Clara se agachó automáticamente para cogerlo en brazos. Lo abrazó demasiado fuerte, como si necesitara sujetarse a algo, hasta que el gato maulló como si le faltase el aire.

Javier se quitó la gorra blanca y la dejó sobre la mesa.

Durante unos segundos se quedó mirándola. Tenía ganas de abrazarla, de decirle que ya estaba, que estaban en casa, pero sabía que Clara no se iba a calmar hasta ver lo que había conseguido del teléfono del almirante Beaumont.

—Ven —dijo finalmente.

Clara asintió y dejó al gato sobre el sofá.

Los dos fueron hacia el ordenador y ella se sentó. Javier se quedó de pie a su lado.

Clara conectó el teléfono y comenzó a teclear abriendo carpetas.

El salón quedó otra vez iluminado solo por la pantalla. Clara estuvo unos minutos en silencio, observando, hasta que suspiró.

—¿Qué ocurre? —preguntó Javier.

—El acceso es mucho más profundo que el del bar —le informó ella con una ligera sonrisa.

Había nombres, archivos, mensajes, cuentas, rutas…

—Dios mío… —murmuró Clara.

Javier se inclinó ligeramente sobre ella.

—¿Qué?

Ella abrió un documento y apareció una lista de coordenadas, horas, nombres de barcos y una línea marcada en rojo.

NODO 17
23:40
Buque mercante "Ariadna"
Aguas internacionales

Clara amplió el mapa y el punto apareció entre Baleares y Cerdeña, lejos de todo. En esa zona todo era mar.

—Es ahí —indicó ella.

Javier frunció el ceño.

—¿La venta?

Ella asintió.

—Sí, dentro de dos noches. —Luego indicó con el dedo—. En aguas internacionales todo se complica jurídicamente. La jurisdicción cambia, la intervención inmediata se ralentiza y, dependiendo de la bandera, rutas o cobertura legal, detenerlos o inspeccionarlos requiere mucho más tiempo.

—Lo sé —murmuró Javier—, de esta forma ganan margen. Si algo sale mal, tienen más opciones de escapar, destruir pruebas o desaparecer antes de que cualquier autoridad coordine una respuesta.

—Además, no lo harán *online*. Cualquier transmisión conectada a red deja huella: nodos, tráfico, *pings*, rutas, accesos, servidores intermediarios… aunque cifres el contenido, el movimiento existe.

—Por eso usan intercambio físico.

—Sí —respondió Clara—. Nodos *offline*. Transportan la información en servidores físicos, discos duros cifrados o sistemas cerrados que jamás se conectan a internet durante la transacción.

—Como pasar un maletín —resumió Javier.

Clara sonrió.

—Exactamente, pero en lugar de dinero o documentos… secretos de Estado. Sin red, sin satélites, sin transferencia, sin interceptación digital. Si nunca entra en internet, nunca existe para los sistemas de vigilancia tradicionales. —Observó la pantalla—. El barco Ariadna funciona como punto muerto. Se mueve, cambia de posición, evita patrones fijos, reduce vigilancia y convierte la transacción en algo mucho más difícil de detectar.

—¿Y por qué ese punto exacto? —preguntó él.

Clara cambió de pantalla y abrió otras mientras tecleaba.

—Porque aquí coinciden tres factores: baja supervisión directa, rutas comerciales creíbles para no levantar sospechas y cobertura legal difusa. Es, básicamente, el lugar perfecto para hacer algo ilegal intentando que parezca logística. —Ambos se quedaron unos segundos en silencio.

—¿Qué va a vender exactamente?

Ella comenzó a teclear.

—No… no lo encuentro, supongo que esos archivos no estarán en su móvil, pero… aquí hay una transferencia.

—¿A quién?

Clara abrió un mensaje.

Confirmado. Entrega a las 23:40. Transferencia restante al completar recepción.

Debajo había una cuenta bancaria y un identificador. No había nombres.

—Dame un segundo —pronunció Clara con la mirada fija en la pantalla y tecleando sin parar—. Es una red del este de Europa —susurró—. No… no son militares.

—Deben de ser intermediarios —indicó él con la mirada fija en la pantalla, aunque poco comprendía—. Deben de comprar toda información sensible y luego la venden. —Javier se pasó una mano por la cara—. Mierda.

Clara siguió revisando y entonces volvió a aparecer la carpeta con el nombre: "INCIDENTES".

Ella se quedó quieta y Javier la miró de reojo. No dijo nada, pero Clara abrió el archivo de Lucas otra vez.

"El ingeniero insiste. Ha visto demasiado".
"Procedan".
"Que parezca un accidente".

Siguió bajando con el ratón.

Había otro mensaje más antiguo, de una semana antes.

"Vega está revisando las rutas de Valencia".
"Si continúa, tendremos un problema".

Clara sintió de nuevo una opresión en el pecho.

—Lucas…

Javier apoyó una mano sobre su hombro y ella cerró los ojos un segundo, pero antes de que pudiera decir nada, el teléfono de Javier sonó.

Ambos se quedaron quietos y él miró la pantalla.

—Es Salazar —le mostró su móvil.

Clara levantó la vista. Javier dudó unos segundos en si responder en aquel momento o no, aunque luego descolgó. Se alejó unos pasos hacia la ventana mientras ella seguía sentada frente al ordenador, oyéndolo todo.

—Teniente Alcázar —dijo la voz grave de Salazar al otro lado—. Informe.

—Hemos identificado al objetivo, señor.

—¿Quién es?

Javier apretó la mandíbula.

—El almirante Beaumont.

Hubo un silencio de asombro al otro lado de la línea.

—Repita.

—El almirante Beaumont, señor. —Javier miró a través de la ventana—. Hemos accedido a su terminal durante la recepción.

Hubo otro silencio, como si le costase creer aquello.

—Continúe.

Javier miró la pantalla del ordenador donde las coordenadas seguían abiertas.

—Hemos localizado la próxima entrega. Será dentro de dos noches, el viernes, a las veintitrés cuarenta.

—¿Dónde?

—Aguas internacionales, señor. Entre Baleares y Cerdeña. —Se acercó de nuevo al ordenador para dar los datos—. Coordenadas exactas: treinta y nueve grados, cuarenta y dos minutos norte… nueve grados, once minutos este. —Clara levantó ligeramente la vista para observarlo, tenía los músculos de su rostro tensos—. La operación aparece identificada como "Nodo 17" o "Punto Gris". —Clara señaló un punto de la pantalla para que Javier siguiese con la explicación—. La entrega tendrá lugar a bordo de un buque mercante llamado Ariadna —asintió hacia Clara, agradeciéndole el gesto.

—¿Qué tipo de entrega?

—Información clasificada de defensa, aunque no sabemos de qué se trata. —Se puso erguido de nuevo y fue hacia la pantalla—. Pero creemos que es suficiente información como para comprometer buena parte del Mediterráneo occidental.

Al otro lado de la línea, Salazar guardó silencio unos segundos.

—¿A quién va destinada?

Clara abrió otro archivo rápidamente y Javier leyó.

—No aparece un nombre directo, pero hemos localizado una transferencia vinculada a una red del este de Europa que actúa como

intermediaria. Compran la información y la redistribuyen.

—¿Cuánto dinero?

Clara volvió a señalar otro dato en la pantalla.

—Doce millones de euros. La mitad ya ha sido pagada, la otra mitad se transferirá cuando se complete la entrega.

—Mierda… —escuchó a su superior.

Javier observó la pantalla, habían mucho más datos que explicar, pero miró a Clara, se puso erguido de nuevo y fue hacia la ventana.

Ella sintió un escalofrío.

—Hay algo más, señor —pronunció con un tono de voz más bajo.

—¿Qué?

—Hemos encontrado archivos antiguos en el teléfono relacionados con un incidente de hace tres años, con Lucas Vega, el hermano de Clara.

El silencio al otro lado fue inmediato.

—Explíquese.

Javier tragó saliva.

—Hay mensajes enviados desde el terminal de Beaumont. No los recibe, los envía él —dijo para que quedase bien claro—. Se refiere a Lucas como "el ingeniero". Dice que ha descubierto las rutas y, luego… —Javier cerró los ojos un instante y cuando los abrió observó a Clara que estaba totalmente paralizada sobre la silla, mirándolo con ojos llorosos—. Luego ordena que lo eliminen. —Clara sintió que el aire abandonaba sus pulmones, aunque Javier continuó igualmente con la voz firme—. La frase exacta es: "Procedan. Quiero el asunto resuelto antes del viernes. Sin ruido". Y después: "Que parezca un accidente".

Hubo un silencio muy largo.

—¿Está segura la señorita Vega de que se refiere a su hermano?

Javier giró ligeramente la cabeza hacia Clara. Ella seguía mirando la pantalla, pálida e inmóvil.

—Sí, señor. La fecha coincide y aparece el nombre completo: Lucas Vega.

—Dios mío… —susurró su superior.

Javier cerró un momento la mano alrededor del teléfono.

—Tenemos pruebas, señor. —Se giró hacia la ventana y su voz se volvió más fría y calculadora—. Tenemos indicios y si Beaumont sospecha que alguien ha entrado en su terminal, se moverá rápido.

—Quiero toda esa información en mi despacho en cuanto la tengan organizada… y no hagan nada más hasta que nos veamos.

—Sí, señor.

—¿Entendido, teniente?

Javier volvió a mirar a Clara.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, señor —murmuró antes de colgar.

Durante unos segundos, el silencio llenó el salón mientras Javier guardaba el teléfono en su bolsillo.

Clara seguía sentada, quieta, con los ojos clavados en Javier, pero incluso en aquella oscuridad podía ver cómo sus ojos estaban llorosos.

—Clara… —pronunció con delicadeza.

Ella no respondió, se puso en pie de golpe y cruzó el comedor directa al pasillo para ir hacia su habitación, sin mirarlo ni decir nada.

Javier la observó desaparecer por el pasillo con una mano ocultando sus labios y supo inmediatamente lo que le ocurría. Escuchar aquello era demasiado doloroso, era como revivir toda la pena que había sufrido años atrás.

Javier no lo pensó y fue directamente tras ella. La siguió por el pasillo justo a tiempo de ver cómo ella cerraba la puerta de la habitación. Se detuvo delante e inspiró hondo.

—Voy a entrar.

No fue una pregunta ni le estaba pidiendo permiso, solo la estaba informando. Al otro lado no hubo respuesta, así que Javier abrió la puerta sin más.

Clara estaba junto a la ventana, de espaldas, abrazándose a sí misma mientras lloraba en silencio. Se había quitado los zapatos y varios mechones caían alrededor de su cara. Parecía tan pequeña así, tan frágil. Le dolió verla de aquella manera.

Clara llevaba días fingiendo que podía con todo: con la misión, con el miedo, con Lucas… pero no podía, y era lógico.

Nadie debería descubrir jamás que el asesino de su hermano seguía libre, sonriendo en recepciones y estrechando manos como si no hubiera destruido una sola vida.

Javier cerró la puerta tras él, despacio.

—No puedo… —su voz se rompió—. No puedo dejar de pensar en él.

Javier se acercó cauteloso hasta quedar detrás de ella.

—Es normal.

Clara se giró hacia él de golpe, con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

—No sabes lo que es pensar durante años que quizá podrías haber hecho algo más. Si le hubiera insistido más… si le hubiera hecho hablar… si no le hubiese dejado marcharse aquel día…

Javier tragó saliva.

—No fue culpa tuya.

Ella se echó a reír, pero fue una risa rota, sin alegría.

—Claro que sí —respondió ella, disgustada.

—No —dijo él.

—¡Sí! —Se llevó una mano a la cara, temblando—. Era mi hermano… y yo no hice nada.

Javier dio un paso más hacia ella.

—Clara… —Su voz fue firme y grave—, mírame. —Ella levantó la vista despacio—. Tú no mataste a Lucas. Lo hizo él, y vamos a demostrarlo.

Clara lo miró unos segundos como si quisiera creerlo, pero no supiera cómo.

—Tengo miedo —sollozó.

Javier sintió cómo el corazón se le rompía.

No dijo nada, solo la abrazó. La rodeó con los brazos y la apretó contra él con fuerza.

Clara escondió la cara en su pecho de inmediato y rompió a llorar otra vez.

Él la sostuvo con una mano en su espalda y otra en su pelo, acariciándola despacio, intentando recomponerla poco a poco.

—Ya está… —murmuró muy bajo—. Ya está.

Clara se aferró a su camisa y durante unos segundos solo existió eso: el calor de él, su olor, la forma en que la sujetaba.

De pronto, Clara comprendió algo: Javier se había convertido en lo único que tenía, en su refugio, en su bote salvavidas en medio de todo aquello.

Él agachó un poco la cabeza, lo suficiente para mirarla.

Tenía los ojos enrojecidos, las pestañas mojadas y aquella expresión vulnerable que rara vez dejaba ver, mucho más frágil de lo que quería aparentar.

Javier le levantó suavemente la barbilla con dos dedos y se miraron en silencio.

Clara podía sentir la respiración de él sobre sus labios y, por la forma en que la observaba, tan intensamente, supo que no estaba sola, que no iba a dejarla.

Javier se inclinó despacio y la besó, suave al principio, con cuidado, dándole a ella tiempo para apartarse si así lo deseaba, pero Clara no lo hizo, porque en cuanto sus labios tocaron los de ella, sintió que todo el dolor, el miedo y la rabia se deshacían un poco.

Ella cerró los ojos y respondió al beso aferrándose a él.

Javier la estrechó más entre sus brazos y el beso se hizo más profundo y más intenso.

Él le acarició la mejilla con su mano, apartándole el pelo húmedo de las lágrimas, mientras ella se agarraba a la tela de su camisa como si temiera que desapareciese.

No había prisa, solo esa necesidad extraña de estar cerca, de sentirlo y de comprobar que estaba allí.

Javier apoyó su frente contra la de Clara un instante.

—Te prometí que te ayudaría. —Su voz apenas fue un murmullo—. Y voy a hacerlo.

Clara lo miró con lágrimas en los ojos, volvió a besarlo y, en aquel momento, se dio cuenta de que aquel beso era lo único que conseguía que el mundo dejara de doler un poco.

El beso no se rompió, al contrario, se volvió más profundo y necesario.

Clara deslizó las manos por el pecho de Javier mientras él la rodeaba con firmeza, como si quisiera mantenerla a salvo dentro de sus brazos.

—No estás sola —murmuró contra sus labios—. Mientras estés conmigo, no tienes que temer nada.

Clara cerró los ojos al escucharlo, no porque fuera una promesa grandilocuente, sino porque viniendo de él sonaba real.

Se besaron de nuevo mientras Javier recorría su espalda con las manos, sintiendo la piel bajo la tela del vestido y el leve estremecimiento de ella bajo su contacto.

Con cuidado y con una calma que contrastaba con la intensidad del momento, llevó los dedos hasta el cierre de su ropa.

No hubo prisas ni urgencia, la tela cedió y la camisa de Clara se abrió ligeramente, dejando al descubierto su piel y parte de su pecho.

Javier apartó la tela con suavidad, como si no quisiera romper nada o temiera que ella pudiera deshacerse entre sus manos.

Clara contuvo la respiración, no por vergüenza, sino por cómo la miraba, por esa mezcla de deseo y algo mucho más profundo, algo que la hacía sentir vista de verdad.

Él inclinó la cabeza y besó su hombro despacio, con una calidez tenue. Ella cerró los ojos, apoyando la frente contra su sien.

—Confía en mí —susurró él.

Clara asintió, no necesitaba más.

Sus manos subieron hasta el cuello de Javier, deslizándose por la tela de su camisa, tirando suavemente de ella hasta que él entendió.

Se separó lo justo para quitársela, dejándola caer al suelo, y volvió a acercarse a ella, esta vez sin barreras, sin nada entre los dos más que el calor de sus cuerpos. Se abrazaron más fuerte, sintiéndose más cerca, como si aquel contacto fuera necesario para respirar.

Se besaron de nuevo y esta vez fue ella quien lo empujó ligeramente hacia atrás, en dirección a la cama. Javier respondió sin dudar, guiándola con una mano firme en su cintura, con sumo cuidado.

El mundo quedó reducido a ese espacio, a la respiración compartida y al roce de la piel, a la forma en que se buscaban sin decir nada.

La tumbó sobre la cama con suavidad, sin dejar de mirarla, mientras Clara alzaba una mano y le rozaba la mejilla. Javier la seguía mirando con cierta preocupación.

—Estoy bien… —susurró ella.

Javier asintió y volvió a besarla mientras Clara recorría con sus manos su espalda, sus brazos y su cintura, con una mezcla de deseo y algo mucho más tierno.

En medio de todo aquello, Clara dejó de pensar en Lucas, en el almirante, el peligro y el miedo, porque en ese instante solo existía Javier y la forma en que la sujetaba, como si fuera lo único importante en ese momento.

El mundo quedó reducido a ellos dos, a su respiración entrecortada y al calor que compartían, a la forma en que sus manos parecían necesitarse para no perderse.

Javier apoyó su peso con cuidado, sin aplastarla, manteniendo siempre ese control tan suyo, incluso en medio de todo aquello, como si una parte de él nunca dejara de vigilar y de proteger.

Clara lo miró unos segundos, todavía con el pecho subiendo y bajando con rapidez, sintiendo esa calma inesperada que solo aparecía cuando él la tocaba y la miraba así.

Alzó la mano y volvió a recorrer su rostro, despacio, como si necesitara memorizar cada detalle.

—No te vayas —susurró.

Javier negó suavemente.

—No pienso hacerlo.

Se inclinó una vez más y la besó como si ya no hubiera nada que demostrar, solo quedarse.

Clara cerró los ojos, dejándose llevar por esa sensación, por ese momento en el que todo parecía detenerse.

Sus manos dejaron de aferrarse y comenzaron a acariciar más tranquilas esta vez.

Javier deslizó la mano por su brazo y su cintura, con una calma que contrastaba con lo que habían sentido minutos antes.

Finalmente, separó los labios de los suyos y apoyó la frente contra la de ella.

Clara tenía el cabello oscuro extendido sobre la almohada y el rostro todavía ligeramente húmedo por las lágrimas, pero en calma.

Entonces, Javier lo entendió todo: por qué ella era así, por qué no se rendía, por qué seguía luchando incluso cuando estaba rota.

—Vamos a terminar esto —susurró casi para sí mismo—. Por él.

Clara no respondió, pero se aferró un poco más a Javier.

Esas palabras fueron suficientes para ella. En medio del caos, habían encontrado un lugar donde detenerse, aunque solo fuera durante unas horas.

Se besaron apasionadamente mientras sentían cómo sus cuerpos reaccionaban igual que la vez anterior en que habían estado juntos, sin poder frenarlo… como si todo el dolor, el miedo y la incertidumbre encontraran en el otro un lugar donde desaparecer por unos instantes. Y en medio de aquel caos, entre caricias y promesas silenciosas, comprendieron algo que ninguno de los dos había buscado, pero que ya era imposible ignorar: ahora que estaban juntos, ya no eran dos luchando por separado… eran uno solo y, juntos, simplemente eran imparables.



25

La luz entraba por la ventana cuando Clara abrió los ojos. Durante unos segundos no se movió, solo se quedó ahí, medio escondida entre las sábanas, notando el calor a su lado. El brazo de Javier la rodeaba con una naturalidad que todavía le resultaba peligrosamente agradable.

Giró la cabeza despacio hacia él. Javier seguía dormido. Se le veía totalmente relajado, aunque con el ceño ligeramente fruncido incluso en reposo, como si ni siquiera dormido dejara de estar en alerta.

Clara lo observó unos segundos más de la cuenta.

—Si sigues mirándome así, voy a pensar que te gusto —bromeó él.

Clara dio un pequeño respingo.

—¿Estás despierto?

Él abrió un ojo.

—Buenos días.

—No estabas dormido —confirmó ella.

—Estaba descansando.

—Parecías estar totalmente frito, estás mintiendo.

—Bueno… —se encogió de hombros—, no revelaré el secreto, información clasificada.

Clara resopló, apartándose un poco, aunque no demasiado.

—Pfff… estás muy bromista de buena mañana.

—Y tú hablas demasiado para alguien que lleva cinco minutos despierta.

Ella lo miró.

—No llevo cinco minutos despierta.

—Llevas exactamente siete.

—¿Cómo lo sabes?

Javier abrió el otro ojo.

—Porque dejaste de respirar como alguien dormido hace siete minutos.

Clara parpadeó y tuvo un escalofrío.

—Es inquietante que digas esas cosas.

—Muchos años de entrenamiento —bromeó alzando las dos cejas repetidas veces.

Ella negó con la cabeza.

—Necesito café. —Intentó levantarse, pero el brazo de Javier seguía rodeándola—. Javier —rio ella.

—¿Sí?

—Tu brazo.

—Ah. —No lo apartó—. ¿Lo necesitas para algo? —ironizó.

Clara lo miró.

—Sí, necesito que lo apartes para poder levantarme.

—Qué pena… porque no voy a apartarlo de momento —continuó divertido.

Ella soltó una risa y, sin previo aviso, él se inclinó rápidamente y le dio un beso rápido en los labios.

Clara se quedó quieta un segundo, analizando lo que había ocurrido en una fracción de segundo.

—¿Y eso?

—Buenos días versión mejorada —sonrió.

Ella seguía parpadeando.

—Podrías avisar.

—Le quitaría la gracia.

Ella negó con la cabeza y, finalmente, Javier apartó el brazo.

Clara se levantó y se dirigió hacia el baño.

—Voy a ducharme.

—No tardes, tenemos trabajo.

Clara se detuvo en la puerta.

—Ah, sí, claro… La parte donde arriesgamos la vida.

—Esa misma —le dio la razón.

Ella resopló.

—Genial —susurró, cerrando la puerta del baño tras de sí.

Javier se quedó unos segundos en la cama, mirando el techo, pensativo. Sabía que aquella calma no duraría. Lo que habían descubierto la noche

anterior lo cambiaba todo e intuía que la próxima orden que recibirían iba a ser mucho más peligrosa.

Cuando Clara salió con el pelo húmedo y una camiseta suya demasiado grande, lo encontró en la cocina con el café preparado. Javier había situado varias piezas de fruta sobre la encimera.

Clara avanzó y lo miró enarcando una ceja.

—¿Eso es… una manzana? —bromeó.

—Sí.

—¿Y eso es… un plátano?

—También.

—¿Y dónde están los dónuts?

—No hay.

—¿Cómo que no hay?

—No hay —repitió.

Clara lo miró, horrorizada.

—No puedo trabajar en estas condiciones.

—Claro que puedes.

—Mi cerebro necesita azúcar —se quejó.

—Tu cerebro necesita disciplina.

Ella cruzó los brazos.

—Mi cerebro va a dimitir.

Javier apoyó las manos en la encimera.

—Si dimite, lo reemplazamos.

Clara suspiró, cogió la manzana y la miró.

—Si en unas horas estoy triste, será por esto —le mostró la manzana.

—Si en unos años estás viva, será por esto —la señaló él. Ella alzó la vista hacia él y le dio un gran bocado. Él sonrió—. Así me gusta… cómetela toda. Es saludable.

Ella resopló mientras cogía con su otra mano la taza de café. Inspiró y se giró hacia él, pensativa.

—¿Qué va a pasar ahora?

Javier apoyó la cadera en la encimera.

—Ahora tenemos pruebas.

—¿Crees que son suficientes para detenerlo?

Javier masticó y tragó.

—Supongo que él se defendería diciendo que esos mensajes son falsos…

—No lo son —rugió ella.

—Ya, pero él alegaría eso.

—Yo podría desmontarle esa versión rápidamente, su IP era…

—Ya, ya… —la cortó él—, ya sé por dónde vas, pero no solo es un delito de asesinato, además está poniendo en peligro la seguridad nacional. Necesitamos más pruebas.

—Exacto —lo señaló—, y que se pudra en prisión el resto de su vida.

Él la observó sorprendido por el tono macarra que había empleado. Dio un sorbo a su café y la miró seriamente.

—Tenemos que ir a por la entrega de los documentos que va a vender.

Clara agachó la mirada hacia la manzana.

—Será en alta mar —dijo mientras se removía nerviosa.

—Sí.

—Eso suena fatal, no me gusta.

Javier apretó los labios y asintió.

—Vamos a reunirnos con mi superior.

Clara asintió despacio.

—¿El mismo que me amenazó con llevarme a prisión y concederme la condicional si no obedecía? —ironizó.

Él le sonrió con condescendencia.

—Sí.

—¿Ya le caigo mejor?

Javier enarcó una ceja.

—Digamos que… le eres útil. Eso ya es mucho.

—Pero no responde a mi pregunta.

—En el ejército eso es lo mejor a lo que puedes aspirar.

Clara negó con la cabeza.

—Fantástico —protestó.

—Clara. —Ella levantó la vista mientras Javier se acercaba un poco más —. Vamos a hacerlo bien y no dejaré que te pase nada.

Ella lo miró unos segundos.

—Vale… —pronunció tranquila, como si la promesa de Javier la calmase, aunque de repente elevó un dedo amenazante hacia él—. Pero como me hagas comer fruta durante toda la misión, abandono.

Javier sonrió.

—Lo tendré en cuenta.

Clara le dio un pequeño golpe en el brazo y caminó hacia el ordenador.

—A ver si hoy sobrevivo sin azúcar.

El comentario hizo que Javier sonriera.

—Voy a ducharme y nos ponemos con la documentación. En unas horas nos reunimos con mi superior. Hay que llevarlo todo.

Ella asintió mientras se sentaba frente al ordenador y Javier iba hacia el aseo.

—Tranqui, esto lo organizo yo en un plis —pronunció antes de escuchar la puerta cerrarse.

El edificio no tenía ningún distintivo. No había placas, ni banderas, ni nada que indicara qué ocurría allí dentro. Lo único que había era mucha seguridad.

Clara miró por la ventanilla mientras bajaba del vehículo.

—Esto es muy poco acogedor.

—Eso es porque no está pensado para ser acogedor —respondió Javier con naturalidad.

—Ya, me encanta venir a sitios donde parece que si estornudo me van a detener.

Javier esbozó una sonrisa.

—Mejor no estornudes —bromeó.

Dos hombres los recibieron en la entrada y revisaron sus acreditaciones sin decir una palabra. Luego, tuvieron que pasar varios controles más.

Clara levantó una ceja mientras pasaban el tercer control.

—¿Cuántos filtros hay?

—Los necesarios.

—¡Ja! —exclamó ella cogiendo su bolso de nuevo—. Me siento importante.

—Eres importante… más de lo que crees —enfatizó Javier.

Ella lo miró de reojo mientras él abría la puerta de una de las salas y la dejó pasar primero.

El interior era completamente distinto, minimalista y frío. Había pantallas en las paredes, mapas y rutas marítimas, así como información en tiempo real. Al fondo, había una sala acristalada donde varias personas ya estaban reunidas.

Javier caminó directo hacia allí con Clara siguiéndolo, intentando no mirar demasiado ni que se le notase fuera de lugar, aunque se sentía así.

Al entrar, todos levantaron la vista.

El superior de Javier, Salazar, estaba de pie junto a la mesa central. A su lado había tres personas más: un hombre mayor, de uniforme, con insignias que Clara no supo identificar, una mujer trajeada con expresión seria y una tableta en la mano, y otro hombre más joven, claramente militar, observando un mapa proyectado

—Teniente —saludó Salazar.

—Coronel.

Javier adoptó inmediatamente una postura firme. Clara lo miró de reojo y lo imitó… más o menos.

—Señorita Vega —añadió Salazar.

Ella asintió.

—Buenos días —pronunció ella casi susurrando, bastante nerviosa.

—Tenemos poco tiempo —continuó él—. Empecemos.

La pantalla cambió y apareció un mapa mientras Javier y Clara tomaban asiento. En un lateral ponía: "NODO 17".

—Objetivo: buque mercante *Ariadna* —indicó Salazar—. Bandera neutral, pero sabemos que está implicado en la operación.

—Hora de intercambio: veintitrés cuarenta —añadió la mujer de la tableta.

—Ubicación: aguas internacionales —completó el otro militar.

Clara los miró uno a uno, cruzó los brazos y ladeó su cabeza.

Antes de que Salazar pudiera continuar, Clara alzó la mano.

—Perdón —los interrumpió. Todos alzaron la mirada hacia ella, sorprendidos. La sala se quedó en silencio y Javier giró la cabeza lentamente hacia ella, con esa mirada que decía: *"ahora no"*. Clara lo ignoró por completo—. Antes de empezar con… todo esto —hizo un gesto hacia la pantalla, el mapa, el barco y el desastre en general—, quiero aclarar un par de cosas.

Salazar la observó unos segundos y, finalmente, asintió.

—Adelante.

Javier apretó la mandíbula. Ya sabía de antemano lo que iba a decir Clara. La conocía demasiado bien.

—Si hago esto, no quiero ir a prisión. —Miró fijamente al superior—. No quiero reducción de condena ni acuerdos a medias ni condiciones. —No pestañeó—. Quiero libertad absoluta, nada de condicional, sin cargos ni antecedentes policiales ni judiciales.

Hubo silencio. El militar joven levantó una ceja, la mujer de la tableta dejó de escribir y Javier cerró los ojos un segundo.

—Clara… esto lo podemos hablar en otro momento.

—No. —Miró fijamente a Javier—. Ni Clara ni nada. Si me estoy jugando la vida, quiero saber exactamente qué gano, porque de momento lo único que estoy ganando es estrés, riesgo y… —miró a la mesa—, ni siquiera hay dónuts. —Golpeó la mesa enfurecida mientras Javier suspiraba y se pasaba la mano por los ojos, avergonzado.

El militar joven tosió para disimular una risa.

—Esto no es una negociación —insistió Javier en voz baja.

—Claro que lo es —respondió ella con total naturalidad y el tono de voz alto—. Todo es una negociación. —Volvió a mirar a Salazar—. Y, con todo el respeto… —Alzó sus manos—, mi trabajo no es gratis, y ya que no me están pagando…

—Clara —la advirtió Javier.

Ella levantó una mano, situándola casi en su cara para que guardase silencio.

—Estoy hablando con tu jefe.

Salazar cruzó las manos a la espalda, observándola y evaluándola.

—Señorita Vega —dijo finalmente—, este no es el momento.

—Es exactamente el momento —dijo dando unos golpecitos con el dedo —. Me tienen asustada con lo de la libertad condicional, ¿condicional a qué? Eso me genera antecedentes. Así no trabajo correctamente… —los señaló a todos—. Me tenéis estresada. Así que sí, vamos a negociar ahora, porque cuando empiece la operación ya no podré negociar nada. Y creo que todos sabemos que, sin mí, esto no sale.

Javier tensó la mandíbula, pero no dijo nada, sabía que Clara tenía razón, y Salazar también lo sabía, se lo notó por su suspiro.

Su superior parecía molesto, pero consciente. En su cabeza, el cálculo era claro: ella era la única que había accedido al sistema del almirante Beaumont, la única capaz de entrar en el servidor del barco sin activar todas las alarmas. Ella era la única opción real y no tenían tiempo para buscar a otra.

—Está pidiendo inmunidad total —dijo finalmente.

—Sí.

—Eso no es habitual.

—Yo tampoco soy habitual —sonrió con ironía—, y ya me he jugado la vida bastantes veces. —Señaló a Javier—. El teniente sabe perfectamente que soy buena en lo que hago.

Javier la miró y, por un segundo, algo parecido a orgullo cruzó su expresión. Suspiró y, finalmente, cedió.

—Se implica —añadió Javier—. Mucho más de lo que debería.

Hubo un largo silencio durante el cual Salazar la observó unos segundos, hasta que finalmente exhaló.

—De acuerdo. —Javier levantó la vista, igual que Clara—. Si la operación tiene éxito, no habrá cargos.

Clara parpadeó.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un sí, pero solo si cumple su parte —confirmó el superior.

Clara sonrió.

—Perfecto. —Carraspeó e hizo un gesto con la mano hacia la pantalla—. Puede continuar.

Javier la fulminó con la mirada y se acercó levemente hacia ella mientras Salazar cerraba los ojos, armándose de paciencia.

—Deja de dar órdenes a un superior —le susurró.

Clara se inclinó ligeramente hacia él.

—No me mires así, es tu superior, no el mío.

Javier cerró los ojos un segundo y respiró hondo. Cuando volvió a abrirlos, seguía sin saber si quería reñirla o besarla. Probablemente ambas cosas.

Salazar carraspeó.

—Ahora que hemos terminado con… la negociación, continuemos. El barco mercante…

—¿Vamos a subir ahí? —volvió a interrumpir ella.

Javier la miró de reojo con expresión mosqueada por interrumpir de nuevo, pero ella necesitaba saber lo antes posible para concienciarse de lo que debían hacer.

Salazar la miró.

—Sí —respondió con paciencia.

Javier intervino.

—Supongo que la infiltración se hará durante la fase de carga previa a zarpe.

Clara lo miró.

—¿Eso que significa?

—Antes de zarpar hay mucho más movimiento —respondió él—. Tripulación entrando, revisiones, logística…

—Hay un caos controlado —añadió el militar joven. Clara asintió despacio —. Perfecto para colarse.

—Exacto —le dio la razón la mujer.

Salazar señaló el plano del barco.

—El acceso será por la cubierta de carga e iréis disfrazados como personal técnico.

—¿Y nadie va a comprobar quiénes somos? —preguntó Clara.

—Lo harán —respondió la mujer—, pero no demasiado. El dinero manda más que los protocolos en este tipo de operaciones.

Clara esbozó una pequeña sonrisa.

—Eso me tranquiliza mucho.

Salazar ignoró el comentario.

—Objetivo principal: obtener la información antes de la transferencia. —Miró directamente a Clara—. Esa es su parte.

Ella asintió.

—Vale. —Aunque, para sorpresa de todos, se puso en pie y se acercó a la pantalla. Javier la miraba sorprendido—. Si es como creo, los archivos no estarán en un ordenador normal.

Todos la miraron.

—¿Por qué? —preguntó Salazar.

—Porque no son idiotas —respondió ella. Todos suspiraron—. Si alguien entra, lo primero que revisa es lo obvio. —Se encogió de hombros—. Yo los escondería en un servidor interno aislado.

—¿Dónde? —preguntó el superior.

Clara señaló el plano del barco.

—En la zona técnica. En una sala de comunicaciones o control de navegación.

—Tiene sentido —murmuró el militar.

—¿Podría acceder? —preguntó Salazar.

Clara asintió.

—Sí, pero necesitaré tiempo.

—¿Cuánto?

—Depende de lo protegido que esté, aunque si es como el teléfono… —acabó con una sonrisa maligna que hizo que Javier arquease una ceja.

—¿El del almirante? —preguntó la mujer.

Clara asintió.

—Estará bien protegido —acabó diciendo ella.

—¿Qué solución plantea? —le preguntó el superior.

Clara respiró hondo.

—Acceso físico y conexión directa.

—Explique eso —dijo el militar joven.

—Necesito conectar un dispositivo al sistema, un puente para saltarme la seguridad externa.

—Traducción —añadió Javier, mirándola.

Clara suspiró.

—Necesito enchufar "algo" al sistema para entrar sin que me bloqueen.

—Mejor —confirmó él ante esa explicación.

Salazar asintió.

—¿Y una vez dentro?

—Lo copio todo, verifico los archivos y, luego… —dudó un segundo—, los borro todos para que no puedan transferirlos.

Hubo un silencio.

—¿Seguro? —preguntó la mujer.

—Si no lo hacemos, venderá la información igualmente.

—¿Y si detectan el borrado? —continuó la mujer.

Clara alzó una ceja.

—Entonces tendremos un problema —respondió Clara.

Javier intervino.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Diez minutos, si todo va bien.

—Demasiado —murmuró el militar.

—No si el movimiento es apto —respondió Javier.

Salazar asintió.

—Procederemos así. Entrada durante la fase de carga, acceso a sala técnica, extracción de datos, borrado y salida antes de que zarpe.

Clara levantó una mano.

—Una cosa. —Todos la miraron—. ¿Qué significa exactamente "antes de que zarpe"?

Javier la miró.

—Antes de que el barco se vaya en dirección a aguas internacionales.

—Ah.

—Literalmente —enfatizó él.

—Vale, eso es lo que sospechaba.

—Entonces no preguntes —pronunció él con los dientes apretados.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Era por confirmar —le respondió ella con el mismo tono.

Salazar continuó ignorándolos.

—El punto de extracción será la cubierta trasera con el equipo de apoyo a distancia.

—¿Nos recogen? —preguntó Clara, sorprendida.

—Sí.

—¿Y si algo sale mal? —insistió ella.

Hubo un silencio y Javier fue quien habló.

—No saldrá mal.

Clara lo miró.

—Eso no es una respuesta.

Él sostuvo su mirada.

—Es una orden —sentenció él.

Ella resopló.

—Claro, cómo no…

El militar joven intervino.

—En caso de contingencia, abortan misión y evacúan.

Clara frunció el ceño.

—¿Evacuar cómo?

Javier respondió.

—Como sea necesario.

Ella lo miró.

—Eso suena fatal —se quejó.

—Porque sería una situación fatal.

Salazar miraba de Javier a Clara continuamente, parecía que entre ambos había ya suficiente confianza.

—Preparad el equipo —les pidió—. No quedan muchas horas para que el barco zarpe.

Ella volvió hacia su asiento, resoplando, y se situó al lado de Javier.

—No estoy nada preparada para esto —le susurró.

Javier se inclinó ligeramente hacia ella.

—Lo estarás.

Clara lo miró.

—Eso espero —dijo lentamente.

—Sé que lo estarás —insistió.

Y, por la forma en que lo dijo, por esa seguridad, Clara sintió algo parecido a la calma, aunque supiese perfectamente que lo que vendría después iba a cambiarlo todo.

La reunión terminó con un silencio profesional, como si todos fueran conscientes de lo que estaba en juego.

Javier saludó con un gesto firme.

—Señor.

Los demás hicieron lo mismo.

Clara, en cambio, se giró hacia todos con una sonrisa mucho más… suya.

—Gracias por no meterme en prisión —dijo con total naturalidad—. Prometo no hackear nada vuestro.

El militar joven soltó una risa que intentó disimular, la mujer de la tableta negó levemente con la cabeza y Salazar simplemente la miró en silencio.

Javier cerró los ojos un segundo.

—Por favor, cállate —susurró.

Clara hizo un pequeño gesto de despedida con la mano.

—Ha sido un placer.

Clara salió primero. Javier la siguió y, en cuanto la puerta se cerró tras ellos y el silencio frío del pasillo los envolvió, espetó.

—¿En serio?

Clara continuó caminando.

—¿Qué?

—¿Cómo que "qué"?

—Pues eso, ¿qué?

Javier se detuvo un segundo.

—Has negociado inmunidad total delante de un superior en mitad de una operación.

Clara se encogió de hombros.

—Sí.

—¡Sí! —exclamó él, aún asombrado.

—Sí.

Javier la miró.

—Eso no se hace.

—Claro que se hace —respondió ella, indignada.

—No en ese momento, Clara.

—Entonces, ¿cuándo?

—Luego.

Clara negó con la cabeza mientras seguía caminando.

—Luego ya no sirve de nada.

Javier caminó a su lado.

—No era el momento —continuó él.

—Era el único momento. —Se giró hacia él mientras avanzaban—. Cuando esté en ese barco no voy a estar pensando en negociar nada, voy a estar pensando en no morir… y en no liarla.

Javier apretó la mandíbula.

—Podías haber confiado.

Clara lo miró de reojo.

—Confío. —Se encogió de hombros—. Pero prefiero asegurarme. —Caminaron unos pasos más—. Además —añadió ella—, tú sabes que soy buena en lo que hago.

—Lo sé.

—Y que me implico.

—También lo sé.

—Pues… ¿entonces?

Javier soltó aire y negó con la cabeza. Se quedó unos segundos pensativo hasta que la miró con un gesto más amable.

—Me alegro.

Clara parpadeó.

—¿Perdón?

—Que me alegro de que lo hayas conseguido.

Ella sonrió, satisfecha.

—Gracias —respondió con una gran sonrisa.

Javier la miró.

—Pero que quede clara una cosa, yo pensaba hacerlo igualmente.

—¿El qué?

—Asegurarme de que no fueras a prisión.

Ella lo miró unos segundos, pensativa, y finalmente se encogió de hombros.

—Bueno —dijo finalmente—. Mejor así.

Javier asintió.

—Mejor así, sí.

Llegaron a la salida y el aire frío de la calle les golpeó de nuevo.

El vehículo negro los esperaba fuera del edificio.

Martín estaba apoyado en la puerta, impasible, como siempre.

Les abrió la puerta sin decir una palabra y subieron.

Clara se dejó caer en el asiento.

—Vale, ¿cuánto queda para que me dé un ataque de nervios? —preguntó mientras se acomodaba.

Javier se abrochó el cinturón.

—Unas horas. En cuanto lleguemos al piso, tienes que preparar una bolsa.

Clara se volvió hacia él.

—¿Qué tipo de bolsa?

—Operativa.

—Eso no responde a nada.

—Ropa funcional, equipo ligero, nada que llame la atención…

Clara frunció el ceño.

—¿Nada del uniforme blanco?

Javier la miró.

—No.

—¿Ni uniforme bonito?

—No.

—Qué decepción.

Javier enarcó una ceja.

—¿Te gusta el uniforme?

Clara sonrió.

—Mucho, sobre todo cómo te queda.

Javier apartó la mirada hacia la ventanilla, pero esa leve tensión en su mandíbula lo delataba.

—Concéntrate.

—Estoy concentrada.

—No lo parece.

—Pues lo estoy —confirmó ella—, puedo concentrarme y admirar al mismo tiempo.

Javier negó con la cabeza.

—Increíble —ironizó—, estoy gratamente sorprendido.

Clara apoyó la cabeza en el respaldo.

—Yo quería repetir la escena del barco… —le susurró—, pero con menos peligro y más besos.

Javier la miró de reojo y Clara pudo observar cómo aquellas palabras producían una mirada cargada de deseo en él. Javier no pudo evitar descender sus ojos levemente hacia sus labios.

—Después de la misión.

Ella sonrió.

—Me lo apunto.

El vehículo arrancó y entonces, desde el asiento delantero, Martín habló por primera vez.

—¿Destino?

Javier miró hacia delante, como si no hubiese sido consciente de la presencia del chófer hasta ese momento, aunque respondió sin dudar.

—Al piso.

Martín asintió.

—Entendido.

El vehículo se puso en marcha. Mientras las calles de Barcelona desfilaban tras las ventanillas, ambos sabían que las próximas horas iban a cambiarlo todo.



26

El piso estaba en silencio cuando entraron, un silencio extraño, como si el lugar supiera que lo que venía después no iba a ser fácil.

Clara dejó el bolso sobre la mesa sin decir nada y Javier cerró la puerta. Se quitó la chaqueta y, durante unos segundos, ninguno de los dos habló.

—Vale —soltó Clara de golpe—. Creo que ahora sí me está dando el ataque de nervios.

Javier alzó la vista hacia ella.

—Aún no has empezado.

—Precisamente por eso. —Se llevó las manos a la cabeza—. Voy a meterme en un barco lleno de gente peligrosa, voy a hackear un sistema que seguramente está protegido hasta por su abuela y luego voy a borrar archivos mientras intento no morir. —Negó con la cabeza—. No me parece un buen plan.

Javier se apoyó en la mesa.

—Es el mejor que tenemos.

Ella lo miró y resopló.

—Eso tampoco ayuda —gruñó mientras comenzaba a caminar nerviosa por el salón, de un lado a otro, demasiado rápida—. Vale, vale, vale… bolsa. Tengo que hacer la bolsa —dijo, deteniéndose e intentando ordenar las ideas.

—Sí.

—¿Qué meto?

—Lo justo.

—Eso no es una lista —se quejó.

Él suspiró.

—Ropa oscura y tus cachivaches —la señaló.

—Eso lo suponía.

—Nada que brille —continuó.

—Adiós a mi dignidad entonces —bromeó.

Javier enarcó una ceja.

Clara se giró, negó con la cabeza y se dirigió hacia la habitación.

Javier fue tras ella mientras Clara abría el armario y empezaba a sacar ropa.

—Esto no —dijo pasando las perchas—. Esto sí —lo arrojó sobre la cama —. Esto… demasiado bonito. Esto tampoco.

—Clara.

—¿Qué? —preguntó de los nervios.

—No es un desfile.

—Ya lo sé —respondió mirando el armario—, pero tampoco quiero morir mal vestida.

Javier soltó aire por la nariz y se cruzó de brazos, apoyándose en la pared mientras Clara cogía una camiseta. La miró y se encogió de hombros.

—Vale, esto. —Lo arrojó a la cama.

—Bien —la felicitó con ironía.

—Pantalones negros.

—Bien —repitió él.

—Zapatillas.

—Perfecto —acabó canturreando.

Clara comenzó a meterlo todo en una mochila demasiado rápido, aunque sus movimientos no eran fluidos, eran nerviosos y tensos.

Javier se acercó y la cogió suavemente de la muñeca.

—Para.

Clara se quedó quieta y lo miró.

—No puedo parar.

—Sí que puedes —pronunció sin soltarla.

—No. —Tragó saliva—. Si paro, pienso, y si pienso, me pongo peor.

Javier la observó unos segundos.

—Mírame —dijo en voz baja—. ¿Qué tal si dejas de contener el aire y respiras? —En ese momento, ella se dio cuenta de que había aguantado el aire varios segundos—. No vas a estar sola ahí dentro.

—Ya.

—Voy a estar contigo en todo momento.

Clara tragó saliva.

—Eso no evitará que me disparen.

—Evitará que te pase algo —pronunció con seriedad.

Ella intentó sonreír.

—Me gustaría tener la seguridad que tienes tú. —Él suspiró mientras Clara bajaba la vista—. La verdad es que tengo mucho miedo.

Javier no dudó y se acercó más. La soltó de la muñeca solo para rodearla con los brazos.

—Es normal.

Clara apoyó la frente en su pecho.

—No quiero fallar.

—No lo vas a hacer.

—¿Y si fallo?

Javier apoyó la barbilla suavemente sobre su cabeza.

—Entonces lo arreglamos… juntos.

Clara cerró los ojos y, durante unos segundos, se quedó así, quieta, respirando. Sintió cómo la tensión empezaba a bajar poco a poco.

Se separó despacio y lo miró.

—Vale —acabó ella susurrando.

Javier asintió.

—Bien.

Ella volvió a la mochila, esta vez más tranquila.

—¿Algo más? —preguntó más centrada.

—Cachivaches —le recordó él.

Clara sonrió un poco.

—Ah, ahora sí hablamos mi idioma.

Cogió la mochila y fue hacia el comedor, seguida por él. Se acercó a su *setup* y abrió un cajón. Sacó dispositivos, cables y un pequeño *pendrive*.

—Esto es el "puente".

—¿Traducción?

—La llave mágica.

—Me gustan más esas palabras —comentó Javier con una leve sonrisa—. ¿Y esto? —señaló.

—Esto es por si todo falla.

Javier la miró.

—No me gusta.

—A mí tampoco —dijo metiéndolo en la mochila—. Pero mejor tenerlo.

Cerró la mochila y suspiró de nuevo.

—Vale, creo que ya está.

Javier la observó.

—Muy bien.

Clara apoyó las manos en la mesa.

—Javier…

Él la miró.

—¿Sí?

—Cuando estemos ahí…

—Sí.

—No me dejes sola ni un segundo —acabó.

Javier dio un paso hacia ella.

—No lo haré.

Ella asintió y, entonces, sin pensarlo demasiado, se puso de puntillas y lo besó.

Javier respondió al corto beso directamente.

—Después de esta noche… —murmuró él—, vamos a tener una conversación seria sobre tu dieta.

Ella parpadeó.

—¿Perdón? ¿Me sacas esta conversación ahora?

—Tomas demasiado azúcar. Tienes poca disciplina con la alimentación. Hay que cambiarlo.

Clara se quedó mirándolo y golpeó su pecho.

—Qué pesado —susurró ella mientras él reía.

Ella negó con la cabeza, aunque sonría, y eso era lo importante. El miedo seguía ahí, pero ya no la dominaba.

Javier se giró y entró en su habitación sin decir nada. Clara fue detrás y cerró la puerta con suavidad, observándolo.

Él ya estaba quitándose la camiseta, con la mente centrada en la misión y en el barco. Todo podía salir bien o mal. No había término medio.

Clara cruzó los brazos.

—¿Siempre te desnudas así de rápido o solo cuando hay operaciones peligrosas?

Javier ni siquiera se giró.

—Concéntrate —pronunció él.

—Pues deja de desnudarte...

—Tú has decidido seguirme hasta aquí.

Ella sonrió.

—Bueno, tranquilo, estoy concentrada en la misión. Tengo claro lo que hay que hacer.

Javier negó con la cabeza mientras abría el armario.

—Escucha. —Su tono se volvió más firme mientras sacaba la ropa oscura y funcional de su armario—. Cuando lleguemos, no debemos llamar la atención.

—Eso lo tengo claro.

—Vamos a entrar como personal técnico.

—Vale.

—No hables más de lo necesario.

Clara levantó una ceja.

—Eso va a ser difícil.

—Lo sé, por eso te lo digo.

Ella resopló.

—Qué fe tienes en mí.

Javier la miró por encima del hombro.

—La justa. —Clara sonrió, pero lo dejó seguir—. Yo voy a encargarme de distraer al personal.

—¿Distraerlo cómo?

—Hablando, moviéndome… haciendo lo que haga falta, mientras tú —la señaló—, trabajas.

Clara asintió despacio.

—¿Dónde?

Javier señaló mentalmente el plano.

—En la zona técnica. Intentaremos acceder a la sala de comunicaciones. No tendrás mucho tiempo, diez minutos como máximo —le recordó.

Clara lo miró.

—Si todo va bien —puntualizó ella.

—Sí.

Javier se puso la camiseta negra y se giró hacia ella.

—Si algo se complica, salimos sin discutir.

—Sin discutir —repitió ella.

—Claaaraaa… —arrastró las vocales de su nombre.

—Vaaale —suspiró—. Sin discutir.

Javier la observó un segundo más.

—No sabemos cuántas personas colaboran con el almirante, así que, por favor… —Esta vez suplicó—, no me lo pongas difícil, si te digo corre, tú corres. Si te digo para, tú te paras...

—Entendido.

—Esta gente está traficando con datos de seguridad nacional y no dudarán en apretar el gatillo. —Ella resopló, pero Javier la ignoró,

necesitaba que todo quedase bien claro—. La mochila que has preparado con tu ropa y dispositivos…

—Mi "llave mágica".

—Eso. Lo llevamos como equipo técnico. No suelen revisar, pero, por si acaso, va oculto entre la ropa.

Clara asintió.

—Vale.

—Vístete con algo cómodo, oscuro y nada llamativo.

—Sí, jefe.

Javier enarcó una ceja.

—No me llames así —se quejó.

—¿Prefieres teniente?

—Prefiero que no hables cuando te estoy explicando esto.

—Sabes que eso no va a pasar, ya me conoces.

Javier negó con la cabeza, pero había una leve sonrisa en su rostro.

—Nos quedan dos horas.

Clara abrió los ojos.

—¿Dos horas?

—Sí.

Ella resopló.

—Tiempo suficiente para ponerme nerviosa.

—Para prepararte —la corrigió él mientras se ponía los pantalones y unas deportivas. Se situó erguido ante ella y la miró ladeando su cuello. Desde allí, Javier parecía mucho más alto—. ¿Preparada, recluta?

Clara arqueó una ceja.

—¿Recluta?

—Sí.

—Te estás viniendo arriba.

—Responde.

Ella lo miró y sonrió.

—Preparada para salvaros el culo, teniente.

Javier soltó una leve risa.

—Eso espero. —Javier la observó. Parecía mentira que una chica tan delicada pudiese ser una de las mejores hackers, no solo nacional, sino a nivel internacional. Dio un paso hacia ella y tomó su mano—. Cuando terminemos con esto, vamos a ir a por él.

—Por Lucas —susurró ella.

Javier la acercó un poco más a él.

—No va a quedar impune por el asesinato.

Clara lo abrazó directamente, fuerte, como si necesitara ese momento antes de todo lo que venía.

—Vamos a hacerlo —susurró más convencida.

Aquella vez sus palabras no llevaban un tono dudoso. Había decisión.

Javier no la soltó, al contrario, la abrazó con más fuerza, sabiendo que ese momento era necesario para ella, comprendiendo que, antes de lo que estaba por llegar, Clara necesitaba ese instante de calma.

Ella se aferró a él, deslizó las manos por su espalda y apoyó la cabeza en su pecho, cerrando los ojos mientras escuchaba el latido firme de su corazón, constante y seguro.

Lo que venía era demasiado grande. Jamás había hecho algo así.

En unas horas entraría en un barco lleno de hombres peligrosos, en el sistema que protegía los secretos de un almirante capaz de matar por ellos.

Pero aquello no era solo una misión. Era la verdad. La verdad que había buscado durante años. La respuesta a todas las noches sin dormir, al último mensaje de su hermano, a cada paseo por el puerto buscando algo que ya no estaba: justicia.

Había pasado demasiado tiempo persiguiéndola, sintiendo que siempre se le escapaba y, ahora… ahora estaba ahí, al alcance de su mano, como si de pronto todas las piezas hubieran encajado y el Universo, después de tanto silencio y llantos por su parte, hubiera decidido finalmente responder.

Clara inspiró hondo, más despacio y tranquila. Ahora ya no estaba sola, tenía a Javier. Y eso lo cambiaba todo.

Se abrazó un poco más a él, sintiendo su calor y su firmeza, y entendió algo con una claridad que la sorprendió. No era solo que él estuviera ahí, sino que él la hacía más fuerte. A su lado el miedo no desaparecía, pero dejaba de paralizarla y se transformaba en decisión.

Javier bajó ligeramente la cabeza, apoyando la mejilla contra su cabello sin decir nada, pero transmitiéndole exactamente lo que necesitaba.

Clara cerró los ojos y, por un instante, todo encajó.

Había perdido a su hermano, pero no iba a perder la oportunidad de hacer justicia por él, no esta vez.

Se separó lo justo para respirar, pero no lo soltó. Javier se había convertido en eso que nunca había tenido, en su ancla, en su punto de equilibrio, en ese lugar al que podía volver cuando todo lo demás se tambaleaba… en su bote salvavidas en medio de una tormenta que apenas acababa de empezar.

Lo que venía iba a ser intenso, mucho más de lo que cualquiera de los dos estaba dispuesto a admitir, pero esta vez no iban a enfrentarlo solos. Lo

harían juntos.



27

El puerto estaba envuelto en una luz artificial que lo hacía parecer irreal: focos blancos, sombras alargadas y el sonido constante del metal, de cajas moviéndose y de voces que daban órdenes entre el ruido del mar golpeando suavemente el muelle.

Clara bajó del vehículo y se quedó unos segundos mirando el barco. El *Ariadna* era más grande de lo que había imaginado. Un mercante gris, robusto, sin ningún tipo de distintivo llamativo, pero con esa presencia silenciosa que imponía respeto.

No era elegante ni bonito, pero funcionaría para lo que pretendían hacer.

—Pensaba que sería… diferente —murmuró.

Javier se colocó a su lado.

—¿Militar?

Clara asintió.

—Sí.

Javier negó con la cabeza.

—No, es mercante.

Clara lo miró.

—¿Y eso es mejor?

—Mucho. —Comenzaron a caminar hacia la zona de acceso, mezclándose con el resto de personas que iban y venían—. Este barco pasa más desapercibido para lo que pretenden hacer. Además, en un barco militar no entraríamos ni de lejos —continuó él en voz baja—. Demasiados controles y demasiados ojos atentos.

Clara observó el movimiento a su alrededor: hombres cargando cajas, otros revisando papeles, gente hablando por radio…

—Qué caos —susurró ella.

—Aquí el caos es útil.

Clara esbozó una sonrisa, nerviosa.

—Me gusta cómo suena eso… y a la vez no.

Javier la miró de reojo.

—Es más fácil entrar y mucho más fácil que no te revisen a fondo si pareces saber lo que haces.

Clara ajustó la mochila sobre su hombro.

—Vale, fingimos que sabemos lo que hacemos.

—No. —Javier negó con firmeza—. Sabemos lo que hacemos —pronunció con convencimiento—. Vamos allá —inspiró sin dejar de caminar. Se acercaron al acceso y un hombre con chaleco reflectante levantó la vista. Clara sintió que el corazón se le iba a salir por la boca—. No dejes de caminar, imítame —le susurró Javier.

Ella tragó saliva e intentó aparentar normalidad.

—¿Equipo? —preguntó el hombre.

Javier ni dudó.

—Revisión de comunicaciones previa a zarpe —informó sin detenerse, directo a la rampa y seguido por Clara.

El hombre los miró un segundo y luego hizo un gesto con la mano.

—Rápido, van justos de tiempo.

Clara parpadeó.

¿Ya? ¿Así?

Subieron la pasarela y el metal vibró bajo sus pies.

El olor a sal, aceite y maquinaria lo impregnaba todo.

Cuando cruzaron al interior, Clara sintió que el mundo cambiaba. Había más ruido, mucha gente y más tensión, pero también más posibilidades de desaparecer entre todo aquello.

Se movieron entre la tripulación sin llamar la atención.

Javier caminaba con seguridad, con paso firme, como si perteneciese a aquel buque. Tal y como le había dicho, Clara lo imitaba, o al menos eso intentaba, aunque por dentro su corazón latía demasiado rápido.

Pasaron junto a dos hombres que discutían y otro grupo que cargaba material. Javier ni siquiera se detuvo, fue directo a la puerta, seguido por Clara y, de pronto, ya estaban dentro.

Clara soltó el aire despacio y se inclinó ligeramente hacia Javier.

—Ha sido más fácil de lo que pensaba —susurró.

Javier no la miró y siguió avanzando.

—Lo difícil será salir.

Clara tragó saliva mientras lo seguía por aquel estrecho pasillo.

El interior del *Ariadna* era muy distinto a lo que Clara había imaginado, más estrecho y oscuro y mucho más… opresivo, o así era como ella lo sentía. Durante los primeros segundos de caminar por aquel pasillo, sintió que le faltaba el aire, pero se forzó a calmarse. No estaba sola, estaba con su barquito de guerra. Todo saldría bien.

Los pasillos eran de metal, con paredes grises ligeramente desgastadas, cables visibles en algunos tramos y una iluminación fría que parpadeaba de forma intermitente en ciertos puntos. El aire olía a combustible, a sal y a algo más denso, como si aquel barco llevara demasiados años acumulando historias que nadie quería contar.

El sonido era constante. Se escuchaban los motores en segundo plano, pasos, radios y voces cruzadas en distintos idiomas. Dudaba que hubiese un solo rincón de aquel barco en el que hubiese algo de silencio en aquel momento. Sin embargo, todo el mundo allí tenía una misión o un trabajo, todo parecía funcionar con una precisión extraña, como si el caos tuviera su propio orden.

Clara avanzó al lado de Javier, intentando adaptarse a su rápido ritmo, al entorno y a esa sensación de estar en territorio ajeno.

Pasaron por un pasillo donde dos hombres discutían sobre una carga y otro donde un técnico revisaba un panel abierto lleno de cables.

Una puerta metálica se abrió de golpe a su derecha y casi chocaron con alguien que salía.

—Cuidado —gruñó el hombre.

Javier ni se inmutó.

—Revisión de comunicaciones —respondió sin detenerse.

El otro asintió sin prestar atención y siguió su camino.

Clara lo miró de reojo.

—Empiezo a entender lo de "actuar como si pertenecieras aquí".

—Funciona —murmuró él.

Doblaron una esquina y el espacio se abrió ligeramente a una zona más amplia con varias puertas laterales y una escalera que bajaba a otro nivel.

Javier ralentizó el paso.

—A partir de aquí —susurró—, habrá menos movimiento.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó Clara a su lado.

—Depende. —Miró de un lado a otro, controlando el espacio—. Menos gente significa menos ruido.

—Y más posibilidades de que nos vean —concluyó ella.

—Exacto.

Clara tragó saliva cuando un hombre pasó junto a ellos y los miró un segundo más de lo normal.

Clara sintió cómo el estómago se le encogía y Javier ni giró la cabeza, siguió caminando seguro, como si nada fuera extraño.

El hombre pasó de largo y Clara soltó el aire lentamente.

—Vale… eso ha sido incómodo.

—Va a ser todo el rato así.

—No quiero acostumbrarme a esto —dijo con los dientes apretados.

Él la miró de reojo.

—Pues solo aguanta —pronunció mientras avanzaban.

Pasaron junto a una puerta abierta donde se veía un panel de control con varias pantallas encendidas. Clara la miró de reojo y se giró hacia él.

—Eso parece interesante.

Javier volvió a controlar a su alrededor y negó con la cabeza.

—No es ese.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Porque es demasiado visible.

Clara asintió.

—Tiene sentido.

Continuaron introduciéndose cada vez más profundo en el barco, más lejos de la salida y dentro de algo que ya no podían controlar del todo. Aquello no le gustaba nada, sentía las pulsaciones de su corazón desbocadas.

Javier se detuvo finalmente y le hizo una señal mínima con la mano.

Clara también se detuvo y miró en aquella dirección. Delante de ellos se abría un pasillo más estrecho y con menos luz, que terminaba en una puerta metálica cerrada y sin ningún tipo de señalización.

Javier se giró hacia ella.

—Ahí.

Clara entornó los ojos.

—¿Es una sala técnica?

—Probablemente.

—Me gusta ese "probablemente".

—Es lo mejor que tenemos.

Clara respiró hondo.

—Vale.

Javier se acercó un poco más.

—A partir de ahora nos separamos.

Ella lo miró y, aunque sabía que iba a pasar, no le gustó nada.

—¿Ya? —exclamó asustada, aunque se controló de inmediato.

—Sí.

—Es muy pronto —gimió.

—Es el punto —respondió Javier, controlando que nadie se acercase a ese lugar—. Yo me moveré por aquí, hablaré, distraeré… Tú —dijo girándose hacia ella—, directa a esa puerta.

—¿Y si está cerrada?

—La abres —dijo directo.

Clara enarcó una ceja.

—Claro, qué fácil —ironizó.

Javier se inclinó ligeramente hacia ella.

—Lo es para ti. —Ella sostuvo su mirada y resopló—. Tienes diez minutos —añadió él—. No más.

—Ya lo sé —dijo de los nervios mirando hacia la puerta.

—Clara —llamó él su atención.

—¿Sí?

Él suspiró y apretó los labios.

—Si algo va mal…

—Salgo —dijo rápidamente.

—Sin pensarlo.

Ella asintió.

—Sin pensarlo —repitió.

Javier dudó un segundo y luego asintió.

—Voy a estar cerca.

Clara lo miró y asintió, esas palabras eran lo único que necesitaba.

Javier dio un paso atrás y se giró, alejándose por el pasillo lateral sin mirar atrás.

Se quedó sola, mirando de un lado a otro. El sonido del barco parecía más fuerte y amenazante ahora.

Miró la puerta. ¿Cómo había llegado a estar allí?

Respiró hondo, cerró los ojos fuerte un segundo y los abrió.

—Vale… —susurró para sí misma—. Vamos a liarla —dijo avanzando hacia la puerta.

Clara se detuvo frente a la puerta y miró el panel de al lado.

—Teclado numérico —susurró mirándolo, donde parpadeaba una pequeña luz roja indicando que estaba cerrada—. Perfecto —murmuró.

Dejó la mochila en el suelo con rapidez y se arrodilló enfrente mientras la abría.

—Mierda, mierda… —decía por el estrés que sentía. Miró hacia los lados, asegurándose de que no había nadie, y removió entre la ropa buscando el dispositivo pequeño y discreto. Cogió su "llave mágica", aunque esta temblaba entre sus dedos. No comprendía cómo podían dedicarse a eso—. Ayyy… jolines —se quejó cuando el dispositivo casi se le cayó de la mano.

Se agachó frente al panel y levantó la tapa inferior, había decenas de cables, conexiones…

—Un sistema básico —dijo más tranquila—, vale… esto… esto puedo hacerlo…

Sus manos se movieron rápido, pero no con prisa, sino con precisión, controlando su pulso, e insertó el dispositivo.

Esperó y la luz parpadeó.

—Rojo, rojo, rojo… Vamos… —susurró.

—¿Algún problema?

Clara se tensó, dio un brinco y giró la cabeza. Javier se encontraba de pie a unos metros, mirándola.

—¿Quieres que me dé un infarto? —susurró ella, enfadada.

Él se acercó.

—Te he dicho que diez minutos.

—Llevo treinta segundos —pronunció acelerada.

Javier miró el panel.

—¿Está bloqueada?

—Sí.

—¿Puedes abrirla?

Clara le lanzó una mirada enojada.

—¿Quieres que me relaje o que lo haga rápido?

—Las dos cosas.

—Pues no hables.

Si no tuviesen que pasar desapercibidos, seguramente le habría gritado.

Javier cruzó los brazos.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Diez segundos si te callas —rugió volviéndose hacia el panel—. Si me distraes, más.

Clara estaba extremadamente nerviosa. Javier suspiró y miró de un lado a otro, vigilando de nuevo.

La luz parpadeó de nuevo.

—Rojo, rojo… verde —dijo más alto por la alegría.

Hubo un leve clic y la puerta se desbloqueó.

Clara retiró el dispositivo y se puso en pie.

—Siete segundos —murmuró.

Javier enarcó una ceja.

—Nueve.

—Siete —repitió ella abriendo la puerta.

—Nueve. —Clara resopló y miró al interior. Javier se apartó ligeramente, cubriendo el pasillo—. Tienes diez minutos.

—Ya lo sé… pesado —dijo de los nervios.

Clara respiró hondo y entró sin mirar atrás. La puerta se cerró tras ella con un sonido seco.

La sala era pequeña, más de lo que esperaba, sin ventanas, iluminada solo por una luz blanca y fría que hacía que todo pareciera más duro y técnico.

Frente a ella, se encontraban varios *racks* de servidores alineados contra la pared, con luces verdes y azules parpadeando de forma constante. Uno de los paneles se encontraba abierto con cables expuestos. Al otro lado había una terminal, justo en una esquina. Aquello no era un ordenador normal, era más robusto e industrial.

El aire allí era más cálido y denso, y el sonido era un zumbido constante.

Clara cerró los ojos un segundo, intentando hacerse un mapa mental de las conexiones.

—Vale…

Se movió rápidamente y dejó la mochila sobre una pequeña mesa metálica. Sacó el dispositivo principal, el puente, y lo conectó directamente al puerto del terminal. Miró el punto que reflejaba la pantalla negra y dio unos golpecitos con el pie en el suelo.

—Vamos, vamos…

El dispositivo se encendió en la interfaz básica, nada amigable ni intuitiva.

Clara resopló.

—Claro… lo escondes bien… maldito hijo de…

Sus dedos comenzaron a moverse rápidos y seguros.

—Vamos a ver qué escondes…

Entró en el sistema y accedió a la primera capa, la básica. La pudo abrir y accedió a la segunda…

—Cifrada —susurró con una sonrisa—. Me gusta —ironizó mientras sus dedos volaban sobre el teclado incluyendo líneas de código, accesos…

abriendo puertas digitales una tras otra, como si el sistema fuera un laberinto y ella supiera exactamente por dónde ir.

—Venga…

Carpetas, datos normales, operaciones del barco, rutas… nada relevante.

Frunció el ceño, pensativa.

—No…

Se detuvo y se dio unos segundos para ordenar su mente.

—Si yo fuera él…

Giró ligeramente la cabeza, mirando los servidores.

—No estaría aquí…

Se levantó y se acercó al *rack* principal, donde las luces parpadeaban con más intensidad.

—Ahí estás…

Se agachó y buscó.

Encontró el puerto y conectó el dispositivo directamente.

La pantalla cambió de inmediato a un acceso directo más profundo y oculto.

Entonces apareció. Aquello se trataba de una estructura diferente, repleta de carpetas sin nombre, identificadores…

Clara sintió cómo el pulso se le aceleraba.

—Holiii… —canturreó.

Abrió una de las carpetas, accediendo al interior.

Archivos, fechas, transferencias, coordenadas…

Su mirada voló directamente hacia una carpeta llamada "PROTOCOL_17".

Clara se quedó quieta.

—Nodo 17… —susurró.

La abrió y tuvo que contener un gritó.

Ahí estaba todo: los archivos, los datos, la venta, las rutas y mucho más.

Clara tragó saliva.

—Vale…

Sus dedos volvieron a moverse más rápidos y decididos ahora.

—Vamos a sacarte de aquí… —dijo.

Clara no apartó la vista de la pantalla mientras las líneas de datos seguían desplegándose ante ella demasiado rápidas, como si el sistema intentara contener algo que no debía salir de ahí.

Abrió el primer archivo solo unos segundos, pero aquello ya le bastó.

Rutas de patrulla naval completas que ni siquiera aparecían fragmentadas o parciales, sino totalmente completas, coordenadas exactas, horarios, frecuencias, protocolos de actuación…

—No… —susurró.

Abrió otro archivo que incluía accesos a radares costeros, claves de entrada, puntos ciegos, zonas donde la vigilancia desaparecía durante minutos exactos, minutos suficientes para…

—Dios… —susurró, consternada.

Abrió un tercer archivo que incluía mapas de control marítimo con modificaciones marcadas. Aquello no se trataba de fallos, sino de huecos creados a propósito.

—Esto es… —Se le secó la garganta—, es gravísimo.

Sus dedos comenzaron a moverse más rápido.

Conectó el *pendrive* e inició la copia.

—Transferencia iniciada…

La barra apareció, completándose demasiado lenta para lo que ella deseaba.

—Vamos, vamos… —sollozó.

En ese momento, se puso erguida y sintió un ligero balanceo casi imperceptible.

Clara frunció el ceño y miró alrededor. Nada había cambiado, el sonido seguía ahí, constante, igual, pero el suelo… el suelo no estaba completamente quieto.

—¿Qué…?

Volvió a la pantalla y resopló.

12%

18%

23%

Parpadeó y sintió que el corazón se le salía por la boca cuando la pantalla cambió con un aviso: era pequeño, rojo y discreto, pero claro.

"Actividad no autorizada detectada".

Clara se quedó completamente inmóvil.

—Mierda…

Respiró hondo e intentó no pensar, solo actuar.

Sus dedos se movieron e introdujo comandos en el teclado, simulando errores y redirigiendo procesos.

—Vamos… cuela… cuela…

Durante un segundo pareció funcionar y la alerta desapareció.

Se llevó la mano al corazón y soltó el aire.

Aquella calma no duró y la alerta de actividad no autorizada detectada volvió a parpadear más estable y firme.

"Verificación de sistema en curso".

—Ahhh —gritó Clara, desesperada.

Clara cerró los ojos un instante. Lo sabía, sabía que aquello no iba a funcionar a ese nivel… y eso solo significaba una cosa. Iban a venir.

Las palabras de Javier cruzaron su mente.

"Si algo va mal… sal".

Apretó la mandíbula y miró la barra de transferencia.

41%

No, no iba a abandonar. No iba a marcharse cuando lo tenía tan cerca.

El problema era que la transferencia era demasiado lenta, y cada segundo que pasaba estaba más cerca de ser descubierta.

Ya lo había sido, aunque no físicamente.

Inspiró hondo e intentó calmarse. Sus manos dejaron de temblar y se volvieron firmes y decididas. Extrajo de la mochila un segundo dispositivo de grabación directa de copia redundante.

Lo conectó para duplicar procesos. Mientras una copia se descargaba la otra se registraba por si fallaba o no llegaba… o por si todo se iba al infierno.

52%

60%

El balanceo del suelo se volvió más evidente.

Clara alzó la vista y esta vez sí lo notó, el zumbido había cambiado y ahora era más grave y constante.

El barco…

—No…

Se le heló la sangre.

¿Habían zarpado? ¿Con ellos dentro?

68%

—No, ¡joder!

La alerta cambió a *"Acceso físico recomendado"*.

Clara sintió el pulso en la garganta.

—Ya vienen… —sollozó.

Miró la puerta cerrada, sabiendo que esta se abriría en cualquier momento. Sus dedos se movieron más rápido.

—Venga… venga…

Abrió la consola principal y localizó el núcleo y todos los archivos. Los seleccionó todos y, sin dudar un ápice, los eliminó.

Proceso iniciado…

74%

81%

El sistema respondió e intentó bloquear y recuperar.

Clara forzó la intrusión.

—No, ni hablar, esta vez no —sentenció ella tecleando sin cesar.

89%

Le pareció distinguir el ruido de pasos al otro lado de la puerta.

Clara se quedó completamente quieta, escuchando. Sí, había más de uno, cada vez más cercanos.

—Javier… —susurró casi sin voz.

Miró la pantalla y tragó saliva mientras sentía una gota de sudor resbalar por su frente y otra por su espalda.

94%

Los pasos se detuvieron justo al otro lado.

97%

Escuchó una voz amortiguada.

—Sí…aquí dentro.

Clara apretó los dientes.

—Vamos…

99%

El pomo comenzó a girar justo cuando la pantalla parpadeó.

100%

Clara no esperó a ver más y arrancó el *pendrive*. Cortó la conexión y apagó el sistema.

Se giró cuando la puerta comenzaba a abrirse.



28

Javier lo notó antes de verlo. El cambio sutil pero inconfundible, el motor sonaba más grave y constante, así como el suelo se tornaba ligeramente inestable bajo sus pies.

Se detuvo en seco y miró alrededor.

El pasillo seguía igual: la gente se movía, voces, radios... pero algo no encajaba.

Alzó la vista y entonces lo entendió.

—Mierda…

Habían zarpado.

Giró la cabeza justo cuando vio a dos hombres avanzar con paso rápido por el pasillo con una dirección clara: directa hacia la sala técnica.

Su mandíbula se tensó. Clara.

Sin pensarlo, se movió con paso firme y rápido, sin correr. Si se movía demasiado rápido, llamaría demasiado la atención, así que debía mantener la calma mientras fuese posible.

Los siguió a distancia, observando, escuchando…

Uno de los hombres habló por radio.

—Verificación en curso… posible intrusión…

Javier aceleró. Estaba claro, los habían descubierto.

No había tiempo.

Doblaron la esquina en dirección a la sala técnica. Javier se tensó mientras se acercaba a ellos. Giró su cuello y se aseguró de que nadie los siguiese.

Uno de aquellos hombres alzó la mano en dirección al pomo y comenzó a girarlo.

Javier no dudó y acortó la distancia en dos pasos.

El primero ni lo vio venir. Situó una mano en su cabeza y lo golpeó fuertemente contra la pared, cayendo inconsciente hacia delante, sin ruido más allá del impacto contra el metal.

El segundo reaccionó, aunque tarde. Aquellos hombres no tenían formación en lucha ni eran militares.

Javier lo empujó contra la pared. El hombre rebotó, pero antes siquiera de que pudiese intentar defenderse, Javier lo golpeó fuertemente en la mejilla, lanzándolo al suelo. Aquel hombre no perdió el conocimiento, pero sí que quedó lo suficientemente aturdido como para no poder levantarse. Se encontraba fuera de juego.

Javier abrió la puerta de golpe.

—Clara. —Ella ya estaba girándose con el *pendrive* en la mano y una mirada asustada—. Nos vamos —dijo él. Ella se agachó para recoger su mochila—. Déjala, solo nos interesan los datos.

No fue una sugerencia, fue una orden.

Clara cruzó la puerta sin detenerse. Javier la sujetó del brazo al instante, con firmeza.

—¿Lo tienes?

—Sí.

—¿Todo?

—Sí.

—¿Te han visto?

Clara dudó medio segundo.

—El sistema sí —respondió mientras Javier cerraba la puerta con un golpe.

Miró el pasillo y se quedó quieto un segundo, analizando de dónde venían los pasos.

—Vienen más.

Clara tragó saliva mientras observaba a los dos hombres tendidos en el suelo, aunque no dijo nada.

—Lo imaginaba.

—Vamos —dijo soltando su brazo y echando a andar por el pasillo con paso rápido, pero sin correr.

Se mezclaron con la gente de inmediato como dos técnicos más, nada fuera de lo normal, nada sospechoso.

Un hombre pasó junto a ellos y los miró unos segundos. Javier sostuvo la mirada fría y segura, pero el hombre siguió su camino. Clara soltó el aire muy despacio, aliviada en parte.

—Esto es surrealista…

—Shhh…

—Tengo derecho a comentar —se quejó—, estoy muy nerviosa.

Javier no respondió.

Giraron por otro pasillo, más estrecho y oscuro.

—¿Por dónde salimos? —susurró ella.

—Cambio de planes, vamos a cubierta. —Él se giró un segundo para asegurarse de que ella lo seguía de cerca—. El *pendrive*… —pronunció él—, guárdalo en un bolsillo, no lo lleves en la mano.

—Sí, perdón, perdón… —pronunció ella, guardándolo.

—Dime —dijo antes de girar por un pasillo—, ¿el *pendrive* se puede mojar?, ¿o perderá la información?

—Se puede mojar, está sellado en plástico… ¿por?

Javier no respondió y se quedó callado mientras se cruzaba con un hombre que llevaba una radio en la mano.

—…posible acceso no autorizado…

Clara miró a Javier mientras avanzaban.

—Nos buscan.

—Sí —confirmó él.

Javier abrió la puerta y salieron al exterior, donde el aire fuerte y frío por el movimiento del barco les golpeó de lleno.

Clara se detuvo un segundo y miró alrededor.

Habían zarpado y, aunque la costa se veía cerca, el mar estaba oscuro, extendiéndose en todas direcciones.

—Nos hemos alejado…

El barco avanzaba constante e imparable.

Detrás de ellos, la puerta se abrió de golpe y del pasillo vinieron voces y más pasos rápidos. La situación se estaba complicando por momentos.

Javier la agarró de la mano, esta vez con más fuerza.

—Ahora empieza lo difícil.

Clara apretó su mano y no dijo nada mientras Javier la conducía a la popa del barco, a la zona más alejada de todo el movimiento.

El viento golpeaba con fuerza, más de lo que Clara esperaba. Desde dentro, no parecía que el viento soplase tan fuerte. El mar oscuro se extendía frente a ellos, moviéndose con una violencia contenida, reflejando la luz lejana del puerto que ya quedaba atrás, demasiado atrás.

Javier no soltó su mano mientras miraba a su alrededor, calculando distancias, ángulos y opciones… y no es que hubiera muchas.

La llevó hasta una zona oscura donde no fuesen tan visibles.

—Tenemos que saltar —dijo.

Clara se volvió hacia él.

—¿Qué?

—En media hora de nado llegamos a la costa.

Clara lo miró como si no lo hubiera escuchado bien.

—¿Perdón?

—No podemos quedarnos aquí.

—No, ni hablar. —Negó con la cabeza—. No, no, no…

—Clara.

—¡No! —Se soltó de su mano y retrocedió un paso—. Ni de broma.

—Nos están buscando.

—Me da igual.

—No debería.

—Pues sí, me da igual. —Su respiración empezó a acelerarse—. Esa no es una opción.

—Es la única.

—¡No! —La voz le tembló—. No pienso saltar ahí. —Javier dio un paso hacia ella, intentando coger su mano—. No sé nadar…

El silencio cayó plomizo entre los dos. Javier la miró fijamente, procesando aquello.

—¿Qué?

Clara agachó la mirada.

—Que no sé nadar… —tragó saliva—. No… no sé…

Él resopló.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó más bajo.

—¡Porque no sabía que iba a ser necesario! —Levantó la vista—. ¡Pensaba que me queríais por lo que sé hacer, no para esto! —Su pecho subía y bajaba rápido mientras señalaba enfurecida hacia el mar—. ¡No para tirarme por la borda en mitad de la noche!

Javier apretó la mandíbula e intentó coger su mano.

—Ven.

—No —dijo dando un paso atrás—. No me toques, ni se te ocurra —lo amenazó con el dedo.

Hasta ellos llegaron las voces de unos hombres que se acercaban.

—Shhh… —murmuró él—. Shhh…

Finalmente le tomó la mano.

—Que no… quita…

—…dos intrusos… hombre y mujer… zona técnica… —escucharon la voz a través de una radio que se acercaba.

Clara giró la cabeza y el miedo volvió a medida que los pasos se acercaban.

Él apretó más fuerte su mano mientras las voces se hacían más presentes.

—…los han visto salir a cubierta… Hay dos hombres heridos en el pasillo… Uno ha confirmado… sala técnica…

Clara sintió cómo el pánico volvía a subirle por el pecho.

—Nos van a encontrar… —le dijo ella asustada.

—…han dejado un equipo con el que nos han saboteado…

Javier miró nervioso hacia atrás y luego al mar, luego desvió la mirada hacia ella.

No había ni tiempo ni otra opción posible.

Sin previo aviso y sin dar opción a que Clara protestase o se negase, tiró de su mano.

—¡Javier! —La arrastró hacia la borda. Ella intentó soltarse—. No, no… espera… —Él no respondió mientras se acercaban—. Te odio.

Directamente saltaron al mar y el mundo desapareció justo cuando los dos hombres que buscaban por la cubierta llegaron al lugar.

El viento, el barco y las voces se vieron sustituidos por el vacío, por aquella caída que fue más larga de lo que esperaban.

Clara sintió que el corazón se le detenía y, luego, el impacto frío y brutal antes de que el agua y la oscuridad los envolviese por completo.

Uno de los hombres de cubierta miró al otro que llevaba la radio en la mano.

—¿Has escuchado algo? —le preguntó.

El otro hombre lo miró no muy seguro y sacó una linterna de su cinturón. Apuntó a las zonas más oscuras de la cubierta y luego desvió el haz de luz hacia el mar.

Clara se quedó sin aire, no sabía dónde estaba arriba o abajo, solo había miedo.

Se movió estirando los brazos, buscando la mano de Javier que se había soltado tras el impacto del agua.

Javier la vio intentando realizar movimientos para subir a la superficie, pero era realmente patosa y no lo conseguía.

Dio unas cuantas brazadas y llegó hasta ella, sujetándola por los brazos.

El frío lo atravesaba, pero Javier no soltó a Clara. La sujetó con firmeza, estabilizándola mientras mantenía la orientación, controlando la profundidad y midiendo cada segundo.

Alzó la vista hacia arriba, comprobando que una luz difusa barría el agua.

Sabía que era una linterna, la cual se movía lenta, buscándolos.

Su mandíbula se tensó al comprender que, si salían en ese momento a la superficie, los verían. Tenían que esperar unos segundos más.

Bajó la mirada hacia Clara. La tenía sujeta por los brazos, pero ella no se estaba quieta, se removía desesperada e intentaba subir a la superficie.

Sus ojos se encontraron y entonces se percató: sus gestos de pánico y de falta de aire.

Javier no dudó y se inclinó hacia ella. Sus labios encontraron los de ella y le insufló aire.

Clara abrió los ojos de golpe y lo miró. Al menos pareció recuperar un mínimo de control. Aun así, le dio un golpe en el pecho en señal de protesta por lo que había hecho.

Javier frunció el ceño.

¿En serio?

Por supuesto, ella no podía oírlo, pero su expresión lo decía todo.

¡Súbeme! ¡Ya!

Indicaba ella con gestos desesperados.

Javier volvió a mirar hacia arriba. La luz seguía moviéndose demasiado cerca, barriendo una zona próxima.

Aguanta.

Le indicó él con un gesto cuando volvió a mirarla, intentando calmarla, pero Clara no estaba calmada en absoluto y negó con la cabeza mientras volvía a removerse e intentaba tirar hacia arriba, desesperada.

Javier negó con la cabeza.

No, todavía no.

Pudo sentir el rugido de ella incluso con el oleaje del mar.

Claro volvió a hacerle gestos, señalando hacia arriba con el dedo y moviéndose mucho.

Lo señaló a él y luego hacia arriba para que le quedase bien claro.

Sube. Ahora.

Javier negó de nuevo.

Ella lo miró como si quisiera matarlo y, acto seguido, se lanzó hacia él, algo que lo cogió de improviso.

Fue directa hacia sus labios de nuevo, desesperada buscando aire. Javier puso los ojos en blanco y situó su mano en su nuca para acercarla a su boca

y poder pasarle algo de oxígeno.

Clara volvió a reaccionar y esta vez no le pegó, pero casi. Se quedó frente a él, mirándolo, con esa mezcla de enfado, pánico y absoluta desesperación.

Javier la sujetó por la cintura con fuerza y volvió a mirar hacia arriba. La luz ya era más tenue, lo que indicaba que el barco empezaba a ganar distancia.

Tiró de ella y ascendieron rápido, rompiendo la superficie.

El aire entró de golpe en los pulmones, frío y violento, pero necesario. Clara hubiese gritado si no fuese porque estaba demasiado ocupada recuperando el aliento. Jadeó varias veces buscando oxígeno mientras Javier la mantenía a flote.

Él giró su cabeza y miró en dirección al barco, el cual ya se encontraba más lejos. La linterna ya no apuntaba hacia ellos, por lo que ya no había peligro inmediato.

Bien, estaban a salvo.

—¡Idiota! —le gritó Clara, golpeándolo en el pecho e intentando apartarse, enfadada con él—. ¡Estás… estás loco! —exclamó intentando que la boca no se le llenase de agua—. ¿Quieres matarme?

Javier aguantaba los gritos y golpes de ella en el pecho sin siquiera mirarla, pues estaba más pendiente de calcular la distancia que debían nadar hasta la costa.

Clara volvió a golpearle en el pecho.

—¡Eres un…! —gritó.

Tan enfadada estaba que intentó apartarse de él, pero en su intento de huida olvidó lo más importante: estaba en el mar sin saber nadar, así que en cuanto se separó un poco de él, volvió a hundirse. Javier reaccionó al instante, sacándola a flote de inmediato.

—¿Quieres dejar de pelearte conmigo en medio del mar? —Clara tosió, agarrándose a él desesperada—. No sabes nadar, así que quietecita.

—Ay, ay… no me sueltes, no me sueltes… —gemía ella, rodeándolo con los brazos por los hombros.

—No voy a soltarte —dijo con paciencia—. Cálmate… escucha —Ella lo miró, nerviosa—. Te voy a sujetar así —dijo pasándole un brazo por su cuello y echándola hacia atrás para arrastrarla y mantener su cabeza a flote.

—Me vas a ahogar, no… no puedo respirar…

—Prefiero eso a que te hundas.

Clara resopló, pero obedeció.

Javier ajustó su agarre en la cintura, firme y seguro, y comenzó a mover los pies para impulsarse hacia la orilla.

—No te muevas —le dijo.

—No me muevo.

—No patalees —pronunció él—. Me estás golpeando.

—No pataleo —se excusó ella—, intento nadar.

—Clara.

—¡Vale!

Acabó quedándose quieta.

Javier comenzó a nadar a un ritmo constante, dirigiéndose hacia la costa.

Clara se aferró a él, nerviosa, respirando rápido.

—En breve llegaremos a tierra, tranquila.

Clara cerró los ojos un segundo y miró hacia el cielo, donde se veían cientos de estrellas. Finalmente, dejó de resistirse. Ya no se hundía, y sabía perfectamente que estaba en sus manos.

El ritmo de Javier no cambió, era constante y seguro. Cada brazada era firme, calculada, sin dejar de avanzar entre la oscuridad del mar mientras la costa, aún lejana, comenzaba a perfilarse como una sombra difusa en el horizonte.

Clara seguía aferrada a él, más tranquila ahora, al menos lo suficiente como para no pelearse con el agua.

Javier giró ligeramente la cabeza.

—¿Tienes el *pendrive*?

Ella parpadeó un segundo, como si hubiera olvidado por completo que existía, luego asintió rápido.

—Sí.

—¿Lo tienes? —insistió.

—Sí, en el bolsillo.

—¿Seguro?

Clara soltó una risa nerviosa.

—Sí, Javier, no lo he perdido en medio de un salto mortal al mar.

Él enarcó ligeramente una ceja.

—Compruébalo.

Ella soltó una mano lo justo para palparse el bolsillo.

—Está.

—¿Resistirá?

Clara apoyó de nuevo la cabeza contra su hombro.

—Sí, ya te lo he dicho antes, pesado —se quejó de los nervios—. No soy tan *amateur*.

Javier asintió, satisfecho.

—Bien.

Hubo silencio. Solo se escuchaba el sonido del agua ante sus movimientos y el de la respiración aún agitada de Clara.

—¿Cuánto queda? —preguntó ella al cabo de unos segundos.

Javier alzó la vista y calculó distancia.

—Media hora.

Clara se separó lo justo para mirarlo.

—¿Media hora?

—Sí.

—¿En serio?

—En serio. —Ella lo miró unos segundos y luego volvió a apoyarse en él —. ¿Algún problema?

—Ninguno.

—No lo parece.

—Es que me encanta esta experiencia —ironizó—. Agua fría, noche cerrada, peligro constante…

—Estás exagerando.

—¿Tú crees? —gritó sin poder contenerse.

Él la miró serio mientras seguía nadando.

—Tienes que aprender a nadar.

Clara levantó ligeramente la cabeza.

—¿Ahora?

Javier rio y chasqueó la lengua.

—Ahora no, te lo digo como un consejo de cara a futuro.

—¿Me lo estás diciendo mientras me arrastras por el mar?

—Es un buen momento para reflexionar.

Clara resopló.

—Lo añadiré a mi lista de tareas pendientes.

—Hazlo —pronunció él con voz grave.

—Sí, lo añado justo debajo de "no hackear a un almirante peligroso" y "no saltar de barcos en movimiento".

Javier esbozó una sonrisa.

—Exacto.

Clara negó con la cabeza, sintiendo cómo el cansancio por el estrés invadía su cuerpo.

El barco quedaba atrás y la oscuridad lo iba envolviendo todo.

Comenzó a sentirse más tranquila, pues cada brazada por parte de él la acercaba un poco más a tierra, a algo firme y seguro, a un punto donde todo aquello dejaría de ser supervivencia.

—Oye…

—¿Qué?

—Nadas muy bien —lo felicitó.

Javier no dejó de dar brazadas.

—Pertenezco a la Armada española y a las fuerzas especiales, ¿recuerdas?

Clara alzó ligeramente las cejas.

—Ah, claro, es verdad, eso lo explica todo.

—También sé bucear —añadió él con total naturalidad—. Si quieres te lo enseño.

Clara se tensó al instante.

—No, no, no.

—¿No?

—No. —Negó con la cabeza con rapidez—. Ya lo he experimentado y no me ha gustado nada.

Javier esbozó una leve sonrisa.

—Ha sido una introducción un poco intensa, ¿eh?

—¿Un poco? Casi muero.

—No ibas a morir —respondió sin dejar de nadar.

—Eso lo dices ahora.

—También lo pensaba antes.

Clara resopló.

—No vuelvas a meterme debajo del agua sin avisar.

—Lo tendré en cuenta.

—Más te vale.

Ella se sujetó con fuerza a su brazo y se apartó el agua de la cara, así como los mechones de cabello que se pegaban a su rostro.

—Para pertenecer a las fuerzas especiales debemos superar unas pruebas muy duras —comenzó a explicar él, intentando darle conversación para mantenerla entretenida y tranquila.

—Eso ya me lo imagino… Puaj… acabo de tragar agua salada —se quejó ella.

—Perfecto, si te lo bebes todo llegaremos antes a la costa —bromeó.

—Ja, ja… —dijo apartando el cabello de nuevo, aunque con el movimiento hundió la cabeza en el mar.

Javier la sacó de inmediato de nuevo.

—Eh… aquí arriba, conmigo, no en el agua.
—Ahhh —gritó mientras Javier resoplaba.
Ella se sujetó de nuevo e intentó relajarse.
—¿Cuánto aguantas nadando?
—Bastante.
Clara lo miró.
—Eso no responde a nada. ¿Bastante como para llegar a la costa?
Javier exhaló.
—Entrenamos en resistencia física extrema, pruebas en el agua, navegación, combate, privación de sueño… así que sí, llegaremos.
—¿Privación de sueño?
—Sí.
—Eso lo hago yo gratis cuando trabajo —le sonrió.
—No es lo mismo.
—¿No?
—No. También hay pruebas de apnea.
Clara se quedó en silencio.
—¿Cuánto tiempo aguantas?
—Varios minutos.
Clara abrió los ojos al máximo.
—¿En serio?
—Sí.
—¿Todo el rato?
—Todo el rato —canturreó.
—¿Sin respirar? —gritó asombrada.
—Esa es la idea.
Clara lo miró como si no fuera normal.
—Estáis completamente locos.
Javier sonrió.
—Un poco.
—Un poco, dice.
—Solo lo justo para dedicarnos a esto.
Clara negó con la cabeza.
—Yo no duraría ni diez segundos.
—Has durado más antes —le recordó.
Ella se quedó en silencio, procesándolo.
—Eso no cuenta.
—Claro que cuenta —pronunció él.
—No cuenta porque estaba en pánico.

—Aun así, lo has hecho… felicidades.
Clara suspiró y volvió a escupir agua.
—En serio… —murmuró—. No entiendo cómo haces todo eso.
Javier no respondió de inmediato y siguió nadando.
—Entrenamiento —dijo finalmente—, y costumbre.
Clara apoyó de nuevo la cabeza contra su hombro.
—Yo prefiero el teclado.
—Se nota.
Poco a poco, la costa empezó a dibujarse con más claridad frente a ellos.
Javier aumentó el ritmo.
—Ya falta menos.
Clara cerró los ojos un segundo y no dijo nada, solo se dejó arrastrar.



29

La orilla apareció primero como una línea irregular de rocas y arena oscura y, finalmente, como tierra firme.

Javier no aflojó el ritmo hasta que sus pies tocaron fondo y la sostuvo con firmeza mientras avanzaban los últimos metros, hasta que pudieron salir completamente del agua.

Clara dio dos pasos, tres… y en el cuarto las piernas le fallaron.

—Síííí… —murmuró, medio riendo y agotada—. Sí, sí, sí… —Se dejó caer sobre la arena húmeda de rodillas y luego prácticamente se inclinó hacia delante, como si fuera a besar el suelo—. Creo que estoy enamorada de la tierra firme…

Javier la miró un segundo, respirando aún con control, aunque el esfuerzo se notaba en su pecho.

—Qué romántico —murmuró él situándose a su lado—. Vamos.

Clara apoyó las manos en la arena.

—No me voy a levantar.

—Te vas a levantar.

—No.

—Sí.

—No.

Javier dio un paso hacia ella y le ofreció la mano.

—Vamos.

Clara lo miró, resopló y se la tomó, incorporándose con esfuerzo y con las piernas aún temblando.

—Vale… —dijo—. Confirmo que lo tuyo es entrenamiento extremo.

—Esto ha sido lo fácil. —Clara lo miró, horrorizada—. Venga, cadete. Nos esperan.

Clara parpadeó.

—Vale… barquito de guerra.

Javier alzó una ceja y comenzó a tirar de ella.

Clara tembló ligeramente cuando el viento golpeó más fuerte fuera del agua. Hacía bastante más frío.

Se abrazó a sí misma mientras daba los primeros pasos.

—Hace frío…

Javier la miró, evaluándola rápido, demasiado rápido para que ella lo notara, y su gesto se tornó más serio.

—Tenemos que movernos.

—¿A dónde?

—Al punto de recogida.

—¿Y no puedes llamar? —se quejó ella.

—¿Con qué teléfono?

Javier empezó a caminar más rápido con Clara a su lado caminando con más torpeza.

—Espera…

—No podemos parar.

—Mis piernas no están de acuerdo contigo —balbuceó.

Javier se giró.

—Corre —exigió.

Clara lo miró como si acabara de insultarla.

—¿Perdón?

—Es lo mejor para entrar en calor.

—Ni loca.

—Clara…

—Ni loca, Javier. —Se llevó una mano al pecho—. Apenas puedo caminar en línea recta, así que no voy a correr una maratón.

Javier suspiró y negó con la cabeza.

—El lunes que viene te llevo a la piscina. —Clara se quedó quieta—. Te voy a enseñar a nadar.

Clara lo miró.

—¿Después de esto quieres que vuelva a meterme voluntariamente en el agua? Ni loca.

—Y tanto que sí.

—Ahora mismo no, estoy traumatizada —pronunció mientras Javier se movía unos pasos por delante. Clara resopló, pero empezó a caminar tan rápido como podía.

Javier la observaba de reojo y, sin decir nada, se acercó y pasó un brazo por sus hombros, acercándola, dándole calor y estabilidad en sus pasos.

Clara no protestó.

—Hace mucho frío… —murmuró.

Javier la aferró más a él. Sabía que no era bueno que le bajase la temperatura, y por la poca luz que había ahí, intuía que estaba muy pálida.

—Aguanta —dijo—. Ya casi estamos.

Clara asintió y apretó los labios.

—Lo hemos conseguido, ¿no?

Javier la miró.

—Sí, lo tenemos todo.

Clara exhaló con una mezcla de alivio y agotamiento.

—Vale…

Siguieron avanzando entre rocas, arena y oscuridad, con el sonido del mar a su espalda y el peso de todo lo que acababan de hacer todavía encima.

Javier no dejaba de mirar alrededor, atento, por si alguien los había seguido o no estaban tan solos como creían, pero no parecía haber nadie, solo ellos.

Ahora solo necesitaban llegar al punto de recogida, entrar en calor y ver lo que Clara había podido extraer del barco.

La silueta del vehículo apareció entre la oscuridad. Un vehículo negro con el motor en marcha y las luces apagadas los estaba esperando.

Javier redujo ligeramente el ritmo, pero no se detuvo. Mantuvo a Clara pegada a él mientras avanzaban los últimos metros sobre la arena húmeda y las rocas.

Dos hombres salieron del vehículo en cuanto los vieron, aunque, al verlos, se quedaron inmóviles un segundo.

Estaban empapados, con la ropa pegada al cuerpo y sin zapatos.

—Teniente… —dijo uno de ellos, claramente sorprendido—. ¿Qué ha ocurrido?

Javier no se detuvo.

—Misión completada —indicó—, aunque con complicaciones en la extracción.

El hombre asintió rápido.

—¿Cuál es su estado? —preguntó hacia ella.

Javier miró a Clara, su respiración, el temblor, la palidez y la piel fría.

—Hipotermia leve en progreso —respondió con tono firme—. Necesitamos calor de inmediato.

—Sí, señor.

El segundo hombre ya estaba sacando una manta térmica del maletero.

La abrió con rapidez y se acercó a Clara.

—Señorita…

Clara apenas reaccionó, pues seguía temblando.

—Cúbranla —ordenó sin soltarla.

La manta envolvió su cuerpo de inmediato, buscando conservar el poco calor que le quedaba.

Clara dejó escapar un pequeño suspiro.

—Gracias…

—¿Está consciente? —preguntó el primero.

—Sí —respondió Javier—, pero inestable. Nos movemos ya.

—Sí, señor.

Abrieron la puerta trasera y Javier la ayudó a entrar primero, con cuidado y sin brusquedad.

Clara se dejó caer en el asiento, agotada, y Javier entró detrás cerrando la puerta con un golpe seco.

—Arranca.

El vehículo se puso en marcha al instante y las ruedas crujieron sobre la grava, alejándose de la costa.

Dentro, el silencio duró solo unos segundos.

—Calefacción… —murmuró Clara con voz débil—. Por favor…

El conductor no dudó y giró el mando de control de temperatura. El aire caliente empezó a aclimatar el interior del vehículo casi de inmediato y Clara cerró los ojos aferrándose a la manta, pues el temblor seguía ahí.

Javier pasó un brazo por sus hombros y la acercó a él. Clara apoyó de inmediato su cabeza en su pecho, buscando su calor.

—Tranquila… —murmuró él. Clara asintió, respirando contra su camisa húmeda—. Lo hemos logrado… —susurró.

—Sí.

Clara cerró los ojos y se quedó callada, en silencio, pues su cuerpo ya no daba para más después de todo lo vivido.

El vehículo no se detuvo hasta que atravesaron el acceso de seguridad en el subterráneo.

Las luces blancas del complejo recortaban el edificio contra la noche.

Todo estaba bajo control, nada que ver con el caos que acababan de dejar atrás.

El vehículo frenó frente a la entrada principal y, antes de que el motor se apagara del todo, ya había dos hombres esperando fuera.

—Teniente —saludó uno de ellos en cuanto Javier abrió la puerta.

Javier salió primero, se giró hacia Clara y le tendió la mano. Ella la tomó y salió del vehículo con gestos más firmes que antes, aunque el cansancio seguía ahí, tirando de cada músculo.

La manta aún rodeaba sus hombros.

—Por aquí —indicó uno de los hombres.

Entraron al edificio y el cambio de temperatura fue inmediato. Hacía calor y había luz…

Clara soltó el aire casi sin darse cuenta.

—Sala dos preparada —informó uno de los hombres—. También tenemos ropa seca.

Javier asintió y señaló hacia la puerta.

—Bien. —Miró a Clara—. Primero esto.

Los separaron momentáneamente y condujeron a Clara a una pequeña sala donde le dieron ropa cómoda, seca y sencilla.

Cuando salió, el cambio fue evidente; seguía cansada, pero ya no temblaba, ya no parecía estar a punto de romperse.

Uno de los hombres le ofreció un vaso con chocolate caliente que Clara aceptó de inmediato. Se lo llevó a los labios. El calor le recorrió el cuerpo al instante y cerró los ojos, deleitándose con esa sensación.

—Gracias —murmuró.

—También hay algo de comer.

Le tendieron una bandeja con galletas y un par de sándwiches, energía directa que Clara no dudó en tomar.

Javier apareció poco después, también cambiado y seco. Sus miradas se cruzaron un segundo y, aunque no dijeron nada, ambos sabían que lo habían conseguido.

—¿Lista? —preguntó él.

Clara asintió mientras daba otro sorbo al chocolate caliente.

—Más o menos.

Javier asintió y se giró hacia el personal.

—¿Dónde se encuentra el coronel?

—Esperando en la sala de reuniones.

Javier asintió e indicó a Clara con un movimiento de cabeza que lo siguiese.

—Vamos.

Clara dejó el vaso sobre la mesa, se limpió las manos y lo siguió por los largos pasillos, ordenados y silenciosos, donde cada paso resonaba más de lo necesario.

Sabía perfectamente a dónde iban: a entregar la verdad de lo ocurrido, por la que habían arriesgado sus vidas… y también al asesino de su hermano.

Se detuvieron frente a una puerta y uno de los hombres que lo acompañaba llamó.

—Adelante.

Javier miró a Clara con decisión.

—Es tu momento.

Clara sostuvo su mirada y asintió antes de entrar.

La sala era amplia, sobria y funcional, con una mesa alargada en el centro, varias pantallas en la pared y, al fondo, un equipo informático preparado, encendido, esperando a ser usado. No había decoración ni distracciones, solo trabajo y decisiones.

Al frente, de pie, estaba Salazar. A su alrededor, dos mandos más guardaban silencio, expectantes.

Javier dio un paso al frente.

—Señor.

Salazar asintió.

—Teniente.

Su mirada pasó de él a Clara, evaluándola y midiéndola.

—Teniente, informe.

—Misión completada y datos obtenidos. —Salazar asintió—. Accedimos al buque como personal técnico aprovechando el embarque previo al zarpe. Sin incidencias iniciales. La señorita Vega accedió a la sala técnica y ejecutó la intrusión. —Salazar lo miraba sin interrumpir—. El sistema detectó actividad no autorizada antes de completar la extracción y se activó protocolo de verificación.

—Continúe.

—El personal del buque se dirigió a la sala. Intervine para asegurar la extracción ante el compromiso de la posición. —Inspiró—. El buque zarpó antes de lo previsto —añadió Javier—, así que nos quedamos sin la opción de una retirada segura.

Uno de los mandos frunció el ceño.

—¿Alguna alternativa?

Javier lo dijo sin cambiar el tono.

—Ninguna viable. Saltamos a la mar.

El silencio en la sala se volvió más denso.

—¿En movimiento? —preguntó uno.

—Sí.

—¿Cuál fue la distancia hasta llegar a la costa?

—Aproximadamente media hora de nado.

Salazar no apartó la vista de él.

—¿Resultado?

Javier giró la cabeza hacia Clara.

—Datos asegurados y objetivo cumplido.

Salazar asintió y miró a Clara.

—Proceda.

Javier se giró ligeramente hacia Clara y no hizo falta que dijese nada.

Clara dio un paso al frente y depositó el *pendrive* sobre la mesa mientras Javier se alejaba unos pasos de ella.

—Aquí está —les mostró el *pendrive*.

Uno de los mandos lo tomó y lo conectó al ordenador. Al momento, la pantalla principal se iluminó.

En el interior de aquel *pendrive* había mucha información: carpetas, archivos, códigos...

Clara se acercó y señaló.

—El sistema está fragmentado, cifrado por capas —comenzó—. Esto es lo que he podido extraer. —Se movió hacia el teclado y abrió una carpeta—. Esto son rutas de patrulla naval completas. No son estimaciones, son datos reales y actualizados.

En la pantalla aparecieron coordenadas con horarios y protocolos.

Uno de los hombres frunció el ceño antes de que Clara continuase.

—Aquí encontramos accesos a radares costeros, claves operativas, puntos de entrada y, lo más importante… —Abrió otro archivo—, puntos ciegos, zonas donde la vigilancia desaparece, donde alguien puede cruzar sin ser detectado.

El silencio en la sala se volvió aún más denso.

—Esto no es un fallo —añadió Clara—. Está diseñado. —Miró a Salazar—. Alguien ha creado huecos en el sistema y los está vendiendo. —Nadie habló, no hacía falta. Clara cambió de archivo y abrió el siguiente—. También hay protocolos de respuesta ante amenazas. Si esto sale de aquí, cualquier actor externo podría anticiparse a movimientos de defensa. —Se volvió para mirar a todos los presentes—. No es solo información, es control.

Uno de los mandos se inclinó hacia delante.

—¿Puede confirmar el origen?

Clara asintió.

—Sí. —Abrió una carpeta más, mucho más protegida e interna—. El acceso está vinculado a un único perfil con privilegios máximos, a un almirante. —El nombre no lo dijo, pero todos lo entendieron, Javier ya los había puesto sobre aviso. Aun así, Clara lo pronunció—. El almirante Rodrigo Beaumont. —El silencio que siguió fue absoluto. Salazar no apartó la vista de la pantalla—. El almirante vendía información que comprometía la seguridad nacional a cambio de grandes sumas de dinero.

—¿Hay rastro del dinero?

Clara asintió y abrió otra carpeta.

—Sí. Aquí. —En la pantalla aparecieron columnas de números, cuentas y movimientos—. Son cuentas bancarias distribuidas en varias jurisdicciones —explicó—. Algunas en paraísos fiscales, otras en bancos intermedios para dificultar el rastreo.

Uno de ellos se inclinó más hacia la pantalla.

—¿Las transacciones están confirmadas?

—Sí —respondió Clara—. Pagos periódicos. Cada transferencia coincide con la entrega de paquetes de información.

—¿De qué importes hablamos?

Clara dudó apenas un segundo.

—Aún me queda información que revisar, pero estaríamos hablando de importes millonarios.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Se pueden vincular directamente a él? —preguntó Salazar.

Clara asintió.

—Las firmas digitales y los accesos coinciden con su perfil. No hay duda.

Los tres hombre se miraron pensativos al ser conscientes de todo lo que aquella mujer había conseguido. Durante esos segundos, Clara aprovechó para mirar a Javier que se encontraba a un lado de la sala escuchando atento.

—¿Esto es todo? —preguntó Salazar.

Clara se giró hacia él y negó con la cabeza.

—No, esto es solo una parte. Lo único a lo que he podido echarle un ojo mientras las carpetas se descargaban. —Señaló el conjunto de archivos—. Hay mucho más. Si me dan unos días, puedo reconstruir el sistema completo, mapear toda la red y confirmar cada transacción. —Miró directamente a Salazar—. Pero no tienen por qué esperar, con esto ya tienen suficiente material para actuar y detenerlo —acabó con seriedad.

Uno de los mandos exhaló lentamente y otro asintió.

Salazar permaneció en silencio unos segundos.

—Confirme los hechos —le indicó con la mano.

Clara se puso tiesa como un palo y miró de reojo a Javier. Respiró hondo y asintió.

—Venta de información clasificada —respondió Clara sin dudar—. Manipulación de sistemas de defensa y creación de vulnerabilidades. Delito de alta traición.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas e irrevocables.

Salazar asintió lentamente y luego se giró hacia los otros dos mandos.

—Procedan a la detención del almirante Beaumont. Activen el protocolo de detención inmediata —ordenó.

—Sí, señor.

—Quiero al almirante bajo custodia antes de que termine la noche.

—Sí, señor —repitieron de nuevo.

Uno de ellos ya estaba saliendo de la sala y el otro daba órdenes por radio. La maquinaria se había puesto en marcha, rápida e implacable.

Clara se quedó quieta, observando, sintiendo cómo todo lo que había pasado empezaba a tener sentido. Pero aquello no había terminado, no del todo.

Miró a Salazar.

—Señor. —Él volvió a fijarse en ella—. Hay algo más. —Tragó saliva—. Mi hermano. —El ambiente cambió—. Tengo en mi poder mensajes, pruebas… que demuestran que fue asesinado. Todo le fue enviado.

Salazar la observó unos segundos más detenidamente y esta vez no solo la vio como un activo o una pieza clave, sino como alguien que había llegado hasta allí por algo más.

Salazar asintió.

—Puede estar tranquila, señorita Vega, se revisarán.

Clara sostuvo su mirada.

—Quiero que se haga justicia.

No fue una petición o una declaración de intenciones, sino una orden.

Salazar no respondió de inmediato.

—Puede confiar en que se hará —dijo seriamente. Luego asintió hacia ella con camaradería y reconocimiento.

Javier, desde un lado, la observaba sin decir nada, con una intensidad distinta. Clara no era solo la hacker, era el centro de todo aquello. Sin ella, nada de lo que habían conseguido lo hubiesen podido lograr.

Coincidió la mirada con ella y asintió con una leve sonrisa.

La sala fue vaciándose poco a poco. Las órdenes ya estaban en marcha y las decisiones tomadas y, por primera vez desde que todo había comenzado, el peso de lo ocurrido dejó de ser una carga para convertirse en algo… distinto.

Clara permaneció unos segundos en silencio, observando la pantalla: las líneas de datos, las rutas, los errores corregidos, las grietas cerrándose.

Entonces comprendió que aquello no era solo una operación ni una misión. Era justicia para su hermano, para todo lo que le habían arrebatado, para todas las preguntas sin respuesta que la habían perseguido durante años.

Aquellos datos, aquellas pruebas, no solo señalarían a un culpable. También impedirían que otros aprovecharan esas grietas y pondrían a salvo la seguridad nacional.

Clara inspiró hondo, sintiendo que todo había merecido la pena, que cada riesgo, cada noche sin dormir y cada paso que la había llevado hasta allí tenía sentido.

—Parece que le estás pillando el gusto a dar órdenes —dijo Javier situándose a su lado, sacándola de sus pensamientos.

Clara giró ligeramente la cabeza, él se encontraba más cerca de lo que había estado durante toda la reunión.

Ella se encogió de hombros.

—No es que le esté pillando el gusto ahora —le sonrió—, es que siempre me ha gustado.

Javier alzó una ceja.

—Ahora entiendo muchas cosas.

Clara esbozó una sonrisa más amplia, pero no respondió.

—Buen trabajo —intervino entonces Salazar, acercándose.

Ambos se giraron.

—Señor.

Salazar los observó unos segundos.

—Han cumplido con creces, felicidades.

Javier asintió.

—Gracias, señor.

La mirada de Salazar se posó en Clara.

—¿Podrá tener el resto del sistema listo en menos de diez días?

Clara sostuvo su mirada.

—Sí —respondió sin titubeos.

Salazar asintió.

—Bien. —Los miró a ambos—. Descansen.

Javier cuadró los hombros ligeramente.

—Sí, señor.

Clara asintió.

—Gracias.

Salazar hizo un gesto breve y se apartó.

La sala quedó en silencio mientras todos salían. Aquello era el final.

Javier miró a Clara.

—Vamos.

Ella asintió y salieron juntos, dejando atrás la sala, las pantallas y las pruebas; todo lo que, a partir de ese momento, ya no dependía de ellos.

Lo habían conseguido y, por fin, podían avanzar sin temor.



30

El despacho estaba en silencio.

El almirante Rodrigo Beaumont permanecía de pie frente al ventanal, con las manos a la espalda, observando la oscuridad del puerto a lo lejos. Las luces parpadeaban en la distancia, reflejándose en el agua como si nada hubiera cambiado.

Y, sin embargo, algo no encajaba. Era una sensación, una fisura. Había aprendido a detectar esas fisuras a lo largo de los años, en operaciones, decisiones y traiciones, y aquella noche la sentía con claridad.

Se giró lentamente y miró su escritorio. El teléfono estaba demasiado en silencio.

—Extraño… —murmuró.

Caminó despacio, como si cualquier gesto brusco pudiera confirmar lo que aún no estaba dispuesto a admitir.

Se detuvo frente a la mesa y apoyó las manos.

El barco, la señal, la interrupción momentánea del sistema… aquel instante en el que algo había fallado no había sido casualidad. Nunca lo era.

Su mandíbula se tensó.

Se enderezó lentamente, recuperando la presencia fría y firme que siempre lo había definido.

Si alguien había cruzado aquella línea, no habría llegado muy lejos. Él controlaba cada acceso, cada capa y cada movimiento. Nadie estaba a su altura.

Y, entonces, un sonido seco y metálico en la puerta de su despacho llamó su atención. El gesto fue mínimo, pero suficiente. Sus ojos se alzaron mientras la puerta se abría con precisión. No hubo violencia innecesaria.

Primero entró un hombre con los ojos clavados en él. Después llegaron más, todos uniformados, con las armas apuntando al suelo, aunque listas para actuar.

El almirante no retrocedió ni hizo preguntas. Solo observó.

Uno de ellos dio un paso al frente.

—Almirante, queda detenido.

El tiempo se detuvo y el almirante contuvo la respiración, aunque no mostró ningún gesto de sobresalto.

Su mirada recorrió la sala, evaluando uno a uno a cada hombre uniformado.

—¿Bajo qué cargo? —preguntó sin temblor en la voz.

—Alta traición —respondió el hombre—. Venta de información clasificada y manipulación de sistemas de defensa nacional.

Durante unos instantes no dijo nada, solo se mantuvo observando a aquellos hombres.

—Ya veo… —susurró alzando las cejas—. ¿Quién ha sido lo suficientemente brillante como para llegar hasta ahí?

Nadie respondió a esa pregunta.

Dos de los hombres avanzaron hasta él y le sujetaron los brazos sin brusquedad.

El almirante no se resistió, pero mientras lo inmovilizaban su mirada se endureció, pues entendía perfectamente que aquello no había terminado.

—Esto no acaba aquí —murmuró.

Todos se mantuvieron en silencio mientras le colocaban las esposas.

El sonido metálico resonó en la sala y, cuando lo condujeron hacia la puerta, no volvió a mirar atrás, pues ya no había nada que controlar u ocultar.

La puerta se cerró y con ella cayó todo: el poder, la autoridad y el sistema que había construido.

En algún lugar, no muy lejos de allí, la verdad, por fin, había ganado.

La noticia llegó antes del amanecer.

La puerta de la sala se abrió.

Javier, que permanecía apoyado contra la pared con esa calma aparentemente inquebrantable que Clara ya sabía interpretar mejor que

nadie, alzó la vista. Clara también elevó la mirada cuando Salazar entró en la estancia.

—Señor —pronunció Javier, incorporándose al instante.

Salazar asintió.

—Teniente.

Su mirada voló directa a la figura de Clara.

—Señorita Vega. —Clara tragó saliva casi sin darse cuenta, aún cansada y procesándolo todo, pero en pie—. Tras revisar las pruebas extraídas, las transferencias, los accesos y la documentación enviada referente a Lucas Vega… —El nombre de su hermano golpeó fuerte—, podemos confirmar la apertura formal de una investigación completa sobre su asesinato. —Clara se quedó inmóvil. Durante años había perseguido respuestas y, ahora, por fin, ya no eran sospechas, era oficial—. Los mensajes serán incorporados como prueba —continuó Salazar—. Y las órdenes vinculadas al operativo serán rastreadas hasta el último responsable. —Clara sintió que el aire le faltaba un segundo, no por miedo, sino por alivio, uno tan inmenso que casi dolía—. Se hará justicia —añadió.

Clara agachó la mirada y sintió que, por primera vez desde la muerte de Lucas, él dejaba de ser solo una herida; ahora también era justicia tangible.

Javier la observó de reojo y, aunque no dijo nada, su presencia siguió siendo ese punto firme que evitaba que todo aquello la sobrepasara.

Salazar continuó.

—En cuanto a usted. —Clara alzó la vista—. El acuerdo se mantiene. —Ella inspiró hondo—. Quedará sin cargos, sin antecedentes y sin expediente penal. Su historial queda limpio.

El silencio fue absoluto, incluso Javier pareció contener el aire.

—¿Totalmente limpio? —preguntó, como si necesitara oírlo otra vez.

—Completamente —repitió Salazar—. Libertad absoluta.

Clara no supo qué decir.

—Vaya… —murmuró finalmente y se giró hacia Javier con una sonrisa—. Pues resulta que sí sabía negociar.

Javier soltó el aire por la nariz y le sonrió y Salazar, para sorpresa de ambos, esbozó una mínima expresión que en otro hombre quizá habría sido una sonrisa.

—Sí. —Salazar ladeó su cabeza—. Eso ha quedado claro.

Clara se cruzó ligeramente de brazos.

—Perfecto.

Salazar dio un paso más hacia ella, situándose enfrente, pero sin esa tensión en su cuerpo, más relajado que en días previos.

—Ha demostrado usted unas capacidades excepcionales.

Clara parpadeó.

—¿Eso suena a halago institucional?

Javier cerró los ojos un segundo, como si ya supiera que iba a decir algo así.

Salazar ignoró el comentario con admirable disciplina.

—Capacidad, valor, inteligencia y adaptación bajo presión. No son cualidades comunes.

Clara lo observó más seria esta vez.

—Gracias… creo.

—Alguien con su perfil sería extremadamente útil para inteligencia.

Ella miró sorprendida a Salazar, incluso Javier giró ligeramente la cabeza para observarla mejor.

Salazar mantuvo el tono firme.

—No es una orden, es una posibilidad —continuó lentamente—. Si estuviera dispuesta, su incorporación sería… bienvenida.

Clara se quedó completamente inmóvil.

El CNI. Nada menos que el CNI…

No hacía tanto tiempo la habrían perseguido. Ahora querían tenerla entre sus filas.

La ironía casi la hizo reír.

—Eso sí que no me lo esperaba… —murmuró.

—No necesita responder ahora —añadió Salazar—. Piénselo.

Clara sostuvo su mirada unos segundos y luego asintió lentamente.

—Lo haré.

Salazar miró a Javier y a Clara y asintió con un matiz de orgullo en la voz.

—Buen trabajo, teniente. Buen trabajo, señorita Vega. Ahora, descansen.

Javier se incorporó ligeramente.

—Gracias, señor.

Clara dudó solo un segundo y luego sonrió.

—Sí… gracias.

Salazar asintió una última vez y salió por donde había venido.

La puerta se cerró y el silencio regresó a la sala, el tipo de silencio que llega después de una tormenta, cuando todo sigue mojado, pero el cielo, por fin, empieza a despejarse.

El trayecto de regreso al piso fue extrañamente silencioso.

Barcelona comenzaba a despertar lentamente al otro lado de las ventanillas.

Clara observaba el exterior en silencio, procesando aún todo lo ocurrido en aquellas últimas horas, con una botella de agua entre las manos y el cansancio haciendo mella en cada parte de su cuerpo.

Javier, a su lado, mantenía esa calma suya que ahora Clara conocía tan bien.

—Entonces… —murmuró Clara finalmente, sin apartar la vista de la ventanilla—. ¿Esto significa que oficialmente he sobrevivido a ti?

Javier se volvió hacia ella.

—Técnicamente, sí.

—Qué alivio.

Clara giró la cabeza lentamente mientras Javier le sonreía.

Martin, al volante, resopló suavemente, conteniendo sin duda una risa.

—Me alegra comprobar que ambos siguen funcionales.

Clara se inclinó hacia delante visiblemente emocionada.

—Martin, ¡me estás hablando! —exclamó con una gran sonrisa. Se giró hacia Javier, incrédula, y se señaló a sí misma—. Me está hablando —le susurró—. ¿Ya te han dado permiso, Martín?

—Sí, señorita Vega —bromeó Martín.

—Pues, por favor, necesito que conste en algún informe oficial que casi muero congelada, que me ahogué y que, además, me obligaron a hacer cardio.

—Lo tendré en cuenta —respondió él con impecable neutralidad.

Javier negó con la cabeza.

—Qué dramática eres.

—He saltado de un barco que estaba navegando, tengo derecho.

—Concedido.

El vehículo volvió a descender al subterráneo y se detuvo en la misma plaza de siempre.

Javier abrió la puerta primero. Clara salió despacio, pues el cansancio seguía ahí, aunque más soportable que horas atrás.

Subieron en el ascensor hasta llegar al piso. El piso franco, aquel que se había convertido en su hogar, ahora lucía diferente. Aquel lugar se había convertido, de una forma extraña, en su refugio.

Cuando Javier abrió la puerta, Milo apareció de inmediato, con esa dignidad felina intacta que sugería claramente que ambos habían tardado demasiado.

—Mira eso… —murmuró Clara, agachándose como pudo para acariciarlo —. Al menos alguien me ha echado de menos.

Javier dejó las llaves sobre la mesa.

—No te emociones, solo quiere comida.

—Déjame vivir mi fantasía.

Milo ronroneó sin ningún tipo de respeto por la verdad y Clara lo miró.

—¿Ves? Amor verdadero.

—Tu gato es un interesado.

—Cállate.

El piso estaba exactamente igual: el sofá, la mesa, los ordenadores, la manta… todo. Y, sin embargo, parecía diferente.

Clara dejó escapar el aire lentamente.

—Es raro…

Javier se quitó la chaqueta.

—¿El qué?

Ella miró alrededor.

—Pensar que probablemente esta sea nuestra última noche aquí.

La frase quedó suspendida en el aire, sin dramatismo.

Javier se quedó quieto un segundo.

—Sí.

Clara tragó saliva.

—Nunca pensé que diría esto, pero… —Miró el salón y luego a él—, voy a echar de menos este sitio.

Javier alzó una ceja.

—¿El mismo sitio del que querías huir al segundo día?

Ella se encogió de hombros.

—He evolucionado. —Javier sonrió—. También voy a echar de menos discutir contigo por el café.

—Eso es mentira —bromeó.

—Un poco —admitió ella.

Javier la observó. Estaba agotada, con el pelo todavía húmedo y el cansancio marcado en el rostro, pero seguía viéndose brillante, intensamente viva.

Y algo en su pecho volvió a tensarse de una forma que ya no tenía nada que ver con el deber.

—Clara.

Ella levantó la vista.

—¿Sí?

Javier dio un paso hacia ella.

—Has sido increíble.

Clara parpadeó y le sonrió con timidez mientras situaba un mechón de cabello detrás de su oreja.

—Bueno… —murmuró, tan incómoda que resultaba adorable—. Sí, lo sé.

Javier sonrió de oreja a oreja e hizo un gesto de negación.

—Increíble… y modestia cero, ¿eh?

—Tengo muchas cualidades —respondió ella rápidamente.

—Eso también ha quedado claro. —Clara agachó ligeramente la mirada, sonriendo—. Pero sabes a qué me refiero. —Ella volvió a mirarlo, aunque esta vez ya no había espacio para bromas—. Podría haberte perdido esta noche.

Lo dijo con una honestidad tan contundente que Clara dejó de respirar por un segundo.

Javier tampoco apartó la mirada.

—Cuando saltaste… sin saber nadar… cuando te vi ahí… —Su mandíbula se tensó—. Nada me había asustado tanto en años.

Clara lo observó en silencio porque sabía lo difícil que era para él decir algo así.

—Javier…

—No —murmuró él—. Déjame terminar.

Su voz seguía siendo firme, pero había algo más, algo que ya no podía esconder.

—Al principio eras una misión, un activo con tendencia a desobedecer órdenes.

Clara abrió la boca.

—Oh, vaya… qué bonito y romántico por tu parte —pronunció.

—Silencio. —Ella, sorprendentemente, obedeció—. Pero dejaste de serlo hace tiempo y, ahora mismo… —Sus ojos bajaron un segundo hacia sus labios antes de volver a mirarla—. Ahora mismo eres la única mujer capaz de hacer que me lance de un barco, que me salte medio protocolo y que, aun así, piense que ha merecido la pena.

Clara sonrió por reflejo y respiró hondo.

—Vaya… eso sí ha sido romántico, barquito de guerra.

Javier negó con la cabeza y, directamente, la besó sin pedir permiso. Ella no dudó un segundo en alzar sus brazos y rodearlo por los hombros mientras sus labios se decían con caricias todo lo que no se decían con palabras.

Milo aprovechó para acercarse a ellos y frotarse contra sus piernas, pasando del uno al otro mientras ellos seguían besándose y disfrutando de ese contacto.

Javier se separó levemente de ella y acarició su mejilla.

—¿Vamos a la cama? —preguntó Javier.

Ella lo miró, desubicada.

—¿A dormir? —preguntó.

Esta vez fue Javier el desubicado.

—Dormiremos luego —dijo cogiendo su mano y tirando de ella hacia su dormitorio.

En ese momento, Clara entendió algo: aquel piso, que había comenzado como una jaula, una vigilancia y una condena, había terminado convirtiéndose en el lugar donde, por primera vez en años, se había sentido libre y amada. Quizá eso era lo más inesperado de todo.

Aún quedaban muchas decisiones que tomar, muchos informes que redactar, investigaciones y nombres por descubrir, verdades incómodas que sacar a la luz… y muchas preguntas por resolver sobre Lucas. El trabajo seguía. El peligro, probablemente, también. Sus caminos aún tendrían obstáculos, órdenes, secretos y noches largas, pero la misión principal, aquella que los había arrastrado el uno hacia el otro en medio del caos, sí había terminado. Además, ambos habían salido ganando.

Durante años había vivido entre sombras, códigos y desconfianza y, ahora, había encontrado algo que jamás creyó necesitar tanto: alguien capaz de sostenerla cuando el mundo se tambaleaba.

Javier era calma en mitad del desastre: fuerza y refugio, un punto firme capaz de convertir el miedo en estrategia y el caos en dirección.

Construido a base de control, preciso, disciplinado, había encontrado en Clara justo lo contrario a todo lo que había planeado. Y, sin embargo, eso era lo que más anhelaba.

Ella, por el contrario, era caos: valiente, impredecible, a veces impulsiva, capaz de romper sus esquemas, desafiar sus órdenes y hacerle saltarse cualquier protocolo si con ello lograba mantenerla a salvo.

Clara le recordaba que vivir no siempre era seguir reglas. Javier le enseñaba que confiar no siempre terminaba en pérdida.

Ella le había devuelto color a una vida marcada por el deber y él le había dado seguridad a una existencia construida desde la huida.

Juntos eran equilibrio, dos fuerzas completamente distintas que, de alguna forma imposible, funcionaban.

Javier tiró suavemente de su mano hacia aquella habitación que tantas veces había sido testigo de discusiones, confesiones y silencios compartidos.

Clara comprendió entonces que el futuro seguiría siendo incierto, pero ya no le asustaba. Ya no estaba sola.

Había una verdad que ya no necesitaba hackear para ser descubierta: a partir de ahora, había alguien a su lado dispuesto a sostenerla.



31

Tres meses después.

—No, no, no… eso es horrendo. —Clara apartó una carpeta digital de la pantalla con una expresión de absoluto rechazo, como si acabara de descubrir una ofensa personal en lugar de un fallo de seguridad nacional—. ¿Quién diseña estas interfaces? ¿Un villano?

Sin apartar la vista del monitor, alargó la mano hacia la caja abierta de dónuts que descansaba estratégicamente a su derecha, vacía, y parpadeó varias veces.

Miró la caja indignada.

—Traición —rugió.

La palabra salió con tanta decepción que dos analistas al otro lado de la sala levantaron la vista un segundo antes de volver, con admirable prudencia, a sus respectivos trabajos.

El edificio del CNI seguía teniendo el mismo aire sobrio, funcional y excesivamente serio que tenía cualquier institución empeñada en proteger secretos de Estado, pero la zona destinada a Clara Vega había desarrollado una personalidad propia en tiempo récord. Tres pantallas, dos teclados, cables organizados según su particular definición de orden, una planta que alguien le había regalado y que sobrevivía por pura voluntad y, por supuesto, dónuts. Pero ese día el último dónut había desaparecido.

—Juro que como descubra quién ha sido, voy a vulnerarle hasta el árbol genealógico… —murmuró.

—Eso suena ligeramente ilegal, incluso para ti.

Clara se quedó inmóvil, conocía perfectamente esa voz.

Alzó lentamente la vista y sonrió. Apoyado en el marco de la puerta, con esa absurda calma marca registrada, estaba Javier con su uniforme impecable, postura perfecta y mirada peligrosamente divertida.

Clara entornó los ojos.

—¿Estás comiéndote mi dónut?

Javier, efectivamente, sostenía medio dónut entre los dedos.

—Negativo —respondió directamente.

Clara lo señaló como si acabara de detectar una amenaza internacional.

—Lo tienes en la mano —lo señaló.

—Prueba circunstancial.

—Javier —gruñó.

—Clara —canturreó.

Ella resopló.

—Eso es mío.

—Corrección —dijo dando otro bocado con una tranquilidad insultante—. Era tuyo.

Clara se echó hacia atrás en la silla.

—No puedo creer que después de todo lo que hemos vivido, después de arriesgar mi vida, después de saltar de un barco… Mi mayor enemigo seas tú.

Javier se encogió de hombros.

—Te estoy enseñando resiliencia —dijo con un ligero tono de burla.

—Me estás enseñando violencia.

Él sonrió y ella arqueó una ceja.

Sinceramente, era muy injusto que alguien pudiera verse así de bien robando bollería.

Tres meses, tres meses desde aquella noche, desde lo del barco, el agua helada, las verdades, la caída del almirante y el final de una vida que, en muchos sentidos, ya no existía.

La investigación sobre Lucas seguía su curso. La investigación no era rápida ni fácil, pero avanzaba y, por primera vez, Clara ya no caminaba sola detrás de respuestas imposibles.

Ahora había nombres, pruebas, procesos y justicia real en marcha. Aquello no borraba el dolor, pero lo transformaba. Y eso era suficiente para seguir adelante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Clara finalmente, aunque la leve sonrisa en sus labios dejaba claro que no le molestaba en absoluto.

Javier se acercó.

—Podría estar aquí por motivos profesionales.

Clara enarcó una ceja.

—No me mires así, teniente. Ambos sabemos que si fuese por algún asunto profesional habrías llamado primero.

—También podría estar aquí porque me han informado de que una analista particularmente problemática lleva seis horas trabajando sin descanso.

—Qué exagerados son… —Miró su reloj de muñeca—, son solo cinco y media.

—Eso sigue sin sonar mejor —pronunció ladeando su cuello. Javier dejó el café que llevaba en la otra mano sobre su mesa—. Y porque, según parece, sigues olvidando comer cuando te concentras.

Clara miró el vaso y luego a él.

—¿Me has traído café?

—Sí.

—¿Y me has robado un dónut?

—Se trata de equilibrio.

Clara suspiró.

—Tu lógica sigue siendo terrible. —Ella tomó el café y bebió un sorbo—. Odio admitirlo, pero esto está bueno.

—Sí, ya sé que te gusta.

Clara negó con la cabeza, pero sonrió porque así eran ahora. Todavía discutían, se desafiaban y conseguían desesperarse mutuamente, pero entre misión y misión, entre informes clasificados y bromas absurdas, habían construido algo inesperadamente sólido y real.

Ella seguía siendo puro caos; él, orden y disciplina. Y, de algún modo, la relación funcionaba.

—Por cierto —dijo Javier, cruzándose de brazos—. Salimos en veinte minutos.

Clara parpadeó.

—¿Cómo que salimos?

—Reunión conjunta.

—¿Con quién? —preguntó, mirándolo de la cabeza a los pies.

—No puedo decírtelo aquí.

—Estoy literalmente en el CNI.

—Normativa —se excusó él y luego se encogió de hombros.

Clara lo miró con absoluto dramatismo.

—A veces creo que disfrutas demasiado diciendo cosas misteriosas.

—A veces creo que disfrutas demasiado hackeando sistemas gubernamentales —replicó y le mostró una gran sonrisa.

—Eso fue una vez.

Javier alzó una ceja.

—Varias, que yo sepa.

Ella resopló.

—Venga… dame detalles —le pidió.

Hubo un silencio cómodo, de esos que ya no necesitaban llenarse.

Javier se acercó lo justo, reduciendo la distancia entre ambos.

Clara todavía sentía que el mundo perdía el equilibrio.

Él bajó la vista hacia ella.

—¿Lista? —le preguntó sin querer revelarle nada.

Clara sostuvo su mirada y luego miró sus pantallas, la caja vacía de dónuts, el café… y sonrió de aquella forma tan suya, mitad brillantez, mitad peligro.

—Sabes que siempre lo estoy.

Javier negó con la cabeza, como si jamás fuese a acostumbrarse del todo a ella.

Clara apagó la pantalla principal, tomó su chaqueta y pasó a su lado, rozándolo lo suficiente como para recordarle que, incluso después de todo, seguían siendo ellos.

—Por cierto —murmuró mientras salía—. El próximo dónut me lo pagas tú.

Javier la siguió.

—No. Te compraré algo de fruta de camino.

Ella lo miró con los labios apretados y resopló mientras salían juntos.

El peligro seguía existiendo, el mundo seguía siendo complicado y las misiones no cesaban, pero ahora lo enfrentaban todo desde el mismo bando. Y quizá esa era la conexión más peligrosa de todas, la única de la que ninguno de los dos pensaba desconectarse jamás.

Ella, una hacker brillante con tendencia a saltarse normas, horarios y, en ocasiones, leyes importantes. Él, un hombre entrenado para seguir protocolos, sobrevivir al peligro y, aparentemente, enamorarse de la única mujer capaz de convertir cada una de sus misiones en un infarto administrativo.

No tenía lógica, no era práctico, probablemente tampoco recomendable. Pero las mejores conexiones rara vez lo eran, especialmente cuando llevaban uniforme blanco, discutían por bollería y, contra todo pronóstico, terminaban sintiéndose como un hogar.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecer a las personas que tanto me han ayudado. En primer lugar, a mi padre y a mi madre, que sé que desde el cielo me dan fuerzas y me ayudan a seguir adelante. De todo corazón, gracias por haberme inculcado la lectura desde niña, por creer en mí siempre y apoyarme en mi sueño, y por el orgullo que demostrasteis cada vez que publicaba un libro. Siempre estaréis en mi corazón y en mis pensamientos. A mi marido, Raúl, y a mi hija, Cora, gracias por estar siempre a mi lado, por ayudarme en estos momentos y ser la alegría y la fuerza que me impulsan a seguir adelante.

A Nerea, gracias por estar a mi lado en estos momentos en que tanto te he necesitado. A Àngels, miles de gracias por ser mi amiga, por esas conversaciones que tanto me ayudan, por intentar calmarme y, sobre todo, por comprenderme. Ya lo hemos comentado, pero para mí eres mi hermana. A Marta, gracias por estar ahí y darme la ilusión para seguir adelante. A Marien Fernández, gracias por la portada y la maquetación. Siempre lo digo, pero es la verdad, es un placer trabajar contigo.

Tampoco puedo dejar pasar la ocasión sin agradecer a un grupo de personas que he conocido recientemente y que me están ayudando muchísimo: Andrea del blog aandreebookss, a Isabel del blog Isa book, a Ana del blog lectorasdeana, a Nerea del blog deboralibros, a Lorena del blog Lorena_book, y a Sandra del blog devoradora.de.libros. Muchísimas gracias por haberme recibido con los brazos abiertos, por vuestra ayuda y por esas conversaciones que mantenemos hasta altas horas de la noche.

Y a todos los lectores: muchas gracias por darle una oportunidad a la novela, espero de todo corazón que la hayáis disfrutado y que os hayáis emocionado con ella.

Un fuerte abrazo.

Mariah